





Marx XXI
**INDEPENDENCIA
POLÍTICA**

**contra
cultura**

contra cultura

Segunda edición:

Julio de 2024

Coordinación, edición y corrección:

Mario Aguiriano

Diseño y maquetación:

Irene Blanco

Impresión:

Estilo Estugraf SL

Contacto:

ctrultura.info@gmail.com

<https://contracultura.cc/>

*Se puede compartir, copiar y distribuir la obra de forma
completamente libre en cualquiera de los formatos disponibles.*

CONTENIDO

NOTAS PARA LA ACTUALIZACIÓN DEL MODELO TÁCTICO DE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA.....7

Aitor Bizkarra y Paul Beitia

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE: ACUMULACIÓN Y LUCHA DE CLASES ANTE UNA ERA DE CATÁSTROFES.....45

Pablo C. Ruiz

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?.....83

Alejandro Fernández Barcina

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?.....109

Nadía Pérez

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS 121

G Juncales & Liber

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA: NOTAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍA SOCIALISTA.....137

Gonzalo Gallardo

ACERCA DEL ESQUEMATISMO:

UN APORTE AL DEBATE CON NUESTROS CRÍTICOS163

Gabriel Miasni

¿QUÉ (DES)HACER?

SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO..... 187

Mario Aguiriano



NOTAS PARA LA ACTUALIZACIÓN DEL MODELO TÁCTICO DE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

AITOR BIZKARRA Y PAUL BEITIA

*Hay momentos para recitar poesías y hay momentos
para boxear.*

Roberto Bolaño

1. SIGNIFICACIÓN ESTRATÉGICA DE LA CUESTIÓN CULTURAL

La cultura no representa un objeto de interés en sí mismo y considerado de forma aislada, no al menos desde un punto de vista revolucionario. El criterio de acción y análisis no puede ser otro que la actualidad de la revolución¹. Eso significa que la totalidad de la actividad militante debe estar articulada en torno a ese punto de referencia, y que la reflexión debe ser ante todo reflexión orientada políticamente. En ese

1. Lukács se refirió a este principio como “el pensamiento fundamental de Lenin”, consistente en concebir la revolución como problema concreto fundamental del movimiento obrero, además de como un horizonte histórico-universal abstracto. Lukács, G.; *Lenin. La coherencia de su pensamiento*, 2016, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 55-57.

2. Koltza; “Apuntes sobre táctica cultural y lucha de clases”, *Arteka#20. Lucha de clases cultural*, 2021, disponible en: https://gedar.eus/assets/pdf/arteka_zenbakiak/634ca5d8e0b9e.Luchadeclasescultural.pdf

sentido, es preciso definir en primer lugar cuál es el lugar que ocupa la cuestión cultural desde un punto de vista estratégico, pues es ese el procedimiento analítico que delimita el objeto de estudio para el pensamiento socialista.

Se ha señalado anteriormente que el socialismo contemporáneo tiene ante sí dos interrogantes estratégicos generales: la toma del poder político en el capitalismo industrialmente desarrollado y la construcción económica del socialismo². Es en el marco del primero de esos interrogantes estratégicos que la cultura y la reflexión sobre ella adquieren sentido y relevancia más allá de inquietudes personales.

El conjunto de intuiciones más acertado a la hora de plantear el problema estratégico de la toma del poder con relación a la cultura se lo debemos a Gramsci, quien le dedicó gran parte de sus esfuerzos intelectuales de la cárcel. Sus cuadernos están repletos de reflexiones sobre los intelectuales, el arte y la cultura, pero es desde esta perspectiva del carácter estratégico de su pensamiento que Gramsci, como pensador de la toma del poder, y con él sus estudios culturales, cobran interés para nosotros. Tras la Primera Guerra Mundial, el cambio de perspectiva respecto de la expansión de la revolución socialista a occidente, junto con la irrupción definitiva de la sociedad de masas sobre la base del fordismo, registraron un cambio en la modalidad de poder de la burguesía sobre el proletariado, que tuvo profundas implicaciones en el arte de lo político en general. En efecto, el pleno desarrollo del aparato de producción capitalista y la solidez institucional de las estructuras políticas de la burguesía, unida a la inmensa red de trincheras civiles adyacentes (medios de comunicación e industria cultural de masas, intelectuales, sistema educativo, etc.), pusieron de manifiesto la necesidad de profundizar en la reflexión sobre las condiciones de la lucha del proletariado por el poder.

Una de las principales características derivadas del poder del capital sobre el trabajo en las sociedades de masas la

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

constituye la hegemonía burguesa sobre el proletariado en el plano cultural, lo que implica que el poder político de la burguesía no descansa exclusivamente en el uso o la amenaza de la coerción directa, sino que lo hace también en un fuerte elemento cultural de consenso social, de cohesión civil. Eso no implica, como se ha pretendido, que haya que desechar la concepción de la insurrección como un arte³. Tampoco significa que la hegemonía del proletariado venga a sustituir como modelo estratégico a la dictadura revolucionaria del proletariado. Más bien la reflexión es sobre la necesidad de un cambio de forma en el proceso de preparación de la coyuntura estratégica: el proletariado, a efectos de vencer a la burguesía, debe llegar a ser la clase culturalmente dirigente antes de ser la clase políticamente dominante⁴.

Por tanto, la reflexión sobre la hegemonía trata de actualizar el modelo de la toma del poder, no de negar su vigencia estratégica. Y es que la idea de una revolución socialista se presenta hoy a la comprensión espontánea del nuevo proletariado, en el mejor de los casos, como un dislate, un desatino propio de mentes infantiles y fantasiosas; en el peor de los casos, lo hace como una experiencia política completamente circunscrita al pasado y moralmente execrable, cuya reedición se trata de evitar a toda costa.

La concepción ilustrada de la historia constituyó el marco de comprensión básico de la conciencia política de la burguesía revolucionaria⁵. Esta concebía la historia como el despliegue lineal de la razón a través del tiempo, una historia que desde estadios más bárbaros y sin cultura avanzaría inexorablemente hacia la civilizada y burguesa sociedad moderna. En cambio, para la cínica imagen de la historia elaborada por la academia burguesa de la posguerra fría, sintetizada por Fukuyama, la historia habría llegado ya a su límite de desarrollo, y a pesar de las eventualidades históricas (socialismo real) se habría impuesto el mejor de los mundos posibles.

3. La propia noción leninista de la insurrección como un arte sirve a su vez de precaución ante la fetichización y/o romantización de este instrumento revolucionario, pues solo el grado de maduración de la coyuntura estratégica lo pone a la orden del día. Lenin, V.; “*El marxismo y la insurrección*”, en: *Entre dos revoluciones*, 2017, Siglo XXI, Madrid.

4. “El criterio metodológico sobre el cual hay que fundamentar nuestras propias investigaciones es este: que la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras, como «dominio» y como «dirección intelectual y moral». Un grupo social es dominante de los grupos que tiende a «liquidar» o someter, incluso con la fuerza armada; y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede y de hecho debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (esta es una de las condiciones principales para la propia conquista del poder); después, cuando ejerce el poder, y aunque lo aferre con fuerza, es dominante, pero también debe seguir siendo «dirigente» Gramsci, A.; *Cuadernos de la cárcel*, C 19, §24. Eso no significa en absoluto que la hegemonía del proletariado y la dictadura del proletariado sean nociones antitéticas como se ha intentado justificar desde la academia, sino complementarias.

5. Gramsci dio a la Ilustración la denominación de “internacional espiritual de la burguesía”. Gramsci, A., “Socialismo y cultura”, en: *Il Grido del Popolo*, 1916.

Por diversos que sean los modos de expresión que adopta hoy esta filosofía burguesa de la historia, su dominio es aplastante. La totalidad de la división burguesa del trabajo político se opera sobre esa base; es decir, que todos los actores políticos de izquierda y derecha de los sistemas de partidos del orden, así como los movimientos sociales unidos al programa de la reforma, están instalados en el marco hermenéutico del fin de la historia, o lo que es lo mismo, de la aceptación más o menos explícita de la imposibilidad de la revolución socialista.

En ese sentido, sigue siendo pertinente la parábola brechtiana del sastre de Ulm para ilustrar el estado actual de descrédito cultural del comunismo⁶. Es justamente el estado de descomposición político-organizativa del movimiento comunista internacional, cuyo reverso cultural encarna la abrumadora hegemonía burguesa del relato sobre el siglo XX, lo que imposibilita que un discurso comunista revista no ya un significado positivo, sino valor semántico en general. A la luz de ese hecho la reflexión estratégica sobre la cuestión cultural adquiere una importancia renovada. Pero no es solamente el descrédito cultural del comunismo lo que imprime importancia a esta tarea.

6. Así como el joven sastre aseguraba, audaz, ser capaz de alzar el vuelo desde lo alto de un campanario y acabó por ir a parar contra el suelo de la plaza, el joven movimiento comunista del siglo XX, en el contexto de un insuficiente desarrollo de las fuerzas sociales de producción —equipado «con dos trastos que a alas asemejaban»—, no pudo realizar sus promesas de un orden civilizatorio superior al capitalismo. A su vez, los obispos y apologetas del capital no desperdiciaron la ocasión para exclamar: «Que repiquen las campanas, / todo era falsedad / (...) / El hombre no nació pájaro, / jamás logrará volar». Brecht, B; "Ulm 1592".

En efecto, la centralidad del elemento cultural en la lucha política, o la concepción fundamental de la política como lucha cultural por el sentido común, parece haberse convertido en una suerte de signo de los tiempos. Tanto las nuevas versiones de la socialdemocracia como de las ideologías reaccionarias señalan la importancia crucial del control sobre los medios de producción de sentido, como los medios de comunicación, o sobre la direccionalidad de las instituciones educativas. Lejos ya de las concepciones ilustradas universalistas de la época de la burguesía revolucionaria, los medios de difusión de la información y el conocimiento se conciben como instrumentos al servicio de tácticas culturales clientelares y corporativas en pugna entre ellas, que relegan el elemento racional y de verdad de los programas políticos a un segundo

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

plano incidental respecto del primer plano esencial que constituye la capacidad de imponer opinión. El debate político racional queda así subordinado al golpe de efecto mediático y al intercambio de opiniones demagógicas construidas *ad hoc* sobre un marco hermenéutico simplista.

La batalla por la construcción de las premisas culturales de una nueva subjetividad política revolucionaria del proletariado debe darse, pues, en un campo de juego configurado de antemano.

2. CONCEPCIÓN TÁCTICA DE LA CUESTIÓN CULTURAL

No es suficiente con señalar en general —y en negativo— la importancia del problema. Es preciso dotarnos de conceptos operativos que nos ayuden a arrojar luz sobre las características efectivas del campo cultural de lucha de clases. Por un lado, debemos servirnos de conceptos claros y distintos. Pues utilizar conceptos de por sí problemáticos e indefinidos para tratar de esclarecer y resolver problemas de este tipo puede dar como resultado una operación teórica desafortunada; y lo que es peor aún, una práctica política estéril.

Por otro lado, necesitamos de conceptos tácticos, vale decir, conceptos-guía, que nos orienten sobre cómo y por qué medios debería desarrollarse una táctica de intervención cultural. Carece de sentido preguntarse qué es la cultura sin preguntarnos al tiempo sobre qué es la variación cultural y qué factores la provocan.

Dicho esto, surge la cuestión de por dónde empezar. El principal problema cultural al que nos enfrentamos es que para la conciencia espontánea el socialismo está descartado *a priori* del campo de lo posible. En ese sentido, el interrogante al que debemos dar respuesta en primer lugar es el de qué determina el campo de lo posible para la con-

7. Fue Wilhelm Dilthey quien popularizó la noción de cosmovisión (*Weltanschauung*) en su *Teoría de la concepción del mundo* (1911). Para Dilthey la cosmovisión no es un producto del intelecto, sino una forma general de ver el mundo que se deriva de la práctica vital misma del individuo —“la vida crea desde cada individuo su propio mundo”— que de forma derivada puede constituirse en sistema metafísico. En modo análogo, para Marx la economía política clásica era la expresión teórica de una concepción del mundo fundamentalmente derivada de las propias relaciones de producción. En cualquier caso la analogía se interrumpe ahí, pues mientras que para Dilthey la cosmovisión posee una base vital individual, para el marxismo esta se basa en la praxis social general.

8. Marx, K.; *El Capital*, Libro primero, 2017, Siglo XXI, Madrid, p. 127.

9. En ese sentido, son parte de la cosmovisión capitalista formas económicas como la mercancía, entendida esta como la forma natural del producto del trabajo humano en general; el trabajo privado, como forma universal de organizar socialmente el trabajo humano; o el capital como forma supra-histórica de la producción social en general; pero también categorías político-jurídicas como el parlamento, la propiedad privada o la policía.

ciencia, y cómo —por qué mediaciones y mecanismos— lo hace. Toda problematización radical debe referirse a la raíz del problema, y la raíz en materia cultural no es otra que la concepción del mundo o la cosmovisión.

La cosmovisión⁷ es la imagen general del mundo, simple y abstracta, propia de todos aquellos individuos que están insertos en ciertas relaciones sociales de producción. Así, la cosmovisión establece los límites de la conciencia de los grupos sociales imbuidos de ella, de forma que las relaciones sociales específicas de un periodo históricamente determinado se presentan a la conciencia espontánea como categorías de validez universal. Eso significa que solo podemos hablar de cosmovisión, en el sentido estricto de una imagen del mundo acabada, sobre la base de unas relaciones sociales de producción plenamente instauradas. En ese sentido, la cosmovisión reviste un carácter relativamente estable unido a la estructura.

En concreto, la cosmovisión capitalista está formada por lo que Marx llama “formas del pensar socialmente válidas, y por tanto objetivas”, una serie de categorías histórico-sociales que para la conciencia espontánea de los individuos insertos en las relaciones de producción capitalistas se presentan con “la fijeza propia de formas naturales de la vida social”⁸. A este respecto, la cosmovisión capitalista no es (o no es sólo) un conjunto de doctrinas falsas sobre la realidad social, sino el punto epistémico desde el que se percibe esta, un conjunto de categorías histórico-sociales que aparecen naturalizadas, y que por lo tanto operan como *a priori*s sociales⁹.

Sin embargo, en el marco de estos conceptos puros del entendimiento capitalista, existe toda una diversidad de modos de vida, o sea, de culturas. En cuanto a su concepto, la cultura se refiere a los modos de vida diferenciados de los grupos sociales, y determina las formas de comprender y obrar colectivas de los mismos¹⁰. Dicho esto, cabe pre-

guntar sobre cuál es el factor determinante que está en la base de la diferenciación de los modos de vida en las sociedades burguesas desarrolladas.

Desde el punto de vista del marxismo la respuesta tiene que ver con la posición que se ocupa en la estructura de la producción social, esto es, en la jerarquía social¹¹. En efecto, un proletario sin más propiedad estable que su capacidad de trabajo y un oligarca que viaja en helicóptero no se comportan de igual forma ante las cosas de la vida, por muy naturalizadas que los dos puedan tener las formas sociales capitalistas. Cabría decir que la cultura es, en ese sentido, el modo de existencia práctico, concreto y múltiple de la cosmovisión; el marco de interpretación de los fenómenos concretos y de actuación ante ellos, diferenciado por clases sociales. A tal efecto, distinguimos tres grandes bloques culturales en las sociedades del capitalismo industrialmente desarrollado: un bloque cultural de élites burguesas, un bloque cultural de las clases medias y un bloque cultural proletario¹². Queda para estudios posteriores la tarea de realizar una fenomenología exhaustiva de los mismos.

Como se ha indicado antes, estos tres grandes bloques culturales se erigen sobre la base de la cosmovisión capitalista, la cual no permite pensar más allá de sí misma, pues presenta sus categorías como formas naturales de lo social en general. Por consiguiente, el socialismo queda descartado a priori como horizonte de cambio social en un marco cosmovisional de este tipo. Resulta así que, si el movimiento socialista pretende ser agente del movimiento real de superación del estado de cosas actual, su objetivo inmediato debe ser justamente derribar esa imagen del mundo.

¿Pero cómo ha de realizarse dicha tarea? ¿Acaso es posible luchar contra una imagen del mundo? Ciertamente, como crítica sistemática de las categorías económicas burguesas, la Crítica de la Economía Política constituye el

10. Para una aproximación a la génesis de la concepción moderna de cultura, véase Williams, R; *La cultura es algo ordinario* (1958), *Cultura y sociedad* (1958) y *Marxismo y literatura* (1977).

11. Los elementos particulares como lo étnico, lo regional o lo religioso como factor decisivo en la determinación de los bloques culturales están perdiendo progresivamente vigencia. Su centralidad como factor cultural propio de las sociedades precapitalistas (de cuyos rasgos culturales se alimentan simbólicamente los constructos de las culturas nacionales) ha dado paso a un modo de vida cada vez más universal y de carácter internacional. La mayoría de sus restos han devenido folclore, y sus elementos de más vitalidad han sido asimilados por la nueva cultura. Esto no significa en modo alguno que esos factores hayan agotado completamente su influencia, sino que constituyen cada vez más un factor secundario con relación al factor social general.

12. Desde la escuela de Birmingham (que tiene sus figuras más destacadas en Raymond Williams, Richard Hoggart o Stuart Hall) y posturas culturalistas semejantes, en su crítica de la noción de base y superestructura, se tiende a considerar a la clase social como un constructo cultural sin una determinación fundamental por la estructura económica. Así, por ejemplo Williams, en su libro *Cultura y sociedad*,

identifica patrones de cambio cultural, pero no llega a identificar los factores que los causan. Eso los lleva a una concepción fetichista del plano cultural, o de autonomía de la cultura, que los emparenta paradójicamente con el reduccionismo mecanicista que intentan criticar, ya que identifican en la comunidad alienada del bloque cultural proletario tal y como está constituido el germen de la conciencia socialista.

13. Carta de Marx a J. P. Becker, 17 de abril de 1867.

14. Marx era completamente consciente de ello: “Un hecho que solo tiene vigencia para esa forma particular de producción, para la producción de mercancías –a saber, que el carácter específicamente social de los trabajos privados independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y asume la forma del carácter de valor de los productos del trabajo–, tanto antes como después de aquel descubrimiento se presenta como igualmente definitivo ante quienes están inmersos en las relaciones de la producción de mercancías, así como la descomposición del aire en sus elementos, por parte de la ciencia, deja incólume la forma del aire en cuanto forma de un cuerpo físico”. Op. cit., p.125.

15. Hobsbawm, E.; *Historia del siglo XX*, Capítulo XI, “La revolución cultural”, Editorial Planeta, Barcelona, 2022.

mayor ataque perpetrado hasta la actualidad contra la cosmovisión capitalista, o sea, contra la cabeza de los burgueses¹³. Así, la concepción materialista de la historia, cuya aplicación práctica al modo de producción capitalista es la CEP, permite poner las bases de una forma alternativa de conciencia histórica.

Sin embargo, la cosmovisión capitalista, a escala social, no se puede derribar de forma inmediata o, por decirlo así, en un plano *cosmovisional*. Esto es, que el hecho de realizar una crítica completa de las categorías que forman la cosmovisión capitalista, si bien puede caracterizarla como cosmovisión históricamente determinada, no agota efectivamente su validez social, su carácter objetivo, ya que este emana necesariamente de la propia dinámica de las relaciones sociales de producción¹⁴. A su vez, tampoco es posible realizar la revolución en las relaciones sociales de producción sin quebrar previamente el elemento cosmovisional capitalista, como se ha señalado en el primer apartado.

Asimismo, huelga decir que es radicalmente insuficiente pregonar el cambio cultural en general, pues de eso ya se encarga el propio capitalismo. Es cosa bien sabida que el siglo XX fue un siglo de profundos cambios culturales en el modo de vida occidental, muy señaladamente a partir de los años 50, con el desarrollo de la cultura juvenil de masas, el movimiento por la liberación sexual o el debilitamiento de la familia nuclear¹⁵. Sin embargo, esa no deja de ser una lógica de variación cultural relativamente acelerada sobre la base de una cosmovisión acabada y relativamente estable. En efecto, la lucha cultural se libra en el campo de los modos de vida concretos de las clases sociales, no obstante lo cual la clave para el desbloqueo ideológico-cultural del comunismo es derribar la cosmovisión capitalista que está a su base. Se trata, pues, de derrotar el misticismo del capital, no solo una de sus figuras culturales particulares. Sin embargo, esto no puede hacerse sino indirectamente, en el plano cultural concreto, pues no es posible pelear directamente contra categorías abstractas

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

naturalizadas. Nos encontramos, por tanto, ante el auténtico nudo gordiano de la táctica cultural. Esos son los términos del problema: *Hic Rhodus, hic salta*.

El punto de sutura entre la cosmovisión y la cultura, la premisa que posibilita superar este problema aparentemente inextricable, lo constituye, desde un punto de vista general, el carácter contradictorio inmanente de la sociedad capitalista. Las tendencias descritas por Marx bajo el rubro de la *Ley general de la acumulación* señalan la potencialidad estructural del proletariado, por su posición de clase, para desarrollar un tipo alternativo de conciencia histórica. Más en concreto, el grado histórico de desarrollo de esas contradicciones y, por último, la crisis de acumulación de capital, son las que dan el toque a degüello. En efecto, la crisis de acumulación capitalista, que es crisis de la validez histórica de las relaciones sociales de producción capitalistas, vuelve las formas de pensamiento objetivas en problemáticas (al menos en potencia) para la conciencia espontánea del proletariado, pues supone un trastocamiento general de su modo de vida. Así, el proceso de proletarización, la reforma autoritaria del estado, la destrucción de ecosistemas y el aumento generalizado de las tensiones bélicas¹⁶ son los principales fenómenos que posibilitan una intervención práctica, cultural, en la vida cotidiana, que, al tiempo, impugne la cosmovisión capitalista como visión burguesa del mundo.

Por su parte, esa refutación de la cosmovisión capitalista se realiza por la expansión de la conciencia socialista. Hemos mencionado ya que la concepción materialista de la historia y la CEP permiten poner las bases de una comprensión histórica del capitalismo. Agregamos ahora que, como principal síntesis conceptual de los avances político-organizativos del II. ciclo revolucionario, el bolchevismo constituye el elemento propiamente político en la base de la conciencia socialista. Esos son los dos elementos principales para una fundación científica de la conciencia socialista, la llamada *Konstitutionsproblematik*. No obstante, la conciencia socialista no es ella

16. Nueva Estrategia Socialista, "Coyuntura histórica. La crisis estructural del capitalismo."

misma una doctrina científica, sino la forma político-cultural que adopta esta en el seno del proletariado revolucionario en lucha. Tampoco es una cosmovisión comunista stricto sensu, solamente es un esbozo de ella, ya que no se alza sobre la base de unas relaciones sociales de producción comunistas instauradas, sino sobre la base de la teoría revolucionaria. Análogamente, las categorías hoy naturalizadas de la cosmovisión capitalista formaron parte en su día de un dispositivo categorial de carácter programático propio de la conciencia política revolucionaria de la burguesía ilustrada¹⁷.

17. Así, tanto la enunciación por Locke de la tesis según la cual la propiedad brota del trabajo (*Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Capítulo V, "De la propiedad"), como la concepción de Montesquieu de la separación de poderes como sistema de realización de la libertad política (*El espíritu de las leyes*, Libro XI, Capítulo VI, "De la constitución de Inglaterra") tienen un claro carácter programático y expresan un nuevo tipo de conciencia política e histórica burguesa, compuesta de categorías económicas y político-jurídicas que pasarían después a formar parte de la cosmovisión capitalista en forma naturalizada.

Desde este punto de vista, el ataque teórico contra la cabeza de los burgueses debe convertirse en ataque práctico contra el cuerpo social burgués; ataque que pasa, en la fase actual, por la expansión de la conciencia socialista en el seno del bloque cultural proletario en el contexto de la crisis de acumulación capitalista. Por consiguiente, a la cosmovisión capitalista se la enfrenta a través de la conciencia socialista en el campo del bloque cultural proletario en crisis.

Queda perfilada así una definición táctica del problema que habíamos situado previamente desde un punto de vista estratégico, es decir, que por medio de categorías operativas hemos identificado el campo de intervención, el lugar donde tiene que golpear el socialismo en su lucha de clases cultural. Necesitamos ahora elaborar la táctica cultural propiamente dicha para llevar a cabo ese proceso de lucha, necesitamos el cómo.

3. TÁCTICA CULTURAL: UNIFICACIÓN Y HEGEMONIZACIÓN

La lucha cultural adquiere una centralidad especial en la presente fase estratégica del movimiento socialista. Y lo hace dado el carácter del objetivo estratégico de fase (reconstitución de la independencia política del proletariado, vale decir, del Partido Comunista) unido al hecho de que la burguesía po-

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

see la hegemonía cultural y política sobre el proletariado. Es preciso ahora caracterizar esa lucha cultural como línea táctica. Recordemos que la lucha cultural trata precisamente de intervenir sobre los marcos de interpretación y de actuación que conforman el bloque cultural proletario en su conjunto. Va de suyo, pues, que estos marcos generales no constituyen un ámbito especial del modo de vida proletario, sino que son los dos elementos constitutivos de su contenido cultural general. En ese sentido, conviene no confundir la táctica cultural con una táctica particular para el campo del arte, la cual no es sino uno de sus modos particulares de expresión. Tanto las organizaciones transitorias de frentes, como las líneas de lucha en la distribución y la producción, revisten este carácter de lucha cultural por la expansión de la conciencia socialista en el nuevo proletariado. En tal sentido, la táctica cultural se caracteriza por ser una táctica de carácter transversal que permea todas las demás líneas de lucha particulares.

Asimismo, la táctica cultural para la fase del movimiento socialista tiene dos grandes objetivos derivados del objetivo estratégico de fase: la unificación y la hegemonización del comunismo¹⁸.

La táctica de unificación es la táctica de construcción organizativa de una amplia estructura militante centralizada, cuyos dos principales elementos son el debate racional entre destacamentos y la lucha cultural en el seno del proletariado juvenil. Por un lado, el debate racional entre destacamentos comunistas aislados persigue la unificación organizativa de los mismos sobre la base de la unificación estratégico-conceptual. Por otro lado, una lucha ideológico-cultural adecuada al escenario de ruptura generacional económica creada por la crisis de acumulación capitalista es necesaria para la incorporación de las nuevas generaciones proletarias al tejido militante. Una lucha ideológico-cultural, en consecuencia, dirigida al proletariado juvenil de todos los sectores proletarios particulares (personas migrantes, mujeres proletarias, desempleados, trabajadores precarios etc.) que catalice polí-

18. Para una exposición más detallada del asunto, véase *Nueva Estrategia Socialista*, "1. Anexo: La Táctica Cultural: Unificación y Hegemonización".

ticamente el potencial cisma generacional inherente a cada uno de ellos. Este elemento de intervención debe tener como resultado la construcción de grandes organizaciones juveniles comunistas que rompan con el partido de la reforma y sirvan de referente político generacional para expandir la red militante.

Por su parte la táctica de hegemonización responde al segundo gran objetivo de la táctica cultural mencionado previamente, y se trata de una táctica de carácter más amplio, de una lucha cultural en sentido estricto, tal y como ha sido caracterizada en el apartado anterior. En efecto, su objetivo es la transformación general de la cultura proletaria espontánea en una nueva cultura política del proletariado, que conciba el socialismo como horizonte de cambio social y al partido comunista como su agente.

Definidas así las dos grandes líneas tácticas de intervención cultural y sus objetivos, cabe preguntarse por los medios específicos a utilizar a efectos de unificar y hegemonizar el comunismo.

Se trata en general de actuar sobre la base ya dada de las potencialidades liberadas por la crisis de acumulación capitalista en el seno del proletariado, que pone las condiciones de posibilidad para el despliegue lógico de la conciencia socialista. Decimos condiciones de posibilidad, porque el hecho de que el elemento determinante de la crisis desgare la sociedad y desencadene un desequilibrio cultural relativo no significa de ninguna manera que los fenómenos espontáneos que genera tengan un carácter revolucionario acabado. Es más, el *pathos* escéptico es la principal expresión cultural que adopta la crisis en el seno del proletariado, es decir, desconfianza e incredulidad no ya sólo respecto de las promesas anacrónicas sobre un modo de vida de clases medias, sino también en relación con todo posible horizonte de cambio social en general. En ese sentido, el escepticismo es un fenómeno de doble filo, cuyas potencialidades críticas hay que explotar,

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

pero cuyo nihilismo se trata de erradicar. Por consiguiente, no existe perspectiva alguna de transformación cultural real sin el elemento activo de la agencia revolucionaria. De hecho, debemos evitar en el ámbito de la lucha cultural tanto el mesianismo *proletkulturalista*, así como toda forma de espontaneísmo de carácter cultural y económico.

4. MODELO ACTUALIZADO DE AGITACIÓN Y PROPAGANDA

La táctica cultural no es una línea táctica particular entre otras, es el carácter transversal de unificación y hegemonización que revisten todas las líneas tácticas particulares en la fase actual. Sin embargo, para unificar y hegemonizar hacen falta medios específicos. En ese sentido, distinguimos tres grandes medios de intervención cultural, a saber: la producción teórica, la propaganda y la agitación. En efecto, cada una de estas formas de intervención produce un factor cultural específico, es decir, efectúa una modificación cultural de distinto tipo; tiene, además, diversos modos de expresión técnico-formal; y, por último, exige figuras organizativas especializadas a tal efecto.

La producción teórica marxista *establece* la base científica sobre la que se erige una forma alternativa de conciencia histórica. Por un lado, realiza una crítica directa de la cosmovisión capitalista, ofreciendo un concepto completo del capitalismo como formación social históricamente determinada. Por otro lado, el marxismo entendido en su dimensión de aparato categorial de carácter político proporciona una síntesis de las posiciones estratégicas, tácticas y organizativas más avanzadas de los anteriores ciclos revolucionarios de lucha de clases. En ese sentido, la teoría está en la base tanto de la propaganda como de la agitación.

La propaganda interpela a la razón y tiene dos momentos clave. En primer lugar, la propaganda *explica* las conexiones

internas necesarias entre los fenómenos particulares de coyuntura y la estructura social, y lo hace basándose en la teoría; o sea, forma la imagen analítica de lo concreto. Sin embargo, éste no es más que el primer momento de la estructura discursiva de la propaganda. Y es que la propaganda, en segundo lugar, debe explicar la necesidad de una determinada hoja de ruta para superar la situación en cuestión. Así, la propaganda es el discurso sobre el nexo necesario entre la imagen analítica de lo concreto y la estrategia de su superación. Por ende, el debate sobre este nexo entre la lectura de la coyuntura histórica y la estrategia revolucionaria, nexo sobre el que trata la propaganda, forma el núcleo de la táctica cultural de unificación.

Por último, la agitación *denuncia* los hechos más destacados y célebres de la situación general de opresión mientras estos son recientes, hechos que provocan cierto revuelo en la opinión pública. Apelando a los afectos del proletariado, la agitación busca despertar en él el descontento, formar la disposición a posicionarse y, en último término, a actuar, dejando para el propagandista la explicación completa de la coyuntura. De modo que la agitación sintetiza la coyuntura y la convierte en pulsión de masas. Mediante la formación de la disposición a actuar, se facilita así que personas que no son aún socialistas trabajen en beneficio del socialismo; es decir, que el socialismo pueda en determinadas circunstancias contar con más fuerzas de las que le pertenecen de hecho: las fuerzas de la clase. Pero no se trata de un medio de intervención puntual. En realidad, una agitación bien organizada, sistemática y adecuada a la coyuntura, se podría comparar con un procedimiento científico inductivo a través del cual, de caso particular en caso particular, se aprehende la imagen de la totalidad. En ese sentido, la agitación juega un papel central en la hegemonización.

Es preciso reflexionar detenidamente sobre este último punto, ya que la fase de desarrollo actual de nuestro movi-

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

miento y la táctica de hegemonización que de ella se desprende nos lo imponen por su carácter.

Una breve digresión histórica. Nuestra situación guarda cierta semejanza –*mutatis mutandis*– con la situación en que emergió el debate clásico sobre el modelo de propaganda en el seno de la embrionaria socialdemocracia rusa de finales del siglo XIX. En concreto, fue más bien un debate sobre la importancia de la agitación como medio de intervención de masas, pues estos iniciadores vislumbraron en la emergencia de la sociedad de masas una transformación radical de las condiciones de la lucha de clases y, por ende, de los medios por los que llevarla a cabo. Precisamente, el planteamiento clásico del problema de la agitación, realizado primero por Plejánov y después por Mártoov y Kremer, debe su relevancia a la identificación de una urgencia: el cambio de paradigma de la lucha revolucionaria en Rusia.

Precisaban de una crítica –y una consecuente actualización– del modelo de propaganda ya amortizado y anacrónico que habían adoptado hasta entonces, por el cual la expansión de las tesis socialistas se basaba exclusivamente en el debate de pequeños círculos donde participaban unas pocas personas con interés teórico. Ante la lucha conspirativa de pequeños círculos y sectas¹⁹, el moderno movimiento socialista ruso se hizo cargo de la máxima según la cual la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos²⁰. A través de la discusión sobre el modelo de propaganda se procuró adecuar las formas de lo que podríamos llamar intervención cultural para unir a la lucha de clases revolucionaria a vastas masas del proletariado y las demás clases subalternas. Justamente, el paso de un modelo de táctica cultural fundamentalmente propagandístico a uno agitacional supuso para la socialdemocracia rusa el tránsito de la política de pequeños círculos a la política de masas. Y es que la propaganda explica a los círculos los nexos necesarios entre los fenómenos particulares y la totalidad histórico social, y entre la táctica y la estrategia, pero esto de forma aislada no lleva a nada en sí

19. Blanquismo, bakuninismo, socialismo agrario ruso etc.

20. Marx, K., *Estatutos generales de la asociación internacional de los trabajadores*.

mismo. La historia la hacen las clases, no los círculos. Hoy en día, en el contexto de la potencial apertura política de un nuevo ciclo de lucha de clases, precisamos también de la actualización del modelo de intervención cultural para una política de masas renovada.

En su panfleto político coyuntural sobre la hambruna rusa de 1891 y 1892, *Sobre las tareas de los socialistas en la lucha contra la hambruna en Rusia*, entre consideraciones sobre las causas y consecuencias principales del fenómeno mismo de la hambruna, Plejánov dio la formulación clásica del problema, popularizada después por Lenin en su *¿Qué hacer?*.

La propaganda, en el verdadero sentido de la palabra, perdería todo significado histórico si no fuera acompañada de agitación. La propaganda comunica puntos de vista correctos a decenas, cientos, miles de personas. Pero las personas que poseen opiniones correctas sólo se convierten en figuras históricas cuando tienen una influencia directa en la vida pública. Y la influencia en la vida pública de las naciones civilizadas modernas es impensable sin influencia sobre las masas, es decir, sin agitación (...). En consecuencia, la agitación es una necesidad para cualquier partido que desee tener importancia histórica. Una secta puede contentarse con la propaganda en el sentido estricto de la palabra. Un partido político no puede²¹.

21. Plejánov, G., "Tasks of the Socialists in the Fight against Famine in Russia", 1892. Disponible en: https://www.academia.edu/42502390/On_the_Tasks_of_the_Socialists_in_the_Fight_against_Famine_in_Russia

22. Según Robert Service, biógrafo de Lenin de corte liberal, este panfleto causó una gran impresión en el joven Lenin. Service, R., *Lenin. Una biografía*, Siglo XXI, Madrid, 2001.

23. Kremer, A. y Mártoov, J.; *On Agitation*, 1893. Disponible en: <https://pplswar.wordpress.com/2020/12/08/on-agitation-ob-agitatsii-arkadi-kremer-julius-martov/>

En línea con lo anterior, Arkadi Kremer y Julius Martov escribieron *Sobre la agitación*, un panfleto político de gran importancia en su época²², que trataba también sobre la necesidad de cambio del modelo táctico de intervención cultural de la socialdemocracia. En base a la crítica realizada a su anterior modelo de propaganda llegaron "a una nueva formulación de la cuestión de qué tipo de individuos [debían] tratar de promover entre los trabajadores para la dirección del movimiento"²³. Ese tipo de individuo o figura organizativa no es ni más ni menos que el agitador. En tanto que agente del partido en el seno de la lucha económica, concebían al agitador como un intérprete cultural del estado de ánimo de las masas, un cuadro político pertrechado de un tipo especial de conoci-

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

miento práctico que podríamos denominar en general como conocimiento de la cultura proletaria, conocimiento sobre sus condiciones de vida y sus afectos colectivos, cuya traducción inmediata era la capacidad de tomar el pulso a las masas.

En resumidas cuentas, se comprende la figura del agitador como alguien que debe ir siempre un paso por delante de las masas y arrojar luz sobre su lucha, explicando su significación desde el punto de vista más general del antagonismo de clase, ensanchando el marco de su autocomprensión, asegurándose de que el proletariado observa sus problemas inmediatos bajo una nueva luz. A su vez, el agitador debe ser un cuadro estratégico teóricamente formado, que no pierda de vista el nexo entre los objetivos tácticos y estratégicos en ningún momento, evitando así tanto el tacticismo como el maximalismo. El mínimo error puede costar un doloroso castigo al agitador. Si sobrestima la pulsión antagonista del proletariado, será en el mejor de los casos incomprendido, pero puede que también se rían de él. Por el contrario, si subestima su ánimo revolucionario, si le propone, por ser demasiado precavido, demandas que ya han superado en el curso de su desarrollo revolucionario, se encontrará en la absurda situación de verse convertido en una suerte de freno político de aquellas, sermoneando a la multitud con la consigna de la moderación y el orden. Todo el arte del agitador estriba en la habilidad de evitar esos dos polos del error. Es decir, el agitador debe ser un intérprete cultural del estado de ánimo de las masas. En definitiva, el agitador debe convertir a las masas en defensoras de cada una de sus demandas y consignas, al tiempo que esas consignas y demandas funcionan como la expresión consciente del estado de ánimo de aquellas, lo que no significa que las consignas socialistas se encuentren espontáneamente en el proletariado, sino que su introducción debe tener en cuenta siempre el estado de cosas cultural.

No obstante, si bien es cierto que en los textos de Plejánov, Kemer y Mártoev se identifica de forma inteligente la centralidad del problema de la agitación como clave para el cambio de

paradigma del sectarismo conspirativo al partido de masas, no es menos cierto que existe entre líneas una concepción economicista del nuevo modelo y su relación con el proceso de génesis de la conciencia política revolucionaria. Esto es, se considera que a través de la agitación económica en torno a demandas inmediatas la conciencia política brota del propio proceso orgánicamente. Así, en un principio, la labor de agitación queda circunscrita al ámbito económico, mientras que la propaganda, la explicación analítica de lo concreto vinculada a la estrategia de su superación, pertenece a la esfera de lo político a la que el proletariado no ha accedido aún. Esa concepción fue la que impugnó Lenin en su *Qué hacer*.

Ciertamente, fue Lenin quien advirtió que “la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos [había] estado, durante los últimos tiempos, casi enteramente absorbida por el trabajo de organización de las denuncias en las fábricas”²⁴. De ese modo, en su polémica con el economismo tradeunionista de *Rabócheie Dielo*, sintetizó y superó el debate sobre la agitación. Con su tesis de la conciencia desde fuera, vale decir, desde fuera de la lucha económica, señaló el carácter oportunista de ese evolucionismo y puso en primer plano la agitación política.

24. Lenin, V. *Qué hacer*, 2016, Alianza Editorial, Madrid, p. 123.

Debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política. (...) Cabe preguntar: ¿en qué debe consistir la educación política? ¿Podemos limitarnos a propagar la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia? Está claro que no. No basta con explicar la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que era insuficiente explicarles el antagonismo entre sus intereses y los de los patronos). Hay que hacer agitación con motivo de cada hecho concreto de esa opresión (como hemos empezado a hacerla con motivo de las manifestaciones concretas de opresión económica).²⁵

25. *Ibid.*, pp. 125-126.

Por consiguiente, Lenin recogió el avance táctico que había supuesto el debate sobre el modelo de propaganda, haciéndose cargo de la necesidad del empleo de la agitación, “cuyas

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

denuncias adquieren el valor de una poderosa presión moral²⁶, pero fue más allá: planteó claramente por primera vez la síntesis superadora de los modelos inconexos de propaganda política y de agitación económica. El cambio de paradigma, cristalizado en un nuevo modelo de agitación orientado a la expansión de la conciencia política socialista, era un hecho.

26. Ibid., p. 123.

Según Lenin, la politización masiva de la clase obrera estaba vinculada con la claridad no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas sobre las relaciones entre todas las clases de la sociedad, ideas basadas en la experiencia de la vida política. El agitador inculca ideas, como por ejemplo lo absurdo de la contradicción entre la riqueza general y la miseria generalizada, dado el estadio de desarrollo actual. Las ideas, claras y distintas, que no son conceptos teóricos aunque se basen en ellos en última instancia, las proporcionan las denuncias. En efecto, para Lenin las ideas se forman en referencia a lo que revela un hecho en términos de intereses de clase contrapuestos, por lo que la denuncia busca hacer sentir (y, de forma derivada, comprender) ese carácter contradictorio de los hechos.

El concepto de agitación que extraemos es, en términos generales, este de Lenin, un concepto de agitación que contiene tanto la superación de la lucha sectaria en la lucha de masas, como la superación de la concepción economicista de la lucha de clases en una concepción política. ¿Pero en qué sentido se justifica la traslación a nuestra época de esta concepción?

Retomemos el hilo de la exposición. La fase embrionaria del proceso socialista supuso (en Euskal Herria) y supone, en todos los lugares donde se pretenda desencadenar dicho proceso, una ruptura política categórica con el partido de la reforma, la socialdemocracia, y con los movimientos sociales vinculados a su programa. De igual forma, esa ruptura política exige un momento pronunciadamente teórico y propagandístico que apunte a la constitución de la independencia

27. Nueva Estrategia Socialista, "Anexo 3: Breve caracterización del proceso socialista como concepto histórico".

28. En realidad, ciertos debates abstractos sobre conciencia y espontaneidad podrían dirimirse más fácilmente remitiendo al estadio de desarrollo de los respectivos movimientos políticos en relación con la pertinencia de su modelo de propaganda. Dicho de otra forma, muchos de esos debates no son sino la expresión intelectual abstracta de este problema táctico-organizativo que está a su base, el de la adecuación o no de un modelo de propaganda al estadio de desarrollo político.

ideológica y organizativa respecto del reformismo²⁷. Pero no es menos cierto que el propio proceso de desarrollo del movimiento inaugurado por la ruptura, plantea inevitablemente nuevas tareas, y con ello agota el modelo de propaganda adecuado al momento inicial. En efecto, no es lo mismo constituir que expandir: los medios para lo primero son inadecuados para lo segundo, y viceversa. Existe, pues, la paradoja de que el mismo modelo de propaganda que posibilita cierto desarrollo de las fuerzas organizativas, llegado determinado momento pasa a convertirse en una limitación para el crecimiento de las mismas²⁸. Bajo nuestro punto de vista, el objetivo estratégico de la presente fase y la consiguiente táctica de hegemonización hacen necesario un modelo actualizado de intervención cultural en el que la agitación adquiera una nueva relevancia. Cierta modelo de propaganda sirvió de condición de posibilidad en la fase germinal de crecimiento del movimiento socialista. Sin embargo, el propio proceso de crecimiento de nuestras organizaciones nos ha impuesto la tarea de volver al problema táctico-cultural de la agitación.

En cualquier caso, no es fácil establecer la línea divisoria exacta entre la agitación y la propaganda. Dicho de otro modo, no existen la agitación y la propaganda puras, absolutamente delimitadas y distintas; es cuestión de grado. El tema de la mutua relación entre la agitación y la propaganda está estrechamente unido a la relación entre las demandas inmediatas y el programa histórico, relación que representa uno de los elementos distintivos del socialismo moderno. La centralidad de la conciencia socialista en las luchas inmediatas, el hecho de que las demandas inmediatas y los respectivos escenarios de lucha estén diseñados y seleccionados para incrementar la pregnancia de la conciencia socialista, he ahí la seña de identidad de la política socialista. En ese sentido, este énfasis sobre la agitación no debe ser malinterpretado. Entre teoría, propaganda y agitación deben mantenerse siempre la jerarquía y la proporcionalidad. Jerarquía, porque la base científica de nuestra estrategia la pone en primer lugar la teoría, sobre la que se erige de forma derivada la propaganda y, sobre

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

esta, la agitación. Proporcionalidad, porque la absolutización de cada una de estas formas de intervención desconectada de las demás produce derivas, digamos, fetichistas, que dan lugar a fenómenos políticos poco afortunados.

En primer lugar, la absolutización de la teoría tiene como consecuencia la deriva del *academicismo*, cuyo fenómeno político paradigmático –si es que cabe la denominación de “político”– representa el así llamado *marxismo occidental*.²⁹ De la mano de este fenómeno que comenzó a gestarse hace aproximadamente un siglo, asistimos todavía hoy al paradójico hecho de que el grueso de la producción teórica marxista se halla circunscrita al circuito académico, completamente desconectada de los problemas teóricos fundamentales del socialismo, de la actualidad de la revolución, mientras que el casi inexistente movimiento comunista, atrincherado en la vida grupuscular, ha renegado de la actualización de la teoría. Ese hecho nos conduce a la siguiente deriva.

La absolutización de la propaganda produce la deriva del *sectarismo* (léase “sectarismo” en sentido clásico, técnico, sin carga valorativa), con el marxismo-leninismo actual como su fenómeno político principal, compuesto por una multiplicidad de pequeños núcleos militantes caracterizados por un modelo inoperativo de propaganda que obstaculiza la consecución del objetivo para el que debería, a nuestro juicio, servir de medio: la hegemonización de la conciencia socialista en el seno del bloque cultural proletario.³⁰ Por un lado, bajo este modelo de propaganda el socialismo degenera en secta, se niega a sí mismo el universalismo organizativo. Por otro lado, los elementos más adelantados del proletariado que han adquirido una comprensión elevada del socialismo científico, forman un grupo especial con todos los rasgos distintivos de la *intelligentsia* revolucionaria previa al socialismo moderno, condenada a perpetuidad a la actividad de círculo. Ante la dificultad palmaria de expandir su movimiento, los cuadros proletarios, desconcertados, atribuyen las causas de su actividad frustrada o a su propio nivel de desarrollo ideológico, o

29. Esta categoría es ampliamente utilizada hoy día en el ámbito del marxismo académico y fuera de él, y fue popularizada por Perry Anderson (quien acuñó la categoría fue originariamente Merleau Ponty en su *Aventuras de la dialectique*, 1953) en un opúsculo escrito al respecto. Se hace referencia con ella a una ruptura geográfica y generacional acaecida en el seno del marxismo europeo a partir de los años 20, que consiste, dicho sintéticamente, en la escisión entre los intelectuales marxistas y las organizaciones comunistas.

30. El debate clásico sobre la agitación señala justamente ese peligro. Por otra parte, esta deriva es actualmente visible en modelos M-L como la LdR y otros, pero también en grupos bordiguistas de menor relevancia como *Barbaria* etc., sin olvidar el cadáver eternamente insepulto del trotskismo.

a la falta de madurez de las condiciones objetivas en su país (ciudad etc.) para un movimiento obrero verdaderamente de masas. En el primero de los casos, se produce una visión etapista según la cual primero procede superar una fase de elaboración solipsista para después inocular la visión alcanzada a las masas. En el segundo caso, se sigue igualmente con la vida de círculo y el proceso de autoperfección a la espera de que el nivel cultural de las masas ascienda hasta el punto necesario para poder adquirir las enseñanzas. En los dos casos los resultados del modelo de propaganda así diseñado son un indudable obstáculo para la hegemonización de la conciencia socialista. Decir que hay que unir teoría y práctica, estrategia y táctica, es una frase vacía sin su correlato organizativo. Debemos unir propaganda y agitación.

En tercer lugar, la absolutización del elemento agitacional conduce al *oportunismo*, cuya figura política actual sigue siendo la socialdemocracia, de corte más o menos radical, tanto en su ala parlamentaria (incluyendo toda una serie de partidos nominalmente comunistas) como en su vertiente civil, a saber, los movimientos sociales unidos al programa de la reforma. El discurso político del oportunismo actual está vaciado y desconectado de todo contenido racional y base científica, caracterizándose por plantear todo tipo de consignas anacrónicas (estado del bienestar, reindustrialización, etc.) y políticas identitarias y autorreferenciales.

Dicho esto como apunte precautorio, para actualizar el modelo de agitación debemos comenzar por reordenar su concepto. Toda labor de agitación está formada, a grandes rasgos, por un componente político y un componente técnico-formal. El componente político de la agitación hace referencia al análisis de la situación concreta que es necesario para la adecuada elección del escenario y el contenido de la intervención. A su base tiene, por un lado, el punto de vista teórico sobre el momento histórico, que ofrece una imagen coherente y veraz sobre la relación objetiva entre las clases y, por otro lado, lo que podría denominarse como *sensibilidad*

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

cultural, es decir, la capacidad de captar las tendencias en la *estructura de sentimiento*³¹ de los bloques culturales. En segundo lugar, el componente técnico-formal refiere a la especialización técnica adecuada a cada modo de expresión particular de la agitación.

Y es que hay que diferenciar entre el concepto general de agitación y sus modos de expresión particulares. El concepto general de agitación tal y como ha sido caracterizado en los debates clásicos hace referencia a la modalidad de intervención de masas que a través de la interpelación de los afectos busca una toma de posición por parte del proletariado, pero sus modos técnicos de expresión son variables históricamente. Se ha considerado que el modo de expresión privilegiado de la agitación es la intervención oral en viva voz, el mitin de exhortación, mientras que la palabra impresa es propia y distintiva de la propaganda.³² Sin embargo, el propio desarrollo de las fuerzas productivas reconfigura radicalmente los modos de expresión particulares de la agitación y la propaganda a nivel técnico. Como modos históricos de expresión, el clásico periódico impreso de carácter propagandístico o la oratoria exhortativa del mitin de fábrica no deben ser absolutizados. Como indicara Walter Benjamin en su reflexión sobre la relación entre el desarrollo técnico y el arte:

*Hay que volver a pensar las ideas sobre formas o géneros de la obra literaria al hilo de los datos técnicos de nuestra situación actual, y llegar así a esas formas expresivas que representan el punto de arranque para las energías literarias del presente. No siempre hubo novelas en el pasado y no siempre tendrá que haberlas; no siempre hubo tragedias; no siempre hubo grandes poemas épicos.*³³

Eso mismo vale para la agitación, pues lo substancial es la función política que cumple en cada caso el modo de expresión técnico, no el modo en sí mismo. Asimismo, la figura organizativa del agitador debe ser actualizada con arreglo a los nuevos modos de expresión de la agitación.

31. Categoría acuñada por Raymond Williams en *Marxismo y literatura* para hacer referencia a los valores, los pensamientos, los afectos etc. tal y como son vividos subjetivamente en el proceso de su formación e interrelación, en oposición a nociones más formales como “ideología” o “concepción del mundo”, que remiten a conjuntos de ideas ya formadas y articuladas.

32. Lenin, V., Op. cit., p. 140.

33. Benjamin, W., “El autor como productor”, *Iluminaciones*, 2018 (1934), Barcelona: Taurus, p. 104.

Enumeramos aquí tres modos generales de expresión de la agitación que deben ser actualizados a la luz tanto del desarrollo técnico como de la variación cultural, pero es indudable que se podrían enumerar algunos más: la agitación movilizatoria, los medios de comunicación y el arte. La actualización de esos modos de expresión de la agitación es por ahora una tarea a realizar, por eso la expresamos en forma de hipótesis de trabajo.

La movilización ha sido históricamente un poderoso arma de clase, pero no es menos cierto que su grado de asimilación en los sistemas de la democracia liberal la ha convertido paulatinamente en correlato civil de las dinámicas parlamentarias, lejos de ser una expresión de la independencia de clase. En ese sentido, es urgente, en primer lugar, investigar nuevos modelos movilizatorios adecuados temática y técnicamente a la situación actual, siendo plenamente conscientes de cuáles son su alcance real y sus funciones.

En segundo lugar, es preciso superar la imprenta, pues la era de Gutenberg está cerrando paréntesis: debemos desarrollar capacidades técnicas propias, poder propio, para decirlo así, en el ámbito de los nuevos medios de comunicación digitales y, especialmente, en la comunicación audiovisual. En tercer lugar, es palmario que las llamadas redes sociales, las plataformas de *stream* y demás se han convertido en hábitat natural de educación política informal para la juventud proletaria, donde la intervención ideológica reaccionaria es masiva y nos lleva la delantera.

A ese respecto, debemos investigar sus variadas posibilidades como medio de resistencia ante esta ofensiva y como contraofensiva cultural socialista. El arte, comprendido tácticamente como modo de expresión de la agitación, lo tratamos a continuación, más exhaustivamente y por separado, en el último apartado.

5. UNA TÁCTICA PARA EL CAMPO DEL ARTE

La exposición de una táctica renovada para el campo artístico debe necesariamente empezar por definir un concepto táctico de arte. Un concepto táctico en el sentido de una utilidad y una productividad políticas actualizadas, concibiendo el arte como modo de expresión de la agitación en el marco más amplio de la táctica cultural tal y como se ha expuesto hasta ahora.

Más allá de la inmediatez política, un concepto táctico de arte debe ser también apropiado, por un lado, para analizar el desarrollo histórico de lo que actualmente entendemos como arte y situar cada expresión estética dentro de la historia general del arte y de las corrientes político-artísticas que la han protagonizado, y, por otro, para entender lo estético actualmente, es decir, para la crítica estética y principalmente política de las expresiones artísticas actuales. En ese sentido, nuestro concepto político de arte debe necesariamente dar cuenta de la situación actual de apoliticismo hegemónico en este campo³⁴, y debe hacerlo no como mera reacción frente a las concepciones burguesas del arte y los agentes de la industria cultural capitalista, sino como herramienta efectiva para su superación real.

El arte, además de ser una expresión particular de la actividad creativa humana, se organiza como rama específica de la producción social, y tiene en todas sus variables dos componentes constitutivos: uno técnico-formal y otro ideológico-cultural³⁵. Estos dos componentes no son independientes entre sí, sino dos dimensiones relacionadas indisolublemente en la unidad del mismo proceso social del arte.

Por un lado, el componente técnico-formal da cuenta del grado histórico de desarrollo de las fuerzas productivas artísticas, articuladas por unas relaciones de producción históricamente concretas, vale decir, de la dimensión artística del desarrollo de las fuerzas productivas en general y el de-

34. Por “apoliticismo” no nos referimos en absoluto al agotamiento de la función política que cumple el arte en las sociedades burguesas, lo cual sigue siendo totalmente evidente, sino, como se tratará más adelante, al carácter totalmente no-organizado del arte en sentido político y a la aniquilación de su función política revolucionaria y consciente.

35. “(...) el arte, por un lado sirve al conocimiento de lo circundante; y por el otro, puede tener, como la ciencia, su aspecto práctico o técnico”. Lunacharski, A., “La literatura artística: arma política”, *Sobre cultura, arte y literatura*, 1981 (1931), Habana: Editorial Arte y Literatura, p. 288.

sarrollo específico del elemento técnico-formal del arte. En definitiva, el componente técnico-formal del proceso social del arte explica su carácter necesariamente histórico en relación con el desarrollo general de las fuerzas productivas y da cuenta de los procesos de innovación técnicos y formales totalmente relacionados a ese mismo desarrollo. Es evidente que la fotografía o el cine no son concebibles como arte sin el desarrollo tecnológico de la cámara, como tampoco lo es la novela modernista como forma válida sin haberse desarrollado por completo la novela realista. Por tanto, el componente técnico-formal se refiere al desarrollo histórico de la técnica y al campo de posibilidad artística acotada por ella. Sin embargo, desde un punto de vista materialista el componente técnico-formal del arte también señala las relaciones de producción concretas en cada formación histórica bajo las cuales se articulan las capacidades técnicas y el trabajo artístico, y, en definitiva, la función social que cumplen³⁶. Al igual que el cine y la fotografía son productos históricos, es igualmente cierto que la producción artística no es igual en la era del mecenazgo o en el mercado libre, donde la obra de arte es una mercancía más.

36. “Antes de la pregunta: ¿qué relación guarda una obra literaria frente a las condiciones de producción de la época?, yo preguntaría: ¿qué tipo de relación guarda en ellas? Esta pregunta apunta directamente a la función que tiene la obra dentro de las condiciones de producción literaria de su tiempo. En otras palabras, apunta de un modo directo a la técnica literaria de las obras”, Benjamin, W., “El autor como productor”, *Iluminaciones*, 2018 (1934), Barcelona: Taurus, p. 103.

37. Lenin, en una carta de 1913 dirigida a Máximo Gorki, critica al escritor la tendencia religiosa en una de sus obras, argumentando lo siguiente: “Desde el momento en que lo ha escrito usted, entra en las masas, y su significado se determina

Por otro lado, el componente ideológico-cultural remite a la inevitable relación del arte con la cultura, es decir con los modos de vida de las clases sociales. Todo arte es, en efecto, proceso semiótico, proceso de producción y circulación de símbolos y significados. Sin embargo, los símbolos no flotan en el aire, sino que vienen determinados por la experiencia social e histórica de las clases, tanto en la manera en que son producidos, como en la que son recibidos. En ese sentido, toda producción artística, como expresión estética de la cultura, presenta una impronta de clase, así como el marco de comprensión del que la recibe³⁷.

Como se ha dicho anteriormente, estos dos componentes deben ser entendidos como dimensiones unidas en el mismo proceso social del arte, mutuamente conectadas y determinadas, y no como la separación clásica y simplista entre for-

ma y contenido³⁸. Es justamente la explicitación de estas dos dimensiones –la concepción del arte como técnica y como expresión estética de una cultura– la que permite relacionar al arte directamente con la realidad social y, por tanto, redefinirlo como categoría social e histórica.

El concepto de arte que se ha expuesto choca directamente con la concepción de la autonomía del arte propia de la cosmovisión capitalista. El proceso de autonomización del arte es el momento constitutivo, por excelencia, de la historia moderna del arte, ya que, en efecto, se crea por primera vez el concepto de “lo artístico” tal y como lo entendemos ahora y se constituye en campo especializado propiamente dicho³⁹. Este proceso es correlato directo de la disociación de las grandes áreas de la vida social –lo cognitivo, lo político, lo ético, lo estético– de la época de la Modernidad, la cual permite la independencia del arte de sus anteriores funciones religiosas, pedagógicas y puramente políticas e, incluso, lo llega a concebir como campo cognitivo independiente. Sin embargo, este proceso de autonomización se realiza en forma de *autonomización capitalista*⁴⁰, como proceso de mercantilización del arte: la condición de la independencia del arte es, efectivamente, su integración en el modo de producción capitalista como una mercancía más.

Por consiguiente, la autonomía del arte es otra concepción fetichizada más de la cosmovisión capitalista, que bajo la apariencia de su supuesta independencia oculta su inevitable contenido social: precisamente su heteronomía, una nueva subordinación secular a la producción mercantil capitalista. De esta manera, la concepción del arte ya formulada, conectada con la experiencia social y con el desarrollo de las fuerzas productivas, deviene herramienta para criticar y superar a tal concepción de autonomía, entendiendo el arte como dimensión estética de la cultura y, por extensión, de la lucha de clases, determinado por ésta y, asimismo, dotado de potencia política para incidir en ella.

no sólo según sus buenos deseos, sino según las relaciones de las fuerzas sociales, las relaciones objetivas entre las clases”, *Escritos sobre la literatura y el arte*, 1975, Barcelona: Península, p. 106.

38. “En la obra de arte, contenido y forma son uno: significado”, Benjamin, W., 1979 (1928), *One-Way Street and Other Writings*, Londres: NLB, p. 66.

39. “Un arte había sido antaño cualquier destreza humana; pero Arte, ahora, significaba un grupo particular de destrezas, las artes “imaginativas” o “creativas”. *Artista* aludía a una persona diestra, lo mismo que artesano, pero ahora se refería exclusivamente a estas destrezas selectas. Además, y esto es lo más significativo, Arte llegó a simbolizar una clase especial de verdad, la “verdad imaginativa”, y artista un tipo especial de persona (...). Estos cambios conforman el registro de una notable mudanza en las ideas de la naturaleza y función del arte y de sus relaciones con otras actividades humanas y la sociedad en su conjunto”, Williams, R., *Cultura y sociedad*, 1987 (1959), Buenos Aires: Nueva Visión, p. 15.

40. Eagleton, T., *La estética como ideología*, 2011, Madrid: Trotta, pp. 447-449.

Es justamente esa potencia política la que trata de actualizar nuestro concepto táctico de arte, situándolo dentro de la táctica cultural como medio de expresión de la agitación, tal y como se ha expuesto. Aunque hayamos explicado que el proceso social del arte está inevitablemente conectado a la lucha de clases, entendemos que no “todo arte” puede ser categorizado directamente como agitación política, y aceptamos, además, que la agitación política no es la única función que puede desempeñar el arte. Sin embargo, es evidente que todo arte sí tiene un elemento de agitación en potencia, que debe ser instrumentalizado para la lucha cultural. Como observara Lunacharski:

El proletariado y su partido de vanguardia –los comunistas– nada necesitan en tan gran medida como el contagio de las almas de las masas con sus estados de ánimo. (...) El arte, si es sano, si atrae a su cauce a los mejores hombres de los mejores grupos de su tiempo, se colma, naturalmente, de las más grandiosas ideas y sentimientos de la época y constituye él mismo una sonora y colorida agitación de la humanidad, que la eleva a las cumbres del entusiasmo y de la abnegación del individuo en nombre del todo⁴¹.

41. Lunacharski, A. (1981 [1919]), “Agitación y arte”, *Sobre cultura, arte y literatura*, Habana: Editorial Arte y Literatura, p. 125.

42. “Un grupo social que entra en la vida histórica con actitud hegemónica, con una seguridad en sí mismo que antes no tenía, tiene necesariamente que suscitar de sí personalidades [artísticas] que antes no habrían hallado fuerza suficiente para expresarse cumplidamente en un sentido determinado”, Gramsci, A., “Arte y lucha por una nueva civilización”, *Escritos*, Madrid: Alianza, p. 332.

Todo arte es producto de la historia y, al mismo tiempo, medio para incidir en ella: al impregnarse de “las más grandiosas ideas y sentimientos de la época”, deviene también herramienta para expandir tales ideas y sentimientos. En efecto, todo arte tiene capacidad de apelar a las estructuras ideológicas y a los afectos de las masas, pero sólo cuando conecta estrechamente con la voluntad ético-política de la clase ascendente y es utilizado conscientemente por ella como arma para su lucha de clases, se convierte en medio de agitación política. De igual modo, hoy día, la táctica renovada para el campo del arte debe encontrar su razón de ser, justamente, en la renovada voluntad ético-política del Movimiento Socialista contemporáneo⁴², condición indispensable para la tarea que se propone: organizar la reactivación de la potencia revolucionaria del arte.

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

En un sentido histórico, la “reactivación” de tal potencia revolucionaria se refiere a la actualización del proyecto para el campo artístico ligado al programa histórico socialista, inacabado por consecuencia directa del agotamiento del ciclo revolucionario anterior. Existe, efectivamente, un “hilo rojo” que se puede trazar en la historia moderna del arte: la dimensión artística de la historia de la lucha de clases revolucionaria. Nos referimos al contenido histórico-social radicalmente antagónico de los proyectos artísticos burgués y proletario, en su lucha histórica por convertirse en sujetos portadores de la Modernidad. Entendemos, pues, que las categorías referidas al arte desarrolladas por la modernidad capitalista –autonomía, artista, especialización, etcétera⁴³– tendrían contenidos antagónicos en el proyecto histórico del proletariado revolucionario.

Inaugurado al final del primer ciclo revolucionario durante la Comuna de París⁴⁴, el hilo rojo del arte recorrería todo el segundo ciclo, del realismo comprometido post-romántico de finales del siglo XIX, hasta las vanguardias artísticas comunistas, especialmente en su variante bolchevique. En el conjunto de esas expresiones y en sus proyectos artístico-sociales publicados en manifiestos y declaraciones⁴⁵, se aprecia un programa –aunque difuso e inacabado– socialista para el campo del arte: (1) la liberación y el pleno desarrollo del arte entendidos dentro de la emancipación del trabajo en general, y la autonomía del arte entendida como libertad política derivada de ella, frente a la concepción burguesa de autonomía como privilegio de clase; (2) la concepción del arte como técnica y, por tanto, la especialización del arte conectada a la superación de la división del trabajo manual e intelectual y completamente unida a la vida social, transformándolo técnicamente al servicio de una vida común mejor, frente a la especialización individualista y privilegiada de la concepción burguesa; (3) la socialización de toda producción artística de la historia de la humanidad y el acceso libre y universal a ella, frente a la concepción mercantil y elitista; (4) y todo esto basa-

43. Para una historia de los “cambios en las estructuras de significado” en el campo del arte a partir del siglo XVIII y la revolución industrial, ver: Williams, R., *Cultura y sociedad*, 1987 (1959), Buenos Aires: Nueva Visión.

44. Para una lectura más completa de la experiencia artístico-cultural de la Comuna y para profundizar en la idea del proyecto histórico proletario para el campo del arte, véase: EKIDA, “El lugar del arte y de la cultura en la Comuna de París”, *Arteka* 17, mayo 2021.

45. Unos ejemplos paradigmáticos: “Los artistas de París, adherentes a los principios de la República Comunal” que “se constituyen en federación” en el Manifiesto de la Federación de los Artistas de París proclamado el 14 de abril de 1871; la adhesión al bolchevismo de movimientos vanguardistas rusos como el futurismo y el constructivismo, desde la cual piensan sus manifiestos (ver Rodchenko, A. y Ste-

panova, V., “Manifiesto Productivista”, 1920); el concepto de Teatro Político desarrollado por Piscator (*Erwin Piscator: teatro, política, sociedad*, ed. de Vicente Hernando, C., 2013, Madrid: CdDC) y los conceptos de “lo popular” y “lo realista” de Brecht (“Against Georg Lukács”, *Aesthetics and Politics*, 1977, Londres: Verso, pp. 68-85).

46. “¿Cuánto idealismo existe en el hecho de imaginar que el arte, por sí mismo, puede resistirse a toda asimilación! La cuestión de la asimilación tiene que ver con la política, no con la cultura”, Eagleton, T., *La estética como ideología*, 2011, Madrid: Trotta, p. 452.

47. Los elementos estéticos vanguardistas, que son pensados y desarrollados para cumplir funciones directas para el comunismo internacional, son vaciados de todo contenido revolucionario y constituyen un punto importante tanto para el desarrollo de la publicidad capitalista moderna como para la cultura posmodernista.

48. “La «crítica marxista» brota de periodos de derrota proletaria y de incorporación parcial”, Eagleton, T., *Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism*, 1981, Londres: Verso, p. 96.

do en la necesaria adhesión a una nueva disciplina al proyecto común proletario.

Todas esas ideas, expresadas y desarrolladas en puntos álgidos de la historia de la lucha de clases moderna, pueden ser consideradas como fundamentos del programa histórico socialista para el campo del arte. Como hemos señalado, el carácter inacabado de dicho proyecto es consecuencia directa del agotamiento de las revoluciones socialistas a las que pertenecía. Por ende, todos esos proyectos fueron “integrados”⁴⁶ por la burguesía y su industria cultural emergente, sus expresiones artísticas cosificadas como obra e incluso utilizadas para la contrarrevolución⁴⁷ y, desde luego, su potencia política totalmente aniquilada.

De todo esto se deriva la actual situación del campo artístico, donde la impotencia política del arte se explica definitivamente por su imposibilidad de estar enraizado en un movimiento político de índole revolucionaria, es decir, por la ausencia misma del proletariado socialista como agente histórico. La llamada “estética marxista” que se desarrolló a partir de la Segunda Guerra Mundial debe ser entendida como producto de ese mismo momento de derrota⁴⁸. Dicha estética constituye las bases del actual arte político de izquierdas y debe ser por tanto criticada y superada en sus dos paradigmas fundamentales: el del arte comprometido y el del formalismo izquierdista.

La concepción actual del arte político, comprometido o de corte social, y la figura del “artista comprometido” que le corresponde, se desarrollan en buena medida a partir de la década de 1930 a través de la práctica de artistas ligados a partidos comunistas de la posguerra en proceso de burocratización y a la ideología frentepopulista. Es en ese momento –que también coincide, no casualmente, con el desarrollo de las sociedades de consumo y la nueva industria cultural– cuando se inaugura este nuevo paradigma del arte político de izquierdas, cuya formulación más clara ofrece el concepto sartreano

de *compromiso*⁴⁹. Este concepto sintetiza y canoniza la figura del artista comprometido de manera no-orgánica: un compromiso consciente y profundamente político, pero basado en la individualidad y la libertad artística⁵⁰. Se desarrolla así la ya conocida figura del artista de izquierdas que cumple su función política no ya a través de organizar el arte dentro de la estrategia socialista general, sino a través del mensaje de su propia obra, la crítica social puntual y la denuncia pública⁵¹. El arte político de izquierdas contemporáneo deviene en gran medida del desarrollo de este paradigma.

El segundo paradigma se refiere al formalismo izquierdista. Es Theodor W. Adorno el que desarrolla definitivamente este paradigma y lo hace, justamente, a través de su crítica al concepto de arte comprometido o *engagé* antes expuesto.⁵² Adorno señala correctamente la impotencia tanto política como artística del arte comprometido, pero, en lugar de dirigir su crítica a un paradigma histórico concreto, lo formula como una crítica absoluta al arte político. Según él, el arte político se opondría “en rígida antítesis” al concepto de “arte puro”, vale decir, al “proceso artístico de producción” mismo, que en su estado puro y autónomo constituye una forma superior de la verdad social contenida en la obra de arte y que resistiría, él mismo, a la lógica de la producción mercantil capitalista. Esto se debe a que para Adorno “a pesar de todo hay un elemento liberador en la autoconciencia que finalmente el arte burgués logra de sí mismo como burgués”⁵³, y por tanto el arte, en su mismo desarrollo contradictorio, tiende a su autoliberación. Por ende, el paradigma del formalismo izquierdista rechaza el debate sobre el contenido de la obra de arte y se preocupa sobre todo de sus leyes formales internas, porque sobredimensiona las potencialidades liberadoras contenidas en el carácter contradictorio de las formas artísticas, aun en la ausencia total del proletariado revolucionario, agente indispensable para el despliegue de dichas potencialidades. De esto se deriva su tenaz consigna de la independencia del arte de todo vínculo político.

49. Sartre, J. P., *¿Qué es la literatura?*, 1976 (1948), Buenos Aires: Losada.

50. “(...) entendemos que el escritor debe comprometerse por completo en sus obras y no proceder con una pasividad abyecta (...), sino con una voluntad decidida y con una elección, como esa empresa total de vivir que somos cada uno”, *Ibid.*, p. 71.

51. La impotencia política de este paradigma lo representa el mismo Sartre, quien “mantuvo una serie inigualada de intervenciones personales por la causa del socialismo internacional, al escribir importantes ensayos sobre Francia, Hungría, Algeria, Cuba, el Congo, Vietnam y Checoslovaquia, pero sin un conocimiento íntimo de la herencia clásica del marxismo y sin influencia sobre el movimiento obrero de su propio país”, Anderson, P., *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid: Siglo XXI, p. 59.

52. En la línea de su conocido análisis, Adorno señala que el arte *engagé* no sólo no escapa a la lógica de la industria cultural capitalista, sino que directamente lo reproduce al “degradar” el arte “al nivel de meros medios, a elemento del contexto de influencia, a manipulación psicológica” y al tener “que seguir la línea de mínima resistencia de los consumidores”, “El artista como lugarteniente”, *Crítica cultural y sociedad*, 1984 (1953), Madrid: Sarpe, p. 213.

53. *Ibid.*, pp. 215-216.

54. Ambos paradigmas deben ser entendidos así como correlatos estéticos del paradigma general del llamado marxismo occidental, con el cual comparten los elementos constitutivos: el ser productos del momento de derrota del movimiento comunista y, por consecuencia, la disociación progresiva entre la teoría y la práctica política.

Aunque contribuyen notoriamente a la crítica estética marxista, ambos paradigmas fracasan en sus propuestas positivas. El formalismo izquierdista sobredimensiona las potencialidades liberadoras del arte en sí, articulado en forma de mercancía, que en su estado puro resiste él mismo a su subordinación capitalista; el segundo paradigma se constituye sobre el concepto de compromiso basado en la libertad individual del artista y sobre la función política del arte fuera de todo vínculo con una estrategia integral. De esta manera, comparten en su base el mismo problema: presuponen la posibilidad de la libertad artística real bajo la categoría del trabajo privado y se basan, por tanto, en la concepción burguesa de la autonomía del arte. Así, ambos paradigmas apuntan a cuestiones fundamentales del socialismo para con el arte, pero son impotentes en sus propuestas políticas: no es posible la emancipación del arte por el arte, ni una genuina función política del arte, sin vincularse a la estrategia revolucionaria integral. Esta impotencia tiene asimismo su razón de ser histórica, ya que ambos paradigmas son productos de un momento histórico de derrota y proceso de integración del comunismo y, en ese sentido, son pensados desde la imposibilidad efectiva de poder enraizarse en el movimiento revolucionario de masas⁵⁴. Por tanto, ambos son paradigmas a superar tanto teóricamente como históricamente.

Ni el arte en sí puede resolver los problemas sociales, ni puede resolver sus propios problemas, los cuales de base son problemas sociales. Sólo la lucha política del proletariado y la revolución social pueden. El problema de la subordinación del arte es el problema del capitalismo. Su superación se convierte así en condición primera para la emancipación del arte y su vínculo como herramienta para la política revolucionaria, por tanto, en imperativo estratégico. El libre desarrollo del arte –su verdadera autonomía– y su vínculo consciente a la lucha de clases revolucionaria están necesariamente unidos en relación dialéctica.

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

Esa misma relación dialéctica es la que debe sintetizar una táctica socialista para el campo del arte. Su reconfiguración tanto técnica como política se articulan unitariamente bajo las nuevas categorías que denominamos *artista colectivo* y *arte socialista*, totalmente conectadas con la nueva estrategia socialista. El arte se constituye así como medio de expresión de la conciencia socialista, organizada como rama técnica particular del partido comunista de masas en construcción.

Llamamos artista colectivo al órgano específico de poder técnico, dedicado a la producción artística, del partido comunista en construcción, como base principal para la nueva forma social de la producción artística. En este sentido, el artista colectivo es estrictamente una rama particular e interdependiente del obrero colectivo consciente articulado por el partido comunista como “la plataforma de construcción de la economía socialista”, organizado en “órganos de poder técnico del partido, tan diversificados como necesarias sean las capacidades técnicas para responder a la estrategia en todos los frentes”⁵⁵. Por tanto, el artista colectivo es la forma organizativa de todas las capacidades técnicas del campo del arte y del trabajo artístico bajo una nueva ética económica socialista, consciente y militante.

El concepto de artista colectivo choca frontalmente con la concepción burguesa del artista individual, la cual es falsa de base. Tal concepción, que predica una idea del autor como genio autónomo y creador *ex nihilo*, creada a partir del artista romántico y desarrollada durante toda la época moderna, puede ser entendida como transposición de la concepción burguesa del individuo abstracto. Esta concepción mistifica el carácter intrínsecamente social del ser humano, abstrayéndolo de las relaciones sociales que lo constituyen.

Esto también es cierto en el campo artístico. En un sentido evidente el proceso de producción de toda obra de arte es un proceso colectivo: la producción cinematográfica es el ejemplo paradigmático, la cual, más allá de tal autor o tal director,

55. *Nueva Estrategia Socialista*, “II. El partido comunista como obrero colectivo consciente”.

requiere un complejo proceso técnico basado en una estricta división del trabajo, desde los actores, hasta los camarógrafos y técnicos de luz, pasando por guionistas y músicos; aunque también la producción musical, el teatro, la literatura y demás disciplinas artísticas dependen totalmente de procesos colectivos de producción. Pero incluso en un sentido más abstracto, toda obra de arte particular no es sino la síntesis de la totalidad del desarrollo histórico de la técnica artística y los artistas individuales productos de las relaciones sociales de cada época. No existen artistas que crean *ex nihilo*, ni obras de arte únicas en sentido estricto, sino artistas y obras inmersas en las relaciones sociales históricamente concretas, que se relacionan necesariamente con el desarrollo histórico de toda la producción artística y dependen completamente de ello⁵⁶.

56. "(...) este verdadero proceso de desarrollo [artístico] puede ser comprendido como un complejo de relaciones activas dentro del cual el surgimiento de un proyecto individual y la verdadera historia de otros proyectos son continua y sustancialmente interactivos", R. Williams, *Marxismo y literatura*, 2009 (1977), Buenos Aires: Las Cuarenta, p. 257.

57. En su artículo "El autor como productor", Benjamin defiende que la "refuncionalización" del arte en un sentido revolucionario se basa, justamente, en que el artista deje "de ser un proveedor de un aparato de producción para convertirse en un ingeniero cuya tarea consiste en acomodar dicho aparato a las finalidades de la revolución proletaria", en *Iluminaciones*, 2018 (1934), Barcelona: Taurus, p. 117.

58. *Nueva Estrategia Socialista*, "II. El partido comunista como obrero colectivo consciente".

Por tanto, el artista colectivo es la rama artística del obrero colectivo consciente, la asociación de trabajadores del arte y de capacidades técnicas articulada, ya no externamente por el capital, sino por el Partido Comunista como obrero colectivo *para sí*, articulado con un fin común por los productores mismos⁵⁷. Así, el artista colectivo, junto con los demás órganos técnicos del partido en el proceso de construcción económica del socialismo, puede convertirse en medio para la socialización de la producción artística, que sólo será el resultado final de la revolución social y la expoliación del enemigo de clase⁵⁸.

En el sentido más inmediato, la organización del artista colectivo supone la tarea de unificar a destacamentos artísticos cualificados y politizados bajo órganos de poder socialista. Así, se puede entender el artista colectivo como capacidad técnica e inteligencia artística organizadas de forma unitaria bajo la disciplina militante y subordinadas a la dirección del partido comunista. Esto de partida supone un gran avance respecto a modelos de intervención política del arte de corte comprometido –los cuales ya se han expuesto anteriormente–, ya que se unifican y se amplían las capacidades artísticas y se dirigen a un mismo fin, totalmente ligado a la estrategia

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

socialista. Desde esa base, y bajo el mismo concepto político y organizativo, se pueden abrir líneas de trabajo en todas las disciplinas artísticas posibles y organizar procesos de trabajo artístico subordinados a la ética socialista. De esto se deriva la concepción totalmente militante del artista⁵⁹, en completa oposición a la forma burguesa del trabajo artístico mercantilizado y salarizado. Los artistas militantes deben ser continuamente desarrollados tanto políticamente como técnica y formalmente, de manera totalmente unitaria. De hecho, la forma de artista colectivo es la condición para que el desarrollo artístico de los artistas se conecte definitivamente a su desarrollo político: para que su motivación artística (personal) y su motivación ético-política (colectiva) sean una misma.

Sobre todas estas tareas se edifica el artista colectivo como órgano de producción y plataforma para la distribución universal, gratuita y de calidad del arte socialista, que a su vez sirve como nueva forma de articular el proceso social del arte.

El arte socialista, segundo concepto fundamental de la táctica para el campo del arte, es la expresión estética que tiene en su base toda la plataforma técnica y organizativa que acabamos de exponer. El arte socialista es la expresión estética de la conciencia socialista, y está compuesto por el corpus de obras y de tradiciones del pensamiento estético surgidos en el desarrollo del movimiento obrero revolucionario. Por tanto, el núcleo fundamental del arte socialista lo constituye la teoría marxista, su concepto práctico la agitación política y su material expresivo todo el desarrollo de la técnica artística.

De esto se deduce que nuestro concepto de arte socialista se aleja radicalmente del vanguardismo abstracto y del proletkulturalismo, los cuales predicán la idea de una ruptura total con todo el desarrollo artístico-cultural hasta el momento y la creación *ex nihilo* de una cultura y un arte nuevos. El arte socialista no puede ser creado de la nada⁶⁰: solamente puede ser producto de todo el desarrollo técnico-formal del arte que es, finalmente, apropiado y empleado por el proletaria-

59. "Los órganos de poder deben tener su capacidad de ejecución en la disciplina militante exactamente igual que los cuadros políticos", *Ibid.*

60. Lenin, en su crítica demoledora a las instituciones proletkulturalistas, les reprochaba querer crear una "cultura de laboratorio". Ver: Lenin, V. I., "Tesis sobre cultura proletaria", *Escritos sobre la literatura y el arte*, Barcelona: Ediciones Península.

do revolucionario para su lucha política. Por tanto, nuestro concepto de arte socialista está necesariamente inmerso en el desarrollo histórico general del campo del arte y, más especialmente, en la tradición del arte socialista mismo, constituido por el conjunto de obras y por la teoría estética creadas por el movimiento revolucionario. Por tanto, una táctica para la reactivación del arte socialista tiene como tarea fundamental el estudio sistemático de esas obras y tradiciones de pensamiento, tanto nacionales como internacionales, a manera de apropiarse de toda la experiencia generada en la lucha de clases hasta ahora.

Si bien es verdad que el concepto de arte socialista no surge de la nada y está inmerso en la tradición desarrollada durante toda la historia del socialismo, no se reduce en absoluto a obras y teorías estéticas concretas. Aun siendo de mayor importancia el conocimiento de dicha tradición, hay que resistirse a la tentativa de absolutizar las formas artísticas del pasado como formas privilegiadas para la política socialista.⁶¹ Este peligro es especialmente latente en el actual momento de derrota y fase reconstitución del comunismo, donde la ausencia de referencias útiles contemporáneas puede conllevar una postura nostálgica de aferrarse a las formas más notables de momentos álgidos de la lucha de clases. Nuestra actividad, en cambio, debe ser pensada desde la situación actual: desde el conocimiento de la tradición socialista, pero también de las formas artísticas contemporáneas aún articuladas dentro de la cultura capitalista. El concepto del arte socialista, más que un concepto estético, es un concepto político: es la refuncionalización de la técnica artística en un sentido socialista.

Por consiguiente, la actividad del arte socialista, como medio de expresión de la agitación política, tiende siempre a las masas⁶². La función masiva que el capitalismo avanzado ha dotado a la producción artística, puede ser rearticulada por la estrategia socialista y utilizada como medio de intervención para la lucha cultural. El arte urbano y el graffiti actualmente no escapan al individualismo y a la autorreferencialidad pro-

61. “El concepto de realismo socialista no es algo que debiera sacarse de las obras y estilos existentes. El criterio no debería ser si una obra o una descripción se parecen a otras obras y otras descripciones que se incluyen en el realismo socialista, sino si es socialista y realista”, Brecht, B., “Sobre el realismo socialista”, *Manifestos por la revolución*, 2002, Madrid: Debate, p. 61.

62. Es de especial interés el concepto de *lo popular* de Brecht: “*Popular* significa: inteligible para las masas, adoptando y enriqueciendo sus formas de expresión / asumir, confirmar y corregir su posición / representar la sección más avanzada de las masas para que asuma su liderazgo (...) / relacionarse con y desarrollar las tradiciones”,

NOTAS SOBRE LUCHA CULTURAL SOCIALISTA

pia de la ideología capitalista, pero articulados por la ideología socialista ¿podrían servir como medios artísticos para la agitación directa y para la propagación masiva de las referencias políticas socialistas en la calle? La música urbana, el hip hop y derivados, cumplen actualmente la función clara de reproducir la ideología reaccionaria, pero ¿no podrían apelar a los afectos de su público y denunciar las problemáticas sociales de la época de crisis capitalista, convirtiéndose así en medios de expresión de la conciencia socialista? El artista socialista es el agitador por medio del arte⁶³ y, como todo agitador, debe disponer de especialización técnica –en el caso que nos ocupa, de capacidades artísticas– y de sensibilidad cultural para la intervención política en la cultura proletaria actual. Así, el arte socialista debe primar las formas artísticas populares de la cultura proletaria actual, incorporarlas y reconfigurar sus potencialidades en un sentido político socialista. Así, las formas artísticas actualmente articuladas por el capital, podrían desplegar sus potencialidades emancipatorias que contienen y cumplir una función realmente revolucionaria, únicamente si son articulados por el proletariado revolucionario y la conciencia socialista.

En definitiva, cuanto más empieza a temblar el viejo edificio social, tanto más importante se vuelve la agitación. A ella pertenece el papel protagonista en el drama llamado “convulsión social”. Se sigue de ahí que si los socialistas desean jugar un papel activo en la venidera revolución, deben aprender a ser agitadores. La propaganda trata sobre el nexo racional entre la crisis y la revolución. La agitación busca el nexo práctico.

“Against Georg Lukács”, *Aesthetics and Politics*, 1977, Londres: Verso, p. 81.

63. Lenin se refirió a Eugène Pottier, destacado militante de la I. Internacional y autor del poema de “La Internacional” y el libro *Chants Révolutionnaires*, como “propagandista por medio de la canción”.



ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE: ACUMULACIÓN Y LUCHA DE CLASES ANTE UNA ERA DE CATÁSTROFES

PABLO C. RUIZ

Desde los años 70, la clase obrera occidental ha visto su vida atravesada por dos realidades hoy ya más que asentadas, pero que marcan una diferencia sustancial con el periodo inmediato tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, la desaparición casi total de espacios para su organización como sujeto político. Por otro lado, y en relación interna con lo anterior, el empeoramiento constante de sus condiciones de vida. Tanto por su intensidad como por su prolongación, el actual repliegue político y económico del proletariado no encuentra parangón en la historia del capitalismo.

Tan sólo fueron necesarias las dos primeras décadas del ciclo neoliberal para acabar con prácticamente todo el tejido asociativo obrero construido durante la posguerra y desatar

así un proceso de proletarización. La represión permanente de toda oposición real al nuevo contrato social neoliberal fue el correlato político del proceso de empobrecimiento de la clase trabajadora.

El último medio siglo es la historia de la caída del bloque socialista, de la desaparición de los grandes sindicatos y sus huelgas, de la culminación del proceso de integración de los partidos socialistas y comunistas en las instituciones políticas del capital; también del progresivo desmantelamiento del Estado del Bienestar, de la devaluación de los salarios y de la pauperización general de las capas medias y proletarias de occidente. Cincuenta años de derrota y retroceso.

A pesar de este desolador contexto, la reflexión acerca del qué hacer ha seguido quebrantando la mente de muchos y muchas que han decidido no resignarse. Incluso en la época en la que nada de lo imaginable coincide con alternativas reales al orden social capitalista, una parte de la clase trabajadora ha seguido luchando. Buen ejemplo de ello son las movilizaciones contra la guerra, contra la crisis, por la vivienda, contra las reformas laborales y educativas, en defensa de los servicios públicos o contra diferentes formas de discriminación. Si es justo reconocer que la miseria creciente de las últimas décadas es prueba del triunfo de la ofensiva del capital sobre el proletariado, también lo es el hecho de que la clase, ocasionalmente, ha respondido con determinación y compromiso.

En este sentido, los procesos de lucha colectiva, en ocasiones casi instintivos, generalmente minoritarios y fugaces, y muchas veces restringidos al primer impulso que provoca la injusticia capitalista, no hacen sino expresar el conflicto latente en las vidas de los proletarios. Las protestas, demandas espontáneas, manifestaciones, okupaciones, incluso también el sufrimiento instalado en nuestras vidas que provoca el ritmo acelerado y frustrante del capitalismo, son índices de un problema histórico que aún no ha encontrado solución.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

Elementos que, en definitiva, nos recuerdan la necesidad de la sociedad comunista.

Para dotar de un sentido estratégico a la actividad política de las minorías movilizadas, a la espontaneidad de los trabajadores y las estudiantes, y a las futuras protestas que el capitalismo generará, los comunistas organizados en movimiento tienen que construir herramientas políticas hegemónicas, cuyo objetivo sea transformar el malestar y las injusticias generales en capacidades políticas revolucionarias. Es por ello por lo que la tarea central de los militantes, la respuesta a la cuestión del *qué hacer*, pasa por la *reconfiguración del horizonte cultural del comunismo*.

Para llevar a cabo esta tarea, el análisis científico y riguroso de las condiciones reales en las que el conflicto clasista se desarrolla es un primer paso irrenunciable. Para que cualquier tesis política no acabe siendo un brindis al sol sin fundamento, los comunistas han de comprometerse con el estudio de la realidad social, pues sólo del examen preciso de las condiciones concretas de la lucha de clases –de las formas que esta adopta– puede surgir una propuesta estratégica para la organización racional «de todos los instrumentos de producción, cuya fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria»¹. Es decir, sólo considerando «con estricta objetividad, antes de emprender una acción política, las fuerzas de clase y las relaciones mutuas»² es posible orientar la praxis política de la organización proletaria en un sentido revolucionario³.

Es importante recordar la tesis de Gramsci⁴ de que «si un científico se equivoca en su hipótesis, no es tan grave, después de todo: se pierde una cierta cantidad de riqueza, de cosas: una solución se precipita, un globo se revienta», pero que «si el hombre político se equivoca en su hipótesis, es la vida de los hombres la que corre peligro, es el hambre, es la rebelión, es la revolución para no morir de hambre». La acción política no fundamentada científicamente –aquella que ignora la

1. Marx, Karl. (1846): “Capítulo segundo: La metafísica de la economía política. § V. Las huelgas y las coaliciones de los obreros” en Miseria de la filosofía, disponible en: <https://www.marxists.org/>

2. Lenin, V.I. (1920): La enfermedad infantil izquierdismo en el comunismo. Akal, Madrid, p.36.

3. Esto, huelga decir, exige también el estudio y la crítica de la historia política de la clase trabajadora -de la que somos orgullosos herederos- porque da forma a nuestro punto de partida y constituye un cúmulo de riquísimas experiencias para pensar en la transformación del presente.

4. Gramsci, Antonio. (1917): Odio a los indiferentes. Ariel. Barcelona. p.22. 2017

necesidad de desarrollar la teoría revolucionaria— no es más que voluntarismo inocente, incapaz y, en última instancia, cómplice del estado actual de las cosas.

La idea básica es la siguiente: es imposible transformar aquello que se desconoce. Para que la conciencia socialista sea una conciencia organizada —transformadora— y no un ejercicio individual y estrictamente teórico, en cuyo caso nada tendría que ver con la conciencia en un sentido marxista, los comunistas debemos hacernos cargo de examinar, comprobar y corroborar constantemente las condiciones históricas que dan sentido a nuestra praxis.

Sólo así organización y estrategia pueden tener un sentido verdaderamente transformador. Sin conocimiento, reflexión y debate colectivos no hay práctica militante consciente. Mucho menos efectividad política. La política revolucionaria alejada de la ciencia y la reflexión del conjunto acaba degenerando en seguidismo sectario de unas ideas que no se comprenden, y que por lo tanto no pueden inspirar la actividad de los militantes. Renunciar al conocimiento científico implica renunciar a la revolución.

En este capítulo trataré de desplegar los elementos que considero centrales en lo que respecta al análisis de las formas institucionales de la lucha de clases, para finalmente esbozar algunas conclusiones estratégicas.

COYUNTURA

En 1920, Lenin reivindicó en la revista vienesa *Kommunismus*⁵ que «lo que constituye la esencia misma del marxismo, su alma viva, es el análisis concreto de la situación concreta». Lenin fue siempre un firme defensor, y así lo demuestra su historia, de la necesidad de comprender el conjunto de condiciones sobre las que pretende incidir cualquier acción militante revolucionaria. A eso es a lo que llamamos un aná-

5. Lenin, V.I. (1920): “El Comunismo”. *Kommunismus*. N° 1-2. Disponible en inglés en: <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1920/jun/12.htm>

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

lisis marxista de coyuntura: al examen concreto de la lucha de clases en las distintas instancias en las que se expresa para orientar la actividad política del proletariado hacia la revolución socialista. Desde este punto de vista, los análisis de coyuntura «no pueden y no deben convertirse en fines en sí mismos», que diría Gramsci. Más bien al contrario «adquieren un significado sólo en cuanto sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad»⁶. Conocer para transformar.

El análisis marxista de coyuntura, además, no puede ser el retrato de una imagen congelada aderezada con datos y estadísticas. El análisis marxista de coyuntura es el estudio del desarrollo histórico de las tendencias económicas capitalistas, que constituyen el movimiento real de la lucha de clases, y se vale del marco categorial de la crítica de la economía política para conocer la realidad.

Detenernos a examinar la manifestación inmediata del presente sólo tiene sentido como expresión del desarrollo histórico de las dinámicas que lo determinan. Así, nos ceñiremos a repasar el desempeño institucional del capitalismo occidental desde la posguerra para tratar de arrojar luz sobre cómo hemos llegado hasta aquí y qué lecciones histórico-prácticas podemos extraer del estudio.

EL SUEÑO KEYNESIANO

Tras la gran crisis del 29 y el fin de la guerra, las sociedades occidentales capitalistas experimentaron dos procesos de reconversión. Por un lado, la conformación de sociedades de consumo de masas, gracias a las altas cotas de productividad industrial y la expansión del Estado como garante del “pleno empleo”. Por otro lado, el avance político del tejido organizativo de la clase trabajadora y su nuevo papel en la gestión del capitalismo. Se da así en la segunda mitad del siglo veinte un proceso de integración sistémica del proletariado (o de una

6. Gramsci, Antonio. (1932-1933): Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno. Cuaderno XIII. Cuadernos de cárcel.

buena parte del mismo), en dimensiones tanto económicas como políticas, en el que la fusión entre desarrollo tecnológico, Estado y consumo obrero da forma a un ciclo de acumulación en expansión.

Sobre esta alianza interclasista de pies de barro se asentaron los cimientos de la ficción keynesiana por excelencia, a saber, aquella que aspira a conciliar los intereses contradictorios de la sociedad burguesa bajo el amparo del Estado y la política pública. El entramado institucional capitalista de la época así lo refleja: las decisiones empresariales estaban en según qué sectores altamente influenciadas por la actividad sindical, y el Estado aplicaba políticas destinadas a garantizar educación, sanidad, vivienda, empleo y otros servicios a la clase trabajadora, gracias a la financiación que le proporcionaba el Banco Central a través de la compra directa de deuda pública.

La acumulación de capital crecía a unos ritmos hoy inconcebibles y la ganancia capitalista consolidaba la posición social de una burguesía obligada a pactar, pero en ningún caso sometida al poder político del proletariado. La realidad, se hecho, era la contraria: las concesiones de las que el proletariado pudo beneficiarse tenían como requisito y objetivo que el poder político y económico siguiera firmemente en manos de la burguesía.

Si bien es cierto que occidente más que una región geográfica es un polo de poder imperialista integrado por realidades nacionales tan numerosas como diversas, en donde la articulación entre Estado y Capital es por principio variada, la conjunción entre capitalismo, desarrollo económico y constitución de sociedades de clases medias es, en mayor o menor medida, un elemento rastreable en casi todos los países.

Por lo tanto, en términos de lucha de clases, es preciso hablar de la capacidad real del proletariado organizado para controlar parcialmente (o influir sobre) los procesos produc-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

tivos, la distribución del producto y la política pública del Estado, a través de la actividad política o sindical. La lógica de la presión-integración marcó el desarrollo del conflicto entre el capital y el trabajo en la época de posguerra, y permitió arrebatar una porción considerable de la potencial ganancia en forma de salario directo, indirecto y diferido a las burguesías occidentales. Es importante señalar también que en muchas ocasiones la ampliación del fondo salarial coincidió con la necesidad del capital de formar una clase productiva sana, educada y con capacidad de consumo, que adecuara el régimen de acumulación nacional al estándar competitivo internacional.

Como lección político-histórica, lo que nos interesa señalar aquí es que la política obrera de la época no fijó las bases organizativas y políticas necesarias para la superación del modo de producción capitalista. Aun siendo capaz de suspender temporalmente el despliegue de algunas tendencias económicas capitalistas, principalmente mediante políticas fiscales y monetarias expansivas, la integración económica y política del proletariado nunca se tradujo en la anulación de los presupuestos materiales de la acumulación capital.

Más bien al contrario: la posición integrada del proletariado –que permitió a una buena parte de la clase emanciparse del presentismo que siempre había dado forma a la vida del proletario– sentó al mismo tiempo los pilares para su ulterior repliegue. Dicho de otra manera: los principios económicos sobre los que se edificaron la expansión salarial, el consumo de masas y la ganancia burguesa durante aproximadamente dos décadas fueron los mismos que condenarían al capitalismo keynesiano a la crisis estructural y a la clase obrera a sus derrotas futuras. Es lo que el marxismo ha caracterizado como contradicciones internas del capital.

La intensificación de las relaciones de competencia empresarial, la pulsión impersonal hacia la innovación, el aumento de la productividad y el constante ahorro de trabajo

vivo –que en el capitalismo constituyen una unidad– socavaron la capacidad productora de plusvalor del capital, deprimiendo la tasa de ganancia hasta provocar recesiones por toda la geografía occidental y agotando el ciclo de acumulación de posguerra.

En definitiva, el anclaje del bienestar social proletario a la expansión económica capitalista y no a un programa revolucionario fue lo que condenó a este proyecto al fracaso. En el modo de producción capitalista, las condiciones de vida de la clase trabajadora en el largo plazo han de retroceder para sostener las bases de la acumulación de capital. La lógica económica que permitió la expansión industrial al inicio del ciclo fue la misma que exigió el repliegue ulterior del fondo salarial.

El sueño keynesiano saltó por los aires y el capitalismo se adentró en una revolución económica, política y cultural cuyo objetivo no fue otro que el de recomponer la correlación de fuerzas, reforzando la posición del capital y aplastando todo atisbo de organización obrera.

Hablamos de la intensificación de la ofensiva capitalista, ya que la propia reproducción social capitalista es en sí misma una ofensiva del capital sobre el trabajo –en tanto que reproduce relaciones sociales fundamentadas en la explotación económica y la alienación política–. Por intensificación nos referimos, entonces, a la agudización de las contradicciones internas a la producción de plusvalor y al agotamiento de los mecanismos para la suspensión de estas contradicciones –lo que inevitablemente se traduce en el recrudecimiento del proceso de proletarización generalizado y en la adaptación del marco político a las nuevas exigencias de la lucha de clases. En términos más simples: la burguesía no sólo mantiene su poder a costa de someter política y económicamente al proletariado, sino que, para mantenerlo en el largo plazo, ha de ir intensificando su posición dominante. Esta idea se irá aclarando a lo largo del artículo.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

En resumen, las dos grandes lecciones históricas que nos deja el periodo de posguerra son, primeramente, que el keynesianismo, como ideología del Estado, quedó desarmado frente a su mayor tormento, a saber, la crisis. La promesa de estabilidad del keynesianismo se esfumó ante la irrupción de la crisis y el agotamiento estructural que la crítica de la economía política reconoce como inevitables.

En segundo lugar, que el reformismo, como proyecto que tiene por fin último la integración política del proletariado en las instituciones capitalistas, es un proyecto fallido no sólo para las aspiraciones revolucionarias de la clase, sino de acuerdo con su mismo propósito armonizador. El capitalismo no se puede permitir la influencia política de grandes organizaciones obreras reformistas. Tampoco el reparto de una porción considerable de la producción entre los desposeídos que de sentido a la sociedad de clases medias. El capitalismo necesita una clase obrera cada vez más pobre y completamente privada de la capacidad de influir en las políticas del Estado. La caída del keynesianismo de posguerra es la expresión histórica de los límites del programa de la socialdemocracia y la viva prueba de que los proletarios bajo el régimen capitalista «no tienen nada que perder salvo sus cadenas»⁷.

LA RESTAURACIÓN NEOLIBERAL

Ideología, conjunto de políticas, proceso de financiarización, globalización, revolución neoclásica, reconstrucción política del Estado, etapa del capitalismo. El neoliberalismo ha sido definido por académicos, movimientos e instituciones de muchas maneras. La formulación que aquí más nos interesa es la siguiente: el neoliberalismo como forma concreta de la ofensiva capitalista.

Esta caracterización tiene por base dos elementos. Primero que nada, *el privilegio* del concepto de ciclo de acumulación. Frente a las lecturas etapistas que buscan en la identificación arbitraria de rasgos institucional y económicamente diferen-

7. Marx, Karl & Engels, Friedrich. (1848): El Manifiesto Comunista. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

ciables el fundamento para separar formalmente periodos del capitalismo, la perspectiva marxista del ciclo analiza los ciclos de acumulación de capital como periodos comprendidos entre momentos de interrupción económica severa –como son las recesiones estructurales o las guerras mundiales. La fijación de la crisis como elemento iniciador y finalizador del ciclo tiene un sentido científico: el capitalismo es un sistema cíclico en el que la expansión prepara las condiciones económicas para la recesión. La crisis se torna inevitable. Aunque en condiciones más precarias, tras la recesión, el mercado se reordena y el capital relanza la acumulación. Esa es la lógica del ciclo.

Estudiar la historia del capitalismo desde la perspectiva del ciclo de acumulación hace inteligible el fundamento material de los cambios sociales, al relacionarlos con el desarrollo de las tendencias económicas capitalistas –que constituyen las leyes del movimiento de la sociedad–. Incluso los cambios políticos, culturales, institucionales o ideológicos cobran un sentido histórico cuando se entienden como formas sociales del desarrollo cíclico de las fuerzas productivas y la lucha de clases.

Alejados de este enfoque, los cambios en la sociedad capitalista aparecen como indeterminados y fruto del azar del mercado, de la voluntad de los grandes nombres de la historia o del capricho de los dioses, para los más iluminados. Para nosotros, por lo tanto, el neoliberalismo no lo inician ni los Chicago Boys reunidos en Viña del Mar, ni la indecente Thatcher, que jamás descansa en paz. Tampoco tal teoría económica o cual cambio cultural. El neoliberalismo es un periodo que corresponde al ciclo de acumulación comprendido entre las recesiones de los años 70 y 80 y la Gran Crisis Financiera de 2008.

Como segunda herramienta analítica, el privilegio de la perspectiva de clase. En el modo de producción capitalista no existe una escisión entre economía y conflicto; entre acumu-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

lación y lucha de clases. Al contrario: la acumulación adopta la forma de una lucha de clases. Los rasgos históricamente específicos de cada etapa no son más que la expresión socioeconómica de las relaciones de producción capitalistas y la lucha de clases correspondientes a cada ciclo de acumulación, no elementos abstractamente diferentes a otros.

Desde este punto de vista, si las recesiones de los años 70 y 80 (estancamiento e inflación) son el resultado del despliegue de las contradicciones de la acumulación durante el ciclo de posguerra --o descenso tendencial de la tasa de ganancia--, el neoliberalismo es una reacción de clase para tratar de restaurar dicha tasa y proseguir con la acumulación de capital, a través de la intensificación de la ofensiva contra el trabajo. Veamos cómo sucedió esto.

El mecanismo básico para restaurar la tasa de ganancia es la alteración de la proporción entre (nuevo) valor y plusvalor, cuyas formas desarrolladas son el salario, la ganancia, la renta, el interés o los tributos. A través de las dos grandes formas institucionales del capitalismo, el Estado y el mercado, la ofensiva de la burguesía contra el proletariado tomó diferentes cauces.

El Estado, lejos de retroceder como teorizarán los ideólogos radicales de izquierda, será un agente clave para el desarrollo de la lucha de clases durante el neoliberalismo. Cambios en la regulación para debilitar la posición política y económica de los trabajadores, enajenación a precio de saldo de activos del Estado, privatización paulatina de los servicios públicos y las pensiones, represión de la contestación política, recrudescimiento de los códigos penales, imposición del mandato anti-inflacionario en los Bancos Centrales --suprimiendo la posibilidad de financiación estatal directa--, regulación orientada a la internacionalización del capital y constante reducción de la imposición tributaria sobre la ganancia son algunos de los elementos a través de los cuales el Estado

contribuyó a reducir el salario directo, indirecto y diferido de la clase trabajadora.

Las empresas, por su parte, fueron reduciendo los salarios reales durante décadas para reforzar su posición rentable, recortando bonificaciones, intensificando y alargando las jornadas de trabajo, reorientando la inversión hacia espacios especulativos financieros e inmobiliarios, deslocalizando centros de producción, acelerando los procesos de centralización y concentración del capital e introduciendo sus estructuras en los canales financieros y de producción transnacionales. Todo ello fue posible, claro, gracias al despido masivo de trabajadores que exigían las nuevas coordenadas de la ganancia empresarial capitalista. A modo de cuadro general, nos encontramos con una reordenación de la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, que toma distintas formas institucionales y que verifica la unidad indisoluble entre mercado y Estado en la sociedad capitalista.

En último término, el neoliberalismo como proyecto de ofensiva es el intento histórico por restaurar la tasa de ganancia. A través del aumento de la tasa de explotación por la *mayor extracción de plusvalía relativa* fruto del desarrollo tecnológico de la época. Por la *mayor extracción de plusvalía absoluta* fruto de la bajada de las compensaciones salariales reales, el deterioro de las condiciones de trabajo y la presión sobre el obrero que ejerce el desempleo generalizado. Y, finalmente, por el *aumento de capacidades para la apropiación global de plusvalor* por la internacionalización imperialista de las redes de producción y los mercados financieros. ¿Qué quiere decir esto? Que el precio de relanzar la acumulación de capital en occidente fue la mayor explotación de los trabajadores, el despido de muchos de ellos y la ofensiva imperialista de la burguesía occidental.

En el caso de Europa, la estrategia para la inserción económico-política de sus Estados-nación en el nuevo mercado mundial globalizado es la constitución de la Unión Europea,

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

que va a servir como dispositivo institucional para reforzar la posición competitiva del tejido empresarial europeo. Cesión de la soberanía monetaria al Banco Central Europeo, pseudo-delegación de la autonomía fiscal (Pacto de Estabilidad) en la Comisión Europea y subordinación de las competencias militares a la OTAN van a ser los ejes sobre los que se va a consolidar el nuevo aparato burocrático europeo. Volveremos más adelante sobre este punto.

Si bien es cierto que durante todo el ciclo encontramos momentos de crecimiento de la tasa de ganancia, esta nunca alcanzó los niveles anteriores. El constante ahorro de trabajo vivo inscrito en la producción capitalista comienza a expresarse en el ciclo neoliberal de forma sangrante, destinando a hordas de proletarios al desempleo, el subempleo y la precariedad, lo que refuerza la competencia entre trabajadores y permite al capital intensificar el proceso de proletarización –pero a la vez erosiona cualquier posibilidad de restitución afianzada de la tasa de ganancia, cuyo fundamento es la capacidad de producción de plusvalor del capital variable. De nuevo, las contradicciones internas del capital.

El desacople entre crecimiento de la productividad y la mejora general de la calidad de vida se asienta durante el ciclo neoliberal. Este es el carácter estructural de la crisis capitalista: a cada ciclo y su crisis le siguen unas condiciones más endeble tanto para la acumulación de capital como para la calidad de vida del proletariado. La ofensiva intensificada del capital sobre el trabajo no tiene como resultado la superación de la crisis porque no anula las contradicciones que tiene por base, tan sólo las agudiza.

La contraparte de esta decadente e ineficaz solución a los desafíos que el capitalismo keynesiano puso sobre la mesa fue la ilusoria palanca del crédito al consumo e hipotecario, respaldada por una política monetaria cada vez más laxa –que no sólo privilegiaba la posición del capital dinerario, sino que anunciaba la necesidad cada vez más imperiosa de impulsar

desde el Estado los circuitos de valorización del capital, como sucedería más adelante.

Desde este punto de vista, la antigua aspiración de unificación social del keynesianismo nunca desapareció, sólo cambió de forma. El neoliberalismo, en este sentido, es también un proyecto de integración del proletariado, cuya frontera de posibilidad no está en las políticas que lo constituyen o en la rigurosidad de la teoría que lo inspira. La barrera determinante del capital es siempre el propio capital. El verdadero límite del neoliberalismo es, por lo tanto, la propia relación de clase capitalista que aspira a reproducir, pero, paradójicamente, a costa de su debilitamiento. El cierre del neoliberalismo en 2008 expresa una vez más en la historia la contradicción entre capitalismo, productividad e integración civilizatoria, reforzando la tesis marxiana de que el proletariado «sólo tiene que poner en libertad los elementos de la nueva sociedad que ya se han desarrollado en el seno de la sociedad civil en quiebra»⁸.

8. Marx, Karl. (1871): La guerra civil en Francia. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/guer.htm>

9. Smith, David. (1987): *The Rise and Fall of Monetarism*. Penguin Economics. Nueva York. 1991. p. 122.

EL NUEVO KEYNESIANISMO DE OFENSIVA

El economista David Smith⁹ definió en una ocasión la política pública como «pragmatismo teñido de teoría», haciendo referencia a la escisión real entre teoría y práctica de la sociedad capitalista. Los gestores políticos del capital no predefinen una forma de hacer que luego ejecutan. La gobernanza capitalista está plenamente subsumida por la lógica del ensayo-error: la política pública se va adecuando a las necesidades de la lucha de clases y los procesos y resultados obtenidos se encajan a posteriori en un marco categorial concreto.

Así, las categorías de capitalismo keynesiano, neoliberal o neokeynesiano son etiquetas nominales que cobran sentido en retrospectiva, tras el examen del desarrollo histórico del capitalismo y su encuadramiento conceptual en un determi-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

nado esquema teórico –como hemos hecho con el ciclo keynesiano y el neoliberal.

Lo que desde luego no tiene sentido alguno es pensar en la organización consciente de la sociedad capitalista cuando ni tan siquiera los individuos que se mantienen en el poder son capaces saber qué podría pasar en los próximos seis meses. Ni el keynesianismo fue un plan de los industriales europeos inspirados por la *Teoría General*, ni el neoliberalismo una conspiración de las élites globalistas friedmanianas. Sólo cuando el capitalismo integra política y económicamente durante un periodo más o menos prolongado hasta la llegada de la crisis clase, acumulación y ganancia –donde el Estado es un presupuesto– cobra sentido la periodización.

Comprender la historia desde la centralidad de la lucha de clases y las tendencias económicas capitalistas que constituyen su movimiento se nos presenta como la única vía rigurosa y científica para explicar por qué y cómo pasan las cosas en un determinado espacio temporal. Entonces, nos preguntamos: ¿qué es el Nuevo Keynesianismo?

EL PERIODO DE DOMINANCIA MONETARIA

El agotamiento del modelo de crecimiento económico basado fundamentalmente en la devaluación de las condiciones del salario respecto al ciclo keynesiano y la financiarización trajo consigo la crisis económica más severa en los últimos cien años. El colapso de la sociedad capitalista occidental tras la quiebra de Lehman Brothers y la crisis de liquidez que sufrió el sistema financiero internacional se solventó gracias al reordenamiento del tejido institucional, tanto en sus formas económicas como políticas.

La historia de la banca norteamericana y la europea, principalmente, es más que conocida. También la de las miles de empresas que fueron expulsadas del mercado junto con sus

trabajadores. El paro y las fusiones empresariales son el producto natural de cualquier recesión y la forma económica en la que la recomposición capitalista toma cuerpo. La verdadera novedad con respecto al periodo anterior es la nueva posición del Banco Central. No por su originalidad histórica: el Banco Central nace en la historia del capitalismo como reactor a las crisis. Más bien por el papel garantista que va a jugar durante los próximos años en lo que podemos llamar el *periodo de dominancia monetaria del ciclo neokeynesiano*.

Para una explicación exhaustiva, consultar Lowe, Philip & Loh, Jacqueline. (2019): "Unconventional monetary policy tools: a cross-country análisis". CGFS Papers No 63. Bank for International Settlements.

Para una caracterización en perspectiva histórica: Gabor, Daniela. (2021): "Revolution without revolutionaries: interrogating the return of monetary financing". Transformative Responses to the crisis.

Para una aproximación introductoria, consultar el capítulo "#60 – Crisis de Deuda y Política Monetaria del Banco Central Europeo" de Rankia Podcast.

11. En junio del 2007, varios hedge funds de Bear Stern quiebran en Estados Unidos. Un mes más tarde, en julio, Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, anuncia que las pérdidas por las hipotecas subprime pueden alcanzar a los 100.000 millones

Existen infinidad de documentos de libre acceso que explican desde la economía política los distintos instrumentos financieros que emplearon desde 2007 los Bancos Centrales¹⁰. No es nuestra intención examinar aquí cada uno de estos instrumentos y su función en el reajuste financiero, la crisis de deuda o la pandemia –lo que en ningún caso niega la necesidad de hacerlo en otros espacios y formatos. Lo que nos interesa es comprender el avance del Banco Central, como apéndice del Estado, en el desarrollo de la lucha de clases.

En primer lugar, ante la bancarrota financiera y el hundimiento de la acumulación, el Banco Central no sólo va a cumplir con su papel histórico de prestamista de última instancia, sino que va a llenar sus balances de deuda privada y pública para garantizar el flujo de liquidez, adoptando la nueva función de lo que se conoce desde 1929 como *market maker of last resort*.¹¹ Esta figura hace referencia a la intromisión directa de los Bancos Centrales en la reproducción económica de las empresas y de los Estados, que dependen de forma cada vez más palmaria de los Bancos Centrales como garantes de su existencia.

En su origen, los Bancos Centrales desempeñaban la función de prestamista de última instancia. Durante el proceso de consolidación del modo de producción capitalista en Europa, las crisis financieras se propagaron, a medida que la producción de plusvalor se erigía como el criterio económico central de la producción social. Capitalismo y crisis van de la

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

mano desde que Inglaterra se convirtiera en la primera potencia capitalista de la historia. El Estado se va a ver en la necesidad de transformar su Banco Central, hasta entonces de tipo comercial (en competencia económica con el resto), en un Banco proveedor de liquidez en caso de crisis generalizada.

La operación es la que sigue: ante la multiplicación de crisis financieras que ponían en riesgo la misma existencia del capitalismo, el Estado decide fundar una institución bancaria no regida por criterios de rentabilidad que permita inyectar dinero público al sistema –prestar en última instancia– cuando este se topa con sus propios límites internos.¹² Como se ha explicado, la figura de *market maker*, diferente a la de prestamista, no surge por primera vez en la historia tras la crisis del 2008, pero sí nos da pistas sobre el presente. Por ejemplo, entre 2008 y 2022, la Reserva Federal incrementó más de un 900% su balance y el BCE más de un 300%.

Que el Banco Central haya pasado a actuar como gran comprador de deuda pública y privada, es decir, que funcione como creador o garantista del mercado financiero y, por lo tanto, de la acumulación de capital, es un síntoma del debilitamiento estructural que el modo de producción capitalista va experimentando en su desarrollo natural. La ideología del *whatever it takes* de Draghi, en aquel momento más keynesiano que el propio Keynes, se hegemonizó en el capitalismo occidental, coincidiendo con el arranque y consolidación de un nuevo ciclo de acumulación de condiciones económicas aún más precarias que el anterior.

El deterioro continuado de los fundamentos materiales de la sociedad capitalista fue, en definitiva, lo que exigió el reposicionamiento del Banco Central –que es la institución capitalista más importante desde el punto de vista de su capacidad para influir en el capital global. La bajada de los tipos de interés a cero o negativo, la compra masiva y sistemática de deuda (de nuevo, por dejarlo claro, la función de *market maker*)

de dólares. El 2 de agosto Blackstone anuncia la quiebra. El 9 de agosto los bancos europeos BNP Paribas y Deutsche Bank comienzan a suspender fondos inmobiliarios. El 13 de agosto dos investigadores del CEPR publican: Buitter, Willem & Sibert, Anne (2007): “The Central Bank as the Market Maker of last Resort: From lender of last resort to market maker of last resort”. VoxEU. Disponible en: <https://voxeu.org/article/subprime-crisis-what-central-bankers-should-do-and-why>

12. Para una explicación más amplia del vínculo histórico entre capitalismo y Banca Central, consultar C. Ruiz, Pablo (2023), “Crítica de la economía política del Banco Central”. Disponible en academia.edu.

y los programas de inyección de liquidez constituyen las formas en que las que el Banco Central, como aparato bancario del Estado, reacciona a las crecientes dificultades del capital para valorizarse y del Estado para financiarse.

Es en este sentido en el que el retorno económico del Estado es diferente al keynesianismo anterior. No es una intervención para la adecuación del capital constante y variable a las necesidades de una acumulación en auge, pues la acumulación de capital en occidente atraviesa tras 2008 condiciones realmente críticas. Más bien, la intervención neokeynesiana del Estado responde al esfuerzo por relanzar la acumulación y superar los problemas financieros que enfrentaba en aquel momento la inversión capitalista y la sostenibilidad fiscal del Estado.

Tampoco es una intervención orientada a la ejecución de políticas redistributivas. Por el contrario, la nueva política monetaria del Banco Central tenía por objetivo dar cobertura financiera a las empresas y al Estado a través de los cuales se despliega el retroceso del fondo salarial de la clase trabajadora. O, dicho de otra manera: la función del Banco Central es recomponer el orden económico para estimular la producción de plusvalor y la apropiación ganancial, lo que exige necesariamente ahondar en la miseria y el retroceso político de la clase trabajadora, dado el estrechamiento de la base material de para acumular capital respecto del ciclo anterior.

En tanto que institución rectora de un nuevo ciclo de acumulación que tiene como condición de existencia el empobrecimiento general de los trabajadores, el Banco Central es de facto una estructura clave en la ofensiva capitalista. Vemos cómo el concepto de lucha de clases es central para comprender el desarrollo histórico de la institucionalidad burguesa.

Desde el punto de vista de la ejecución presupuestaria, los Estados van a profundizar en el recorte de los servicios públicos y las pensiones, desvalorizando el salario indirecto

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

to y diferido, a la par que aumentarán los gastos represivos. Asimismo, como resultado del paro generado por la cada vez más evidente incapacidad de los procesos productivos para absorber la mano de obra disponible, las prestaciones sociales por desempleo van a suponer un lastre más para el Estado, dando cuenta de nuevo del inequívoco aumento de la población sobrante que sigue a cada ciclo de acumulación desde la posguerra.

A pesar de que en términos generales el endeudamiento público crecerá durante todo el periodo de dominancia monetaria, ¿cuál es la razón del ajuste y la reorientación del gasto público en las economías occidentales? ¿por qué la obtención de más recursos monetarios no coincide con la ampliación de los gastos sociales?

Los capitales privados exigirán a los Estados reducciones importantes del déficit que garanticen la devolución de los títulos de deuda, en un contexto en el que la (no) tributación transnacional del capital, la precaria inserción de la fuerza de trabajo nacional que paga tributos (paro y desvalorización salarial) y el estancamiento secular de la economía (consumo e inversión) van a comprometer seriamente la recaudación.

La consolidación fiscal fue consecuencia de, primero, la debilidad del Estado para gravar al capital multinacional, es decir, para apropiarse tributariamente de parte de la ganancia capitalista. Segundo, de la cada vez más menguada capacidad para captar rentas del trabajo suficientes en forma de tributo, sea por la vía del consumo (impuestos indirectos) o del salario (impuestos directos). Y tercero, de una economía en la que el consumo general y la inversión retroceden como consecuencia de la crisis.

Las políticas de austeridad, entonces, fueron consecuencia del deterioro histórico de las condiciones de la acumulación de capital, que entrelaza estos tres elementos dando forma al periodo de crisis que atravesamos. El endeudamiento estatal

volvió a sostenerse sobre el sudor y el empobrecimiento de los trabajadores.

Los recortes sociales, en este sentido, son inevitables en una economía que tiende a socavar los fundamentos materiales de su propia reproducción –lo que en el espacio estatal se expresa como un problema de sostenibilidad fiscal. En síntesis: si la lógica social capitalista restringe, por sus propias dinámicas contradictorias, la producción suficiente de plusvalor de la que depende no sólo la rentabilidad empresarial, sino también la financiación de la actividad pública, el ajuste fiscal es inevitable, como lo es, claro, la caída de la tasa de ganancia.

No obstante, esto no quiere decir que el fantasma de la austeridad coincidiera siempre con la reducción presupuestaria. En el periodo neokeynesiano, la forma general de la austeridad, que se revela una vez más en la historia como necesidad universal del Estado capitalista, es el reordenamiento de las partidas presupuestarias en clave de clase –que en momentos determinados puede coincidir con el repliegue del presupuesto público, pero lo hace necesariamente.

Esto es, los recortes sociales no son el resultado de un repliegue proporcional en todas las partidas, sino del reequilibrio que hace posible sostener los gastos a los que el Estado no puede renunciar si quiere mantener su carácter capitalista. La idea del ajuste fiscal como esfuerzo colectivo tras el desparrame generalizado es un artefacto ideológico que encubre la naturaleza anti-proletaria del Estado capitalista.

Recordemos que la función elemental del Estado capitalista es garantizar las condiciones económicas y políticas de la acumulación de capital y que el propio despliegue de la acumulación merma sus presupuestos internos. La actividad económica del Estado en cada momento histórico, entonces, está determinada, o restringida, si se quiere, por el grado de solidez de estas condiciones. A peores condiciones, mayor

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

esfuerzo estatal para su sostenimiento. Esto, en términos de clase, se traduce de la siguiente manera: el desarrollo capitalista lleva inscrita la transferencia de cada vez más recursos públicos del fondo salarial obrero para sostener la inversión capitalista, motor de la acumulación.

A menor producción relativa de plusvalor, menor apropiación estatal del mismo, mayor carga tributaria sobre el salario y menor gasto social público. Todo en un contexto de endeudamiento constante que sólo retroalimenta la dinámica de la proletarización. El resultado es claro: los ricos son más ricos, los pobres son más pobres y el gasto público se reorienta de los espacios del bienestar a los de la represión y la ganancia.

Un breve apunte de carácter más político. La fusión entre acumulación y lucha de clases en el modo de producción capitalista nos obliga a rehuir de los análisis economicistas que ignoran el papel político del proletariado a la hora de analizar el desarrollo económico del capitalismo. La austeridad, los recortes o las reformas laborales fueron y son formas de ofensiva de clase sólo materializables bajo el telón de fondo de la desorganización política del proletariado. La determinación del grado de desarrollo de la lucha de clases es central. El nuevo programa político de la izquierda occidental, de tintes verdes y laboristas, descarta la organización obrera como herramienta para probar sus tesis del margen histórico reformista. De ahí surge su primera debilidad: incluso en sus variantes de jerga más radical, practican una política reformista alejada de las masas donde el dirigismo parlamentario y burocrático restringe el papel de los trabajadores al voto y la protesta eventual en favor de la agenda del propio partido. Afirman que “sí se puede” y dicen querer cambiarlo todo, pero sin la fuerza de quienes lo producen todo, que solo les valen como elemento dependiente y dócil destinado a reproducir su propio juego. Lo cual no sólo atenta contra los principios básicos del socialismo, sino que es sumamente ingenuo. Ninguna patronal les toma en serio. La segunda debilidad son las condiciones tan mermadas de la acumulación que venimos

describiendo y que imposibilitan materialmente un programa reformista. De ahí la relevancia del estudio científico de la realidad en el diseño de estrategias políticas emancipatorias.

En lo referido al continente europeo, el papel de las instituciones de la UE será clave para imponer las políticas de austeridad. Concretamente el de su brazo ejecutivo, la Comisión Europea, cuyo poder se impondrá sobre la autonomía formal de los Estados miembro. La pérdida de soberanía política de los Estados europeos tras la adhesión a la UE no debe invitarnos a pensar en un escenario capitalista en el que los recortes no hubieran sido ejecutados. Los recortes, como hemos explicado, son una necesidad universal del Estado capitalista, que se manifiesta de forma cada vez más palmaria a medida que las condiciones generales de la acumulación se van desgastando.

Además, el poder político la oligarquía es tan antiguo como el capitalismo mismo, no un elemento original de lo que popularmente se conoce como capitalismo financierizado. Lo que hace al Estado una institución al servicio de la clase dominante, sea cual sea su escala geográfica o nación vinculada, es su forma capitalista, no la conspiración de los estratos más adinerados de la sociedad contra el mismo. Esto quiere decir que el Estado es la expresión política del conflicto entre el capital y el trabajo, que requiere de la existencia de un aparato burocrático-militar que reproduzca el poder de la burguesía frente al proletariado. Ahora bien, esto no implica que el análisis de la organización política de la burguesía pueda quedar restringida a sus determinaciones más generales. Debemos comprender cómo se articula su poder político en cada momento de la historia.

En este sentido y de forma más que resumida, la UE es una entidad supraestatal en la que el poder legislativo de los Estados miembro queda sometido al poder ejecutivo de la UE (Consejo Europeo y Comisión Europea) y al BCE. Es cierto que el Parlamento Europeo cuenta con competencias de con-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

trol y destitución de la Comisión Europea. También que en la mayoría de los países occidentales el Banco Central es una institución estatal no sometida al poder ejecutivo ni legislativo. Sin embargo, la UE presenta algunas particularidades que atestiguan su adecuación a un modelo de liberalismo autoritario hacia el que tiende un capitalismo en declive.

El Parlamento Europeo es la única institución sometida a sufragio directo. El Consejo Europeo está formado por los jefes de cada Estado miembro y es el órgano encargado de proponer al presidente de la Comisión Europea y al Comité Ejecutivo del BCE. Aunque el Parlamento Europeo pueda en última instancia votar en contra del candidato para la presidencia de la Comisión Europea, sólo podrá posicionarse sobre la propuesta diseñada en el Consejo Europeo. Esto limita claramente el poder del Parlamento Europeo y de sus electores. Sobre la elección del Comité Ejecutivo del BCE que determinará la política monetaria del conjunto, el Parlamento Europeo no tiene potestad alguna.

Este diseño institucional transfiere poder político de los Parlamentos nacionales no al Parlamento Europeo, sino al Consejo Europeo y la Comisión Europea, es decir, al poder ejecutivo de la UE. Esta es una forma de autoritarismo que debilita la capacidad de los trabajadores europeos para ejercer presión o influencia sobre las políticas generales, por muy limitada que esta estuviera ya bajo esa forma de dictadura de la burguesía que son también los Estados-nación.

No es un mecanismo que haga perder soberanía política al Estado en abstracto. Esta es una cuestión a precisar. Más bien se trata de una alianza entre burguesías para restringir la influencia política de los trabajadores y aplicar programas de ofensiva de forma más sencilla. El poder ejecutivo de la UE no se impone de forma dictatorial sobre el ejecutivo nacional, como pretenden hacernos creer los políticos de izquierdas, sino que este transfiere al participar en la UE la competencia fiscal del Estado a la Comisión Europea y, por lo tanto, al Con-

sejo Europeo. El objetivo es garantizar la plena realización de la necesidad universal de aplicar recortes que tiene el Estado capitalista, coordinar el gasto público en un sentido belicista si fuera necesario, etc. En última instancia, rebajar la influencia política del voto en las decisiones económicas del Estado, vaciando todo lo posible de contenido las concesiones democráticas que la burguesía tuvo que hacer para preservar eficazmente su dominio.

El modelo liberal-democrático sobre el que se fundaron los regímenes europeos de posguerra se movía en las siguientes líneas: por un lado, el poder político y económico quedaba firmemente en manos de la burguesía. Por otro, se concedía al proletariado una capacidad limitada de influir en los asuntos públicos (por medio de derechos políticos como sufragio universal, etc.) y ver satisfechas algunas necesidades materiales básicas (por medio de derechos económicos como el derecho a la sanidad, etc.). En otras palabras: el orden general venía dado y era incuestionable, pero dentro de ese orden el proletariado podía tener un cierto margen de presión.

Desde los 70, sin embargo, este modelo ha ido transformándose gradualmente en uno ligeramente distinto, que cabe definir como “liberalismo autoritario”. El propósito de este modelo, cristalizado en las instituciones europeas, es limitar al máximo esta capacidad de influencia, preservando esos derechos a nivel formal (pues siguen siendo importantes para la legitimación de estos regímenes) a la vez que se vacía su contenido. Los derechos políticos y económicos centrales recogidos en las constituciones de cada nación no se anulan formalmente: simplemente se trata de desactivar la posibilidad de que resulten un obstáculo significativo para la agenda implacable de la oligarquía.

En esta misma línea, los Estados delegan la política monetaria en una instancia superior como es el BCE, cuyo Comité Ejecutivo es elegido, como hemos señalado, también por el Consejo Europeo. El resultado es claro y evidente: los jefes

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

de Estado adquieren un enorme poder sobre sus poblaciones que anula la capacidad de decisión de los trabajadores en materia fiscal y monetaria. El ejecutivo avanza sobre el legislativo.

Concretamente, en 2011 los socios europeos firmaron el Pacto del Euro, que ahondó en los ejes centrales del primer acuerdo para el control fiscal: el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997. En 2012, a excepción de Chequia y Reino Unido, firmarán el Pacto Fiscal Europeo, con el objetivo de fijar reglas de oro presupuestarias que contengan el déficit. Pactos que en términos reales reforzaron el poder político del ejecutivo europeo y redujeron aún más la influencia del poder legislativo en materia fiscal. El resto es historia: desmantelamiento de la sanidad pública, recortes en educación y represión de quienes se oponían a la supresión de sus derechos.

En conclusión, lo que es importante entender es que la articulación entre política fiscal y política monetaria no es fruto del capricho o la arbitrariedad. Tampoco de la vileza de los halcones europeos. Es la forma concreta en la que el Estado y el Capital reproducen la ofensiva política y económica contra el proletariado, de acuerdo con las normas sociales inscritas en el modo de producción capitalista. En la etapa de dominancia monetaria se combinan la política monetaria expansiva y la política fiscal restrictiva. Es la vuelta de los Bancos Centrales al capitalismo occidental y la culminación de un largo camino de austeridad iniciado en los 70. Los problemas centrales de la sociedad capitalista, empero, siguen intactos: el retroceso continuado de las condiciones de vida de la mayoría trabajadora y la continua pauperización de las condiciones generales de la acumulación de capital.

EL PERIODO DE DOMINANCIA FISCAL

El periodo de dominancia monetaria llegará a su fin con la pandemia, dando comienzo al *periodo de dominancia fiscal*. Durante el shock pandémico las economías occidentales van

a verse en la obligación de desplegar amplios programas de financiación pública para sostener en sus mínimos, y posteriormente relanzar, la acumulación de capital. En Europa se activará la famosa “clausula general de salvaguardia” para que los Estados puedan ampliar el déficit y financiar la respuesta fiscal a la pandemia.

No obstante, lo cierto es que en 2019 muchos indicadores económicos alertaban entonces de la posibilidad de una grave recesión y de la pérdida de competitividad de las empresas occidentales. Años de estímulo constante por parte de los Bancos Centrales para remontar la tasa de ganancia y de esfuerzos incasables desde el Estado y la patronal para hacer retroceder el fondo salarial de la clase trabajadora parecían no haber sido suficientes.

La pandemia, en este sentido, acelera en Occidente el paradigma de estímulo fiscal que antes o después habría de imponerse, dado el alto nivel de inversión pública de los competidores internacionales, en un momento de insolvencia empresarial en occidente realmente comprometedor. La financiación de los “planes de recuperación” como nuevo objetivo de la política monetaria expansiva sirvió como primer momento experimental de un nuevo régimen fiscal que terminó por instalarse.

Y así volvió la política industrial a Occidente. El alto nivel de competitividad internacional provocó que tanto los EEUU como la UE comenzaran a financiar masivamente a sus capitales privados a través de dinero público e incentivos fiscales, con el objetivo de relocalizar parte de la industria, mejorar la posición competitiva de sus empresas e incorporar tramos críticos de las cadenas de suministros.

Inflation Reduction Act, Green Deal Industrial Plan, Next Generation EU, (EU/US) Chips Act, Critical Raw Materials Act, Net Zero Industry Act... son sólo algunos de los planes fiscales para reposicionar las economías occidentales en el

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

mercado mundial. El Estado viene a intentar suplir las capacidades innovadoras de un tejido empresarial cada vez más decadente, así como los tramos de inversión que el capital por sí mismo es incapaz de financiar. Que la rentabilidad esperada sea por lo general baja desincentiva el gasto en I+D y la movilización productiva de capital.

¿Cuál es el resultado del nuevo esfuerzo keynesiano por estimular la valorización? Un enorme despliegue de recursos públicos que obligará a reducir las partidas sociales y cuyo efecto neto en términos de crecimiento y productividad está muy por debajo de los resultados esperados. Especialmente para la Unión Europea, que está dejando una parte destacable de los NGEU sin ejecutar y cuyas capacidades fiscales en cualquier caso son inequívocamente más débiles que las norteamericanas, con las que compite.

Además, la inflación volvió a marcar la pauta económica en occidente. Tras un repunte histórico en 2022 que superó los dos dígitos, devorando durante dos años el poder adquisitivo de los trabajadores, la inflación empieza a estabilizarse en los niveles marcados por el paradigma *inflation targeting* (2%). Los Bancos Centrales han reducido sus balances para aumentar los tipos de interés oficiales y mitigar la inflación. No obstante, siguen siendo instituciones clave para sostener la emisión de deuda soberana de los Estados occidentales. Por ejemplo, tras la reducción, el balance del BCE aun equivale al 50% del PIB de la UE. Hace 20 años se situaba en torno al 10%, por comprender la dimensión del problema. Este es un claro indicador de que la estructura política y económica del capitalismo atraviesa momentos de verdadera dificultad, en los que la volatilidad del mercado y la incertidumbre están a la orden del día.

Todo ello en el contexto de guerra imperialista en Ucrania y Israel, cruda expresión de que la aparente amplitud del mercado mundial esconde en realidad la estrechez de las posibilidades de producción de plusvalor de la sociedad ca-

pitalista. Occidente lleva décadas expandiendo sus áreas de influencia para extender las posiciones de control de sus empresas. Otras potencias del globo, que enfrentan las mismas contradicciones que cualquier economía capitalista, pugnan con el bloque occidental por asegurar mayores cuotas de mercado y un mejor posicionamiento en la división internacional del trabajo.

En consecuencia, los esfuerzos financieros de los Estados occidentales durante los últimos años por alimentar la maquinaria de guerra han aumentado considerablemente, tendencia que viene a consolidarse por la reciente exigencia de la OTAN de alcanzar el 2% del presupuesto a los aliados. El dividendo de paz ha llegado a su fin: los grandes ejércitos del mundo se están rearmando.

La debilidad de las economías occidentales para reproducirse de forma estable y sostenida en el tiempo es cada vez más preocupante. Las economías emergentes se topan con los límites del desarrollo capitalista a edades más tempranas¹³. El modelo de globalización occidental, cuya punta de lanza es el entramado institucional creado al calor del nuevo dominio norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OTAN), y que se refuerza en los 90 con la Organización Mundial del Comercio y la Unión Europea, está llegando a su fin.

La vieja división internacional del trabajo, que permitió terciarizar financieramente occidente, a la par que desplazaba “la fábrica del mundo” a Oriente, se desmorona como orden integrador de los distintos polos de acumulación de capital. Las empresas orientales, principalmente las chinas, han dejado de conformar conglomerados industriales de bajo valor añadido. El aumento de la composición orgánica de sus procesos productivos les ha permitido aumentar el nivel de rentabilidad y en el plano internacional esto ha supuesto un reordenamiento en la cadena de valor.

13. Un buen ejemplo de cómo los límites históricos del capitalismo global constriñen el desarrollo industrial de las potencias emergentes se puede encontrar en Rodrik, Daniel (2015): “Premature Deindustrialization”. NBER. Working Paper No.20935.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

La competencia en algunos de los sectores industriales más desarrollados, en los que el dominio occidental ha sido siempre incuestionable, es total. Esto implica que ni las nuevas potencias imperialistas del bloque oriental, ni las economías occidentales encuentran espacios de inserción económica coherentes con el grado de desarrollo y complejidad técnica de sus economías¹⁴. Este es el sentido en el que el modelo imperialista occidental se está topando con sus propios límites.

Por el momento, el resultado son guerras por delegación en las que los Estados Unidos y China, como representantes de poder de los dos bloques principales, no interfieren directamente. Realidad que, por otro lado, parece estar cerca de cambiar y abrir un proceso de guerra mundial. En la historia del capitalismo proteccionismo y guerra comercial han tendido a ser la antesala del conflicto armado. Si en el periodo de ascensión capitalista la guerra parecía, a lo Clausewitz¹⁵, «una continuación de las relaciones políticas [...] por otros medios», en el capitalismo avanzado se confirma que la guerra no es sino la *competencia empresarial por otros medios*¹⁶. Ya en 1911, cuando Europa iniciaba su descenso vertiginoso hacia la Gran Guerra, Luxemburgo advertía de que «el militarismo está estrechamente ligado a la (...) política tarifaria (...), y que si las naciones existentes realmente quisieran poner coto, sería y honestamente, a la carrera armamentista, tendrían que comenzar con el desarme en el terreno comercial»¹⁷.

Hoy los Estados Unidos y China libran una guerra comercial sin parangón en la historia reciente. La OTAN dirige el combate contra Rusia en suelo ucraniano, mientras el gobierno de Putin refuerza su acercamiento a Pekín. En Gaza, las vidas de los palestinos se cobran por miles con tal de mantener el poder y la existencia de un Estado tan cruel y genocida como el de Israel, cuya razón histórica es el refuerzo de la posición competitiva internacional de las empresas occidentales –o la influencia política de sus Estados, que en el imperialismo constituyen dos caras de la misma moneda–.

14. El ejemplo paradigmático es China. Para un análisis de los límites del modelo de crecimiento chino y su inserción en la economía capitalista global recomiendo fervientemente leer al profesor de Finanzas de la Universidad de Pekín Michael Pettis.

15. Clausewitz, Karl Von. (1832): De la Guerra. Fondo Editorial Hormiguero. Caracas. 2018. Tomo I. p. 52.

16. Sobre el vínculo entre guerra, competencia y lucha de clases, consultar C. Ruiz, Pablo (2023): "Imperialismo y lucha de clases. Apuntes sobre la guerra en Ucrania". No. 40. Artek.

17. Luxemburgo, Rosa. (1911): "Utopías Pacifistas". Leipziger Volkszeitung. Nota: este es uno de los primeros textos en los que Luxemburgo advierte de los peligros de que el ala centrista del SPD se impusiera en relación con el armamentismo y el partido votara a favor de los presupuestos de guerra, como hacen hoy todas las fuerzas socialdemócratas europeas. El resto es historia.

El belicismo *proxy* de occidente es una de las muchas caras de la fiscalidad neokeynesiana. La ofensiva militar contra otras burguesías, que se cobra la vida de cientos de miles de proletarios en el extranjero, exige al mismo tiempo redoblar la represión interna y empobrecer al proletariado nacional. La posibilidad de una guerra mundial trae de vuelta aquella consigna, tan popular en los años cuarenta del siglo pasado, que exigía a la población elegir entre *cañones o mantequilla*. El rearme occidental será costeadado con los servicios públicos, en primera instancia. La economía de guerra que vendrá después, cuando el desastre se haya desatado, la pagaremos directamente con el comer, en el mejor de los casos. Con la vida, en el peor.

Resurge en occidente la vieja dicotomía a la que se enfrentaron los revolucionarios de principios del siglo anterior en tiempos de guerra: o con la burguesía nacional o contra ella. Pero esta vez de forma si cabe más trágica: no hay masas organizadas, no hay Partido y, por lo tanto, no hay revolución en el horizonte. Haciéndose eco de un pasado miserable que retorna como farsa, la socialdemocracia se mantiene, cómo no, firme a la hora de elegir misiles y tanquetas.

La guerra no es sólo un conflicto interburgués; es, al mismo tiempo, una forma de ofensiva de clase contra el proletariado global. La guerra imperialista revela así, de la forma más sangrienta, que el conflicto fundamental que articula nuestra sociedad es el de la burguesía y sus Estados contra el proletariado internacional. De la autoorganización del proletariado, de su constitución en sujeto histórico, depende que la revolución sea el freno de emergencia de la barbarie imperialista.

En resumen, el Nuevo Keynesianismo de ofensiva es un periodo en el que el proceso de proletarianización se intensifica, los derechos políticos de la clase retroceden, el capital utiliza sin éxito sus dos principales bazas institucionales –el Banco Central y el gasto estatal– para intentar mejorar las condicio-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

nes de la acumulación, la guerra mundial no sólo es más factible, sino puede que la única salida temporal, que no definitiva, al problema de competitividad internacional, y la crisis total en occidente parece ineludible.

CONCLUSIONES

«La rueda motora de la revolución», como señalara Marx¹⁸, «son las circunstancias reales, no la simple voluntad». El estudio científico de las circunstancias reales es, entonces, el estudio de las condiciones de posibilidad de la revolución socialista, así como el primer momento analítico para responder a la pregunta del qué hacer. Este es el sentido en el que la teoría socialista alimenta la práctica política del proletariado: el proceso de conocimiento de la realidad –que es a su vez un proceso de autoconocimiento-- arroja luz sobre cuáles son las mediaciones políticas que hacen posible su transformación. Realizado un repaso general a la historia del capitalismo y la lucha de clases en los últimos 70 años, pueden esbozarse una serie de conclusiones para la contribución al desarrollo político del proletariado.

En *primer lugar*, los desafíos que presenta el mercado mundial actual aceleran el proceso histórico de integración europea. La delegación de las políticas monetarias y fiscales de los Estados miembro en instituciones comunes como la Comisión Europea o el Banco Central Europeo son razón suficiente para pensar en Europa como el espacio geográfico mínimo para la organización socialista –tesis reforzada por el papel fundamental del BCE en el sostenimiento del mercado y los Estados europeos.

En Europa, el Estado se organiza en un doble nivel nacional y supranacional, en el que el segundo no sólo copa instancias suficientes como para dotar de sentido a la organización socialista europea, sino que tiende a reducir la expresión institucional del primero. A pesar del auge nacionalista que

18. Intervención en la última sesión del Comité Central londinense de la Liga de los Comunistas antes del traslado de la mayoría dirigida por Marx a Colonia (15 de septiembre de 1850).

atraviesa el continente, la realidad es que a día de hoy la burguesía necesita apuntalar las ya existentes uniones mercantil y monetaria, indispensables para tratar de encontrar un espacio de inserción óptimo en el mercado mundial. Además, las presiones competitivas globales empujan a los países europeos a unificar sus mercados de capitales para ampliar las posibilidades de financiación y producción de sus empresas.

En este sentido, no sería de extrañar que, en los próximos años, si las tensiones tarifarias con los Estados Unidos aumentan, la defensa dejara de ser una prerrogativa exclusivamente nacional y se empezara a organizar un ejército propio de la UE. Es evidente que los Estados-nación de la UE no cuentan con soberanía militar para defenderse individualmente, por lo que una posible ruptura con la OTAN obligaría instantáneamente a organizar una fuerza militar europea. Tras la guerra en Ucrania, la idea de la Autonomía Estratégica Europea ha dejado de estar restringida a los ámbitos institucionales o industriales para entrar de fondo en los debates sobre la defensa militar de la UE. El europeísmo burgués, que siempre fue, como decía Luxemburgo, un *aborto imperialista*, intenta alzar la voz en un mercado mundial en el que cada vez importa menos.

Sea como fuere, de lo que hoy tenemos garantías es de que el cuadro de mando de la burguesía europea, esto es, el conjunto de instituciones políticas a través de las cuales se ejecuta el poder del capital, excede a los Estados-nación y exige la articulación política del proletariado al menos al mismo nivel al que la burguesía se organiza.

No obstante, no hemos de perder de vista la escala final necesaria de la revolución socialista. Siguiendo a Lenin¹⁹, «el movimiento socialdemócrata es internacional por naturaleza». La producción global de plusvalor, donde quedan contenidas todas las normas sociales que impiden el desarrollo realmente democrático de nuestra sociedad es el fundamento material del internacionalismo. Sólo una propuesta políti-

19. Lenin, V. I. (1902): ¿Qué hacer? Disponible en https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/que_hacer.pdf. p. 41.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

ca capaz anular el poder social del capital en todo el planeta puede garantizar la constitución y preservación de una sociedad libre.

En *segundo lugar*, el análisis coyuntural del capitalismo desde la posguerra da cuenta de la tendencia al ahorro de trabajo vivo y del consecuente aumento de la superpoblación relativa en las sociedades occidentales. El mercado laboral capitalista actual se sostiene sobre la devaluación histórica del valor de la fuerza de trabajo de las capas medias y proletarias de generaciones anteriores. Pero también sobre la cada vez más excedentaria mano de obra juvenil que se incorpora al mundo del trabajo de forma parcial y precaria, lo que de facto imposibilita su acceso a los recursos básicos para la reproducción de la vida como la vivienda, los suministros o el transporte.

La juventud es el nuevo proletariado masivo, el estrato social más penalizado por el estado de crisis y el capital no tiene nada que ofrecerle más que pobreza y explotación. Que la primera expresión política de la organización socialista tenga un carácter juvenil es perfectamente coherente con los tiempos que corren en occidente.

En *tercer lugar*, la dependencia de la posición bonista de los Bancos Centrales para garantizar la sostenibilidad de los Estados, la necesidad de invertir cada vez más recursos para estimular la inversión capitalista, el aumento constante de los gastos militares, la débil inserción de una mano de obra sobre cuyos salarios se sostiene un Estado del Bienestar²⁰ menguante, el estancamiento secular de la economía y la productividad y las presiones demográficas de una sociedad envejecida son garantía de que en los próximos años los Estados occidentales van a tener que reducir el salario indirecto y diferido de los trabajadores.

Es decir: las condiciones generales de la acumulación, que en nuestra época coinciden con el refuerzo fiscal de la inversión capitalista y el aumento de los gastos guerra, van a sos-

20. Shaikh, A. (2003): "Who Pays for the "Welfare" in the Welfare State? A Multicountry Study". Social Research. Vol. 70, No. 2.

tenerse necesariamente a costa de reducir el gasto social. Es tarea de los comunistas activar mecanismos de lucha no sólo en la producción, sino en los diferentes frentes del bienestar, que sostienen a cada vez más capas de la población trabajadora, que son parte del fondo salarial obrero y que permiten alimentar el contenido político de la lucha de los trabajadores contra la ganancia de los capitalistas.

Las luchas por la sanidad, la educación, la cultura, los cuidados, las pensiones o las prestaciones por desempleo tienen un carácter de interés general para los trabajadores, independientemente de cuál sea su profesión o de si están empleados o no. En un sentido económico, porque los unifica para avanzar de forma unitaria frente a la ganancia capitalista, contra el capital en su conjunto. Recordemos que en el capitalismo lo que no financia la ganancia lo financia el salario. En un sentido político, porque los unifica contra el Estado, desvirtúa su apariencia neutral y debilita la estrategia socialdemócrata de la integración. La intervención política en estos frentes de lucha exige esclarecer el vínculo entre Estado, lucha de clases y tendencias económicas. Sólo así los comunistas podrán dotar de un sentido consciente a estas luchas.

En *cuarto lugar*, la unidad material y contradictoria entre acumulación, crisis y ciclos económicos nos permite comprobar la tendencia general hacia el colapso (que no su colapso inmediato) de las economías capitalistas, cuya expresión particular son las crisis económicas. No sólo, desde el punto de vista teórico, como momento necesario o saneador en el desarrollo del capitalismo; sino también (o principalmente) como horizonte para la intervención política.

21. Lenin, V. I. (1917): "Tres Crisis". Obras Completas, tomo VI. Editorial Progreso. Moscú. 1973. [Nº 7 del 9 (22) de julio en Rabotnitsa].

En el texto de 1917 *Tres Crisis*²¹, Lenin afirma que «ningún bolchevique del mundo sería capaz de provocar un movimiento popular, [...], si no concurrieran causas económicas y políticas muy profundas, que se encargan de poner en acción al proletariado». La consideración de la crisis como espacio para la intensificación revolucionaria es rastreable también

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

en Marx, Engels o Luxemburgo, entre otros. Es necesario entender que la conciencia socialista, incluso en su versión teórica y organizativa más desarrollada, depende de las circunstancias históricas para poder culminar en un proceso revolucionario exitoso.

No obstante, no hemos de olvidar que tan importante es reconocer el papel de las crisis capitalistas a la hora de orientar la «actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan explotar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, [...], a una acción histórica independiente», como tener clara la idea de que «no toda situación revolucionaria origina una revolución» y que, en definitiva, depende de «la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas, suficientemente fuertes para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca: ni siquiera en las épocas de crisis, “caerá” si no se le “hace caer”»²².

La tarea central de los comunistas organizados en movimiento que se reivindicaba al principio del artículo, a saber, la *reconfiguración del horizonte cultural del comunismo* coincide exactamente con la constitución de la *clase revolucionaria* en forma de Partido independiente.

No se trata de plantear una escisión entre momentos para la política revolucionaria y momentos para la política a secas. Esta es la consigna de los reformistas: ahora no es el momento. Al contrario, como señaló Gramsci: «el elemento decisivo en toda situación de crisis es *la fuerza permanentemente organizada y largamente preparada* que pueda entrar en combate cuando se juzgue que una situación es favorable (y que puede ser favorable sólo en la medida en que tal fuerza exista y esté llena de espíritu de lucha). Por tanto, la tarea esencial consiste en garantizar, de manera sistemática y paciente, que esa fuerza se forme, se desarrolle y se haga cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma [...] El protagonista del Nuevo Príncipe no podría ser [...] *sino el partido político*»²³.

22. Lenin, V. I. (1915): “La bancarrota de la II Internacional”. Obras Completas, tomo XII. Akal. Madrid. 1977. p. 310

23. Gramsci, Antonio (1932-1933): Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno. Cuaderno XIII. Cuadernos de cárcel. Nueva Visión. Madrid. p.12. 1980.

La fusión entre socialismo y clase trabajadora depende de la espontaneidad y la inestabilidad que generan las quiebras económicas y políticas del capitalismo, pero sólo en la medida en la que existen organismos políticos hegemónicos capaces de orientar estratégicamente situaciones generalizadas de descontento y perturbación. La construcción del Partido, como escuché en una ocasión, es un ejercicio de paciencia estratégica.

En *quinto y último lugar*, asistimos al punto más alto de la decadencia capitalista: la guerra mundial. Las incesantes crisis económicas, tan propias de nuestro tiempo, son el resultado de la tendencia inmanente del capital a socavar de manera cada vez más agresiva los presupuestos materiales su existencia. Consideradas individualmente, o sea, en su forma más teórica y abstracta, las crisis son un mero mecanismo de realineamiento económico y político del poder capitalista. No obstante, inscritas en la historia, esto es, en su existencia real, la sucesión de crisis económicas va deteriorando las condiciones históricas de la acumulación.

Si las crisis son la expresión económica de un sistema social en descomposición, como ya detectaran Marx, Engels y todos los grandes revolucionarios de la historia del socialismo, la guerra es el último y devastador grito de supervivencia del capital para salvarse de sus propias contradicciones, de su propia auto-destrucción. Cuando el poder pacificador del mercado agota todas sus posibilidades materiales, la única forma de mantener el orden social capitalista es la guerra. La guerra, entonces, es una necesidad sistémica del capitalismo, porque la forma real, histórica, en la que el capitalismo se despliega estrecha constantemente el margen para la acumulación –el poder pacificador del mercado– y conduce, antes o después, al conflicto bélico.

La conclusión política central del marxismo es que de todas las potencias que desencadena el modo de producción capitalista en la historia, la única capaz de resolver los desafíos

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

que el mismo sistema plantea es la fuerza revolucionaria del proletariado. Al ser el conflicto militar imperialista una forma natural de reproducir el orden social actual, la oposición política a la guerra sólo cobra un sentido práctico desde las coordenadas de la revolución proletaria internacional. Esto quiere decir que no hay crítica real a la guerra sin crítica al capitalismo que la produce, así como que sólo la constitución de un poder socialista organizado a nivel global que mande al capitalismo al basurero de la historia puede ser garantía de paz para la humanidad. La organización de la revolución socialista y su puesta en marcha aparece así como el único método efectivo que tienen los trabajadores del mundo para detener la guerra imperialista y salvar sus vidas.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARCINA

Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.

Friedrich Engels

La conciencia socialista es uno de los elementos constitutivos del partido revolucionario de masas. Marx, Engels y Lenin concibieron este último como un partido apoyado sobre una masa consciente, educada en los principios del socialismo revolucionario. Un partido como este es el único que podría estar capacitado para hacerse con el poder en el momento decisivo, el momento de la crisis revolucionaria

y el enfrentamiento abierto entre clases. La importancia la pregunta por la conciencia socialista se hace así evidente. La respuesta que se ofrezca determinará cómo podría el proletariado constituirse en sujeto revolucionario. Teniendo en cuenta que los rasgos más enfáticamente políticos del asunto se abordan en otras piezas de este mismo número¹, no me enfrento al tema en esos términos más que de manera tangencial. He creído más productivo reflexionar sobre algunos de los que considero aspectos relevantes de la cuestión, intentando demostrar, de paso, el carácter marcadamente racionalista del marxismo. Esto tiene, por supuesto, implicaciones de orden político, que espero que den claras a lo largo del artículo. Si bien se puede apreciar cierto desorden en la presentación de los argumentos, a estos les subyace, no obstante, una coherencia lógica.

1. Véanse los capítulos de Mario Aguiriano, Aitor Bizkarra y Paul Beitia.

LA MISIÓN HISTÓRICA DEL PROLETARIADO

La humanidad, dice Marx, se plantea “sólo tareas que puede resolver, pues considerándolo más profundamente siempre hallaremos que la propia tarea sólo surge cuando las condiciones materiales para su resolución ya existen o, cuando menos, se hallan en proceso de devenir”². Las condiciones materiales del socialismo, comprendido como modo de producción históricamente superior, emergen del modo de producción históricamente precedente. Las fuentes de la riqueza social se han desarrollado hasta tal punto que la forma burguesa que las regula se revela cada vez más limitada e impotente frente a aquellas. La crisis, el desempleo, la miseria, la guerra... son todos ejemplos que apuntan a una base común: que el capitalismo, llegado cierto grado de su desarrollo, comienza a reproducirse por medios cada vez más violentos, cada vez más contrarios al impulso vital propios de las civilizaciones en ascenso. El capitalismo representa un exceso para consigo mismo, y no es capaz de contener las potencias que él mismo ha en-

2. Marx, Karl, Contribución a la crítica de la aXXI, Madrid, 2008, p. 5.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

gendrado³. Estas potencias señalan su caducidad histórica; señalan la posibilidad de un orden social alternativo, e imponen la obligación histórica de construirlo.

El marxismo es la expresión teórica que comprende este proceso. Su tesis teórico-política más general podría formularse así: el modo de producción capitalista ha engendrado las condiciones materiales para un orden social más adecuado al grado de desarrollo de las fuerzas productivas; la posibilidad de realizarlo se manifiesta en la creciente separación –y enfrentamiento— entre el proletariado y el capital. Para afirmar sus intereses, para vivir o apropiarse sus medios de vida, el proletariado está obligado a luchar contra la burguesía⁴. Si esta lucha se desarrolla hasta sus últimas consecuencias, el proletariado termina expropiando a la burguesía y disuelve en el acto los fundamentos de la sociedad capitalista. Al proletariado le corresponde, por tanto, una *misión histórica*: luchar contra la clase dominante con el objetivo de conquistar el poder político e introducir mediante él el socialismo⁵.

Esta misión existe y se hace efectiva si el objetivo final del socialismo se encarna en la lucha y la conciencia del agente llamado a realizarlo. Para cumplir su misión, el proletariado debe actuar a la luz de objetivos en los que se reconoce, objetivos que hace suyos porque expresan racionalmente el contenido de sus propios intereses. La conciencia de esta misión se denomina “conciencia socialista”. Frente a la conciencia meramente *económica* y su afirmación de intereses particulares y temporales, la conciencia socialista enfatiza la necesidad de la acción política; afirma intereses universales y a largo plazo. Frente a la conciencia política *oportunist*a, la conciencia socialista enfatiza la necesidad de la acción política independiente y revolucionaria; señala la necesidad, no sólo de intervenir políticamente sobre la sociedad, sino de intervenir con el objetivo de que el proletariado se alce en clase dominante. La conciencia socialista

3. La crisis por sobrecumulación de capital es un ejemplo. Con el desarrollo capitalista de la productividad, el tiempo de trabajo necesario para la producción de mercancías, única fuente de su valor, se reduce hasta un punto en el que la expectativa de ganancia –de un valor mayor que el inicialmente invertido— resulta insuficiente para motivar una nueva inversión. Se da así una desproporción entre capital acumulado y las posibilidades de valorizarlo, entre el capital y los límites del mercado, incapaz de asimilar tanto capital. Hay, en otras palabras, más fuerza productiva que la que las relaciones de producción pueden tolerar.

4. “Las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del trabajo asalariado”. Marx, Karl. “Salario, precio y ganancia”, Marxists.org, 1965.

5. La idea de la misión histórica del proletariado está presente en toda la obra de Marx y Engels, tanto en los textos científicos, como en los divulgativos. Un ejemplo elocuente: “La realización de este acto que redimirá al mundo es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiéndolo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la

conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción". Engels, F., "Del socialismo utópico al socialismo científico", Marxists.org, 1880.

es así el criterio que marca el horizonte de la revolución, que orienta los esfuerzos cotidianos evitando que se ciegan ante intereses espurios y pasajeros, insertándolos en un proceso de acumulación de fuerzas encaminado hacia la toma revolucionaria del poder. Es el alma que infunde vida al partido político independiente del proletariado; es la inteligencia que ilumina su camino. Sin conciencia socialista ni hay ni puede haber revolución.

La conciencia socialista es la conciencia del objetivo final del socialismo, para cuya consecución el proletariado debe conquistar el poder político y establecer su dictadura de clase. Estos son los principios más generales del socialismo revolucionario, las normas que orientan la práctica política de tal modo que en cada paso se asegure el avance hacia el objetivo final. La forma en que se concreta el esfuerzo por avanzar en la dirección del objetivo final, los medios que en cada caso expresan ese avance, varían en consonancia con el conjunto de factores presentes en la coyuntura. La formulación de la regla, de la orientación que el movimiento debe seguir, es, por definición, variable, producto cambiante de un esfuerzo continuado por interpretar el escenario de lucha –por enunciar correctamente lo que una mala formulación convertiría de nuevo en un enigma cegador. La pregunta parece evidente: ¿en qué se concretan esos esfuerzos dada la actual correlación de fuerzas entre clases?

Nuestro contexto es uno en el que la ausencia de un partido independiente del proletariado sitúa la revolución directamente fuera del mapa político. El primer paso en la dirección del objetivo final del socialismo sólo puede consistir en recuperar ese objetivo, recuperando los principios generales del marxismo. Rescatar la conciencia socialista y reconstruir los lazos organizativos sobre los que este rescate podría efectuarse en primera instancia. Determinar esta tarea como la más urgente implica ya una ruptura con la visión burguesa del mundo, para la que el parámetro de lo

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

urgente viene dado, no por las necesidades del proceso histórico que conduce al socialismo, sino por la realidad política más inmediata –o sea, la realidad política impuesta por la agenda del Partido del Orden⁶. Sin embargo, este gesto de ruptura decidida no es posible desde el aislamiento de una suma de conciencias individuales. Articular y defender los principios del socialismo revolucionario, sostenerlos frente a las tendencias enemigas, depende de un soporte material colectivo, por mínimo que este sea. El socialismo se desarrolla en *lucha* con otras tendencias, y la teoría científica del socialismo es uno más de los frentes de la lucha de clases. Depende, por lo tanto, de una organización, de un vínculo comunitario que encarne en su proyecto político la terrenalidad de la conciencia socialista y sus principios.

Esta ha de ser una comunidad educada en la más absoluta falta de prejuicios, en la cultura de la formación intelectual y la instrucción política. Esa es la premisa sin la cual no es inteligible la unidad de acción alrededor de una táctica, un programa y unas consignas de lucha. Dicho claramente: sin conciencia socialista no hay ni puede haber independencia política del proletariado, y sin una actitud desprejuiciada y científica hacia la cuestión de qué hacer, no es posible una conciencia socialista. El primer baluarte de la conciencia socialista es la militancia del movimiento político que aspira a extenderla sobre el conjunto del proletariado. Es la responsable de asumir para sí la conciencia del programa histórico que pretende poner en marcha, de asimilarla con la mayor profundidad y detalle que sea posible. Una militancia intelectualmente embrutecida solo puede actuar de dos maneras: o bien siguiendo ciegamente las opiniones que en cada caso sostenga un líder o camarilla dirigente de autoridad indiscutida, o bien manteniéndose atada, también desde la ceguera, a una receta que ha naturalizado como única posible, obviando las razones que llevaron a adoptarla y, por ende, haciendo caso omiso de las razones que la dirección ofrezca para justificar su eventual modificación. El resultado en ambos casos es el oportunis-

6. “Es deseable la lucha que es posible, y es posible la lucha que se sostiene en un momento dado. Ésta es precisamente la tendencia del oportunismo ilimitado”. Lenin, Vladimir, “¿Qué hacer?”, Marxists.org, 1902.

mo. Y lo es siempre que la fuente de la autoridad no son las razones, sino la fuerza de algo o alguien que se presenta como si no necesitase justificación. Una militancia intelectualmente embrutecida, en resumen, no sabrá identificar si las órdenes políticas que obedece son de carácter oportunista o revolucionario. El oportunismo tiene entonces el camino allanado: sólo debe seducir el criterio errático de una militancia fácil de embaucar.

La conciencia socialista supone un esfuerzo constante por determinar los medios más adecuados para un fin. El alma viva del marxismo, según el famoso aforismo de Lenin, consiste en el análisis concreto de la situación concreta. La determinación de los medios adecuados para un fin es por necesidad una determinación a partir de *razones*, de argumentos susceptibles de una enunciación clara y comunicable. Por razones se entiende el conjunto de criterios que no se acepta “porque sí” –porque lo dice el jefe o un texto sagrado—. Son aquellas que, al objetivarse en argumentos, son comprensibles por *cualquiera*, pues no dependen de la genialidad de un individuo o de un grupo reducido de individuos. Al ser objetivas y comunicables, están también sujetas a posible réplica, a examen por parte de terceros. La universalidad, objetividad y comunicabilidad de las razones que respaldan el avance del movimiento hace de este un movimiento potencialmente de *masas*, esto es, un movimiento al que virtualmente cualquiera puede adscribirse, porque puede reconocerse en los motivos, propósitos y objetivos que lo orientan. Una organización articulada alrededor de una doctrina privada, inteligible sólo para aquel que la formula, no puede contar con el asentimiento de una mayoría, y corre además el riesgo de confundir ocurrencias con verdades universales. Agrupará solamente a los pocos que se sometan dogmáticamente a la voluntad de quien elabora la doctrina. Esta es la esencia conceptual de la secta como forma organizativa enfrentada al Partido, una forma cuya autoconciencia teórica es siempre la del doctrinarismo⁷. Más adelante volveremos al problema del doctrinarismo.

7. Podemos encontrar una crítica del doctrinarismo y de la secta como su forma organizativa correspondiente ya en el Manifiesto Comunista. Marx, K., Engels, F., “El socialismo y el comunismo crítico-utópicos”, en Manifiesto Comunista, Alianza Editorial, Madrid, 2010, pp. 90-94.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

Lo importante por el momento es señalar que no hay manera de determinar *exhaustivamente* el criterio, la norma que guía la acción, antes de la acción misma. Esa es la principal falta del utopismo, que cree posible derivar todos los detalles de la norma que regula la acción con independencia del desarrollo práctico real. No hay, entonces, un criterio completamente *dado*, uno que podamos limitarnos a contemplar y ante el que simplemente quepa asentir. Estamos de antemano sumergidos en el terreno práctico, y no podemos aislarnos ni por un segundo de la cuestión de “qué hacer”, del proceso activo de elaboración de respuestas para problemas prácticos cambiantes. La conciencia socialista, por tanto, no puede ser la conciencia de una fórmula acabada que debemos limitarnos a aplicar idénticamente en cada caso. Por su misma naturaleza, es la conciencia de una fórmula en construcción.

Además, del hecho de que estemos inexorablemente *dentro* de la búsqueda práctica de soluciones al problema de “qué hacer”, especialmente en la vida política, obliga a que la perspectiva sea siempre parcialmente limitada. No hay un punto de vista exterior a la práctica desde el que podamos contemplar el conjunto de causas y consecuencias implícitas en cada coyuntura en la que la acción tiene lugar. Estamos irremediabilmente inmersos en ella, y sólo en retrospectiva, cuando la acción ya ha desplegado su contenido real, puede evaluarse la adecuación, la idoneidad y justicia del criterio que la impulsaba. La tesis de Hegel de que “el mochuelo de Minerva alza el vuelo al atardecer”⁸ es idéntica en este punto a la de Marx, que afirma que “la anatomía del hombre da la clave para la anatomía del mono”⁹. Esta es, por supuesto, también la posición de Lenin¹⁰. Todos ellos estaban de acuerdo en que la materialización del intento, la acción efectiva, revela información de la que no se puede disponer de antemano. No hay garantía absoluta de la verdad de un criterio táctico determinado. Este siempre deberá probarse sobre el terreno de la acción política real.

8. Hegel, GWF, Principios de la filosofía del derecho, Edhasa, Barcelona, 1988.

9. Marx, Karl, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), Siglo XXI, Madrid, 1971.

10. “Recuerdo que Napoleón escribió: ‘On s’engage et puis... on voit’, lo que traducido libremente quiere decir: ‘Primero hay que entablar combate serio y después ya veremos lo que pasa’”. Lenin, Vladimir, La cultura y la revolución cultural, Editorial Progreso, Moscú, 1971, p. 204.

Esto explica la autoridad de la que ha gozado para el marxismo la experiencia de la lucha de clases como fuente de conocimiento político. La experiencia ofrece lecciones que deben sintetizarse en un cuerpo doctrinal en movimiento, uno que se desarrolla corrigiéndose y que tiende a reducir el margen para la improvisación y el error. Disminuyen las situaciones completamente novedosas, aquellas en las que no pueden rastrearse los rasgos de alguna coyuntura pasada. Se reducen, por lo tanto, los contextos en los que no pueden aplicarse las lecciones extraídas de alguna experiencia previa. Conocer esta experiencia con el mayor rigor posible es, por ende, una obligación de primer orden. Igualmente, jamás se encontrarán dos situaciones completamente idénticas. Si la historia se repite dos veces, la pretensión de que una repetición perfecta es siquiera posible convierte esta última en una miserable farsa. Es crucial, entonces, la tesis de que el proletariado extrae su poesía del futuro¹¹: la formulación de sus tareas no está nunca completamente dada por formulaciones legadas por las generaciones muertas. La definición de estas tareas y de los métodos mediante los que se pueden acometer en cada circunstancia, es por su misma naturaleza un proceso vivo de elaboración, desarrollo, concreción y cambio a la hora de aplicar los principios más generales, que se mantienen idénticos en su esqueleto básico –“introducir el socialismo exige tomar el poder político, tomar el poder exige disponer de un partido político independiente”, etc.—. Y es en virtud de esta identidad subyacente, por cierto, que podemos comprender en la diversidad de sus formas y a través de sus múltiples modos de manifestación un único proceso histórico-universal: el del avance, con sus necesarios retrocesos relativos, hacia el objetivo final del socialismo.

11. Marx, K., El 18 de Brumario de Luis Bonaparte, Ediciones Akal, Madrid, 2023.

Un intelectual colectivo, convenientemente apoyado en una esfera pública proletaria, está obligado a un constante ejercicio de recapitulación de la experiencia, tanto propia como ajena, reciente tanto como remota. El marxismo comprende la relación de fuerza de todas las clases entre

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

sí, y no se limita a registrar los intereses particulares, la identidad o la experiencia de algún grupo en especial¹². La síntesis expresada en el conocimiento político de vanguardia, aquel que se sitúa a la cabeza del progreso histórico, es el resultado de la reevaluación de la experiencia a la luz de los descubrimientos y las lecciones más próximas en el tiempo. No hay fórmulas definitivas. No hay *recetas*. Del hecho de que en X circunstancias un método Y haya resultado válido, útil para cierto propósito, no se desprende que vaya a serlo también sobre el terreno de unas circunstancias modificadas¹³. La experiencia aporta un contenido al saber si se inscribe en un marco de conocimiento científico, que es aquel que comprende las *leyes* que regulan el funcionamiento de una formación social. La ciencia captura sus determinaciones *esenciales*, las formas que ordenan el funcionamiento regular de las partes. Es dentro de esta perspectiva general que los fenómenos de la experiencia empírica pueden comprenderse y ponerse al servicio de una explicación digna de tal nombre. Es en virtud de tendencias subterráneas de fondo, más esenciales, que los fenómenos de la superficie social encuentran explicación y un sentido racional. Encontrar la proporción racional entre los fenómenos empíricos y el objetivo final del socialismo, al que apuntan las leyes de la sociedad capitalista, depende de la inteligencia política, el esfuerzo y la creatividad de los dirigentes socialistas.

SOBRE CIENCIA, NECESIDAD Y LIBERTAD

Merece la pena detenerse en la cuestión del carácter “científico” de la teoría. Por científica se entiende, *grosso modo*, la teoría que comprende relaciones de necesidad, relaciones que portan cierta universalidad y son aplicables sobre un conjunto variado de casos o circunstancias, válidas más allá de contextos específicos. La ciencia comprende *leyes*. En el terreno de la actividad práctica, al contrario que en otros ór-

12. “La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada”. Lenin, Vladimir, “¿Qué hacer?”, Marxists.org, 1902.

13. “La causa fundamental de su bancarrota [de la II. Internacional] consiste en que se han dejado ‘encandilar’ por una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidándose de su unilateralidad; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las simples verdades aprendidas de memoria a simple vista indiscutibles”. Lenin, Vladimir, La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo, Akal, Madrid, 2021, p. 123.

denes de la experiencia, la necesidad que regula la serie de los acontecimientos no es mecánico-causal. Las conexiones necesarias comprendidas por una teoría científica como el marxismo no son tales como “si A (causa) entonces B (efecto)”, “si el agua alcanza 100°C, entonces hierve”. Podemos denominar “determinista” a este último tipo de necesidad, aquella que gobierna relaciones en las que, dado el fundamento, se sigue necesariamente una consecuencia —algo que otorga a las ciencias naturales su capacidad predictiva—. En la actividad práctica la situación es bien distinta. Precisamente por tratarse de una actividad con miras a algún fin, una que se ejerce con conciencia de una intención, el propósito de la acción no es el efecto de ciertas causas que le subyacen, sino una premisa, el *fundamento* de sus posibles consecuencias¹⁴. Lo que el conocimiento puede tratar de inferir, a la vista de los medios *disponibles*, es cuáles de estos resultan adecuados para la materialización del propósito de partida. Lo que la ciencia puede comprender en este ámbito, entonces, es qué medios son necesarios *dado cierto fin*, esto es, qué relaciones medios-fines deben practicarse para que una acción, un sistema de acciones o un sistema de instituciones pueda definirse, resultar inteligible como aquello que es, o sea, determinarse en su diferencia y contraposición con otras acciones o sistemas de acciones.

14. “Aristóteles ya definía la naturaleza como una actividad conforme a fines, el fin es lo inmediato, lo que reposa, lo que es ello mismo motor, o es sujeto”. Hegel, GFW., *Fenomenología del espíritu*, Editorial Gredos, Madrid, 2010, p. 15.

Vayamos con un ejemplo. Si alguien tiene la conciencia de ser trabajador asalariado, si el fin de vivir para ganar un salario está presente en su conciencia, los medios disponibles en su día a día deben ordenarse de acuerdo con esta pretensión. Así, tratará de organizarlos para ejecutar exitosamente su misión: madrugar, ir al trabajo, obedecer al jefe, cobrar a final de mes, administrar sus gastos, etc. La lógica que gobierna su actividad sólo es inteligible a la luz de este fin, y decimos que actúa necesariamente de la manera que actúa *porque es trabajador asalariado*. Esta identidad práctica¹⁵ tiene lugar dentro de un entramado de relaciones sociales. Uno no es trabajador asalariado simplemente porque así lo ha decidido: para

15. Tomo el concepto de “identidad práctica” de Korsgaard, Christine, *The Sources of Normativity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

que adquiriera validez, su estatus como asalariado tienen que reconocérselo los demás. Uno es trabajador asalariado en el contexto de una institución, de una norma social que lo habilita como tal. En este caso, el régimen salarial capitalista. Sin embargo, la identidad práctica no es algo que la sociedad imprima desde fuera sobre su conciencia. No es un dato psicológico, un *ítem* mental que algo o alguien le haya “introducido” en la cabeza. Es, en cambio, un saber a la luz del cual hace inteligible su práctica como miembro de una sociedad, la forma en que trata de acometer con éxito lo que significa formar parte de su especie. Su especie, a su vez, se organiza conforme a un fin que es históricamente variable. En el caso de la sociedad capitalista, este fin, la forma específica que regula su actividad, es la producción de plusvalor. Y es en virtud de esta forma social específica que decimos que un modo de producción es “capitalista” y no “esclavista”, “feudal”, etc., igual que decimos del trabajador asalariado que lo es por la forma de su actividad, por lo que necesariamente *hace*, y no por un código de conducta inscrito en su ADN, en una esencia indiferente a la práctica social o por una decisión tomada en la intimidad de su conciencia.

La necesidad que captura la ciencia en el ámbito de la práctica social es, entonces, una *necesidad práctica*, no mecánica, y regula un orden de la experiencia constituido por la contingencia y variabilidad de los medios disponibles. Se entiende ahora el verdadero sentido de la afirmación según la cual la libertad es la conciencia de la necesidad. La libertad es la conciencia de *esta* necesidad, esto es, la conciencia que se hace cargo de los medios que el fin determina como necesarios. Ser libre es, sencillamente, responsabilizarse de lo que la realidad social demanda de nosotros, sujetarse a normas colectivas que dictan cómo se debe actuar —en calidad de militante, de ciudadano, etc.—. Si esta necesidad permanece latente, si no se hace explícita para los individuos gobernados por ella, estos permanecerán entonces sometidos, no sabrán por qué hacen lo que hacen y no se reconocerán en las potencias de su especie, sino que se les enfrentarán como un poder

extraño. El marxismo es, en este sentido, una verdadera ciencia de la libertad.

Por otro lado, la libertad no brota de una suerte de compromiso abstracto con ciertos fines y valores, sino que se desenvuelve en un contexto de posibilidades materiales, determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas. Ser libre, entonces, no es hacerse independiente *de* esta fuerza productiva material; no es saberse ajeno a las normas institucionales que nos constriñen; no es comprometerse formalmente con un principio para cuya realización no existen medios disponibles. Ser libre es reconocerse en las normas generales que nuestra especie ha producido en un contexto de evolución civilizatoria milenaria, en un conjunto de normas cuya forma acabada y racional es la que descansa sobre la asociación de individuos libres, en la que cada uno entiende sus derechos en consonancia con las obligaciones que le atan para con el resto¹⁶.

16. Marx, K., Engels, F., *Manifiesto Comunista*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

17. Tomo los conceptos de “necesidad práctica” y de “contradicción práctica” de Pippin, Robert, “Hegel über die politische Bedeutung kollektiver Selbstäuschung”, en *Die Aktualität des Deutschen Idealismus*, Shurkamp Verlag, Berlin, 2016, pp. 138-162.

18. Desarrollo ilimitado no significa su incremento ciego y compulsivo. Significa que su adecuación a las necesidades no está coartada por un patrón predispuesto. Puede ser una necesidad de la especie reducir la productividad del trabajo, si es que esta se está dando por medios perjudiciales para los seres humanos o la naturaleza.

19. La burguesía tuvo una tarea o misión histórica. Marx la describe en prácticamente todas sus obras. Se trata del “esta-

Con la idea de necesidad práctica está directamente acompañada la de *contradicción práctica*¹⁷. La necesidad que vincula medios y fines puede entrar en crisis llegada una situación en la que los medios disponibles y los fines a los que servían comienzan a entrar en contradicción. Eso es lo que ocurre con el capitalismo. Dado cierto grado de su desarrollo, este empieza a representar un exceso para consigo mismo. Ha engendrado medios materiales que desbordan el fin al que inicialmente estaban subordinados —la valorización del valor—, y este se revela entonces como un fin limitado en comparación con el que emerge imprevisiblemente durante este proceso —desarrollo pleno de los individuos, o sea, desarrollo incondicional e ilimitado de las fuerzas productivas—¹⁸. El capitalismo se presenta desde la perspectiva del nuevo fin como un simple medio, como una etapa de transición al verdadero objetivo del progreso histórico, que yacía oculto, dormitando en el seno de las fuerzas productivas del trabajo social¹⁹. Lo que en un comienzo impulsaba el progreso de las fuerzas productivas, ahora lo somete. La consonancia entre el fin y los medios

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

disponibles llega entonces a su fin y se derrumba. En contextos como este se abre, en palabras de Marx, una crisis histórica que exige, *como imperativo histórico*, reformular la manera en la que los medios de la comunidad están dispuestos. El fin al que servían se ha demostrado irracional, limitado, unilateral. Un modo de producción superior es necesario, y ponerlo en marcha aparece en el horizonte con los rasgos de una misión. Su portador y agente, el principal medio de su materialización, es el proletariado, que debe hacerse cargo de este derecho histórico.

Desde este punto de vista, las sucesivas fases históricas se revelan retroactivamente como las de un progreso de las fuerzas productivas que conduce lentamente hacia el socialismo. No como un despliegue mecánico necesario en el que el resultado está ya decidido de antemano, sino como única forma de hacer la historia inteligible *en tanto que* historia. Sin comprender los eventos históricos a la luz de las leyes del modo de producción en el que irrumpen, y sin situar los modos de producción en un relato histórico que comprenda la lógica de su sucesión, tendremos una serie caótica de datos y acontecimientos sin aderezo lógico de ningún tipo. Tendremos caos y no efectivamente *historia*.

El marxismo captura la historia en la necesidad de su desarrollo y se la traslada a los interesados, con la intención de que puedan hacer efectivo su derecho a gobernar, un derecho que emana de las propias relaciones sociales. Es necesario que el proletariado tome el poder y someta las fuerzas productivas a una forma racional. Teniendo en cuenta lo anterior, se entiende que cuando el marxismo se presenta como ciencia, o, incluso, como ciencia de la historia, lo último que pretende es pregonar la existencia de una necesidad metafísica que gobierna el devenir de los acontecimientos. Una necesidad metafísica —en oposición a la necesidad práctica, normativa— haría superflua la propia ciencia como conciencia depurada y racional del proceso social en su conjunto. Haría superfluo el saber, la conciencia con la que los individuos y las clases

blecimiento de la moderna sociedad civil” Marx, K., 18 de Brumario de Luis Bonaparte, Ediciones Akal, Madrid, 2023. “El modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la productividad material y crear su correspondiente mercado mundial”, en Marx, K., El Capital, Libro 3, Tomo I, Ediciones Akal, Madrid, 2000, p. 329.

se convierten en agentes históricos. El fatalismo metafísico, en el mejor de los casos, convierte la conciencia socialista en el accesorio prescindible de un proceso cuyo desenlace está determinado con antelación.

La legalidad que gobierna la práctica histórica es, en cambio, una legalidad de organismos orientados conforme a fines y está guiada por una conciencia de las razones que justifican la acción individual y colectiva. Las clases avanzan para cumplir con una misión. La distancia que separa la lógica mecánico-causal de aquella que el marxismo busca sintetizar en el pensamiento se hace cristalina en el ejemplo de la revolución proletaria misma. La cuestión para el marxismo no es que si el proletariado toma el poder político (causa) advendrá, como consecuencia necesaria, la construcción del socialismo (efecto). La cuestión es que para construir el socialismo (fin), el proletariado necesita, *debe*, tomar el poder político (medio). De esta necesidad práctica general se pueden inferir necesidades derivadas, que se articulan en un sistema más o menos desarrollado de obligaciones prácticas o compromisos que abarcan virtualmente todas las esferas de la vida, y que evolucionan conforme lo hace el organismo social del que forman parte. Por ejemplo, la toma del poder político, considerada como medio, se convierte en un fin desde la perspectiva de un nuevo medio que podemos inferir: el partido político independiente del proletariado. Este, a su vez, aparece como fin de un nuevo medio: la recomposición teórica y política de las fuerzas comunistas de vanguardia. Y así sucesivamente.

Hay que introducir aquí una idea importante. En el intento de materializar un objetivo, precisamente porque la necesidad que lo regula no es mecánica o metafísica sino teleológica, el *fracaso* es una posibilidad a la que uno está inevitablemente expuesto. La posibilidad del fracaso es inherente al concepto mismo de práctica o de acción, y es inherente al tipo de necesidad que la gobierna. Uno puede simplemente no estar a la altura de los compromisos que se ha impuesto. Uno puede haber sido víctima del autoengaño, de una ilusión

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

que le ha llevado a identificar medios que no eran adecuados para su propósito. Uno puede, además, plantearse un propósito completamente extemporáneo, utópico o idealista. Es posible, por último, que un propósito se revele limitado, falso y carente en sí mismo de valor. De la coherencia entre la suma de medios y el fin que los unifica como sistema orgánico depende el éxito del conjunto, la efectividad y materialidad del fin, sin la que este último se convierte en el nombre de algo que no existe (o en algo que existe sólo como nombre, de forma artificial). Es precisamente la exposición al fracaso lo que obliga a un esfuerzo activo a la hora de acometer exitosamente cualquier propósito²⁰.

EL MARXISMO QUE NECESITAMOS: SOBRE DOGMATISMO E ILUSTRACIÓN

El intelectual colectivo es el portador de la autoridad intelectual, el que infunde vida en las razones que sostienen y animan la práctica del movimiento hacia el comunismo. Y lo es incluso *frente* al marxismo en lo que este tiene de doctrina. El marxismo tiende a cristalizar en un sistema de verdades, en una doctrina. Así lo reconocía por ejemplo Engels cuando afirmaba que, desde que se ha convertido en ciencia, el marxismo hay que estudiarlo²¹. Pero como cuerpo doctrinal ya establecido, teniendo en cuenta el muro de dogmatismo que pesa sobre él y que en buena parte sólo merece ser *extirpado*, el marxismo es sólo un estímulo de la reflexión activa, una oportunidad para el esfuerzo intelectual creativo, al que ningún sistema de verdades, por muy elaborado y exhaustivo que haya llegado a ser, puede nunca llegar a sustituir. Y no por capricho. No es por la opinión de que el pensamiento activo es “mejor”, más de nuestro gusto, que la recepción pasiva de un sistema de verdades. Es el contenido mismo de la práctica social que la teoría sintetiza lo que hace que esta no pueda ser nunca una teoría acabada, un sistema perfectamente cerrado que anticipa la verdad de cualquier práctica futura y que se

20. Este trabajo o esfuerzo es lo que Aristóteles y Hegel expresaron bajo los términos de *energeia* y *Wirklichkeit*, respectivamente. Esta concepción es también la de Marx.

21. “[...] el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie”. Engels, F., “La guerra de los campesinos en Alemania”, *Marxists.org*, 1850.

independiza así del esfuerzo del pensamiento. Las razones de esto ya se han expuesto. Como autoridad establecida de antemano, el cuerpo doctrinal del marxismo carece de alma, es un peso muerto sin unidad dinámica. Su autoridad será entonces una puramente exterior y dogmática. “Porque lo dice el marxismo” es una razón *tan* válida como “porque lo dice el cura”, “el jefe”, “el rey”, “la policía” o “las santas escrituras”. No es una razón que alguien pueda hacer suya en primera persona, por lo que es imposible que se reconozca en ella como una razón válida, autoritativa.

El marxismo no se inventa problemas. No se inventa necesidades. Eso lo distingue radicalmente de todo doctrinarismo utópico. El marxismo no hace sino ofrecer la solución más racional a problemas que la sociedad ya se plantea y que el proletariado ya siente como suyos, pero que todavía formula desde la perspectiva de los intereses de otras clases. Captura las contradicciones prácticas y las resuelve desde la perspectiva de un modo de producción históricamente superior. El doctrinarismo, en cambio, no busca respuesta a los problemas reales del proletariado, cuya solución coincide tendencialmente con la transformación de este último en sujeto político. Responde a problemas impuestos por su propia doctrina. Así, se incapacita de antemano para fusionarse con el movimiento obrero en un todo único, en un partido de masas. En vez de adecuar su doctrina a los detalles y necesidades de la realidad, intenta adecuar la realidad a los detalles y necesidades de su doctrina. Esto es justamente lo que ocurrió con la deformación del comunismo en sectarismo, y esta es todavía hoy la realidad en la que nos encontramos. En vez de preguntarse si la realidad, considerada desde el punto de vista del objetivo final del socialismo, demanda esta o aquella táctica, se pregunta cómo puede la realidad adecuarse a las necesidades impuestas por *su* táctica particular.

El marxismo se distingue del oportunismo por el hecho de que no sacrifica el objetivo final del socialismo en favor de resultados inmediatos y palpables. Careciendo de fuerzas pro-

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

ductivas suficientes para acometer la construcción del socialismo, las fuerzas de la revolución tendieron durante el siglo XX a sacrificar el objetivo final en favor de la perpetuación del poder de gobierno de los Partidos Comunistas, crecientemente transformados en órganos burocráticos de dominio sobre la sociedad –incompatibles, por definición, con la construcción del socialismo. Esta puede ser, llegado el caso, una obligación impuesta por las circunstancias. El mejor ejemplo es sin duda el de los bolcheviques. Tuvieron que renunciar a elementos de principio para garantizarse la preservación del poder, respaldo político de la continuidad de la revolución a largo plazo. La suya era probablemente la mejor y más radical de las opciones disponibles en aquel momento. Su pecado fatal, en cambio, fue comenzar a *teorizar* estas concesiones, estos retrocesos relativos, presentándolas como síntoma inequívoco de progreso, de avance en la dirección del objetivo final. Maniobras defensivas, consecuencia de la debilidad de los bolcheviques y su aislamiento político, se convirtieron en receta general, como si se tratase de una demanda objetiva del proceso revolucionario *en sí mismo*. Todos los revolucionarios inspirados por la gesta bolchevique heredaron un cuerpo doctrinal mutilado por el sesgo teórico del estalinismo. Este marxismo mutilado, santificado además por la instrumentalización de la figura mitificada del mejor de los líderes del proletariado revolucionario, acabó presentando modelos tácticos funcionales a un gobierno bajo circunstancias excepcionales como modelos idóneos para la revolución en general.

Una doctrina que evolucionó con el fin de afirmar el poder establecido no puede aceptarse sin más, precisamente porque tampoco ese fin puede ser aceptado. El dogma, la asunción acrítica y desinformada de ciertas concepciones, es una barrera objetiva en el proceso de recomposición de la independencia política. Si queremos esta última, derribar el muro que el dogmatismo ha levantado entre los comunistas y los principios esenciales de la doctrina revolucionaria es un medio *necesario*, en el sentido preciso que se ha definido este concepto en los párrafos anteriores.

22. Stalin, J., "Fundamentos del leninismo", Marxists.org, 1924.

23. La significación internacional de la revolución rusa y del bolchevismo que describe Lenin en su *El izquierdismo...* consiste en la capacidad de la experiencia bolchevique para demostrar la vigencia de los viejos principios ortodoxos de la socialdemocracia, especialmente frente a quienes recientemente habían renegado de ellos. En ese sentido, Lenin no entiende el bolchevismo como la superación de los viejos principios, sino como su confirmación.

24. La manipulación retroactiva de la historia fue, por supuesto, un fenómeno continuado. Un ejemplo especialmente sangrante puede encontrarse en Trotsky, L., "¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!" Marxists.org, 1932.

25. La sorprendente capacidad de Mao para liderar y mantener con vida al Partido Comunista Chino frente al asedio de las fuerzas reaccionarias y nacionalistas, y a pesar de las recomendaciones constantemente fracasadas de la Internacional, precipitó una identificación creciente entre sus intuiciones tácticas y la continuidad de la revolución en general, hasta el punto de que la revolución china y la figura de Mao terminaron siendo una y la misma cosa. "El camarada Mao Tse-tung es el más grande marxista-leninista de nuestra

El retroceso hacia el doctrinarismo se presentó en primer lugar bajo la figura del "leninismo"²². Stalin presenta la táctica formulada por Lenin en una coyuntura determinada como una teoría general de la revolución y no, como hiciera el propio Lenin, como la aplicación particular de los principios generales del marxismo²³. Invirtiendo la relación de los términos, transforma el bolchevismo, figura acabada del marxismo revolucionario, en una doctrina *distinta* de este último. Esta maniobra conduce por fuerza a la separación artificial de Lenin y su pensamiento respecto del marxismo de la Segunda Internacional y, a la postre, también del de Marx y Engels²⁴. Sin embargo, el primer caso de doctrinarismo presentado abiertamente como tal, y amparado en la figura de una autoridad viva, fue el del "pensamiento Mao Zedong". Para el pensamiento Mao Zedong, como se desprende de su denominación, la verdad no emana del conocimiento sobre procesos sociales objetivos, sino de la manera en la que un individuo particular comprende estos procesos²⁵. Constituye una suerte de desarrollo por imitación. Las concepciones geniales de dos individuos (Marx y Lenin) son desarrolladas a partir de las concepciones geniales de otro. Esta tendencia hacia el doctrinarismo y el creciente sectarismo del movimiento comunista no es caprichosa. Hay, también aquí, una necesidad subyacente. En un contexto en el que el horizonte comunista tendía a debilitarse y las fuerzas vivas de la revolución a osificarse alrededor de estructuras políticas crecientemente burocratizadas, la supervivencia de la revolución parecía depender de la fidelidad voluntarista hacia la doctrina que afirmase defenderla. La paradoja, la contradicción práctica que asoló al comunismo, fue que, en su fidelidad cada vez más abstracta a la revolución, reforzaba necesariamente el poder de las camarillas burocráticas llamadas a asegurar el futuro revolucionario, imposibilitándolo así de facto.

El doctrinarismo sectario nace de la creencia de que es posible una fórmula detallada que nos exima del esfuerzo de pensar qué hacer dadas las circunstancias presentes. Nos exige de lo que Hegel denominaba "el esfuerzo del concepto" y

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

lo que Marx denominaba “socialismo científico”. Si tenemos una receta, todo se reduce a confiar ciegamente en su poder para solucionar mágicamente los problemas, y el único problema real que habrá que solucionar es el de la inexplicable persistencia de individuos que se niegan a creer en ella. El combate ideológico adquiere necesariamente los rasgos de una guerra religiosa, de un intento fanático de imponer las creencias propias. La teoría se convierte en un simple ventrílocuo del poder. La revolución cultural china es un ejemplo de ello: un intento catastróficamente fallido de someter la sociedad china en general y el Partido Comunista Chino en particular al “pensamiento Mao Zedong”. Mao, por su parte, no sólo toleró esta creciente fanatización alrededor de su figura, sino que la promovió activamente para instrumentalizarla en favor de sus propios intereses políticos. Se da la paradoja de que, como la doctrina consiste en el conjunto de opiniones de un individuo, formar un criterio consistente —objetivo, comunicable, universal— es imposible por principio. Una opinión, una cita, un texto cualquiera podrán presentarse como respaldo de decisiones totalmente caprichosas, y los límites que separan a un comunista intachable de un burócrata contaminado por el revisionismo variarán a discreción de quien decida juzgar en cada caso. En consecuencia, cualquiera pasa a ser directamente sospechoso y merecedor de una potencial purga. La doctrina se rebaja así a coartada de un ejercicio puramente destructivo, que se recrea en la negación abstracta de la realidad.

No se trata de rechazar el dogmatismo porque no nos guste. Este sería un rechazo *dogmático* del dogmatismo. La cuestión, en cambio, es que el dogmatismo se refuta a sí mismo en virtud de los criterios internos que necesariamente presupone. O sea, la del dogmatismo es una posición inválida *en sí misma*, y no en relación con algún criterio subjetivo, arbitrariamente dispuesto (“porque no me gusta”, “porque prefiero la posición crítica”, “porque he leído un texto que *dice que* el dogmatismo es malo”, etc.). La razón es, en realidad, sencilla, y ha sido ya explicada en párrafos anteriores. Para que una

época. Ha heredado, defendido y desarrollado de manera genial y creadora y en todos sus aspectos el marxismo-leninismo elevándolo a una etapa completamente nueva”. Lin Biao, “Prefacio a la segunda edición de Citas del Presidente Mao Tse-tung”, en Mao, Libro rojo de Mao, Editorial Bru-guera, Barcelona, 1976, pp. 19-20.

idea, orden o norma social tengan validez, incluso como efecto de su pura imposición externa, es *necesario* que aquel que la padece y es sometido por aquella la *acepte y reconozca* como tal. Por ejemplo, un esclavo no es nunca un instrumento puramente pasivo del dominio de su amo. Es él, aunque ni siquiera lo sepa —o, precisamente, porque no tiene conciencia de su libertad—, quien le reconoce a su amo la potestad con la que lo domina a capricho. Si el esclavo no reconoce a su amo como amo, el amo no puede ejercer su función respecto del esclavo, ni puede, por tanto, reconocerlo de vuelta como esclavo²⁶. La autoridad que el esclavo le presupone dogmáticamente a su amo, lo que este cree para sí mismo, es en realidad un estatus normativo que el esclavo le está concediendo activamente. Lo mismo ocurre, volviendo al punto que nos interesa, en el caso de la teoría. Alguien puede validar dogmáticamente la autoridad de una sentencia, una opinión o una doctrina. Pero incluso en la actitud de mayor pasividad soy necesariamente yo el que concedo ese estatus de autoridad válida. Soy yo el que decide confiar, en primera persona y de forma activa, en la autoridad de un texto, figura o norma externa. De modo que la única salida coherente es hacerse cargo de que somos responsables en primera persona de aquello que pensamos y hacemos.

26. La dialéctica del reconocimiento mutuo como clave de la identidad práctica de los individuos y de la constitución de normas sociales históricamente válidas está originalmente expuesta en Hegel, GWF, *Fenomenología del espíritu*, Editorial Gredos, Barcelona, 2010.

Esta es la esencia viva de la Ilustración y el racionalismo, de los que el marxismo, como no podría ser de otra manera, se reclama heredero legítimo²⁷. En este sentido, un marxismo radicalmente ilustrado no se puede amparar en la autoridad incuestionada de la tradición. Esto, por supuesto, no debe conducir a un radicalismo vacío, a la afirmación igualmente dogmática de la novedad, que suele traducirse en la defensa de ocurrencias tamizadas por varias capas de pseudoteoría. Este camino conduce directamente al eclecticismo y a la forma intelectual del espontaneísmo, que reduce la perspectiva histórica del marxismo al horizonte estrecho de lo inmediatamente presente. La sujeción a las modas de cualquier tipo, pero especialmente a las modas de carácter teórico, presagian

27 Así lo defendieron siempre los propios marxistas. Véase, Engels, F., “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, *Marxists.org*, 1886. y Engels, F., “Del socialismo utópico al socialismo científico”, *Marxists.org*, 1880.

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

la renuncia a los principios, que se sacrifican en el altar de opiniones cambiantes y completamente erráticas. La renuncia a establecer principios claros y sólidos, dicho de otro modo, es la forma más sangrante de renunciar a nuestra independencia política, a la que renunciaremos desde el momento que aceptemos pensar bajo las ideas de *otras clases*. Lo mismo vale para la cuestión de su subordinación de clase. Sólo porque es en última instancia responsable de su opresión social; sólo porque su minoría de edad es autoimpuesta, puede el proletariado emanciparse a sí mismo. Si su subordinación fuese producto de la voluntad externa o de alguna autoridad superior, su emancipación sería imposible por principio, pues debería ser concedida, otorgada, por parte de un amo que en el fondo seguiría siéndolo. Bajo ese supuesto, el proletariado sería un juguete dependiente de la buena voluntad de su amo, condenado eternamente a pedir permiso para poder vivir. El proletariado sería sistemáticamente víctima del engaño y de la fuerza del poder establecido, y jamás podría sobreponerse al mismo.

Uno de los rasgos esenciales del marxismo es que proletariado no es el sujeto de la revolución en un sentido puramente instrumental. No es el vehículo pasivo de unos intereses que le son externos. No se limita a satisfacer las necesidades de la Historia, de la Teoría, del Partido²⁸. El proletariado es el agente de la revolución por dos razones, internamente vinculadas. Primero, porque en un sentido económico, sólo el proletariado encuentra en su proceso vital motivos que le puedan empujar a transformar la sociedad hasta el punto de suprimir las vigentes relaciones de propiedad. Sus intereses últimos sólo pueden afirmarse en una sociedad socialista. Segundo, porque sólo si posee conciencia de su misión su acción política resulta históricamente significativa y vinculante. Puede poseer conciencia de esta misión porque él es su agente y el principal interesado. Si no posee esta conciencia, la mayoría requerida para la transformación social sólo actuará movida por la fuerza o bajo el efecto de algún ardid. Esta sería una acción espuria en términos históricos, una que no instituye

28. La idea de que el proletariado no es sólo una clase que sufre, sino un sujeto activo y responsable de su propia emancipación es una idea original de Engels, que expresó por primera vez en Engels, F., "La situación de la clase obrera en Inglaterra", Marxists.org, 1845.

un nuevo nexo social, un nuevo sistema impersonal de instituciones que, para ser efectivo, debe poder reproducirse espontáneamente a partir de la iniciativa interna de quienes lo personifican. Si no se impone *motu proprio*, si no tiene en la costumbre y los hábitos de la masa social su sostén y garantía, un sistema económico y político es artificial, que caerá con la misma facilidad con la que emergió —si es que algo así puede siquiera emerger en primera instancia—.

El marxismo es, en este sentido, un relato, la narración que da cuenta de qué es el proletariado en la medida en que comprende la práctica presente como desarrollo de la práctica pasada, orientándola hacia las condiciones de la práctica futura. Proyecta y difunde, a través del intelectual colectivo que lo encarna, el progreso histórico al que los proletarios interpelados por esta narración han de poder adscribirse en primera persona, como una narración que relata racionalmente el sentido y finalidad de sus propias vidas. Tomando conciencia de su condición, el proletario hace suyo el arma con el que desbancará la dirección social de la burguesía: se sabe legitimado para gobernar, y tratará de transformar este derecho en una obligación ante la que la burguesía sólo puede interponerse anacrónicamente, por medio de la violencia y contra el sentido de la historia.

EL MILITANTE COMUNISTA Y LA DIFUSIÓN DE LA CONCIENCIA

La conciencia socialista es expresión de la razón, pero requiere también la fuerza. Debe extenderse y difundirse sobre la masa del proletariado y transformarse en una potencia política y social. La conciencia socialista sólo alcanza su verdadera entidad cuando toma cuerpo en un partido de masas políticamente independiente. Para llegar a ese escenario es precisa una labor sistemática de difusión de la conciencia, siendo el militante comunista la pieza clave de este movimiento. La difusión de la conciencia socialista equivale a la

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

socialización de las explicaciones mediante las que los proletarios pueden entender sus problemas individuales, aparentemente inconexos del devenir social, como problemas socialmente enraizados, vinculados estrechamente al devenir general de la sociedad. Igualmente, frente a la (falsa) solución individualizada, corporativa o reformista de estos problemas, la conciencia socialista ilumina la manera en que podría pasarse a una solución vinculada al avance de posiciones en la lucha de clases, poniendo a la clase dominante y a su Estado en el punto de mira en calidad de responsables últimos de la situación. La conciencia socialista es así la conciencia de quien sabe que la solución de los problemas particulares pasa por la solución del problema del poder: sólo el gobierno del proletariado podrá garantizar que las bases económicas de la crisis, la miseria, la guerra y la opresión sean por fin erradicadas. En la medida en que la masa del proletariado hace suya la conciencia socialista como conciencia de su misión histórica, el derecho a gobernar se hace progresivamente efectivo, pasando de ser un título nominal a la descripción de una práctica encarnada en primera persona por el movimiento político de la clase, el partido revolucionario de masas.

No hace falta una inteligencia fuera de lo común para notar que el potencial radio de extensión de una conciencia de este tipo es muy limitado en su forma teórica abstracta. No porque una mayoría de la clase no vaya a entender un discurso presentado en un registro como ese, sino porque ni siquiera sentirá la necesidad de atender a él en primera instancia. La razón es doble. Primero, por la forma misma en la que se expone el conocimiento teórico, que en su expresión más sofisticada y abstracta será siempre, o al menos durante mucho tiempo, patrimonio exclusivo de una minoría en relación con el conjunto de la sociedad. Segundo, porque la falta de desarrollo práctico del partido comunista de masas hace irrelevante, ergo indiferente para la mayoría, la manera en la que una minoría consciente quiera justificar el que de momento es sólo *su* proyecto privado y particular. De todo ello se sigue lo que ya sabían los predecesores filosóficos de Marx:

que, para ser socialmente efectiva, la ciencia debe fusionarse con la *cultura*, con los modos espontáneos de pensamiento, en una visión del mundo, una *Weltanschauung*. Una vez más, esto no es un capricho, sino una necesidad. La práctica social se sostiene sobre un *sensus communis*, un sentido común que dicta qué debe y no debe hacerse sin apelar directamente a razones de tipo teórico. Estas razones son autoevidentes, y están presentes en la inmediatez de la práctica social. La conciencia socialista, si es la expresión de una alternativa civilizatoria históricamente posible y no una fantasía de la imaginación, ha de poder cristalizarse en las formas espontáneas de pensamiento y orientar así la práctica, sin necesidad de que, en cada acto, en cada decisión, los individuos tengan que pararse a disertar sobre la idoneidad, pertinencia y verdad del asunto. Así es como de hecho funciona toda sociedad, y así lo hará también la sociedad comunista y el movimiento que incipientemente tienda a encarnar ese horizonte.

Esto nos lleva a otra cuestión, y es el hecho de que la conciencia socialista, para difundirse, deberá adoptar distintas máscaras. El discurso general del marxismo habrá de traducirse a distintos “idiomas”, de acuerdo con el problema al que apele y de acuerdo con el nivel real de conciencia de las masas que lo padecen. El criterio es simple: la verdad no está para que la posean unos pocos privilegiados, está para ser efectiva en la lucha de clases. Hay que saber adecuar esa verdad a los códigos y al universo mental de aquellos a quienes se busque interpe- lar en cada caso. Esto es también, por descontado, un asunto que requiere de astucia política. En este punto es crucial la distinción de Plejanov, paradigmáticamente defendida por Lenin, entre la figura del propagandista y la del agitador, entre quien explica racionalmente las raíces y la potencial solución de cada problema, y quien infunde al proletariado la voluntad de actuar mediante consignas simples y estímulos más primarios. El intelectual colectivo que sostiene el discurso pensado del movimiento es la cabeza, *pero nada más que la cabeza*, de una gigantesca maquinaria de agitación que ha de saber vincular cada caso de injusticia y opresión con el curso general del mo-

¿QUÉ ES LA CONCIENCIA SOCIALISTA?

vimiento, que a su vez está vinculado con el curso general de la sociedad, y este con el de la historia. Sin su cabeza pensante, esta maquinaria es ciega. Sin esta maquinaria, la teoría es socialmente vacía. De nuevo, se trata de hacer explícitos por todos los medios y de la manera más efectiva posible la *necesidad*, los lazos que unen cada caso, evento, situación de la sociedad presente con la sociedad futura, de tal forma que ese imperativo pueda tomar cuerpo político en un movimiento unificado de trabajadores. “El comunismo brota, literalmente, en todos los aspectos de la vida social”²⁹. Sintetizar, resumir y orientar estos brotes en una dirección unificada permite que el proletariado termine identificando a esta como la fuerza histórica que realmente representa sus intereses.

¿Qué significa entonces ser un militante comunista? ¿Cuál es el modelo que debe inspirar y dirigir nuestros esfuerzos? Lenin lo condensa en la figura del tribuno popular. El tribuno popular es para Lenin un jefe altamente disciplinado, fiel a los principios revolucionarios, instruido en el conocimiento político y capacitado para la dirección de su clase. Es el encargado, ante todo, de dirigir, de imprimir al movimiento una dirección consciente. Un militante comunista que no sabe para sí mismo, en primera persona, qué debe y no debe hacer en tanto que tal, no es un *verdadero* militante comunista –no hace lo necesario para cumplir con esa condición. Será comunista en un sentido solamente nominal, alguien que dice o cree que lo es, pero que no encarna esa identidad en sus compromisos prácticos reales. No se puede ser comunista sin saber para qué está organizado, sin saber traducir el significado de ser comunista bajo las circunstancias peculiares de su presente histórico; sin saber, en definitiva, arrastrar a la posición de vanguardia a las masas a las que interpela. Lo que resta, una vez dejamos de lado esta conciencia activa de nuestra práctica, es el identitarismo abstracto o el apego emocional a una causa que en el fondo no se comprende ni se quiere comprender. Lo mismo vale, por extensión, para el proletariado en su conjunto. Si ha de ser el agente de la revolución, el proletariado debe saber que lo es, o no lo será en absoluto.

29. Lenin, Vladimir, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Akal, Madrid, 2021, p. 121.



¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

NADIA PÉREZ

En 1910 Alexandra Kollontai planteaba en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres en Copenhague las siguientes cuestiones: “¿Qué es el movimiento socialista de mujeres y cuáles son sus objetivos y metas? ¿Cuáles son las formas que está tomando? ¿No es simplemente una rama del feminismo burgués, su “ala izquierda”? Y si no es así, ¿cómo se explica la existencia de periódicos y revistas de mujeres separadas, la convocatoria de reuniones, congresos y conferencias? ¿Por qué el movimiento no es absorbido por la poderosa corriente de todo el movimiento obrero?”¹ (1918, p.14).

Cuestiones que demuestran por un lado, la importancia de la así llamada “cuestión femenina” dentro del movimiento obrero en la época, ante las repetidas acusaciones por parte del feminismo de que el socialismo ha dejado históricamente

1. [Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras] Alejandra Kollontai 1918. La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Copenhague, 1910. <http://grupgerminal.org/?q=system/files/1918-laimmss-kollontai.pdf>

de lado la problemática de la opresión de la mujer. Justificando así la necesidad de una propuesta política que respondiera a tal cuestión, creando en algunos casos un programa ecléctico entre feminismo y socialismo. Por otro lado, la necesidad de reflexionar sobre las funciones que cumple un frente de mujeres dentro del Partido. Ambos son aspectos de máxima actualidad, ya que el ciclo revolucionario del siglo XX no fue capaz de superar la organización social que nos explota y oprime, también y específicamente, a las mujeres trabajadoras. Por lo que, la necesidad de organizar una fuerza política que pueda terminar con la dominación de clase es acuciante. Y con ello, podríamos decir que todas las preguntas planteadas por Kollontai hace más de un siglo siguen vigentes.

Este texto intenta abordar la cuestión del papel que han jugado las secciones femeninas en el movimiento obrero, a partir de algunos debates y experiencias de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Centrándome sobre todo en los debates que surgieron en las Internacionales Obreras, así como en las Conferencias Internacionales de Mujeres Socialistas de la época. No tanto con el objetivo de romantizar aquellas prácticas para arrastrarlas a nuestros días sin ningún análisis crítico, sino para identificar las bases de la utilidad de esas formas organizativas y plantear un debate sobre las propuestas políticas y organizativas actuales. Siempre teniendo en cuenta el contexto generado por el desarrollo histórico y los retos políticos que ello nos plantea.

Si algo se debería de señalar sobre esta cuestión es la dimensión social y política que ha tomado el feminismo en las últimas décadas, lo que ha generado una normatividad política en cuanto a la forma de entender la opresión de la mujer y sobre todo a la forma política para hacerle frente. Así el movimiento feminista hegemónico ha optado por crear herramientas y espacios de mujeres, independientes en cuanto a partidos políticos en muchos casos y en otros cuantos, vinculados ideológica y estratégicamente a partidos socialdemócratas. Estos últimos con una predisposición clara a favor

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

del reformismo. En cambio, los primeros han solido mantener un discurso más radical, hasta anticapitalista en algunos casos, pero sin asumir en la práctica las implicaciones de una propuesta revolucionaria, por lo que terminan haciéndole el juego al reformismo. En ese contexto, y con un sentido común feminista muy expandido a nivel social, la propuesta de un movimiento revolucionario, que plantea una perspectiva comunista para la emancipación de la mujer trabajadora genera muchos debates, y uno de ellos es claramente, si tiene que existir un frente de mujeres y si es así, cual debe de ser su función. Por lo que el texto también intenta dar ciertas pinceladas sobre esa cuestión.

ANÁLISIS HISTÓRICO: DE LA CUESTIÓN FEMENINA MODERNA A LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES PROLETARIAS

Para entender la posición de los partidos obreros del siglo XIX-XX en cuanto a la función del movimiento socialista de mujeres, es necesario analizar cuál fue la lectura que hicieron sobre la opresión de la mujer trabajadora. Clara Zetkin exponía con gran claridad, que el modo de producción capitalista dio vida a la “cuestión femenina moderna”, que esta existía en el seno de las clases que eran producto del modo de producción capitalista, pero que se presentaba con características muy diferentes según la posición de clase de estos grupos. Y aclaraba que en el caso de la mujer proletaria, la opresión surge “a partir de la necesidad de explotación del capital que lo obliga a la continua búsqueda de fuerza de trabajo más barata” (1896).² Por lo que la mujer proletaria fue integrada en la producción capitalista, pudiendo conquistar en parte su independencia económica, pero sin que ello hiciera desaparecer su posición de subordinación.

2. <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1896/0001.htm>

Entender de esa manera la opresión, acarrea aceptar que la lucha de emancipación de la mujer proletaria no podía

3. *Ibidem.*

ser la misma que desarrollaba la mujer burguesa, ya que esta última era parte del problema. Por eso afirmaba Zetkin, que “la suya es una lucha que va unida a la del hombre de su clase contra la clase de los capitalistas” (1896)³ y remarcaba que el objetivo final de su lucha era la conquista del poder político por parte del proletariado. No significaba que algunas de las reivindicaciones del movimiento femenino burgués no fueran compartidas por las proletarias, pero solo representaban un instrumento como medio para su fin.

Entre esas reivindicaciones encontramos una de las que más debates generó: el derecho a voto de las mujeres. Es verdad, que este debate va vinculado a un debate previo que tomó forma, sobre todo, en la I. Internacional, donde las facciones anarquistas y socialistas debatieron la participación de la mujer en la producción, a la que se oponían los seguidores de Bakunin. Las mujeres proletarias también encontraron una gran resistencia por parte de sus compañeros obreros, con la justificación de querer parar la tendencia a la baja de los salarios que implicaba la inserción de una mano de obra más barata en la producción. Lucha que llevaron a cabo por medio de sus sindicatos, aspirando a mantener sus condiciones de trabajo, a costa de los intereses de mujeres y niños. Y digo que son debates que van de la mano, porque cuando millones de mujeres se vieron obligadas a participar en la producción, empezaron a tomar conciencia de que la falta de derechos hacía muy difícil garantizar sus intereses. Por lo que la introducción de la mujer en el trabajo asalariado fue premisa para su activación política, dando lugar a la “cuestión femenina moderna”.

4. [Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras] Alejandra Kollontai 1918. La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Copenhague, 1910. <http://grupgerminal.org/?q=system/files/1918-laimss-kollontai.pdf>

Alexandra Kollontai explicaba que “el proletariado femenino fue llevado por sus necesidades materiales básicas a una aguda conciencia de su falta de derechos políticos, y aprendió a ver en esos derechos no sólo un “principio político” (1918, p.3) “sino también una necesidad urgente e inmediata.” Los y las socialistas pidieron el voto para las mujeres, entendiéndo-

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

dolo como un derecho social basado en la conciencia social transformadora de la mujer, mediante el cual las mujeres debían poder pronunciarse sobre la alternativa entre “república burguesa o república socialista”. Esa lucha por lograr la igualdad política de las mujeres proletarias es parte integrante de la lucha general del proletariado. La inclusión de las mujeres en la lucha de liberación del proletariado, por tanto, fue entendida como una de las premisas necesarias para la victoria de las ideas socialistas.

La aceptación de esa premisa, los debates se pudieron ir centrando en la forma en que debían trabajar los partidos proletarios la cuestión de la mujer trabajadora⁵. Kollontai resumió en la misma Conferencia de 1910 que el movimiento de las mujeres de la clase trabajadora había sido llamado a existir, lo que creó la opción de convocar la primera Conferencia Internacional de Mujeres, donde se planteó la formación de una oficina internacional de mujeres para coordinar las organizaciones de mujeres socialistas. Posteriormente, la oficina fue establecida en Stuttgart y la revista *Die Gleichheit* fue reconocida como su órgano central.

Aun y todo, este tema provocó un debate interesante, ya que, ante la propuesta de las delegadas alemanas de crear esa secretaría internacional, las delegadas austriacas negaron la necesidad de ese espacio, por miedo a “que les podría valer la etiqueta de <feministas>”⁶. Las alemanas defendieron con gran ímpetu las ventajas organizativas que ofrecía una agrupación independiente de mujeres proletarias tenía. Uno de los argumentos, “por consideraciones prácticas y urgentes” fue que las trabajadoras seguían siendo el sector más desfavorecido del proletariado, siendo oprimidas a nivel legal, social y político. Aun así, la urgencia de la participación política de las mujeres no estaba suficientemente reconocida en el proletariado masculino. De esa manera y para que las mujeres unieran sus fuerzas en torno al partido y pudieran defender la reivindicación de la igualdad de derechos civiles, debían inculcar también en sus camaradas la actitud adecuada ante la

5. Una explicación más desarrollada sobre esto se puede encontrar en: Fencia, C. y Gaido, D. *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa*. Capítulo 2. Las conferencias de la Internacional de Mujeres Socialistas (1907-1915) 2016, pp. 68-102. [El-marxismo-y-la-liberacion-de-las-mujeres-trabajadoras.pdf](http://www.el-marxismo-y-la-liberacion-de-las-mujeres-trabajadoras.pdf)

6. [Conferencias socialistas de mujeres trabajadoras] Alejandra Kollontai 1918La Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Copenhague, 1910. <http://grupgerminal.org/?q=system/files/1918-laimmss-kollontai.pdf>

7. Clara Zetkin: «Nur mit der proletarischen Frau wird der Sozialismus siegen!» 16. Oktober 1896, Rede auf dem Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands zu Gotha. „Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands. Abgehalten zu Gotha vom 11. bis 16. Oktober 1896“ <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1896/0001.htm>

cuestión. La creación de una oficina dentro del partido debía servir para ejercer presión sobre el partido desde dentro, no para librar una batalla separada. En otras palabras, esa organización debía servir para concentrar la atención del partido en las reivindicaciones específicas de las trabajadoras, facilitando su organización. Zetkin aclaraba en su famoso texto “*Sólo con la mujer proletaria triunfará el socialismo*” (1896)⁷ que el “principio-guía” debía ser que no hubiera ninguna agitación específicamente feminista, sino agitación socialista entre mujeres, ya que las reformas a conseguir en el sistema capitalista ya estaban incluidas en el programa mínimo del partido comunista. Así explicaba:

“La agitación entre las mujeres debe unirse a los problemas que revisten una importancia prioritaria para todo el movimiento proletario. La tarea principal consiste en la formación de la consciencia de clase en la mujer y su compromiso activo en la lucha de clases.”

Y seguía:

“Propongo que, para tal fin, se distribuyan octavillas, pero no octavillas tradicionales que resuman en un cuarto de página todo el programa socialista, toda la ciencia de nuestro siglo, sino octavillas breves, que desarrollen desde un ángulo concreto una cuestión práctica, con un planteamiento de clase”

Más tarde, en 1920, Zetkin, previa consulta al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, escribió las “*Directrices para el movimiento comunista femenino*”, en el que explica el abismo entre la teoría y la práctica de la Segunda Internacional en cuanto a los derechos de las mujeres: toleró luchar por la introducción de un derecho de voto femenino restringido, permitió que ciertos países se negasen a incluir en sus luchas por el derecho a voto la reivindicación del sufragio universal femenino y además, nunca creó un órgano que promoviese a nivel internacional la realización de las reivindicaciones a favor de la mujer. Con la intención de dejar atrás la lectura

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

economicista de la II. Internacional y a la vez que hacía un llamamiento a adherirse a la Internacional Comunista, Zetkin puntualizó que:

“Los inicios de una organización internacional de las mujeres proletarias y socialistas por una acción unitaria y decidida han nacido al margen de su organización, de forma autónoma. Las representantes de estas organizaciones femeninas han sido admitidas en los congresos de la Segunda Internacional, pero sin el derecho formal de participación; la Internacional femenina socialista no tuvo voz en el seno del Buró de la Segunda Internacional.”⁸

La Internacional Comunista reafirmo en el III. Congreso de 1921 la necesidad de la organización de la mujer trabajadora en el seno de los partidos comunistas y definió la “*Tesis para la propaganda entre las mujeres*” en la que se exponía que la tarea inmediata de los partidos comunistas era ampliar la influencia del comunismo en los sectores femeninos del proletariado, para sustraerlas de las concepciones burguesas y “hacer de ellas verdaderas combatientes por la liberación de la mujer”.⁹¹⁰

El debate de nuevo se centro en las cuestiones organizativas: ¿debían las mujeres organizarse de forma separada? Zetkin expuso que muchos miembros del partido la acusaron de cometer un desvío socialdemócrata con la propuesta de los grupos de mujeres. Lenin en cambio, argumentó que la “pureza de los principios” no podía disputar con las necesidades históricas de la política revolucionaria y así lo pronunció:

«Nosotros deducimos nuestras ideas organizativas de nuestras concepciones ideológicas. No queremos organizaciones separadas de mujeres comunistas. Una comunista es miembro del partido tanto como el comunista. Tienen los mismos derechos y deberes. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos a los hechos. El partido debe contar con organismos

8. <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1920/0001.htm>

9. <https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/comintern/4-Primeros3-Inter-2-edicion.pdf> pp 190-191

10. Una explicación más desarrollada de este debate se puede encontrar en: Toledo, C. El Marxismo y el Problema de la Emancipación de la Mujer file:///D:/MARX%20XXI/el-marxismo-y-el-problema-de-la-mujer.pdf (p. 17-23)

11. Citado de Cecilia Toledo en: Toledo, C. El Marxismo y el Problema de la Emancipación de la Mujer <file:///D:/MARX%20XXI/el-marxismo-y-el-problema-de-la-mujer.pdf> (p. 17-23)

(grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se los quiera llamar) con el objetivo específico de despertar a las amplias masas de mujeres...»¹¹

ACTUALIDAD DEL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES

Lo que siguió no cumplió ni de lejos las expectativas de tantas y tantos comunistas que lucharon por una sociedad emancipada. Y aunque los derechos legales de las mujeres fueron aumentando en las siguientes décadas, la opresión económica, social y política nunca se superó. La tendencia economicista y sindicalista que fue adoptando el marxismo oficial, deshaciéndose de una fuerza organizativa revolucionaria, junto con la masiva incorporación de las mujeres al trabajo asalariado en las décadas de los 60-70, creo las condiciones para el despliegue del movimiento feminista durante ese tiempo. La división social del proletariado experimentada en el capitalismo, es de esta manera, configurada políticamente en base a relaciones de género o raza, que podrían entrelazarse a posteriori, pero parten de una táctica y forma organizativa separadas. Y aunque el feminismo de las últimas décadas ha generado una gran movilización de mujeres, no ha sido capaz de organizar todo ello en base a un programa emancipador.

Pero deberíamos partir por entender -como hicieron las referentes comunistas mencionadas anteriormente- cuál es la forma en la que se insertan las diversas formas de opresión en el sistema social actual. La situación que genera la organización social capitalista podríamos definirla en términos económicos, como la devaluación de la fuerza de trabajo que genera sujetos devaluados. Eso le permite al capital seguir aumentando sus beneficios económicos y además, consigue obstaculizar a nivel político la organización de un sujeto revolucionario que le pueda hacer frente. Pero evidentemente, esa situación acarrea y está construida a la vez, en términos culturales, en (base a) una miseria moral que genera diver-

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

sas formas de opresión y violencia, que origina y reproduce constantemente una división social dentro de la clase. De esa manera, la clase trabajadora se presenta a nivel social totalmente atomizada y fraccionada, produciendo también diferencias en las opciones para la participación política. El planteamiento de la forma organizativa a construir y la utilidad del frente de mujeres deben partir de esa lectura estructural.

A eso se le podría añadir, el escenario de ofensiva burguesa que se está llevando a cabo a nivel económico y político contra todo el proletariado en una coyuntura de crisis capitalista, que también se concretiza de manera específica en las mujeres trabajadoras: la precarización (aun mayor) de muchos sectores de trabajo feminizados (la mayoría de veces también racializados), en muchos casos por la privatización de los servicios, como es el caso de los cuidados; la normalización de la violencia machista mediante el discurso reaccionario que se está expandiendo en muchos territorios a nivel mundial; o la eliminación de derechos políticos, que aumenta la represión sobre los sectores más desfavorecidos.

Todo ello expone con mayor urgencia la necesidad de organizarnos mediante la unificación del proletariado contra el sistema de dominación que nos explota y oprime. Pero, como he mencionado, no debemos perder de vista que el proletariado se encuentra en descomposición política, cultural e identitaria.¹² Lo que ha generado que esas identidades fragmentadas se conviertan en identidades políticas interclasistas, que llevan, en cualquiera de sus formatos, a la lucha reformista, eliminando la raíz histórica que reproduce las opresiones y termina perpetuando la sociedad de clases y por ende, las opresiones derivadas de esta.

Debemos dejar de lado las lecturas economicistas e identitarias, que o bien terminan priorizando alguna identidad, partiendo del análisis de “sujeto oprimido igual a sujeto revolucionario” y reforzando la misma identidad oprimida; o bien terminan negando las diferencias de género, raza, etc.

12. <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf>

intentando vender un falso universalismo que no hace sino fortificar posturas economicistas y reaccionarias.

Es necesario ampliar la lucha de clases a todos esos sectores oprimidos. En ese contexto, se convierte en una tarea prioritaria el desarrollo de organizaciones políticas, que sean capaces de unir la lucha contra las opresiones con la estrategia socialista. En este punto, podríamos retomar las preguntas de Kollontai y repensar: ¿Cómo se ligan las cuestiones concretas con el programa de totalidad? ¿Cuál debe de ser la participación política de las mujeres? ¿Qué función deben cumplir los espacios de mujeres dentro del Partido?

Como se exponía anteriormente, una de las características más remarcables de este momento histórico, es la desarticulación del proletariado en identidades culturales provenientes de la estructura social burguesa. Es esa particularidad la que marca el apremio de articular frentes de mujeres que puedan desmontar esas identidades interclasistas, en este caso, el concepto general de “mujer”; romper la conexión con el programa reformista que plantea la emancipación de la mujer dentro de los márgenes del capitalismo; y engendrar y difundir la conciencia socialista entre las mujeres proletarias. Para ello, es imprescindible conectar el programa comunista, con la forma concreta que toma la opresión de la mujer trabajadora en cada momento, y formular una lectura de la coyuntura de los fenómenos de opresión desde el marxismo.

Por otro lado, el frente socialista de mujeres debe de ser un medio capaz para desarrollar una táctica que pueda ir neutralizando la función que cumplen los diversos fenómenos de opresión. Esto debe valer para crear las condiciones para la participación política de las mujeres trabajadoras, mejorando sus condiciones de vida y laborales; como para ir demostrando la eficacia de una organización independiente comprometida con llevar la emancipación de la mujer trabajadora hasta su último fin.

¿POR QUÉ RECONSTRUIR EL FRENTE SOCIALISTA DE MUJERES?

Mediante todo ese trabajo político, estos espacios de mujeres deben de servir para ir desarrollando una fuerza efectiva que pueda ir educando en una normatividad socialista al proletariado en su conjunto. Debe ser garantía de educación contra la opresión de la mujer trabajadora, ya que el comunismo representa una nueva forma de organización social liberada de toda forma de dominación. Por eso, el frente de mujeres debe de comprometerse con los intereses de las mujeres trabajadoras, siendo una herramienta para la activación política de este sector oprimido en el sistema capitalista. Y de la misma manera, ha de luchar en contra de toda forma de opresión dentro del partido, construyendo las nuevas bases de la sociedad que queremos construir, como fuera de él, educando a la sociedad en una nueva ética comunista.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las experiencias y debates históricos en torno a la cuestión femenina dentro del movimiento proletario del siglo pasado, pusieron las bases de un debate urgente y necesario. Muchas de las ideas que expusieron hacen una aportación fundamental al debate actual, que desgraciadamente apremia ante la brutal violencia que sigue viviendo el proletariado femenino. La activación política de las mujeres trabajadoras es una necesidad histórica para romper con el sistema que nos domina.

El sentido del frente socialista de mujeres por ende, tiene como objetivo la construcción del Partido Comunista, como la realidad política y organizativa independiente del programa político comunista. Ello responde a la realidad social mencionada anteriormente, que exige de estas formas organizativas en un momento defensivo. Por eso, la existencia del frente de mujeres, viene justificada en función de su eficacia como herramienta para la unión del proletariado a la organización comunista y constituye, por ello, una forma

NADIA PÉREZ

organizativa transitoria. Aun y todo, debemos de tener claro que el objetivo de estos espacios es ir creando una militancia integral, que vaya desarrollando las condiciones para que las mujeres seamos activos políticos en su totalidad, lejos de militancias parciales, que convierten la fragmentación social en fragmentación política.

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

G. JUNCALES Y LIBER

En diferentes textos, pancartas y discursos desde el Movimiento Socialista se ha puesto sobre la mesa una consigna: *“Organizar el socialismo en todos los territorios”*. Llevar a cabo esta consigna implica, primero de todo, comprender la situación de esos territorios en los que tenemos que organizar las fuerzas existentes que puedan trabajar en favor del proceso socialista. Entendiendo que esta organización no se hace de cualquier manera, ni es una simple reunión o encuentro de personas con buena voluntad. Organizar el socialismo implica poner las bases para recomponer el proletariado como sujeto político en tránsito hacia el proletariado revolucionario constituido en Partido comunista.

En la fase actual del movimiento socialista, la tarea está en articular a la militancia existente en una constelación de organizaciones capaces de recomponer el tejido proletario socialista completamente descompuesto tras el final del ciclo revolucionario del siglo pasado. Ejecutar esta tarea desde la posición socialista implica un trabajo político integral que se debe concretar en formas organizativas que permitan permear política y organizativamente en todo contexto y particularidad. En este artículo abordaremos la dimensión territorial de esta tarea.

La territorialidad estatal obedece a las lógicas y necesidades del capital en la lucha de clases, lo que da pie a que haya resistencias al contradictorio despliegue del capital. La existencia actual de marcos de referencia territoriales diferenciados requieren de una intervención específica y particular para garantizar su efectividad.

Avanzamos algunas premisas de lo que vamos a defender. La operatividad organizativa es un principio básico de la racionalidad socialista y no renunciamos a ella: la organización política debe ser necesariamente internacional y en un primer momento estar articulada en el marco estatal capitalista, hoy articulado en forma de grandes bloques supraestatales como la Unión Europea. Pero esto no basta para la articulación del proletariado en sí, tal cual existe.

La apuesta táctica que hacemos se introduce en el primer apartado en el que se expone la articulación de marcos de referencia territoriales. Para poder llevar esto a cabo en nuestro contexto desarrollaremos que la organización política debe estructurarse territorialmente entre dos límites entre los que debemos mover nuestra táctica organizativa: la necesidad de articularse a escala estatal sin que ello suponga legitimar el marco estatal y, en segundo lugar, la necesidad de trabajar sobre las particularidades culturales-nacionales oprimidas desde el internacionalismo.

1. LA ARTICULACIÓN DE MARCOS DE REFERENCIA TERRITORIALES

La organización es una mediación política entre las subjetividades existentes y la conciencia socialista. Por ello, la organización debe atender a las exigencias de las subjetividades hoy existentes, pero no para naturalizarlas y eternizarlas, sino para transformarlas. Por esto es necesario la articulación de la clase trabajadora en los marcos de referencia institucionales que impone el capital, en nuestro caso la Unión Europea y el Estado español como marcos de acumulación del capital, pero no puede obviarse la existencia de comunidades políticas consolidadas que determinan una subjetividad propia, como es el caso de las naciones oprimidas que han tenido procesos de nacionalización fuertes en los últimos siglos y que han llevado amplias capas del proletariado a tener una conciencia nacional específica y diferenciada.

La combinación de estas realidades nos obliga a adoptar una táctica organizativa flexible y adaptada a la constante mutación del territorio fruto del desarrollo capitalista y, por tanto, de la lucha de clases. Es importante resaltar esto: el territorio no está determinado unilateralmente por un solo polo de la lucha de clases. Los burgueses no hacen las naciones a su antojo, como no las pudieron hacer antes los señores; ni tampoco el proletariado puede escindirse “nacionalmente” de manera efectiva como ha demostrado una y otra vez el siglo XX en insurrecciones obreras locales o incluso Estados Socialistas “en un solo país”. Ahora bien: las fuerzas políticas que sintetizan las relaciones de clase actúan en lo concreto de manera territorializada, buscando posiciones de hegemonía en referencia a una determinada escala territorial. Esta lucha se materializa en la disputa de territorios, que a veces pasa por el cuestionamiento e impugnación de los mismos (como en los procesos de liberación nacional).

Entendemos que en la situación de debilidad política en la que se encuentra el proletariado, este no es capaz de dispu-

tar territorios ni de determinar su propia territorialidad del mismo modo en que es impotente para dotarse de otro tipo de instituciones que permitieran cosas tan básicas como garantizar la supervivencia de los individuos de nuestra clase. La clave del trabajo político militante en la fase del proceso socialista emergente es la articulación de distintas realidades dentro de un modelo de acumulación de fuerzas. La articulación territorial efectiva deberá, por tanto, comprender los distintos marcos territoriales operativos en cada realidad concreta y organizarse en base a ellos.

Un militante, un grupo de militantes, una organización entera, tienen que entender que su trabajo político se da dentro de una realidad geográfica, de un territorio concreto. Ese territorio es la materialización de una serie de tendencias históricas que, en nuestro periodo histórico, no expresan otra cosa que las condiciones espaciales en las que se desarrolla la lucha de clases. Por tanto el trabajo político tiene que desplegarse partiendo de una comprensión de su realidad territorial que renuncie a esquematismos, simplificaciones y fetichismos del territorio. Por eso es necesario tener una comprensión profunda de cuáles son las realidades territoriales que existen en un espacio determinado, cómo se relacionan entre ellas y cuál debe ser nuestra práctica de intervención con respecto a cada una de ellas.

La herramienta para trabajar con esa pluralidad de realidades territoriales es entenderlas como marcos de referencia, en los cuales se desarrollan tanto las subjetividades como los procesos históricos y políticos de nuestra sociedad. En este sentido, un marco de referencia no es cualquier geografía ni cualquier filiación subjetiva. A pesar de que existen buenas razones técnicas, históricas, geográficas o lingüísticas para tener en consideración determinados ámbitos territoriales, si estos no tienen una dimensión política no pueden tener interés para el trabajo político. Tener dimensión política tampoco puede reducirse a tener instituciones burguesas definidas, sino que debe aplicarse para todo territorio que constituye un

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

espacio social en disputa por las fuerzas políticas articuladas socialmente que representan el conflicto de clases.¹

Los marcos territoriales son materia de estudio riguroso y científico, no pueden por ello reducirse a esquematismos positivistas. En este sentido, tenemos un largo camino por hacer como militantes socialistas en afinar nuestra comprensión territorial concreta prescindiendo de una vez de esquematismos y simplificaciones nacionalistas, del mismo modo y a la vez, que tenemos que enriquecer nuestra comprensión de la clase obrera renunciando y desechando el fantasma del obrerismo. De nuevo, como se viene afirmando, el análisis de coyuntura se convierte en una necesidad apremiante para la militancia porque es la herramienta fundamental para poder reunir el mejor conocimiento disponible al servicio de nuestras tareas. Entre ellas, destacamos la relación de la articulación política territorial con la de la organización militante.

La tarea que se impone para la organización de la militancia socialista es la articulación de la misma a través sus marcos territoriales. El verbo *articular* aquí tiene una relevancia especial, porque la militancia pasa de tener que adscribirse a un marco determinado desde el que desplegar su trabajo a invertir la relación: el trabajo político es lo que conecta en lo concreto las distintas realidades territoriales superpuestas. La militancia de una zona rural tiene que trabajar sobre su marco de referencia marcado por esa ruralidad, pero ese trabajo también se ve condicionado por su marco nacional e institucional y no puede desarrollarse de espaldas a estos marcos como si toda la territorialidad se redujera a su particularidad rural. Del mismo modo, la militancia de los barrios de las megápolis modernas no pueden pretender obviar la existencia de marcos nacionales vigentes y operativos a pesar de la tendencia a la formación de “ciudades globales”: el trabajo militante deberá contemplar que su marco de referencia es el barrio, la megápolis, el estado capitalista y, también, el tejido global concreto en el que se inserta la ciudad. Definir con precisión, concreción y operatividad los marcos de refe-

1. Sirva para clarificar esta cuestión un contraejemplo: el castellanismo político ha afirmado desde los años 80 el marco territorial de 17 provincias en base a argumentaciones técnicas (históricas, geográficas, lingüísticas...). Sin embargo, la inexistencia de instituciones a esa escala y la incapacidad de ningún sujeto político de instituir nada a ese nivel han demostrado a lo largo de varias décadas la inoperatividad de ese marco de referencia para el trabajo político por su nula relación con la realidad concreta de la lucha de clases en todo ese territorio. A la vez, en esas décadas, se ha demostrado con fuerza como la territorialidad leonesa, cántabra o madrileña emergía sistemáticamente en distintos conflictos políticos y sociales en los que las fuerzas políticas en disputa adoptaban esos marcos de referencia. Afirmar la existencia de un marco territorial castellano de 17 provincias sin capacidad de demostrar objetivamente la existencia política de ese marco con la creación de instituciones a esa escala o con la disputa de las existentes ha llevado la apuesta territorial castellanista al puro voluntarismo.

rencia de cada espacio militante es la tarea que permitirá el despliegue de la organización.

A menudo, la machacada consigna “*piensa globalmente, actúa localmente*” ha servido para mistificar lo anterior, dando una cobertura a las prácticas localistas aderezadas con un vago sentimiento, a menudo poco más que declarativo, de “solidaridad”. Esta inercia militante ha borrado el elemento más importante para esta tarea: la mediación organizativa que tiene que conectar lo local y lo internacional, cosa que no hace el mero “pensamiento” ni la solidaridad abstracta. Sin esa mediación es inevitable caer en límites que nacen de nuestra propia práctica. Por ejemplo, en contextos en el que la brecha territorial es cada vez más acusada, tratar de obviar esta cuestión y tratar de imponer formas organizativas homogéneas en territorios despoblados con pequeños núcleos poblacionales, ciudades de provincias y macrociudades está destinado al fracaso al no atender a las particularidades de cada uno de los contextos. Buscar organizarnos seriamente requiere de estudiar, sin idealizaciones, las posibilidades reales de organizarse en unos y otros territorios; requiere de escoger tácticamente las fuerzas que se pueden poner en cada uno de ellos en cada uno de los momentos dependiendo de la fase del proceso en la que nos encontremos. Atendiendo también a la existencia de diferentes ritmos, tipos de infraestructuras o potencias diferentes. Por ejemplo, cuando se está dando una ruptura juvenil, quizás no es el momento de dedicar las fuerzas organizativas en zonas territoriales en las que apenas hay jóvenes, fruto del éxodo rural. Como, en otro momento, en el que el control de la producción agrícola o industrial sea la táctica general las fuerzas organizativas quizás deberán desplegar, sobretodo, en entornos hoy mayoritariamente despoblados.

2- LA NECESIDAD DE ARTICULARSE A ESCALA ESTATAL SIN QUE ELLO SUPONGA LEGITIMAR EL MARCO ESTATAL-NACIONAL.

Se ha defendido, con razón, que la articulación organizativa ha de dar cuenta de la necesidad de organización a nivel europeo, al estar en este macro-estado la mayoría de competencias financieras, políticas o, cada vez más, militares.² Pero afirmar esto no puede llevarnos a esquivar la problemática cuestión del Estado Español y la necesidad de organización en su escala, siempre como subescala de ese marco supraestatal europeo como marco mínimo para que una organización comunista pueda articularse de manera efectiva.

El Estado Español y su aparato administrativo autonómico y local son instituciones de referencia de la espacialidad capitalista desde hace dos siglos. Las dinámicas de acumulación de capital no pueden comprenderse sin atender a estas instituciones ni se puede comprender la relación espacial del capital sin atender a cómo se configuran estas instituciones³. Algunas manifestaciones objetivas de esto son, por ejemplo, el hecho de que exista una normativa laboral unificada o que haya una serie de mercados dominados por unas mismas empresas de forma oligopólica (energía, combustibles, alimentación...). Otras manifestaciones, ya en el plano subjetivo, serían las distintas luchas políticas que se dan en el seno del Estado como la expresión del conflicto social entre clases que no aparece directamente. Desde los debates legislativos al reparto de los presupuestos del Estado, todos estos conflictos constituyen la comunidad ilusoria (en palabras de Marx y Engels⁴) de “lo español”.

En este sentido, el Estado Español es una referencia territorial ineludible para la articulación de masas obreras y para el trabajo político socialista. El Estado Español es de facto un marco de referencia para la lucha de clases en tanto que lo es para la acumulación de capital. Lo uno y lo otro son

2. La escala organizativa territorial: cuestión estatal y cuestión nacional en la actualidad. en Nueva estrategia socialista., EHKS. 2023.

3. Tal y como se define aquí, la consolidación del Estado Español nace de una relación asimétrica entre territorios que es el resultado de una integración asimétrica de sus respectivas élites en el aparato estatal: <https://www.horitzosocialista.cat/index.php/component/content/article/la-queestio-valenciana-i-les-tasques-de-les-comunistes?catid=8&Itemid=190>

4. La ideología alemana. K. Marx y F. Engels. 1846 <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1846/ideolemana/index.htm>

5. Comprender la relación del Estado y la lucha de clases es fundamental para evitar la mistificación del Estado capitalista, que siempre termina en una justificación de su carácter natural y, consecuentemente, eterno e insuperable. En este sentido, un enfoque más adecuado es el que recoge Simon Clarke en *Estado, lucha de clases y la reproducción del capital*. (Ver Anexos de "Marx, marginalismo y sociología moderna" Ed. Dos cuadrados. 2022)

indisociables⁵. Tanto es así que la práctica militante de los movimientos sociales nos ha llevado a este marco territorial mayoritariamente de forma inconsciente e irracional, pero no aleatoria. Las dinámicas de lucha espontánea adoptan sistemáticamente este marco, como con la extensión de olas de solidaridad (por ejemplo, con la detención de Pablo Hásel, las asambleas para la huelga feminista o con el conflicto del Metal de Cádiz de 2021) o con la extensión de huelgas (como en el caso de Inditex en 2022). Sobre esto, tenemos que detenernos en señalar el error de considerar el marco estatal español como la escala fundamental que lleva a que sea casi la única. Reconocer que el marco estatal es en cierto modo ineludible, es el primer paso para superarlo y, sobre todo, para evitar la legitimación del marco.

Vemos la naturalización del Estado Español como marco de referencia dominante en el trabajo político se ha dado de una manera inconsciente e irracional. Inconsciente porque se ha impuesto por pura dejación de la militancia política, refugiada en el localismo. Irracional porque si bien las instancias estatales son determinantes para el trabajo político de cualquier tipo, en la Unión Europea lo son tanto o más las instancias continentales (Comisión Europea, Banco Central Europeo, Frontex o las competencias de pesca, agricultura o medioambiente que son dictadas desde instancias europeas..) sin que a su escala haya habido las últimas décadas ninguna articulación permanente de trabajo militante de relevancia más allá de oleadas de organización para cuestiones puntuales como pudieron ser en los inicios de siglo las contracumbres, la CES como marco de organización del sindicalismo socialdemócrata o ACE que engloba a diferentes organizaciones autodenominadas partidos comunistas bajo el paraguas del KKE.

El marco español se impone como resultado de la fortaleza del capital para organizar bajo sus necesidades de acumulación todas las relaciones sociales, también las de resistencia al propio capital. Esta maldición se impone al movimien-

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

to obrero desde la crisis económica de 1873, que abrió las puertas al proteccionismo que anticipó el imperialismo. La II internacional no pudo escapar de esta hegemonía de las nacionalidades burguesas, primando los grandes partidos obreros nacionales que llevaban en su seno el desastre que se evidenció en la alineación de los mismos con sus burguesías en la matanza que comenzara en 1914: la I Guerra Mundial.⁶

La postura bolchevique ante la debacle de la II internacional demostró que el camino correcto estaba (y está) en actuar políticamente en los procesos organizativos de nuestra clase siempre desde el internacionalismo proletario. La articulación a escala estatal responde a una funcionalidad estratégica, a un momento de la organización revolucionaria mundial, y no a un principio irrenunciable asociado a una “realidad cultural objetiva”.

Es decir, en ningún caso esta articulación estatal debe suponer la afirmación o naturalización de la nación española como constructo ideológico, sino que deberá educar continuamente en el internacionalismo proletario y contra el nacionalismo. Contrastemos esta necesidad con la que existe de estructurarnos a escala continental para la Unión Europea como bloque geopolítico. La necesidad estratégica es la misma y la orientación funcional también debe ser la misma, siendo en este caso más comprensible para todo el mundo que la organización a escala europea no pasa por la afirmación de la identidad europea ni el fomento del europeísmo cultural.

3- LA NECESIDAD DE TRABAJAR SOBRE LAS SUBJETIVIDADES TERRITORIALES EXISTENTES DESDE EL INTERNACIONALISMO.

En todo el punto anterior desarrollamos la necesidad de la articulación política asumiendo la espacialidad capitalista. Pero con esto no basta. La lucha de clases no se reduce a los marcos territoriales determinados por las instituciones

6. La división nacional del movimiento obrero dominante en la II internacional fue la antesala de las ruptura revolucionaria de 1917 (Ver *El capital y la nación desde la crítica de la economía política*. Fernando Dachevsky. 2020. Revista Izquierdas.)

burguesas, de hecho como consecuencia de la lucha de clases estos marcos se ven constantemente cuestionados, desbordados y subvertidos. Ahí radica la necesidad de adaptar el despliegue organizativo del movimiento socialista a una territorialidad más abierta.

Empecemos por la manifestación más evidente de esto: no puede obviarse la existencia de comunidades políticas consolidadas que determinan una subjetividad propia, como es el caso de las naciones oprimidas. Estas naciones han tenido procesos históricos que han llevado a amplias capas del proletariado a tener una conciencia de la opresión nacional específica y diferenciada, como es el caso de Cataluña o Euskal Herria. Lo relevante de esta circunstancia es que genera marcos diferenciados para el desarrollo de la lucha de clases que se concretan objetivamente en, por ejemplo, la existencia de una cultura de conflictos laborales propios (caso de EH con sindicatos de masas propios) o en Cataluña con un conflicto político y social como el que estalló en 2017. Tampoco es de extrañar que esto sea así, ya que la existencia de estos procesos de nacionalización debe encontrarse en el desarrollo de la lucha de clases. Por el contrario, los análisis hegemónicos se apoyan en las explicaciones “culturalistas” que se apoyan en supuestos sustratos precapitalistas o diferencias étnicas, lo que borra todo rastro de lucha de clases en el conocimiento de los procesos de nacionalización.

El Estado Español se ha formado históricamente en el proceso de opresión nacional y cultural hacia su diversidad cultural interna. Ha sido así desde su conformación, pasando por el franquismo, hasta llegar a las cargas del 1 de octubre. El problema nacional español reside en que su propio proceso es asimétrico entre las distintas partes que lo componen: existen naciones consolidadas conviviendo con otras realidades que no forman una nación en sí misma, sino un “resto” heterogéneo. La cuestión que queda siempre por responder en el caso español es la que tiene que ver con “el resto”. Nos detenemos a analizar cuáles han sido las propuestas sostenidas por

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

parte de diferentes organizaciones revolucionarias de esta cuestión agrupándolas en 3 grandes familias: el federalismo, el nacionalismo revolucionario y el nacionalismo español.

- **La opción federalista** ha sido la opción históricamente predilecta por las izquierdas españolas. Una opción originaria en el liberalismo radical del siglo XIX y que convive largamente con la emergencia del proletariado revolucionario hasta ir declinando lentamente ante las otras alternativas. Esta opción, que históricamente tuvo su relevancia llegando a su apogeo en la I República Española de 1873, ha quedado reducida a un recurso retórico sin fundamento real al carecer de respaldo popular, institucional o político.

La opción federal es la predilecta para quienes sostienen el paradigma de un estado plurinacional, que, en todo caso, siempre tienen problemas para concretarlo más allá de EH, Galicia o Catalunya. Sin embargo, el federalismo es también la opción predilecta entre quienes practican la negación abstracta de la opresión nacional en todo el espectro político. Esta es la postura dominante del autonomismo y el anarquismo, en la que se niega la opresión nacional y se asume como internacionalismo un “cosmopolitismo”. Bajo el mantra “todo nacionalismo es fascismo”, esta postura adopta una articulación abstracta que obvia lo territorial, resuelve la opresión nacional mediante la negación de cualquier opresión nacional o cultural. En la práctica, la negación abstracta de la opresión nacional a lo único que conduce es a la reproducción de los marcos territoriales objetivamente operativos: los del Estado. En consecuencia, en la gran mayoría de los casos, el federalismo es un “camino empedrado de buenas intenciones”...hacia el nacionalismo español.

- En cuanto al **nacionalismo revolucionario**, este nace de la premisa de que para superar la opresión del na-

cionalismo español es necesario establecer marcos nacionales que justifiquen la concepción de España como esa imagen simplificada de “cárcel de pueblos”, de forma que se pueda desplegar toda la estrategia política de la liberación nacional anti-imperialista. Pero si bien resulta claro definir esas naciones oprimidas cuando hay elementos objetivos (lengua, estatus jurídico, formaciones sociales...) que permiten delimitar el alcance de la opresión nacional (como Catalunya o Euskal Herria); hay otros muchos casos en los que esta definición no es nítida (Castilla o País Liones) y evidencia esa asimetría social y territorial del interior del Estado.

La experiencia del nacionalismo revolucionario de las últimas décadas da prueba del recorrido que tiene promover un desarrollo equiparable para los distintos casos que se dan en el interior del estado español, pretendiendo hacer equiparable la opresión nacional catalana con la andaluza o con la desestructuración de Castilla. Tras décadas de ser la opción predominante entre la militancia comunista del estado, hoy podemos señalar que se encuentra en vía muerta. Allí donde ha sido minoritaria (Castilla, Aragón, Andalucía, León...) ha sido reemplazada por un territorialismo abstracto defensor del medio rural, de la España Vacía o derivados similares. Allí donde ha sido hegemónica, ha pasado a convertirse en muleta de la cara socialdemócrata del Estado Español incluso donde el proceso independentista ha llegado más lejos tal y como se evidencia con la reciente rendición de JxC al PSOE. Este es el balance sintético de la tentativa de construir naciones alternativas pretendidamente revolucionarias para demostrar la opresión nacional española sobre el proletariado. En nuestra opinión, un rodeo que termina en extravío.

ORGANIZAR EL SOCIALISMO EN TODOS LOS TERRITORIOS

- Por último cabe señalar la existencia del **nacionalismo español** en el campo revolucionario. En este bloque incluimos aquellas posiciones que afirman la nación española. Haciendo de la necesidad virtud, gran parte de las tradiciones revolucionarias españolas asumieron el marco territorial del Estado que se impuso a sangre y fuego con el primer franquismo. Es la opción del “patriotismo revolucionario” que buscaba defender España de “la invasión extranjera” durante la guerra civil, que fue la narrativa propia del PCE. Cuando la lucha de clases avanzó, tensionando ese Estado y certificando la existencia de marcos relativos como Cataluña o Euskal Herria, estas posiciones se enquistaron y empezaron a convivir a duras penas con la extensión cada vez mayor del nacionalismo revolucionario que hemos descrito. Sin embargo, se habían sentado las bases para un españolismo que se ha desarrollado mucho más con los años⁷, también en los espacios militantes.

La crisis política española de la última década ha traído como novedad la irrupción de un nuevo españolismo de masas como reacción al proceso independentista catalán y en sintonía con la emergencia global de un espacio político ultraderechista renovado. Esa situación ha propiciado la aparición y el crecimiento de posturas social-chovinistas y directamente nacionalistas entre filas militantes. El ejemplo paradigmático de Reconstrucción Comunista, como organización que ha virado su postura hacia el nacionalismo español más regresivo es claro. Pero no por ser el más estridente es el único caso: ahí están las tesis del II Congreso del PCTE de 2021 (una organización que venía de defender un modelo federal) o la tolerancia en espacios vinculados al PCE con propagandistas del nacionalismo español como es el caso de Santiago Armesilla.

7. El renacimiento del nacionalismo español que ocurre a partir de los 90 es un proceso reciente pero de un gran impacto político en la década actual, como se ha visto tras la reacción españolista ante el 1-O de 2017. La génesis de ese nuevo españolismo la caracteriza bien *Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*. Xabier Domenech. 2020. Ed. Península.

Nos hemos detenido en analizar las distintas concepciones que han sido hegemónicas entre la militancia comunista de las últimas décadas para señalar su impotencia y lo errado de su planteamiento al asumir como válidas concepciones territoriales que parten de mistificaciones nacionalistas... o de su negación abstracta.

Nuestra propuesta hoy parte de no negar la existencia de particularidades objetivas, como son las naciones oprimidas, sobre las que se debe trabajar hoy mismo, porque condicionan el despliegue organizativo y porque delimitan el campo de lo políticamente posible.

En todo caso, las particularidades nacionales no son las únicas que el capital impone sobre el territorio. El desarrollo desigual y combinado del capital genera constantemente una geografía económica que se enfrenta a las instituciones territoriales históricas y que cuestionan el propio modelo nacional burgués. El ejemplo más claro de esta tendencia es la aparición de megaciudades que emergen en el territorio como una singularidad que sobrepasa el marco nacional en el que se dan. Esta es una constante de las últimas décadas que ni siquiera la gran recesión de 2008 y la aparición de una nueva oleada nacionalista en todo el mundo occidental ha sido capaz de mitigar. El caso de Madrid en el Estado Español es un caso claro de cómo la dinámica urbana de una sola gran ciudad es capaz de condicionar los procesos políticos del conjunto del Estado⁸. Tener en cuenta esta ordenación territorial desigual es imprescindible de cara a desarrollar una técnica organizativa eficiente que tenga presente la necesidad de adaptarse organizativamente a las diferentes formas que adopta la lucha de clases en megaciudades, entornos rurales despoblados y en otros con alta densidad de población; en capitales de provincia o islas turistificadas.

8. La geografía económica que impone el capital está ampliamente estudiada por autores como Neil Smith o David Harvey. Algunos efectos que hemos señalado podrían ser la brecha territorial, sobre la que escribimos en el anterior número de Marx XXI (*Brecha territorial y el espectro de la despoblación*), o lo que en prensa se ha dado en llamar "La España de Las Piscinas" por el libro de Jorge Dioni del mismo título

CONCLUSIÓN

Revisar críticamente nuestras prácticas es lo que nos posibilita un avance respecto de las inercias de las que viene gran parte de la militancia, cuya referencia territorial está marcada o bien por un voluntarismo identitario o bien por el inmediatismo de lo local. Existe una diferencia sustancial entre adoptar un marco territorial por mera adscripción voluntaria a hacerlo de manera racional y estratégica. Esta diferencia es la capacidad de intervenir políticamente a esa escala. Los marcos de referencia son la herramienta para que la organización sea capaz de conectar las distintas realidades que se solapan en el territorio teniendo herramientas para intervenir en todas ellas. De esa manera, poder hacer políticamente posible lo que es estratégicamente necesario.



CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA: NOTAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍA SOCIALISTA

GONZALO GALLARDO

INTRODUCCIÓN

Aumento generalizado de las temperaturas, fenómenos meteorológicos extremos (como los grandes incendios y las destructivas tormentas que se juntaron el pasado verano en Grecia en apenas un mes), pérdida de fertilidad de los suelos, desertificación, deforestación y acidificación del mar, extinción masiva de especies, problemas de suministro energético y alimentario...

La crisis ecológica es sin duda una de las grandes cuestiones de nuestro siglo. Y por motivos evidentes dada su gravedad, cada vez más acusada e impactante en las últimas décadas, las implicaciones y la misma naturaleza de dicha crisis

ecológica se han convertido en un tema de especial interés, así como en objeto de agrias polémicas entre perspectivas enfrentadas.

En este sentido, frente a la lectura de otras corrientes, es importante comenzar aclarando que a nuestro juicio esta crisis constituye una crisis multidimensional, la cual incorpora fenómenos y fracturas múltiples, sucesivas y mutuamente determinadas entre sí. Entre las cuales destacan, especialmente, aquellas incorporadas en su triple dimensión de crisis climática, energética y de biodiversidad, que atraviesan ya -pero atravesarán aún de forma cada vez mayor, como auguran todos los modelos predictivos de la ciencia de sistemas complejos¹- las lógicas centrales de nuestras formas de organización social y modos de vida.

1. Meadows, D.; *Pensar en sistemas*, 2022, Capitán Swing, Madrid.

Esta crisis ecológica hace así referencia ante todo a la superación de ciertos límites biofísicos producidos dentro del sistema complejo que constituye la biosfera, en tanto conjunto de ecosistemas terrestres, superación que ha producido (y ha sido causada por, en una relación simultánea de causa-efecto iniciada en los albores de la revolución industrial) la sucesión de determinadas rupturas metabólicas, representadas en gran parte de los fenómenos antes mencionados². En este sentido, frente a la imagen planteada de la crisis ecológica como una catástrofe única, repentina y definitiva que vendría a asolar el planeta al estilo de un apocalíptico tsunami, nuestra concepción de esta crisis incide en su elemento procesual y progresivo de destrucción y degradación de las condiciones de vida general en tal ecosistema.

2. Bardi, U.; *Antes del colapso, 2022*, Catarata, Madrid, p. 62. Sobre los límites planetarios son muy recomendables los famosos estudios de la Universidad de Estocolmo, cuyas imágenes sobre la superación de dichos límites, sumamente pedagógicas, se han vuelto ya toda una referencia en la ecología. Pueden consultarse en: <https://www.stockholmresilience.org/research/planetary-boundaries.html>

No obstante, frente a otras lecturas que a veces parecen presentar dicha crisis ecológica como un fenómeno independiente y con lógicas autónomas que la explicarían por sí misma como si de un sistema cerrado se tratase, desde una perspectiva materialista y dialéctica es necesario incidir en el hecho de que esta crisis no se desarrolla en un escenario abstracto, sino que se hace efectiva en un mundo

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

concreta e históricamente determinado. Este mundo es el mundo capitalista, por el cual las sociedades humanas que enfrentan dicha crisis (sobre todo desde que el ámbito de la intervención humana se hizo coextensivo a la biosfera y se convirtió en “fuerza geológica planetaria”³, aunque en necesaria relación de interdependencia con el resto de organismos vivos y los medios físicos donde se desarrolla la vida terrestre, que componen sus ecosistemas y son la base para su dependencia mutua), lo hacen bajo unas lógicas específicas de reproducción social, determinadas en última instancia por el modo en el que los seres humanos producimos nuestros medios de vida y supervivencia.

Pues, como sabemos: “sólo reduciendo las relaciones sociales a relaciones de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se obtiene una base firme para representar el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico natural”⁴.

Nos encontramos, por tanto, frente a una crisis ecológica que se desarrolla en el mundo del capital, relación social materializada entre propietarios de mercancías, diferenciados en clases sociales, que se constituye como un poder automático e impersonal que “lo domina todo”⁵ al convertirse este, en tanto capital social total, en el sujeto alienado de la unidad del proceso de reproducción social y de su expansión⁶.

Y precisamente por todo ello, en tanto que la crisis ecológica se desarrolla en un mundo sumido bajo las lógicas de reproducción capitalistas, dicha crisis ecológica no puede constituir y tomar otra forma que la de crisis capitalista. Pues, de facto: “el capitalismo es un sistema ecológico en constante funcionamiento y evolución dentro del cual tanto la naturaleza como el capital *se producen y reproducen continuamente*. Tal sistema, que no está preñado de sustancias [abstractas] («la naturaleza», «la humanidad», «el capital»), sino de relaciones [concretas], se construye

3. Vernadsky, V.; *La Biosfera*, 1997, Fundación Argentina/Visor, Madrid, p. 47. Sobre esta conversión en fuerza geológica planetaria cabría remarcar de manera sintética que: “Hace 200 años nuestra capacidad de intervención sobre la realidad dejó de ser fruto del aprovechamiento directo de la energía solar a través de la fotosíntesis para pasar a estar respaldada por yacimientos de energía solar también captada por la vía de la fotosíntesis, pero comprimida durante millones de años por procesos geológicos imposibles de imitar. Vetas de carbón, pozos de petróleo y bolsas de gas natural cuya magia material consiste en concentrar una cantidad abismal de tiempo de radiación solar en espacio útil para el ser humanos. Gracias a esta suerte de doping energético, el ser humano adquirió una potencia inaudita que nos colocó, de un modo que cuesta entender, en otra magnitud operativa” (Santiago Muíño, E.; *El crepúsculo de la normalidad. De la hipótesis del colapso a la era de las convulsiones ecopolíticas*, 2023, disponible en: <https://enfants-perdidos.com/2023/11/04/el-crepusculo-de-la-normalidad-de-la-hipotesis-del-colapso-a-la-era-de-las-convulsiones-ecopoliticas/>).

4. Lenin, V.; *Obras escogidas* (Tomo I), 1961, Moscú, Editorial Progreso, p. 14.

5. Marx, K.; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política – Grundrisse*. Tomo I, 2007, Siglo XXI Ed., México D.F, p. 28. Para profundizar en el estudio de la modalidad específica de poder que

instituye el capital, véase: Mau, S.; *Compulsión muda*, 2023, Ediciones Extáticas, Madrid.

6. Charnok, G., y Starosta, G.; *The New International Division of Labour*, 2016, Palgrave Macmillan, p. 23.

7. López, I. y Martínez, R.; *La solución verde*, 2021, La Hydra Coop., p. 23.

8. Para profundizar en algunos de estos puntos véanse: Endnotes #2: *Miseria y forma valor*, 2022, Ed. Extáticas; Vela, C.; *Capitalismo terminal*, 2018, Traficantes de Sueños; y Piqueras, A.; '20 Puntos clave para entender la mortífera decadencia del capitalismo', *Revista Estudios Globales*, 1/2022 (2), Mayo-Junio.

9. Pues como Marx supo intuir pronto respecto a los efectos de la producción capitalista, esta: "perturba el metabolismo entre el hombre y la tierra, esto es, el retorno al suelo de aquellos elementos constitutivos del mismo que han sido consumidos por el hombre bajo la forma de alimentos y vestimenta, retorno que es *condición natural eterna* de la fertilidad permanente del suelo. [...] Pero a la vez, mediante la destrucción de las circunstancias de ese metabolismo [...] obliga a reconstituirlo sistemáticamente como ley reguladora de la producción social" (Marx, K., *El capital. Libro primero*, 1983, Siglo XXI, México, p. 611).

a partir de la *unidad contradictoria de capital y naturaleza*. Si hay problemas graves en la relación capital-naturaleza se trata de una contradicción interna, no externa al capital⁷. De tal modo que el capitalismo se constituye como una forma concreta de organizar el proceso de vida humana, como una forma de organizar la naturaleza misma.

De este modo, en tanto que crisis capitalista, la crisis ecológica está íntegra e indisolublemente vinculada con el resto de fenómenos que constituyen a la primera, como son entre otros la profunda crisis de rentabilidad, productividad del trabajo y sobreacumulación que hoy claramente afrontamos, el incremento de la población excedente para la producción y la automatización del trabajo, la crisis de sobreendeudamiento y limitación de la capacidad de protección social de los Estados capitalistas, etc.⁸. Todos los cuales representan formas de manifestación de la gran crisis de acumulación del capital que hoy vivimos, la cual no es otra cosa que una crisis de reproducción del capitalismo como forma social integral, es decir, una crisis de su capacidad para reproducir su relación de clase y lógica social capitalista en el tiempo y el espacio. Y en esta crisis de reproducción del capital la cuestión ecológica juega por tanto un papel central, pues la reproducción ampliada del capital (el valor que se valoriza a sí mismo y *debe* reproducirse *al infinito* subsumiendo cada vez mayor número de actividades en sus procesos de valorización), como parte esencial de la lógica general de la reproducción social capitalista, está en abierta contradicción con las necesidades y límites ecológicos: con la necesidad interna e inherente de una biosfera terrestre formada por recursos *finitos* de limitar una dinámica productiva demandante *sin fin* de recursos. Especialmente en un momento histórico en el que los cada vez mayores problemas de valorización del capital que trae esta nueva fase de crisis de acumulación en la que nos encontramos empujan aún en un grado mayor a la intensificación de la explotación de los recursos naturales por encima de su capacidad de reposición/recuperación natural⁹.

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

La crisis ecológica se presenta, por todo ello, como una crisis llamada a poner en cuestión nuestras lógicas centrales de organización social y modos de vida. Una crisis que, en la tradición marxista, puede definirse por tanto como una «crisis orgánica»¹⁰. Pues como algunos de los marxistas más lúcidos del siglo pasado supieron ver respecto a situaciones de esta índole, pero sin poder siquiera imaginar el tipo de situación al que estaríamos llegando hoy: “hay una diferencia cualitativa y de principio muy importante entre que, dada una situación en la cual el proceso económico suscita en el proletariado un movimiento espontáneo de masas, la situación de la sociedad sea a grandes rasgos estable, o que se produzca en ella una profunda reagrupación de todas las fuerzas sociales, un resquebrajamiento de los fundamentos de la sociedad dominante”¹¹.

Esta es precisamente la tendencia a la que creo que contribuye como pocos otros factores la crisis ecológica, no sólo en su dimensión de crisis climática, sino también de forma muy marcada en su faceta de crisis energética y de recursos. Una crisis ecológica que viene por tanto a reforzar el proceso en marcha de proletarización y descomposición de las clases medias de los Estados del centro imperialista que la crisis capitalista incorpora como tendencia esencial, en un proceso de profunda transformación de uno de los pilares de estabilidad más fuertes al interior de la estructura de clases burguesa desde la segunda mitad del pasado siglo. En este sentido, hoy asistimos ya a una lucha distributiva al interior de esta estructura de clases que apunta hacia una sociedad segmentada en tercios, una sociedad en tres hojas donde podrían diferenciarse: “una *clase media remanente* convertida en una suerte de nuevo patriciado, cada vez más fuertemente identificada con posiciones rentistas y patrimoniales [...]; un *amplio segmento social en proceso de proletarización* seguramente irreversible, pero todavía nostálgico de las viejas protecciones que antes garantizaban su integración en la clase media; y

10. El concepto de crisis está en el centro del marxismo, constituyéndose este en parte como una ‘teoría de la crisis’. Una de las primeras pensadoras que así lo apreció fue Rosa Luxemburgo, para la cual: “En el momento en que el esquema marxista de la reproducción ampliada corresponde a la realidad, denuncia el final, *el límite histórico del movimiento de la acumulación*, esto es, el fin de la producción capitalista. La imposibilidad de la acumulación significa [...] la imposibilidad del desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, y, con ello, la necesidad histórica objetiva del hundimiento del capitalismo” (Luxemburgo, R.; *Acumulación del capital*, 1912, Edicions Internacionals Sedov, p. 205). A lo que merece la pena añadir que: “el que el conocimiento del condicionamiento histórico del capitalismo (el problema de la acumulación) se convierta para el marxismo en una cuestión vital se debe a que solo en ese contexto, en la unidad de teoría y práctica, puede fundarse la necesidad de la revolución social, de la plena transformación de la totalidad” (Lukács, G.; *Historia y consciencia de clase*, 2021, Siglo XXI, Madrid, p. 100).

11. *Ibid.*, p.400.

otro sector *proletarizado*, excluido de las garantías sociales asociadas a una ciudadanía plena y sometido a distintas formas legales y políticas de exclusión”¹².

12. Rodríguez, E.; *El efecto clase media*, 2022, Traficantes de Sueños, Madrid, p. 400.

Una crisis, por tanto, cuya forma específica actual, sobre todo en su dimensión comparada internacional (pues es evidente que la situación del proletariado del centro y la periferia capitalistas encuentran diferencias brutales entre sí aún hoy), no permite lecturas mecánicas y simples sobre su proceso de proletarización, ya que este: “avanza *de forma desigual y descompensada*, de tal modo que a muchos les empiezan a faltar elementos, componentes o «figuras» de la clase media, pero no a todos y no de manera uniforme”¹³. De este modo, haciéndonos cargo de la compleja composición de clase de las sociedades occidentales altamente desarrolladas, las cuales bloquean la posibilidad de lecturas unilaterales y cerradas sobre las transformaciones en marcha, nuestra hipótesis es que hoy la crisis ecológica representa como muy pocos otros factores dentro de la crisis capitalista un escenario abierto en el que los distintos sectores de la clase media se mueven en direcciones contradictorias, un momento de *impasse y equilibrio inestable* en el que observamos distintas tendencias luchando por imponerse sobre el resto.

12. *Ibid.*, p. 304.

No obstante, en este contexto destacan por el momento dos principales escenarios políticos en pugna. Por un lado, la alianza de los sectores profesionalizados de la clase media remanente con los restos de la clase trabajadora tradicional y las antiguas clases medias en descomposición en un ‘sentido progresista’ (donde el lugar de la aristocracia obrera seguiría siendo fundamental y la propuesta socialdemócrata clave). Y, por otro, el enfrentamiento instrumentalizado por parte de la burguesía de sectores de *clase media integrada* en un ‘sentido conservador’, rompiendo toda vía de solidaridad ‘por abajo’ con sectores de clase trabajadora y sobre todo dirigidos contra el proletariado migrante (donde el lugar de las pequeñas burguesías nacionales sería aún mayor y los

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

giros nacionalistas exacerbados de corte populista y de derecha radical serían clave)¹⁴.

Tensión y escenario provocado por las dinámicas en marcha que puede, sin embargo, tanto en uno como en otro escenario, conducir al progresivo aislamiento social y político de esa clase media, la cual perdería su posición hegemónica, conciliadora y articuladora cuando los derechos que el Estado capitalista brinda para su reproducción dejen de poder garantizarse a otros sectores (como de facto ya está ocurriendo), convirtiéndose claramente en privilegios y pasando por tanto la vinculación entre ambas (clase media-Estado capitalista) y su nueva posición de antagonismo respecto a la clase trabajadora, a resultar más explícita. Escenario que podría *reforzar las condiciones de posibilidad para una tercera opción bien distinta*, en la que el proletariado se recomponga de nuevo como sujeto político y subordine a esas clases medias inestables y en descomposición con una estrategia propia e independiente.

Y es que, pese a todos los grandes cambios producidos en nuestro mundo en las últimas décadas, hoy, sin embargo, podemos observar la persistencia de muchos de los elementos que caracterizaron el escenario de hace medio siglo y que algunos de los mejores marxistas de nuestro entorno supieron ya situar muy bien, pues: “Hoy se aprecia no sólo que la clase obrera de los países industriales [...] puede disgregarse en una nueva estructura social en la que la automatización, el expolio del tercer mundo y la depredación de la Tierra realizaran la hipótesis de *un proletariado parasitario* sin dar de sí la revolución [...], sino también que en esos países la clase trabajadora pueda responder mal los problemas ecológicos, solidarizándose subsidiariamente con los intereses del capital, sometándose a la realidad del capitalismo imperialista y perdiendo la motivación e imaginación revolucionaras”¹⁵.

De este modo, frente a posibles lecturas deterministas sobre la situación actual, hoy nos encontramos en un momento

14. López, X.; *Barbara Ehrenreich y la maldición de la clase media (y II)*, 2022, Amalgama, disponible en: <https://amalgama.ghost.io/barbara-ehreich-y-la-maldicion-de-la-clase-media-y-ii/>. Una tensión muy bien situada por el errejionismo del que el autor del texto se ha convertido en intelectual de referencia, que pugna por plantear la primera opción como la única disyuntiva posible para este siglo.

15. Sacristán, M.; *Ecología y ciencia social*, 2022, Irrecuperables, Madrid, p. 49

abierto en el que las grandes transformaciones estructurales en curso aún no han terminado de tomar forma políticamente. Pero, no obstante, nuestra hipótesis es que precisamente esa automatización, expolio del tercer mundo y depredación de la Tierra de las que hablaba Sacristán hace más de cuatro décadas, entre otros muchos nuevos factores, están cambiado por completo el escenario global. Pues el conjunto de fracturas metabólicas provocadas por todos ellos, insertas ya al completo en el seno de la crisis histórica de acumulación del capital que atravesamos, están produciendo un masivo proceso de proletarianización llamado a hacer que *ese proletariado deje de ser parasitario* (no tanto en tamaño, sino en cuanto a su posición social y política) también en los Estados del centro imperialista. De tal forma que este pueda comenzar a tener de nuevo cada vez mayor relevancia social en un momento en que las clases dominantes occidentales van progresivamente teniendo cada vez menor capacidad de asegurar liderazgos políticos y morales efectivos que generen estabilidad y cohesión a medio plazo respecto a las clases dominadas de sus países.

Esto es para mí lo más característico de la concepción de «crisis orgánica» articuladora de este texto, situación en la que, siguiendo a Gramsci: “La clase burguesa está ‘saturada’: no sólo no se difunde, sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos, sino que desasimila una parte de sí misma, o al menos las desasimilaciones son enormemente más numerosas que las asimilaciones”¹⁶. Momento que no equivale en absoluto a una crisis revolucionaria ni implica de forma mecánica la posibilidad de que aparezca un nuevo sujeto político antagonista de manera automática, sino que, muy al contrario, siguiendo de nuevo Gramsci, en ausencia “de fuerzas antagónicas capaces de organizar este desorden en beneficio propio” abre también la posibilidad de un profundo reagrupamiento del bloque dominante y reconstrucción de su aparato hegemónico¹⁷.

16. Gramsci, A.; *Cuadernos de la cárcel. Los 6 Tomos*, Fondo Documental EHK, p. 732 (Q. 8, §2). disponible: https://www.abertzalekomunista.net/images/Liburu_PDF/Internacionales/Gramsci_Antonio/Cuadernos_de_la_carcel-Completo-6_Tomos-PAGINADO.pdf

17. *Ibidem*. De hecho, como señala Buci-Glucksmann: “En razón de la dialéctica que une la

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

En este sentido, esta crisis orgánica sólo vendría a instituir un momento de mayor apertura para la articulación hegemónica del proletariado como bloque histórico a nivel político en la medida en que, en tanto clase dominada, pueda construir un nuevo liderazgo político y moral capaz de extenderse por gran parte del ámbito social. Algo a lo que creo que contribuye como muy pocos otros factores la crisis ecológica, pues siguiendo con los problemas planteados por Sacristán hace cuatro décadas, hoy la clase trabajadora global no puede seguir *por mucho tiempo* solidarizándose con los intereses del capital sin poner en riesgo su propia existencia, lo que cambia sustancialmente el escenario por llegar también para las clases medias del centro.

CRISIS ECOLÓGICA Y PROLETARIZACIÓN

Nuestro interés fundamental es por tanto analizar qué papel juega la crisis ecológica dentro del proceso de proletarización en marcha y cuáles de las tendencias que incorpora pueden ser aprovechadas en el proceso de recomposición política del proletariado. Y en este punto creo esencial incidir en la cuestión de la transformación de las formas de vida y cultura en las que se han basado las sociedades occidentales de clase media, pues la crisis ecológica incide y profundiza en algunas de las líneas de fuga y ruptura de las promesas de progreso y modernización más esenciales para la estabilidad social de estas. Así puede verse ya claramente con algunas de las experiencias de vida y formas de cultura que han predominado en dichas sociedades, que la crisis ecológica parece venir a hacer saltar por los aires en algunas de sus representaciones más destacadas:

I. Pensemos así, en primer lugar, por ejemplo, en el modelo de ocio al que se invitó a participar a amplios sectores sociales de estos países (también de la clase trabajadora, aunque con muchos matices posibles sobre escala y frecuencia), donde

crisis de las estructuras y la de una *coyuntura*, la crisis orgánica implica el enunciado de posibles divorcios entre la sociedad política y la sociedad civil, entre el *Estado legal aparente y su propia base* [...]. Cuanto más se agrava la crisis, más se crea una especie de *situación de doble poder desde el punto de vista de la burguesía*: detrás del poder aparente se constituye otro poder apoyado en las fuerzas ilegales y cómplice del primero. En realidad podríamos preguntarnos si la diferencia entre el concepto leninista de crisis revolucionaria y el concepto gramsciano de crisis orgánica no está justamente en eso. En el primer caso, el doble poder funciona *desde el punto de vista de la clase revolucionaria* (1917). En el segundo, el doble poder, en ausencia de una fuerza organizada y estratégica del movimiento obrero, *tiende a jugar a favor de la burguesía* (Buci-Glucksmann, C.; *Gramsci y el Estado*, 1978, Siglo XXI Ed, Madrid, p. 131).

entre otros el turismo de masas ha jugado un papel destacado en las últimas décadas. Este turismo de masas se ha basado en la creación de un turismo *low cost* cuya proyección comienza hoy a ponerse en duda no sólo por la subida de precios que incorpora el actual proceso inflacionario y de encarecimiento de la vida, sino porque los viajes a media/gran distancia que han sido parte importante de este modelo apuntan a volverse de forma progresiva un producto de acceso cada vez más limitado a medida que los depósitos de combustibles fósiles se reduzcan y el acceso a ellos se encarezca cada vez más¹⁸.

18. Sobre la conversión del consumo *low cost* en patrón de consumo contemporáneo, recomendamos: Enrique Alonso, L., Fernández Rodríguez, C. J. y Ibañez Rojo, R.; 'Del *low cost* a la *gig economy*: el consumo en el postfordismo del siglo XXI', en: VV. AA; *Estudios sociales sobre el consumo*, 2020, Centro de Investigaciones sociológicas (CIS), Madrid, p. 241-259.

II. O pensemos también en cómo afectará esta crisis a la pauta de consumo que ha constituido a la clase media en ámbitos como la alimentación en las últimas décadas, en los que el consumo de ciertos productos como la carne bovina y otros alimentos cuya producción es altamente contaminante se han hecho comunes para grandes sectores de población occidentales. Esta pauta de consumo fue posibilitada por la continua expansión de la petroagricultura, el ensanchamiento de la frontera agrícola (sobre todo a los trópicos) y la creciente especialización geográfica de la agroindustria, las cuales supusieron un abaratamiento relativo de los alimentos. Pero frente a todo ello surgen hoy grandes preguntas, pues: ¿cómo puede mantenerse dicha pauta de consumo alimentaria sin masas de campesinado que proletarizar y pagar a bajo precio o nuevas zonas en las que expandir las fronteras agrícolas? ¿Y cómo pueden afectar además a estos patrones agrícolas los distintos fenómenos derivados de climas extremos? Pues hoy, sin duda, nos enfrentamos ya a bucles de retroalimentación climática y reducción de la frontera agrícola de nuevos territorios, con un valor negativo de la expansión de la frontera de apropiación capitalista, especialmente en lo referido a degradación de ecosistemas y expansión de agroindustria. Algo que puede verse claro en la relación entre la secuencia cada vez más rápida de nuevas zoonosis y las dinámicas de agotamiento y crisis de los ecosistemas tropicales, asociados principalmente a la presión de la agroindustria y a los extraordi-

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

narios nichos para el salto entre especies que representan las grandes granjas de ganado estabulado¹⁹.

III. Pero pensemos también, y ya por último, aunque se trate sólo de *otro más* de los muchos ejemplos posibles a desarrollar, en cómo esta crisis ecológica puede afectar a las formas de identificación cultural a través de su efecto en sectores como el de la moda, uno de los más contaminantes a nivel mundial, que en plena concurrencia con la sociedad de consumo extendida a nivel global ha generado una pauta de consumismo exacerbado que la crisis ecológica empieza ya a mostrar claramente como responsable de muchos de los peores impactos medioambientales, de tal modo que es posible que tenga que limitarse y reducirse en el medio plazo si nuestros Estados quieren aparentar “estar haciendo algo” con este tema (lo que ocurrirá también respecto a la limitación de vehículos motorizados privados, pautas alimentarias y otros tantos aspectos muy relevantes).

En suma, la hipótesis que expongo aquí es que la crisis ecológica profundiza como pocos otros factores en la transformación de los modos de vida en los que se habían basado nuestras sociedades de clase media, bien efectiva o bien aspiracionalmente. Formas de vida y cultura y pautas de consumo de la clase media que sin duda han sido resultado de un proceso de “aristocratización del trabajo en los países centrales, de la expansión de sus «niveles de vida» y de sus seguridades, que se realiza en parte sobre la montaña de cenizas que produce la apropiación-explotación capitalista del conjunto de la ecología mundo” y que se basa también en “las posibilidades de un ciclo de acumulación sobre la base de nuevos mercados y nuevas tecnologías”²⁰. Posibilidad de apropiación barata de tierra-materiales, energía y alimentación, es decir, posibilidad de reproducir el sistema de explotación y acumulación capitalista, que precisamente creo que la crisis ecológica amenaza como pocos factores en nuestro momento (a la espera de ver si la apropiación barata del trabajo como su factor esencial, a través de la recomposición política de su

19. Malm, A.; *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*, Madrid, Errata Naturae, 2020

20. Rodríguez, E.; *El efecto clase media*, *ibid.*, p. 398 y 399.

sujeto, puede también sucumbir llevando los límites de recuperación de una nueva fase de acumulación del capital hasta su punto de quiebre).

Así, en relación al salario indirecto de este, un salario cada vez más importante en la reproducción social del proletariado occidental, merece la pena insistir en que este afronta hoy un empobrecimiento brutal y generalizado en dicho ámbito, proveniente de la cada vez mayor incapacidad de garantía y protección social por parte de los Estados del centro imperialista para impulsar estrategias compensatorias a la crisis, observando un progresivo deterioro de los servicios públicos que van quedando (sanidad, educación, transporte, etc.), con el traspaso de muchos de ellos hacia sectores privados. Y aquí llegamos entonces a otra de las grandes expresiones del proceso de proletarización que vivimos, en relación con la cuestión del consumo, pues hoy sufrimos un masivo proceso de polarización del mismo, por el cual hay una separación cada vez más evidente de un consumo de lujo para ciertos sectores y un consumo de miseria para otros.

De esta forma: “Para quién pueda permitírsele, principalmente la burguesía [*o/y la mitad superior de la clase media*, diríamos nosotros aquí], están educación y sanidad privadas, junto a vivienda, alimentación y toda clase de recursos de calidad. Están también las clases medias en proletarización, que acabarán gastando gran parte de sus ahorros intentando compensar con sus salarios directos el deterioro del salario indirecto. Pero la peor parte le toca, como siempre, al proletariado. Mediante el empeoramiento de las condiciones de vida, se consigue reducir los costes de reproducción de la clase trabajadora y se normaliza un estilo de vida de miseria”²¹. Proceso al que la escasez de recursos básicos para la producción (como minerales clave para las tecnologías), distribución (como combustibles fósiles) y consumo (como la posible escasez relativa de ciertos alimentos y productos de vida básicos) que pueden incorporar la crisis energética y de recursos afecta de manera directa. Y proceso que sin duda configura

21. Pisano, K.; y Rododmsky, A.; ‘Organicemos la autodefensa socialista’, 2022, Gedar. Para una aproximación sociológica amplia hacia la cuestión del consumo en el Estado español, pero también desde perspectiva internacional comparada, véase: VV. AA.; *Estudios sociales sobre el consumo*, ibid.

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

culturalmente a capas cada vez más amplias de población occidental que adquieren un modo de consumo y de vida proletarizados que les uniforma progresivamente, una *condición común* que refuerza la posibilidad de una recomposición cultural del proletariado, cuyas formas de vida van homogeneizándose²².

SOBRE LA NOCIÓN DE HEGEMONÍA

La hipótesis política que planteo es así que la crisis ecológica, en tanto crisis capitalista y crisis orgánica, aparece entonces como uno de los mayores momentos de oportunidad de nuestra época para que el proletariado pueda subordinar a su proyecto y lucha por el poder político a cada vez más sectores de esta «clase desclasada» o clase media en vías de descomposición y proletarización. Esto es, que esta crisis constituye una ventana de oportunidad para la construcción de una hegemonía socialista (hegemonía en un sentido completamente distinto al planteado por la perspectiva populista sobre el tema, tan común en nuestro entorno en los últimos años), que, efectivamente, deberá llevarse a cabo de manera distinta en los Estados de la periferia capitalista, donde la clase media no tiene el peso y configuración que tiene en el centro y donde el proceso de proletarización se hará efectivo de maneras diversas (que habrán de abordarse siguiendo el principio marxista de “análisis concreto de la situación concreta”).

Y es que, a diferencia de la teoría populista y su tergiversación de la noción de hegemonía, la cual queda reducida a la “construcción de sentidos comunes” y cuyo ámbito de acción esencial es el “campo general de la discursividad”, una noción que conduce a la dimensión de “articulación” en un sentido cultural que reduce este al absurdo (y sobre el que además hace reposar luego idealmente todo el orden político), la cuestión de la hegemonía encuentra un lugar esencial en el punto en el que nos movemos ahora. Por ello, en primer lugar,

22. Y un proceso que, sin embargo, afecta también de manera muy desigual al proletariado del centro y la periferia capitalistas. Dejaremos para otro momento esta cuestión, que sin duda es clave en la rearticulación internacional del proyecto comunista, pero que excede por mucho las posibilidades de este análisis, aunque no obstante tengamos esto en todo momento presente a la hora de abordar nuestro objeto de estudio.

23. Sánchez Berrocal, A.; “Hegemonía” y “nacional-popular”, dos categorías gramscianas adulteradas por la teoría populista, Res Pública - Revista de Historia de las Ideas Políticas, 22(2) 2019, p. 416, disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/RPUB/article>

24. Bizkarra, A.; ‘Gramsci, cultura, política’, en: Arteka, *Lucha de clases cultural*, nº #20, septiembre 2021, disponible en: <https://gedar.eus/es/arteka/gramsci-kultura-politika>

25. Agradezco a Alejandro Fernández Barcina su clarificación sobre este punto partiendo de la obra de Lukács. Para profundizar en ella recomiendo leer su prólogo al cuadernillo: Lukács, G.; *Historia y Conciencia de Clase (Capítulo 3)*, 2022, Imprenta Popular de Ciutat Vella, Barcelona, disponible en: https://www.academia.edu/106566282/Pr%C3%B3logo_a_Conciencia_de_clase

26. Gramsci, A.; *Cuadernos de la cárcel*, ibid., p. 1159 (Q. 13, §.17).

merece la pena recuperar la potencialidad de la verdadera noción de hegemonía de Gramsci, la cual “no implica una ontología social donde las relaciones de fuerza se desplacen sólo al ámbito cultural, tampoco exclusivamente al ético-político”, sino al campo de unidad entre los momentos económico, político y militar²³. Pues su noción de hegemonía es empleada primero desde la *perspectiva estratégica y táctica* del papel que el proletariado ha de jugar en su relación con el resto de clases subalternas (por eso para la periferia capitalista la cuestión es tan distinta, con clases campesinas, pueblos indígenas y otros sectores que allí hay que tener muy en cuenta, pero aquí prácticamente no existen) y sólo de forma secundaria desde la *perspectiva analítica de la modalidad de poder* que los regímenes occidentales avanzados empiezan a desarrollar en su época, donde el elemento cultural y de consenso toma un papel esencial respecto al coercitivo²⁴.

De esta forma, merece la pena incidir en que lo que Gramsci trata de capturar con su concepto de “bloque histórico” se aleja totalmente de las elaboraciones populistas y su reduccionismo sobre la mera “agitación de conciencias” y articulaciones discursivas (en otro sentido siempre necesarias), sino que fundamentalmente este concepto pretende capturar la dimensión orgánica del proceso revolucionario en su totalidad: el intento de reflejar cada momento de la reproducción social en su mediación recíproca con el resto, lo que pone en el centro de la ecuación la agencia revolucionaria del proletariado y la lucha de clases como modo de existencia del capitalismo²⁵. Pues en Gramsci dicho bloque histórico y su correlación de fuerzas requiere del análisis de tres momentos o grados diversos (no organizados de manera cronológica) como son: 1º. El de las fuerzas sociales ligadas a la estructura económica; 2º. El de las manifestaciones políticas y organizativas de las clases en pugna; y 3º. El de las relaciones de fuerza militares que, como Gramsci recuerda (y la mayoría de sus seguidores olvida), “es el inmediatamente decisivo en cada caso”²⁶.

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

La hegemonía, por tanto, en cuanto capacidad de liderazgo político, cultural y moral de una determinada clase, sólo se hace efectiva para Gramsci a través de estos tres momentos o grados cuando termina de presentarse como “contenido ético del Estado”, el cual se presenta como “organismo propio de un grupo” y “fuerza motora de una expansión universal” del mismo²⁷. No obstante, lo cierto es que el segundo grado o momento de las manifestaciones políticas en pugna es desde el punto de vista hegemónico el más importante, pues: “es la fase en la cual las ideologías ante germinadas se hacen «partido», chocan y entran en lucha hasta que sola una de ellas, o, por los menos, una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por todo el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no ya en un plano corporativo, sino en un plano «universal», creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de subgrupos subordinados”²⁸.

27. Ibid., p. 1158.

28. Ibidem.

Es precisamente bajo esta *concepción de la hegemonía* que podemos incidir en la dimensión hegemónica que una estrategia socialista actualizada a nuestro tiempo ha de tener necesariamente. Pues, por otro lado, frente a toda pulsión blanquista o izquierdista basada en la idea de una minoría de conspiradores capaces de cambiar por sí solos el rumbo de la historia, en nuestro momento de repliegue y recomposición la cuestión de la hegemonía como generalización de la conciencia socialista entre cada vez más sectores de clase se vuelve una cuestión aún más fundamental si cabe. Así, como sabemos, tras décadas de repliegue histórico después del cierre del segundo ciclo revolucionario de nuestra clase, hoy resulta necesario hacer que el socialismo vuelva a ser comprensible, para pasar después a ser deseable, para cada vez más sectores de nuestra clase. Y para ello resulta esencial una actualización táctica de lucha cultural como proceso de acumulación de fuerzas adaptada a nuestra coyuntura, la cual sólo puede desarrollarse como una lucha política integral y un avance cons-

tante de la organización comunista entre amplias capas del proletariado. Esto es, la constitución de una fuerza y alternativa real que vaya consiguiendo la extensión de la conciencia socialista y su difusión entre cada vez más sectores de clase a través de nuestra capacidad de extensión material y organizativa en ella: de la efectividad y superioridad política que demostramos en nuestros procesos de lucha y avances tácticos frente a nuestra clase²⁹.

29. Para profundizar en todos estos puntos véase: Koltiza; 'Apuntes sobre táctica cultural y lucha de clases', en: Arteka, *Lucha de clases cultural*, nº #20, septiembre 2021, disponible en: <https://gedar.eus/es/arteka/taktika-kultura-lari-eta-klase-borrokari-buruzko-oharrak>.

Ya hemos visto antes *uno de los posibles puntos fuertes* generados por la crisis ecológica en los que creo que esta construcción de hegemonía puede basarse: la configuración cultural cada vez más homogénea y proletarizada de amplios sectores de población occidental. Así, en una situación que se funda exclusivamente en la posición de clase del proletariado, mi hipótesis es que este proceso de proletarización y descomposición de las clases medias occidentales refuerza de manera especial las posibilidades del proyecto comunista en dos sentidos. El principal y más determinante para nuestra propuesta es que posibilita poner en marcha un proceso de unificación de clase, por el cual el tercio social de la clase media en vías descomposición se integra en un bloque proletario unitario, dejando de facto de existir como sector de clase media y *consumando su proceso de proletarización* también en un sentido político. El secundario y contingente es que dicho bloque proletario unificado puede posteriormente subordinar y neutralizar a las clases medias remanentes pero inestables a través de cierto liderazgo a partir del acierto táctico que demuestre frente a los distintos efectos devastadores que la crisis ecológica traerá consigo, los cuales afectarán también de manera brutal y repentina a dichos sectores remanentes, subordinando a dicha clase y bloqueando su posibilidad de articulación reaccionaria.

Aunque sin duda las condiciones materiales, modos de vida y formas de cultura de este sector, diferentes a las del bloque proletario, vayan a generar enormes resistencias y tratar de articularse de manera principal por otras corrientes,

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

afrontando por tanto dichos sectores tendencias contradictorias en su ser. Todo lo cual implica que a nivel organizativo el bloque proletario *puede servirse tácticamente* de este sector en diferentes puntos respecto a la crisis ecológica cuando lo considere oportuno, pero *debe* aprovechar principalmente este para su *proceso de unificación* con el sector en vías de proletarización, manteniendo separación orgánica entre ambos para afianzar su independencia política, lo único que interesa desde una perspectiva revolucionaria “cuando el ser social de las clases que actúan es diferente, cuando su vinculación no puede ser mediada más que por el proletariado”³⁰.

CONTRA EL POPULISMO ECOLÓGICO Y LA AUTONOMÍA DE LO POLÍTICO EN VERSIÓN VERDE

Aquí, por tanto, damos una orientación táctica, vinculada estratégicamente (vinculación sin la cual la estrategia acaba siendo reducida a la nada), a la intervención respecto a las clases medias que se enfrenta por completo a la que parece abrazar lo que hoy podríamos llamar ya la propuesta del “populismo verde” de autores como Tejero y Santiago Muiño y su Green New Deal *a la española*, para los cuales la primera fase de transición para hacer frente a la crisis ecológica, fundamentalmente centrada en la cuestión energética, podría llevarse a cabo sin agudizar los antagonismos sociales y generar resistencias adicionales a las de las empresas fósiles y automovilísticas³¹. Una posición basada en la táctica electoralista para la creación de algo así como un “bloque social ecologista” que encuentra en el Estado capitalista su instrumento central para la transición ecológica y que, en nuestra opinión, es incapaz de situar correctamente la mediación entre: a) las dinámicas de fondo respecto a la grave crisis capitalista que atravesamos (sintetizadas en la tríada: grave crisis de rentabilidad y estancamiento económico, grandes fracturas ecosistémicas y aumento de la población excedente para la producción); b) la capacidad real de los Estados capitalistas para afrontar todas estas desde una perspectiva ecológica,

30. Lukács, G.; *Historia y conciencia de clase*, ibid., p. 421. Lukács se inspira aquí en Marx, el cual en 1850, haciendo balance de la experiencia revolucionaria de la primavera de los pueblos de 1848 y la disputa entre el movimiento demócrata y el incipiente movimiento comunista, ya sostiene que: “El nervio de la cuestión es este: en caso de un ataque a un común adversario no es necesaria una unión especial; en lucha contra semejante enemigo, el interés de las dos partes, la demócrata clase media y el partido de la clase trabajadora, coinciden por el momento y ambas llevarán el combate mediante una temporal inteligencia [...]. Así fue en el pasado y así debe ser en el futuro” (Marx, K.; *Circular del Comité Central a la Liga Comunista*, 1850, disponible en: https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/50_circ.htm).

31. Tejero, H.; y Santiago Muiño, E.; *¿Qué hacer en caso de incendio?*, 2019, Capitán Swing, Madrid.

32. Alami, I.; Copley, J.; Moraitis, A.; 'La «perversa trinidad» del capitalismo tardío: gobernar en una era de estancamiento, humanidad sobrante y colapso medioambiental', 2023, Contracultura, disponible en: <https://contracultura.cc/2023/08/10/la-per-versa-trinidad-del-capitalismo-tardio-gobernar-una-era-de-estancamiento-humanidad-sobrante-y-colapso-ambiental/>.

33. Pues como sabemos: "ambas esferas forman una sola unidad dialéctica sujeta al desarrollo histórico, de modo que la esfera político-cultural influye también sobre la económica y no está funcionalmente determinada por ésta, sino que sintetiza la historia anterior, perviviendo en ella vestigios del pasado" (Pelmiri; 'Fraser contra Butler: desterrando a Marx', Desterrados por la Santa Ortodoxia, disponible en: <https://desterradosporlasantaortodoxia.wordpress.com/2020/07/01/fraser-contra-butler-desterrando-a-marx/>).

teniendo en cuenta no sólo "sus determinaciones generales abstractas (su forma, naturaleza y carácter de clase), como el desarrollo histórico concreto y la remodelación geográfica del capitalismo global"³²; y c) las necesidades reales que las clases dominantes occidentales afrontan para tratar de desbloquear esta situación, con las distintas tensiones entre clases que se dan dentro de la compleja estructura clasista de nuestras sociedades, las cuales difícilmente pueden resolverse con un ecologismo del 99% del "pueblo climático" contra el 1% de las "élites fosilistas", como ellos proponen.

De esta forma, hoy debemos confrontar la *nueva autonomía de lo político en versión verde* del populismo ecologista, la cual se centra en los importantes campos desiguales de las relaciones de poder y lo siempre incompleto de los proyectos hegemónicos, pero lo hace sin captar realmente los antagonismos de fondo que estructuran nuestra realidad social y política y habilitan dichas relaciones de poder. Pues en su intento de confrontar la subestimación del economicismo obrerista de la importancia del campo de acción propio de los "elementos supraestructurales" y su no determinación inmediata, absoluta y cerrada por la "estructura económica" (determinaciones que, por débiles que se consideren, no obstante *no dejan de determinar*), el progresismo y su vulgar culturalismo y politicismo tampoco es capaz de abordar de manera correcta, sobredimensionando el margen de acción "político-cultural" y pasando por alto las determinaciones reales que atraviesan al modo de producción capitalista³³.

La *nueva autonomía de lo político en versión verde* del populismo y la socialdemocracia ecologista reedita así la incorrecta lectura de Tronti: se rinde frente a la profunda reconfiguración del ámbito productivo acontecida en las últimas décadas y la hoy limitada capacidad de respuesta de la clase obrera en el trabajo, sentenciando de manera abstracta que "las luchas en las relaciones económicas" son el campo privilegiado para las victorias burguesas en el que "las clases populares" están llamadas a perder, mientras que "las luchas en las relaciones

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

políticas”, que, sin embargo, reducen al Estado capitalista como único y central punto de disputa, serían el campo crucial para avanzar posiciones. Así, aunque parte de dicha tesis encierre momentos de verdad desde una perspectiva marxista en referencia a la relación entre lucha económica y política, su incorrecta lectura de la realidad y posición de clase respecto a ella sólo puede conducir sin embargo al fracaso: tal y como hizo Tronti inspirándose en el momento keynesiano y el New Deal de Roosevelt, el progresismo verde se ve así abocado hoy a tratar de consolidar una alianza modernizante entre la parte más avanzada del capital y la parte más avanzada de las clases populares (más valdría decir medias) a través de un nuevo New Deal (ahora Green), con el que fantasean que estas “clases populares” (de nuevo, más valdría decir “clases medias occidentales”, en cuyo ser piensan) puedan tomar la dirección del proceso y generar no una ruptura, pero sí una “transición” (ahora ecológica).

El populismo ecologista y verde de la socialdemocracia se niega así a entender que: “hay mayorías que no es posible construir, pues no hay equilibrista, malabarista o surfero capaz de articular ciertos intereses: hay momentos de ruptura y conflicto, que son definitorios y suponen acontecimientos genuinos, aunque estén lejos de las visiones míticas y mesiánicas de la revolución”³⁴. Y de este modo su pretensión de que “esas clases populares” tomen la dirección del proceso de modernización a través del Green New Deal por simple relación de fuerzas y sin ruptura revolucionaria se presenta como todo lo contrario al pensamiento estratégico, el cual supone el combate y la derrota del adversario, y se parece mucho más al fracaso ya cometido por sus análogos en la década de los 70 y 80, de tal forma que su autonomía de lo político esconde en realidad una reducción y rendición de lo político³⁵.

Esto se ve muy claramente respecto a su idea del Estado capitalista como elemento único y central de su política, pues partiendo del hecho (ya de por sí casi siempre obviado) de que este gobierna una formación social con trayectoria

34. Miasni; ‘¿En caso de incendio Green New Deal?’, en: Marx XXI, *Contra la socialdemocracia*, 2023, Contracultura, p. 202, disponible en: <https://contracultura.cc/wp-content/uploads/2023/07/En-caso-de-incendio-¿Green-New-Deal¿-Miasni.pdf>.

35. Del Maso, J.; Mario Tronti: ¿autonomía o reducción de lo político?, 2018, Izquierda Diario.

de desarrollo definida por el proceso de acumulación capitalista, su capacidad para abordar la crisis ecológica está determinada porque: “mientras que el poder estatal apun- tala cada momento el circuito del capital, la acción estatal también crea accidentalmente un sistema de compulsiones abstractas que a su vez domina a los Estados. [...] Los go- biernos deben utilizar el aparato estatal para garantizar la competitividad internacional de su economía nacional [...]. Sin embargo, el Estado no puede ceder sin más a este ne- buloso imperativo competitivo. Debe mantener al mismo tiempo un orden social interno estable, que contradice re- gularmente las exigencias de la competencia mundial. [...] Obligada a sortear esta contradicción, la gestión del Estado liberal es aleatoria y reactiva, más parecida a apagar incen- dios inmediatos que a forjar modelos duraderos de desa- rrollo. El historial de la política climática estatal lo ilustra bien: los intentos de reducir las emisiones de carbono de- ben combinarse con estrategias para maximizar la compe- titividad económica nacional, a fin de generar los ingresos necesarios para financiar las transformaciones ecológicas y, al mismo tiempo, satisfacer a diversos grupos políticos, como los trabajadores de las industrias extractivas y las co- munitades amenazadas por el calentamiento global. El re- sultado es una política desordenada, plagada de incoheren- cias y giros en falso, incapaz de abordar de forma coherente ninguna de estas preocupaciones. El fracaso duradero de la política climática no es simplemente un fracaso de la volun- tad política, sino que refleja la contradicción fundamental de la gobernanza liberal, a saber, que el Estado debe tratar de comprar la paz social y, al mismo tiempo, obedecer los imperativos competitivos del mercado mundial”³⁶.

36. Alami, I.; Copley, J.; Moraitis, A.; *The 'wicked trinity' of late capitalism*, ibid.

El Estado capitalista no constituye por tanto siquiera una esfera independiente con “autonomía relativa” (en los térmi- nos en que lo proponen autores como Althusser o Poulantzas) respecto al proceso de acumulación, sino que sería más bien “una forma fetichizada o un modo de existencia de un conte- nido subyacente, el cual comprende las relaciones sociales en

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

su materialidad concreta”³⁷ y aparece como síntesis de poder de la clase dominante, lo cual limita completamente lo que podemos hacer con él y nos obliga a recordar que: “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”³⁸. La desorientación en este punto del reformismo verde es total, pues este invierte constantemente de forma ingenua e idealista las reglas del juego, retrocediendo al nivel del socialismo utópico del siglo XIX. Así, un gran representante de este reformismo verde en el contexto francés, al que todos nuestros reformistas patrios leen con mucha atención y recomiendan, puede llegar a afirmar que “para que una realidad exista primero debe ser representada”, de tal forma que “uno de los requisitos previos para anclar este nuevo conjunto de cuestiones políticas [ecologistas] en la sociedad -y, por tanto, poder responder a ellas- es la existencia de un espacio público sano, estructurado por un sistema escolar que funcione y una economía mediática razonablemente independiente”³⁹. “Espacio público sano” y buen “sistema escolar”. ¡Este es el plan de Errejón y sus amigos verdes para hacer frente al reto civilizatorio de nuestro siglo! Pero para este viaje no hacían falta tantas alforjas...

CONSTRUCCIÓN DE HEGEMONÍA SOCIALISTA FRENTE A LA CRISIS ECOLÓGICA

En fin, siguiendo con lo importante e incidiendo en la compleja composición de clase de sociedades tan desarrolladas productiva y tecnológicamente como las occidentales, los comunistas sí debemos reparar e incidir en que incluso entre el tercio social constituido por el proletariado y el tercio social constituido por la clase media en descomposición/proletarización hay diferencias importantes⁴⁰: posiciones heterogéneas e incluso contradictorias, que hay que saber analizar correctamente para situar los posibles puntos de fuga y ruptura (condición nacional o extranjera, edad, género, pertenencia a una cierta comunidad -minorías religiosas o «ét-

37. Arboleda, M.; ‘De la fábrica global a la mina planetaria’, 2021, Jacobin (América Latina), disponible en: <https://jacobinlat.com/2023/03/26/de-la-fabrica-global-a-la-mina-planeta-ria-2/>

38. Marx, K.; *La guerra civil en Francia*, 2003, Fundación Federico Engels, p. 64.

39. Charbonnier, P.; ‘Encontrar lo nuevo: salir del estancamiento climático’, 2023, El Gran Continent, en: <https://legrandcontinent.eu/es/2023/10/31/encontrar-lo-nuevo-salir-del-estancamiento-climatico/>.

40. Pues como recuerda Gramsci y es esencial para nuestro caso concreto: “El hecho de la hegemonía presupone, sin duda, que se tengan en cuenta los intereses y las

tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se constituya un cierto equilibrio de compromiso [...], pero también es indudable que tales sacrificios y el mencionado compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede no ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que ejerce el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica” (Gramsci, A.; Cuadernos de la cárcel, ibid., p. 1162 (Q. 13, §.18).

nicas»-, adscripción territorial-familiar, nivel educativo, de renta y propiedad, etc.) y los posibles puntos de contacto y experiencia común (como hemos mencionado, en nuestra opinión juega un papel crucial la pauta de consumo y formas de vida que la crisis y proletarización parecen ir a homogeneizar para cada vez más sectores, ligadas a la dimensión productiva que el marxismo siempre supo situar tan certeramente en este sentido como dimensión común de la clase), entre los que se juega ese posible proceso de unificación política entre ellas, que desprenda al último completamente de su carácter de clase media y permita generar un nuevo bloque histórico proletario capaz de antagonizar y subordinar al resto de clases.

Así, “la hegemonía” que el populismo vulgariza y reduce a una “alianza entre sectores populares” como mera y burda alianza cultural, pero sobre todo electoral, se transforma por completo, de tal modo que en sociedades con estructuras de clase tan complejas como las nuestras la construcción de hegemonía implica: 1) llevar a cabo una operación de concienciación política y liderazgo destinada a la *formación de determinados consensos* entre sectores de clase diversos en vistas a la construcción de un bloque político proletario unificado políticamente; 2) lograr la subordinación (aquí la cuestión clave) de cada vez más sectores políticos al proyecto comunista y la lucha por la toma del poder del proletariado; y 3) posibilidad de realizar ciertos apoyos en aras de neutralización y subordinación respecto a los fenómenos más devastadores que esta crisis genere con sectores de clase media remanentes pero inestables, en las que no obstante el bloque proletario mantiene su independencia orgánica (mediante su organización de clase independiente). He aquí un punto clave de la hipótesis: en caso de ser esto deseable (lo cual solo es una *mera posibilidad* en función de la coyuntura y los efectos que esta crisis ecológica genere), dichos apoyos sólo serán posibles si el proletariado ha conseguido reestablecer previamente su independencia política (la cual es una *estricta necesidad*). Desplegar la primera sin haber conseguido antes la segunda sólo puede llevar a una propuesta liqui-

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

dacionista de su independencia. Por ello, para plantearse siquiera, es necesario la existencia previa, aún adaptada a la fase de repliegue en la que estamos, de esta organización independiente de clase que haga de dinamismo durante todo el proceso, cuya recomposición es por tanto hoy nuestro objetivo estratégico principal, pues es la que debe dar respuesta y dirigir el proceso frente a la apertura e incertidumbre que este traerá consigo. Existencia que para nosotros se materializa en la construcción del Movimiento Socialista, el cual debe cumplir sus tareas históricas para dar paso al Partido Comunista como forma política de la clase para una nueva fase de ofensiva, la cual materializa y lleva a un nuevo grado de desarrollo esa independencia política.

Nuestra hipótesis en este texto, por tanto, que sin duda debe ampliarse a través del debate colectivo y el perfeccionamiento de los medios tácticos con que ejecutaremos nuestra estrategia en este ámbito de intervención, afirma entonces lo determinante que la cuestión ecológica puede ser en todos estos momentos de táctica de lucha cultural y construcción de hegemonía socialista. Pues: 1) esa operación de concienciación y formación de ciertos consensos se actualiza para el socialismo hoy en un momento en el que el grado de devastación ecológica pone en riesgo la base material (los ecosistemas terrestres) en el que viven todas las clases sociales, de tal forma que un progresivo consenso respecto a la dinámica destructiva del capitalismo se abre a través de esta cuestión como una gran ventana de oportunidad para ciertos nuevos sectores políticos; 2) pero también porque tras dicho primer grado de disputa política es posible empezar a volver a convertir en sentido común que, dada la forma clasista de nuestras sociedades, entonces sólo una clase con propósitos e intereses universales (como el proletariado) puede hacer frente a dicho desastre que el capitalismo estaría produciendo, de tal forma que el resto de clases deben subordinarse políticamente a su proyecto; y 3) para poder desarrollar después apoyos tácticos oportunos con otros sectores políticos respecto a los fenómenos más agresivos e impactantes de esta devas-

tadora crisis ecológica, en los que el proletariado revolucionario pueda afianzar la necesidad de su toma del poder político cada vez más firmemente respecto a ellos y subordinar cada vez de forma más firme a cada vez más sectores. Sólo entonces puede el proletariado pasar a estar en posición de convertirse en clase dominante, donde el momento de uso de fuerza y coacción (casualmente siempre olvidado por el populismo), parte de la concepción gramsciana de hegemonía junto al uso del consenso y cohesión, adquiere un papel clave en la defensa de su poder acumulado, la negación de la base económica capitalista y el triunfo sobre la resistencia organizada del enemigo de clase. Esta es la fase que conceptualizamos como Estado Socialista, forma de desarrollo superior, en tanto forma política para la construcción del socialismo y etapa de transición revolucionaria⁴¹, que respecto a la crisis ecológica tendrá sin duda enormes tareas en las que debemos profundizar cuanto antes.

41. Para profundizar algo en nuestra visión sobre este véase: Coordinadora Juvenil Socialista; *El camino de la independencia política*, 2024, disponible en: <https://cjsocialista.com/propuesta-pol%C3%ADtica>.

Como meros apuntes a desarrollar en el futuro, podemos afirmar que frente a la crisis ecológica nuestro modelo de estrategia debe afirmar la necesidad de extender su modelo de autodefensa socialista también para nuestro “cuerpo inorgánico”, la naturaleza, incorporando por ello ciertas precauciones que deberán guiar nuestra práctica política; logrando después un progresivo control proletario del espacio para gobernar nosotras mismas los intercambios metabólicos a una escala cada vez mayor, tratando de cerrar progresivamente ciertas fracturas metabólicas; y construyendo en última instancia una economía de personas libremente asociadas que planifiquen su (re)producción atendiendo a las necesidades ecológicas y sociales en su conjunto, con una organización racional de sus recursos y necesidades como única alternativa posible para hacer frente a la barbarie capitalista de nuestro siglo⁴². Y en este punto, la vinculación entre conciencia burguesa, ofensiva capitalista y crisis ecológica que desarrolla Brassier merece la pena incorporarse, pues: “Al lanzar una guerra contra el Trabajo, la conciencia burguesa desmiembra el ser social, tanto el suyo propio como el de su oponente. *La*

42. Editorial; *Situando la crisis ecológica en el marco de la crisis capitalista*, 2023, Crisis, disponible en: <https://crisismedio.com/2023/03/20/situando-la-crisis-ecologica-en-el-marco-de-la-crisis-capitalista/>

CRISIS ECOLÓGICA COMO CRISIS ORGÁNICA

guerra del capital contra el proletariado global se ramifica en la destrucción del cuerpo inorgánico de la humanidad, la Tierra. Este es el punto en que nos encontramos hoy. La cuestión es si la conciencia de clase revitalizada por la naciente reorganización del Trabajo se conformará con recuperar lo que ha perdido desde 1973, o si el reconocer la destrucción de su ser social la empujará a buscar la abolición definitiva del capital y la clase⁴³. De ahí que junto al criterio de prudencia y modestia epistémica respecto a los datos que el estudio científico de la crisis ecológica nos permita ir acumulando en nuestras investigaciones (incluso en la valoración de enunciados como el de Brassier, que pueden dar una imagen no demasiado situada de nuestra situación actual), deba acompañarse, sin embargo, un criterio de radicalidad política en lo que a nuestras apuestas se refiere.

De este modo, lo verdaderamente importante será situar cómo nuestro modelo estratégico y organizativo de recomposición se hará efectivo para evitar este posible “escenario de destrucción de nuestro cuerpo inorgánico”, esto es, cómo este modelo se concretará en nuestra táctica de intervención en los grandes escenarios políticos que los fenómenos más destructivos de la crisis ecológicos traerán: grandes y prolongadas sequías, incendios y tormentas devastadores, problemas de estabilidad energética, crisis alimentarias, cierres en masa de industrias, grandes oleadas migratorias, etc., etc. Así, será precisamente en la concreta mediación entre: a) una estrategia clara a largo plazo; b) una táctica de intervención situada, adaptada y conscientemente orientada, pero capaz de adaptarse a cambios bruscos de situación; y c) un modelo organizativo estable, claro en cuanto a sus principios políticos y en continuo perfeccionamiento, que podremos asegurarnos de que los vaivenes y la inestabilidad que tales fenómenos imprevisibles traerán consigo no nos arrastrarán al seguidismo acrítico, el espontaneísmo y la asimilación política de la socialdemocracia. Algo a lo que creo que apuntan ya las propuestas de ciertos espacios anticapitalistas⁴⁴.

43. Brassier, R.; ‘La antinomia de la lucha de clases: un esbozo’, en: Marx XXI 2; *Contra la socialdemocracia*, *ibid.*, op. cit., p. 249. Agradezco a mi compañero Gonzalo Bárcena la incidencia en este punto en su generosa revisión del primer borrador de este texto.

44. Véase el ‘leninismo climático o ecológico’ de: Malm, A.; *El murciélago y el capital. Coronavirus, cambio climático y guerra social*, 2020, Errata Natu-

rae, Barcelona; con una recepción sustantiva en ciertos sectores comunistas: Heron, K. y Dean, J.; *Leninismo climático y transición revolucionaria*, 2022, Jacobin, disponible en: <https://jacobinlat.com/2022/08/14/leninismo-climatico-y-transicion-revolucionaria/>

45. Riechmann, J.; *Otro fin del mundo es posible, decían los compañeros*, 2019, mra ediciones, Barcelona.

En suma, como podemos apreciar, la cuestión no radicaría meramente en “articular mayorías”. Y, sobre todo, no en el mero y simplista sentido cultural-electoral en el que el populismo verde y la socialdemocracia lo hacen. Pues en todo caso, incluso aunque estuviéramos ante conflictos abiertos y enteramente explícitos entre algo así como un 1% y un 99% (sueño húmedo del populismo, que ninguna tendencia en marcha parece refrendar), “el capital es una relación social que penetra el entero cuerpo social, una relación social de la que también el 99% forma parte”⁴⁵. Por ello, de lo que se tratará más bien será de entender las dinámicas de fondo que la crisis ecológica incorpora como crisis orgánica y crisis capitalista, las cuales están reforzando ese rápido y acusado proceso de proletarización de las sociedades occidentales del centro imperialista, donde los modos de vida y elementos objetivos que han predominado hasta ahora y servido como vía de integración y sujeción a las lógicas burguesas se están empezando a descomponer. Todo lo cual refuerza la posibilidad de recomponer una alternativa socialista que, aprendiendo de los límites del ciclo revolucionario pasado, pueda estar al fin en situación de enfrentar dicha relación social en su totalidad.

Tarea para la cual la recomposición política del proletariado y de su organización independiente es un objetivo estratégico previo y esencial frente al que hoy tenemos que orientar todos nuestros esfuerzos. Pues como nos recuerda Gramsci, el gran pensador de la hegemonía: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta con tiempo que se pueda hacer avanzar cuando se juzgue que una situación es favorable (y es favorable sólo en la medida en que tal fuerza exista y esté llena de ardor combativo); por eso la tarea esencial es la de ocuparse sistemática y pacientemente en formar, desarrollar, hacer cada vez más homogénea, compacta, consciente de sí misma a esta fuerza”⁴⁶.

46. Gramsci, A.; Cuadernos de la cárcel, *ibid.*, p. 1161 (Q. 13, §.18)

ACERCA DEL ESQUEMATISMO: UN APORTE AL DEBATE CON NUESTROS CRÍTICOS

GABRIEL MIASNI

ESQUEMATISMO E HISTORIA.

El aplastamiento de la rebelión de Kronstadt y el declive de la democracia soviética, el fracaso de la Acción de Marzo y el aislamiento de la URSS, el triunfo del socialismo en un solo país y la bolchevización de los Partidos Comunistas de la Komintern, el Informe Secreto al XX Congreso del PCUS y la ruptura sino-soviética, el final de Comuna de Shanghái y la triple alianza, la invasión de Checoslovaquia y el eurocomunismo y, finalmente, el traidor de Yeltsin y la bancarrota del bloque del Este. Durante mucho tiempo, señalar uno de estos acontecimientos como el momento en que se jodió el comunismo suponía la adscripción a una de las familias herederas de Marx. La adscripción a una de estas familias implicaba no sólo un juicio sobre la experiencia histórica del proletariado

revolucionario, sino también una propuesta estratégica y táctica específica. Diferencias sobre la táctica sindical o parlamentaria, sobre la cuestión colonial, nacional o de la mujer, sobre el modelo de partido o la línea militar, sobre la caracterización de la URSS o de la sociedad de transición, a menudo motivaban agrias rupturas.

Los grupos resultantes de estas rupturas constituyeron sectas homogéneas ideológica y políticamente que reivindicaban y se disputaban el verdadero legado de sus revolucionarios de referencia. Disputa que adoptaba la forma de una exégesis obsesiva de sus textos. Cuando algún grupo se atrevía a plantear la necesidad de actualizar el marxismo eran señalados como revisionistas, renovadores, modernizadores o actualizadores. Para los ortodoxos, la única garantía contra la degeneración de la teoría revolucionaria era una concepción dogmática de esta. A su vez, el esquematismo, que se limita a hacer de las experiencias revolucionarias en un patrón abstracto que se aplica mecánicamente a la realidad concreta, era la garantía de su impotencia política. Para los revisionistas, en cambio, actualizar el marxismo era sinónimo de renunciar a los elementos invariantes del programa comunista: el proletariado como sujeto de su autoemancipación y de la emancipación de la humanidad; el Partido Comunista como forma orgánica del proletariado revolucionario; la destrucción del Estado capitalista como momento clave para quebrar el poder del capital; el Estado-comuna o Estado socialista como forma política de la sociedad de transición; y el comunismo como modo de producción asociado. Con la renuncia a estos objetivos estratégicos y a sus implicaciones tácticas, promovida por una pulsión activista y taticista en periodos de repliegue, la integración en la izquierda del capital era cuestión de tiempo.

La proliferación de pequeños grupos cohesionados y homogéneos no hubiese tenido lugar sin tres factores que bloqueaban la posibilidad de trascender los límites con que se había topado la revolución proletaria mundial: el estanca-

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

miento del proceso revolucionario en la URSS; la relación de los comunistas con la historia del comunismo y la identificación del marxismo revolucionario con la experiencia soviética. Expongamos brevemente cada punto:

En primer lugar, el estancamiento del proceso revolucionario en la URSS fue, esencialmente, la expresión del fracaso de su expansión a Europa occidental. La eliminación de la disidencia externa (e interna) al PCUS, la fusión de Partido y Estado, la limitación de la democracia soviética, la reducción de la construcción del socialismo a una centralización de la propiedad por parte del Estado y la priorización del mantenimiento del poder en un país frente a la internacionalización de la revolución son algunos de sus síntomas.

Según las previsiones de Lenin, la revolución comenzaría por el eslabón más débil de la cadena imperialista y continuación se expandiría al resto de Europa, haciendo del proletariado ruso la vanguardia de la revolución mundial y permitiendo a este país semifeudal saltarse el duro camino del desarrollo capitalista. Por ello, el aislamiento del primer Estado socialista de la historia, situado en un país de grandes dimensiones, pero fundamentalmente campesino, dejó sin una hoja de ruta definida a la dirección del PCUS. Las discusiones a lo largo de los años veinte son un claro reflejo de esta desorientación. Quizás, quien mejor la encarnó fue Bujarin, que pasó de criticar el Tratado de Brest-Litovsk, siendo el representante de los jóvenes comunistas de izquierdas afincados en Moscú, porque dificultaba la extensión de la revolución en Europa occidental, a defender el socialismo en un solo país, ya convertido en el principal teórico del centro y la derecha del PCUS¹. La situación era compleja: desarrollar las fuerzas productivas — reducidas dentro del bolchevismo a su dimensión técnica e identificadas con el taylorismo— para construir las bases del socialismo en un país mayoritariamente campesino era una tarea casi imposible sin romper la alianza obrero-campesina que había llevado a los bolcheviques al poder o sin aumentar la dependencia del mercado mundial².

1. Cfr. Cohen, S. F. (2017) Bujarin y la Revolución bolchevique. Biografía política 1888-1938. Siglo XXI.

2. Gran parte de la discusión durante este periodo dentro de la URSS se recoge en: Bujarin, N., Trotski, L. y Zinoviev, G. (2015) El gran debate I. La revolución permanente. Siglo XXI y Stalin, I.; Zinoviev, G. (2015) El gran debate II. El socialismo en un solo país. Siglo XXI y VV.AA. (2022) *El debate soviético sobre la ley del valor*. Dos Cuadros.

La dirección que salió victoriosa de los debates de los años veinte fue quien mejor personificó los intereses de las nuevas capas sociales que emergieron durante el retroceso de la revolución. Primero en la forma de la pequeña y mediana burguesía agrícola (los *kulaks*) y después en la forma de la (no tan) nueva burocracia. Quienes se resistieron a los virajes de la dirección fueron eliminados, haciendo de la disciplina consciente bolchevique una disciplina militar que no permitía la discusión en el seno de la organización, ni fuera de ella³. En una fortaleza sitiada no hay espacio para divagaciones. El viejo aforismo se volvía a repetir: la revolución es como saturno, devora a sus propios hijos.

3. Para un análisis exhaustivo de este proceso: Bettelheim, C. (1974). *Las luchas de clases en la URSS: Segundo periodo (1923-1930)*. Siglo XXI.

Entre quienes comparten este balance tan general de la experiencia soviética, existen tres posiciones. La primera, clásicamente trotskista, señala que la URSS es un Estado obrero burocráticamente degenerado. La segunda, propia de las izquierdas comunistas y de grupos díscolos del trotskismo, caracteriza a la URSS como un capitalismo de Estado. Y la tercera, heredera de la sociología weberiana, define a la URSS como un modo de producción alternativo: el colectivismo burocrático⁴. Incluso el antirrevisionismo, surgido tras la desestalinización, acabó también recurriendo a algunas de estas caracterizaciones para definir y explicar la deriva soviética.

4. Por supuesto existen más caracterizaciones y estas incluyen notables diferencias internas. Un recorrido sistemático de las discusiones sobre la caracterización de la URSS en: Van der Linden, M. (2007). *Western Marxism and the Soviet Union: A survey of critical theories and debates since 1917*. Brill.

Durante el pasado ciclo revolucionario, estas posiciones conllevaban unas implicaciones tácticas sobre cómo abordar conflictos entre la URSS y otros Estados (¿defensismo o derrotismo?) o qué tipo de proceso era necesario dentro de la URSS para reorientar su evolución hacia la construcción del socialismo (¿revolución política o revolución social?). Por tanto, la caracterización de la URSS era cuestión con implicaciones políticas profundas e inmediatas.

Hoy esta cuestión, como muchas otras, sólo tiene relevancia para reflexionar sobre la sociedad de transición: sobre la construcción económica del socialismo y sobre sus formas

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

políticas. En este sentido, realizar un balance de esta y otras experiencias, apoyándonos en el legado de las revoluciones del siglo XX, es fundamental para la apertura exitosa de un nuevo ciclo revolucionario, pero no debe ser previa al resto de tareas que exige la recomposición del proyecto comunista.

En segundo lugar, la relación de los comunistas con la historia del comunismo se ha caracterizado, a menudo, por no aplicar el principio básico de la concepción materialista de la historia: “No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia”⁵. La historia es maestra de la vida, pero también constriñe la imaginación de los vivos. Por ello, a pesar de los innumerables y sesudos análisis de las diferentes revoluciones, la centralidad otorgada en muchos de ellos a los grandes hombres y a las decisiones tácticas ha acabado por oscurecer la comprensión de las experiencias revolucionarias. Todos los fracasos de las experiencias revolucionarias son entendidos como fracasos de su dirección traidora, contrarrevolucionaria, revisionista, etc. En cambio, quienes analizaron las experiencias revolucionarias desde el materialismo rápidamente fueron señalados como deterministas y fatalistas. Estas recriminaciones son típicas de momentos de repliegue, como ya señaló Engels:

Después de toda revolución o contrarrevolución abortadas, los emigrados que se refugian en el extranjero despliegan una actividad febril. Se fundan grupos partidarios de diversos matices, cada uno de los cuales reprocha a los otros el haber llevado el carro al tremedal y los acusa de traición y de todos los pecados mortales imaginables. [...] Como es lógico van de desilusión en desilusión, y como eso no se relaciona con las condiciones históricas ineluctables, a las que no se quiere comprender, sino que se atribuye a errores fortuitos de una u otra persona, las acusaciones recíprocas se acumulan y todo termina en cizaña general⁶

5. Marx, K. (2008). Contribución a la crítica de la economía política. Siglo XXI, p. 5.x

6. Engels, F. (1980[1874]). “El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna”. En: *Obras Escogidas de C. Marx y F. Engels*. Vol. 2, pp. 401-408. Editorial Progreso.

Buscar en la historia lo que podría haber sido es una labor edificante, pero a menudo nos encierra en un círculo vicioso y nos hace incapaces de salir de la propia discusión. No debemos juzgar nuestra historia desde este punto de vista para no repetir errores, ni tampoco desde un ideal de lo que el comunismo debería ser, al cual nuestra práctica nunca se podrá adecuar, sino que debemos analizar la condiciones que permitieron la apertura del anterior ciclo revolucionario y determinaron su desarrollo, subrayando nuestra distancia respecto de dichas condiciones y extrayendo aquellas lecciones que puedan tener una validez para el presente⁷. Sólo así podremos escribir nuestra historia.

7. Un debate sobre la forma de abordar la historia del proletariado revolucionario se puede encontrar en: VV.AA. (2008). "Preliminary Materials for a Balance Sheet of the 20th Century". *Endnotes 1*.

Durante demasiado tiempo aquellos que se reivindican comunistas han gastado sus energías en discusiones parroquianas disputando el verdadero legado de tal o cual revolucionario sin una voluntad de mejorar posiciones. Cada corriente y tendencia ha realizado un balance de las experiencias revolucionarias, pero este necesario balance, convertido en una esquemática propuesta estrategia y táctica, ha sido aplicado en todo tipo de contextos y situaciones sin atender a los profundos cambios de las últimas décadas, que provocan que estas discusiones hayan perdido el escaso sentido que tuvieron. Cuando la realidad se resiste a adecuarse a estos esquemas formales, la culpa siempre es de algún agente externo o del jefe traidor de turno y nunca del propio esquema. Los principios más básicos del materialismo y del socialismo científico han quedado olvidados en favor del esquematismo y de una práctica política sectaria. Así, muchas organizaciones se han limitado a sobrevivir durante décadas sin ninguna influencia política.

Por último, la identificación del marxismo revolucionario con la experiencia soviética fue un hecho asentado sobre la propia existencia de la URSS y la Komintern. Esta identificación se producía de diversas maneras. Por un lado, en el sistema de Estados la oposición entre dos bloques tras la Segunda Guerra Mundial servía como un sistema binario que

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

no permitía terceras posiciones. Por otro lado, los grandes Partidos Comunistas y sus organizaciones de masas estaban referenciados y apoyados por el hegemón del bloque socialista. Y, además, estas mismas organizaciones militaban contra las desviaciones izquierdistas y las corrientes renovadoras, relegando a la marginalidad a los pequeños grupos que señalaban las limitaciones que había encontrado la experiencia soviética, dificultando su desarrollo.

Aunque las revoluciones exitosas en países de la periferia rompieron con el modelo de toma del poder soviético, intentaron poner remedio a la burocratización e impulsaron movimientos de solidaridad en el centro imperialista, el paradigma de construcción del socialismo soviético fue hegemónico dentro del movimiento obrero durante el corto siglo XX. Las oposiciones de izquierdas y las corrientes renovadoras que surgieron en los años 60 y 70 propusieron alternativas, pero quedaron relegadas a un lugar subalterno y no consiguieron relanzar un movimiento de escala y alcance internacional como fue la Komintern.

Hoy no sólo se han disuelto buena parte de las condiciones que generaban la identificación entre el proyecto comunista y la URSS, sino que los supuestos sobre las que descansaban las estrategias de la Komintern no existen. El movimiento obrero y las instituciones que lo encarnaban son hoy raquíticas estructuras burocráticas. Los partidos son máquinas electorales. Los grandes sindicatos son meros servicios de mediación y asistencia jurídica. Y el proletariado industrial es una minoría incapaz de servir espontáneamente como catalizador de la clase.

El origen de estos cambios no debemos buscarlo sólo en la derrota de las revolucionarias durante el siglo XX, sino también en las profundas transformaciones que el capitalismo ha experimentado en las últimas décadas. Las condiciones que hicieron posible las revoluciones de la periferia o semiperiferia mundial y las condiciones que permitieron el desarrollo

del socialismo en un solo país fueron las mismas y no son las nuestras. La pérdida de centralidad del trabajo vivo, la crisis del Estado-nación, la terciarización y la financiarización de la economía, la fragmentación de las cadenas globales de valor o la creciente población sobrante abren un nuevo escenario. Este nuevo escenario ha desarticulado la resistencia de las trabajadoras ante la continua ofensiva capitalista. Hoy el proletariado es una suma de individuos con poco en común, y no un sujeto político. En este sentido, los comunistas ya no podemos pensar nuestra actividad política cómo una intervención sobre un sujeto político ya constituido que buscamos radicalizar y reorganizar. No hay un movimiento obrero que se pueda escindir en dos alas como resultado de la intervención de los comunistas.

Asumir la caducidad de los elementos que acabamos de describir exige abordar las discusiones estratégicas desde el presente. Lejos de cualquier intento de deshacernos de nuestra historia o de adoptar una actitud adanista, la recomposición del proyecto comunista requiere apropiarnos críticamente de nuestro legado cribando aquellos elementos que pueden contribuir a relanzar un nuevo ciclo revolucionario. Esta criba sólo puede realizarse desde la crítica radical del capitalismo contemporáneo, entendiendo la crítica no como un proceso teórico y desencarnado, sino como un proceso profundamente arraigado en las luchas de clase actuales y en sus horizontes.

Esta es la tarea que nos imponemos como comunistas en general y como militantes del Movimiento Socialista en particular. Estos son los motivos que explican que no nos hayamos pronunciado sobre todos los debates históricos de la tradición comunista antes de echar a andar.

VIEJOS MOLDES PARA NUEVOS PROBLEMAS

Inevitablemente, la expansión del Movimiento Socialista más allá de las fronteras de Euskal Herria ha llamado la atención de los grupos comunistas emplazados en el Reino

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

de España. Algunos han mostrado su interés, aproximándose discursiva, política y estéticamente a nuestro proyecto; otros, más desconfiados, han optado por el silencio y el cierre de filas; mientras que aquellos con un bagaje teórico más sólido han escogido la crítica de nuestras posiciones.

Los críticos más rigurosos del Movimiento Socialista provienen de una misma familia: el trotskismo. El trotskismo amalgama una serie de partidos e internacionales surgidos tras la fragmentación de la IV Internacional. Aunque las diferencias entre grupos son notables, todos se reconocen en el legado de Trotsky sintetizado en sus críticas a la deriva de la URSS y la Komintern. De estas lecciones se derivan una serie de características que definieron al primer trotskismo: el énfasis en el papel de la burocracia en la degeneración de los partidos, los sindicatos y los Estados obreros, la reivindicación del entrismo o de la táctica del Frente único impulsada por la Komintern tras sus primeros congresos, la propuesta del programa de transición como alternativa a la división tradicional entre programa de mínimo y programa de máximo, la centralidad de la dirección y del Partido en el proceso revolucionario, la defensa de un pluralismo político en el Estado obrero, etc.⁸

Tras los desconsuelos del siglo XX, es habitual que muchos grupos trotskistas hagan una reivindicación testimonial de Trotsky mientras se distancian conscientemente de sus lecciones. Por ejemplo, Anticapitalistas, y el resto de las organizaciones pertenecientes al Secretariado Unificado de la IV Internacional, abandonaron desde hace décadas en la práctica los elementos que caracterizaron a la estrategia y la táctica del trotskismo y del marxismo revolucionario en general: en lugar del proletariado, una desdibujada subjetividad transformadora; en lugar del Partido Comunista de masas, el partido de masas antineoliberal; en lugar de la destrucción del aparato de Estado capitalista, su reforma en un sentido progresista. Quizás los continuos batacazos de las primeras dos décadas del siglo XXI sirvan para que el grueso de las

8. Para un recorrido por la evolución internacional del trotskismo: Bensaïd, D. (2007). *Trotskismos*. El Viejo Topo y Gaido, D. (2022). *Hacia una historia de las tendencias trotskistas después de Trotsky*. Ariadna Ediciones.

capacidades y recursos existentes en esta gran organización internacional vuelvan a reorientar su estrategia.

Otros grupos, donde podemos situar a nuestros críticos, representan una suerte de ortodoxia trotskista, es decir, que continúan reivindicando los principios, los objetivos estratégicos y las tácticas formuladas por Trotsky en uno y otro momento con diferentes matices⁹. Sus críticas, por tanto, son un ejemplo de esquematismo: se presentan como una inadecuación de la estrategia general propuesta por el Movimiento Socialista al canon del trotskismo.

9. Son dos los principales destacamentos trotskistas que han entrado en diálogo con el Movimiento Socialista. Por un lado, la Corriente Marxista Internacional ha publicado en su órgano de expresión Lucha de clases una serie de artículos titulados “Estrategia socialista y poder obrero – Una aportación al debate con el Movimiento Socialista” y, más recientemente, “Crítica al documento «Nueva estrategia socialista» de Mugimendu Sozialista: ¿Es el camino a seguir?”. Por otro lado, la Corriente Revolucionaria de Trabajadores ha publicado en *Izquierda Diario y Contrapunto* varios artículos breves polemizando con el Movimiento Socialista sobre cuestiones concretas, como las revueltas en Francia, las elecciones o las reformas y dos artículos algo más extensos de estrategia general, el más completo titulado “Partido, revolución y socialismo: cinco preguntas y respuestas sobre estrategia socialista”.

Nuestra respuesta podría contener tres aspectos: (1) Explicar la falta de validez práctica, o al menos teórica, de la propuesta elaborada por Trotsky durante las últimas décadas de su vida; (2) mostrar su caducidad; (3) desarrollar nuestra propuesta estratégica para desarticular la exposición de nuestros críticos.

Realizar adecuadamente esta labor me exigiría un enorme esfuerzo y un espacio que escapa a las dimensiones de este artículo. Por ello, me limitaré a señalar tentativamente algunos elementos relativos al Programa de Transición, el Frente Único y los consejos en relación con las críticas a nuestra propuesta política. Vayamos por partes.

EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN Y LAS REFORMAS

El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (1938) fue el programa fundacional de la IV Internacional. Como todo programa político de la tradición socialista, el Programa de Transición comienza con una caracterización de la fase del desarrollo capitalista: la crisis histórica. “Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material” asegura en sus primeros párrafos. La crisis histórica

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

del capitalismo así definida implica que todas las condiciones objetivas de la revolución proletaria están dadas, por ello, sólo faltan las condiciones subjetivas. La separación radical entre condiciones objetivas y subjetivas salta a la vista. En la conformación de estas condiciones subjetivas la dirección del Partido enfrentada a las burocracias reformistas juega el papel protagonista. Siguiendo este hilo, las tareas de los revolucionarios están claras: más voluntad y más dirección. Audacia, audacia y más audacia.

Por tanto, sobre una concepción problemática del desarrollo capitalista, que habría alcanzado su límite hace ya un siglo y se encontraría en su fase decadente, se construye una concepción errónea de la relación entre ser social y conciencia, combinando objetivismo y subjetivismo, que no dejan de ser dos caras de la misma moneda: si todas las condiciones objetivas están dadas, solo falta que pongamos voluntad de nuestra parte. En definitiva, materialismo vulgar para las masas, que sólo podrían ser adquirir conciencia de sus intereses en grandes guerras y crisis e idealismo para la vanguardia y la dirección que tendría una conciencia preclara, emanada de no se sabe muy bien donde, sobre todo el devenir del proceso revolucionario. La labor de hegemonización y de educación sería poco más que una pérdida de tiempo. El proletariado, así entendido, no tiene que adquirir conciencia de su misión histórica para constituirse en sujeto revolucionario, sino que es reducido a una masa de maniobra, empujada por su estómago vacío, en manos de su Estado mayor —un insignificante y autoerigido partido de vanguardia o una minoritaria burocracia reformista. De esta manera, el factor subjetivo se presenta separado del factor objetivo¹⁰.

Tras esta caracterización del periodo histórico, el Programa de Transición viene a solucionar la separación radical entre programa de mínimo y programa de máximo dentro de los partidos de la Segunda Internacional, estableciendo una conexión lógica entre demandas inmediatas y el horizonte revolucionario. Son medidas que, sin ser directamente socia-

10. Esta discusión se trata extensamente en *Aufheben* (2024). *La teoría del declive o el declive de la teoría*. Ediciones Extáticas, y, de manera más sucinta, en Caligaris, G. (2018). "Revisitando el debate marxista sobre el 'derrumbe' del capitalismo. Una crítica metodológica". *Izquierdas*, (39), 182-208.

listas, tampoco son meramente democráticas, es decir, buscan mermar el poder de la burguesía, que no tiene margen de maniobra por la situación de declive del capitalismo; aumentar el poder organizado del proletariado contra sus cúpulas reformistas y centristas; y, simultáneamente, responder a las necesidades de la clase. Esta conexión es posible precisamente por la crisis histórica del capitalismo.

Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, el modelo de acumulación keynesiano-fordista dio lugar a la Edad de oro del capitalismo, un periodo de crecimiento sostenido sin precedentes. Esta coyuntura hizo que las interpretaciones rigoristas de las demandas transitorias declinasen y en su lugar emergiesen lecturas más laxas. Algunas son indistinguibles del clásico programa de mínimo, mientras otras son indiscernibles del programa inmediato de la revolución. Algunas se asimilaron a lo que André Gorz denominó reformas no reformistas, es decir, reformas que afectan a la reproducción del sistema y refuerzan el poder del proletariado¹¹, mientras otras se asemejaron a una mera agitación orientada a elevar la conciencia socialista de la clase¹².

11. Gorz, A. (1976). *Estrategia obrera y neocapitalismo*. Ediciones Era.

12. Para un recorrido por estas discusiones dentro del trotskismo: Maiello, M. (2022). *De la movilización a la revolución. Debates sobre la perspectiva socialista en el siglo XXI*. Ediciones IPS, pp. 91-134.

Esta proliferación de significados era un síntoma de la crisis del Programa de Transición. Las demandas transitorias contempladas por Trotsky resultaron ser satisfechas por muchos gobiernos, sin que ningún poder obrero organizado forzase al Estado capitalista o se constituyese en Estado obrero. Es más, sirvieron para relanzar un nuevo ciclo de acumulación. Otras demandas, en cambio, fueron inalcanzables sin una situación de ofensiva proletaria, sin romper con el Estado capitalista y la acumulación de capital. Esta crisis del Programa de Transición no sólo se debía a una caracterización equivocada del capitalismo, ni al contenido concreto de las demandas elaboradas originalmente por Trotsky, sino que también bebía de una falta de acuerdo respecto a la ejecución del programa y, por tanto, respecto al Estado capitalista. ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Quién impone el programa? ¿En qué condiciones puede llevarse hasta sus últimas consecuencias?

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

En los textos del Movimiento Socialista donde se ha trabajado la cuestión del programa y las reformas se concibe de la siguiente manera. Las reformas son fundamentales para la acumulación de fuerzas del proletariado revolucionario. No puede haber independencia política sin esta mediación: en la lucha por o contra las reformas el proletariado desarrolla su tecnología organizativa, mejora y expande su propaganda política y se educa en la combatividad. Decidir en qué conflictos intervenir, de qué manera organizarlos y qué contenido u objetivo impulsar son decisiones tácticas fundamentales para que la lucha por las reformas no derive en mero reformismo. No hay fórmulas mágicas.

En la *Propuesta Política: Para la lucha y por la vivienda* del Sindicato de Vivienda Socialista de Euskal Herria tenemos el mejor ejemplo¹³. Se combina la propaganda por el Estado Socialista como objetivo estratégico del proceso revolucionario y única garantía de los intereses generales del proletariado; la defensa de las condiciones de vida de la clase mediante la lucha a pie de calle contra los desahucios y demandas concretas que atacan directamente a la ganancia capitalista; y la lucha por la extensión de los derechos políticos como expresión y base del poder del proletario organizado. Son demandas parcialmente posibles bajo un gobierno obrero, si queremos usar esta terminología, o incluso bajo una coyuntura de acumulación capitalista que no es la nuestra, pero que no estarán garantizadas plenamente hasta la destrucción del Estado burgués y la construcción de un nuevo Estado socialista. A la vez, se señalan aquellas reformas impulsadas por ciertos sectores del movimiento por la vivienda y capitalizadas electoralmente por gobiernos socialdemócratas, que ni atacan a la ganancia capitalista, ni mejoran las condiciones para la organización revolucionaria del proletariado, ni señalan la imposibilidad de luchar por el interés general del proletariado, necesariamente internacional, dentro del marco del capitalismo y del Estado-nación.

13. Disponible en: <https://gedar.eus/pdf/etxebizitzaSindikatura/PropuestaPolitica.pdf>.

14. Esta ingeniosa crítica se la debemos a Lotito, D. y Mallo, C. (2023) “¿Qué programa y qué estrategia debemos plantear los socialistas revolucionarios para luchar por la vivienda?” *Contrapunto*. Disponible en: <https://www.laizquierdadiario.mx/Contrapunto-130-26-08-2023>.

15. La idea de superar la división entre programa de máximos y programa de mínimos propia de los partidos de la Segunda Internacional para generar una nueva forma de articulación política no es original de Trotsky, sino que se puede rastrear en los debates de la Komintern. Véase: Gaido, D. (2015) “Los orígenes del Programa de Transición en la Internacional Comunista” *Izquierdas*, (23), 191-214. Además, la necesidad de articular de manera coherente la lucha por reformas con la propaganda comunista para aumentar el poder del proletariado organizado, evitando así la subordinación del programa de máximos al programa de mínimos, está presente ya en los posicionamientos del ala ortodoxa y de izquierda de la Segunda Internacional en el debate con el revisionismo.

16. Gaido, D. (2020) “Paul Levi y las raíces de la política de frente único en la Internacional Comunista” En: Gaido, D. (dir.), Quiroga, M. (dir.), y Luparello, V. (dir.) *Historia del Socialismo Internacional: Ensayos marxistas*. Ariadna Ediciones.

Aquí no hay un maximalismo, ni una vuelta invertida a la separación rígida entre programa de máximos y programa de mínimos¹⁴, pero tampoco hay una reivindicación del Programa de Transición, pues la articulación coherente de reformas y horizonte revolucionario no es patrimonio exclusivo de la IV Internacional¹⁵ y, sin embargo, es hoy tan necesaria como hace un siglo.

EL FRENTE ÚNICO Y LA UNIDAD DE CLASE

El frente único se planteó como la táctica para ganar a la mayoría de la clase obrera después de las derrotas, cargadas sobre los hombros del izquierdismo, que siguieron a los primeros dos congresos de la Komintern. Tras un momento de escisiones, ofensiva proletaria, acción directa de masas y varios intentos fallidos de toma del poder, era necesario plantear la convivencia con las grandes organizaciones de masas socialdemócratas y con sus Partidos, que aún encuadraban a la aplastante mayoría del proletariado organizado. Así, la experiencia de Paul Levi y del Partido Comunista Alemán resultaron, a través de un camino tumultuoso, en la adopción en el IV Congreso de la Komintern de las “Tesis sobre la unidad del frente proletario”¹⁶.

Esta convivencia con la socialdemocracia, que suponía antes que nada la renuncia al derrocamiento violento del orden burgués como objetivo inmediato del Partido, adoptó dos acepciones que se cobijaron bajo el mismo concepto. La primera acepción fue el llamado frente único sindical, es decir, la participación de los comunistas en organizaciones de masas, principalmente sindicatos, no dirigidas formal o materialmente por ellos mismos. El objetivo de esta táctica era asegurar la unidad de acción de la clase proletaria, señalar a sus cúpulas reformistas, hacer propaganda comunista en el seno de las organizaciones y atraer a los sectores más avanzados del proletariado. A su vez, se alejaba del peligro sectario de generar organizaciones netamente comunistas sin nin-

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

guna implantación sería entre el proletariado, como ciertos sindicatos surgidos de la Profintern, la Internacional Sindical Roja. El frente único sindical, por tanto, fue y sigue siendo una táctica fundamental en la labor de unificación de la clase y de hegemonización de la conciencia socialista.

Una segunda acepción refería al frente único político, es decir, la generación de frentes únicos entre partidos socialdemócratas y partidos comunistas para la actividad electoral y parlamentaria. La consecuencia inevitable del frente único político fue la táctica del gobierno obrero, que consistía en el objetivo de formar un gobierno entre partidos comunistas, socialdemócratas y otras fuerzas obreras en un Estado capitalista para armar al proletariado, impulsar el control obrero sobre la producción y acabar con las fuerzas burguesas. En los propios documentos de la Komintern se reconoce que la mayoría de “gobiernos obreros” existentes en ese momento no eran sino gobiernos burgueses vestidos con mono azul¹⁷. La posibilidad de un gobierno obrero exigiría, por tanto, la hegemonía de los comunistas sobre el resto de los partidos que compusieran el frente único. Y, aun disponiendo de esta situación favorable, dependería del equilibrio de fuerzas del propio Estado capitalista (¿ejército profesional o ejército de leva?) y del lugar del Estado en el mercado mundial (¿país periférico o central?).

Quien más ha reivindicado la táctica del frente único dentro de la tradición comunista ha sido el trotskismo, siguiendo la actitud centrista de Trotsky en muchos de los debates y rupturas que dieron forma al Partido Comunista de Rusia (bolchevique). Esta reivindicación ha sido realizada a menudo en sentido divergentes. Nuestros críticos no son una excepción. La tesis del frente único político convive mal con el entrismo, que promueven ciertas secciones nacionales de la CMI, y no es fácilmente compatible con la independencia política, que acertadamente enfatiza la CRT. En artículos escritos por sus militantes, ambas organizaciones se interrogan sobre la posición del Movimiento

17. Cfr. Arico J. (dir.) (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Cuadernos Pasado y Presente, pp. 186-189.

Socialista respecto al frente único, cuando no nos acusan de rechazar el frente único *por principio*.

La pregunta que cabría hacerse antes de responder sería: ¿Existen hoy las condiciones que justificaban la unidad con las organizaciones de masas de la socialdemocracia y sus partidos? La táctica del frente único se formuló en un momento en el que, a pesar de una relativa estabilización respecto al momento inmediatamente anterior: (1) los sindicatos, cooperativas y mutuas obreras organizaban decenas o cientos de miles de obreros en todos los países europeos y más allá, constituyendo una sociedad paralela; (2) la Komintern desplegaba una actividad febril para generar partidos comunistas a lo largo y ancho del mundo que, respaldados por el impulso inicial de los años 20, conseguían arrastrar detrás de sí a cientos o miles de militantes con una línea política y organizativa definida; (3) varios países de Europa y sus colonias habían sido arrasados por la guerra, lo que había, por un lado, desestabilizado las antiguas jerarquías sociales y debilitado a los Estados y, por otro lado, dotado de conocimientos militares a amplios sectores de la población; (4) el Tratado de Versalles, la inestabilidad política y las dificultades para relanzar la acumulación en varios países generaban graves problemas económicos que azuzaban grandes movimientos de masas contra la miseria. En definitiva, la crisis revolucionaria persistía y la Internacional que podía impulsar y dirigir la lucha de clases en sus subdivisiones territoriales¹⁸. Aún bajo esas condiciones no fueron pocos los reveses que sufrieron los comunistas al unificar sus esfuerzos con la socialdemocracia, limitando el desarrollo de las luchas por compromisos políticos. No es aquí el lugar para hacer un balance histórico exhaustivo del frente único político. Valga con decir que siempre que no existan las condiciones para que los comunistas dirijan —y aquí dirigir significa subordinar políticamente al programa comunista— el frente único, existe la posibilidad de derivar en una política oportunista y derechista.

18. Para la definición canónica de crisis revolucionaria: Lenin, V. I. (1915) "La Bancarrota de la Segunda Internacional". En Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas*. Tomo 22. Akal, p. 310.

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

Hoy podemos afirmar que, al menos en Europa occidental, sólo se da la cuarta condición. Se suceden estallidos a lo largo y ancho del mundo contra la miseria motivados por el empeoramiento de las condiciones de vida. El capitalismo se halla en una crisis histórica. Las tensiones por los recursos y las cadenas de suministro necesarias para afrontar la crisis económica y ecológica no ofrecen buenos augurios. La guerra total, que hoy adoptaría la forma de aniquilación total, vuelve a estar sobre la mesa. Por tanto, los comunistas debemos pensar nuestra acción política en esta coyuntura —volvemos a repetir— de población sobrante; movimientos de masas explosivos, pero poco articulados organizativamente y a menudo interclasistas; crisis política, económica y ecológica; pérdida de centralidad del trabajo vivo y de la identidad obrera; y, por tanto, la ausencia de una línea política y organizativa clara que podamos tomar acriticamente de las tradiciones revolucionarias.

Este breve rodeo sobre el periodo de desarrollo capitalista actual y nuestra coyuntura debería haber dejado claro que no renunciamos a la táctica del frente único *por principio*. También debería haber dejado claro que no se cumplen las condiciones que hacían posible el frente único. La centralidad del frente único sindical en la política comunista ha perdido validez ante el predominio de formas de contestación social sin estructuras organizativas asentadas y con un contenido interclasista, aunque dentro de la arena estrictamente salarial puede conservar validez, a pesar de la crisis del sindicalismo. El frente único político ha perdido el poco sentido que pudiese tener, ya que no hay fuerzas políticas que pudiésemos denominar obreras en un sentido significativo del término. Los partidos con presencia en el parlamento del Reino de España son, sin excepción, representantes del ala izquierda del capital.

A estos factores, se añade la condición de debilidad en la que nos encontramos hoy los comunistas. Tras la caída del bloque del Este, el escaso prestigio con que contaba el co-

munismo desapareció. Durante varias décadas hablar del marxismo y del comunismo fue considerado anacrónico. Sin embargo, la crisis financiera de 2007 despertó de nuevo un interés intelectual y político por el marxismo. Se dio lo que muchos han llamado un resurgir de Marx. Resurgir que a menudo privaba al de Tréveris de su pensamiento político para reducirlo a un mero crítico teórico. Mientras tanto, protestas, revueltas e insurrecciones con nuevos repertorios de acción proliferaron por todo el mundo, dando lugar a nuevas fuerzas políticas, tumbando gobiernos y abriendo procesos constituyentes, que acabaron más o menos donde empezaron. Esta situación ha abierto una posibilidad, pero no hay una causalidad mecánica que vaya a empujarnos a la superación emancipatoria de un capitalismo en crisis.

En la mayoría de los lugares, los comunistas no estamos en condiciones de invertir la relación de fuerzas dentro de los movimientos sociales, ni mucho menos en condiciones de subordinar al programa comunista a otras fuerzas políticas. El frente único sin independencia política del proletariado es la garantía de su dependencia respecto de la izquierda del capital. Lo vemos continuamente en las asambleas de base, plataformas de lucha y coaliciones electorales que se suceden sin éxito y se justifican, por parte de ciertos sectores, como frentes únicos. Por ello, nuestras tareas no pueden coincidir hoy con la táctica del frente único.

Nos encontramos en una fase prepartidaria. Las tareas de esa fase, la fase movimiento, se resumen en el documento recientemente publicado por el Consejo Socialista de Euskal Herria, titulado *Nuevas bases estratégicas para la recomposición internacional del comunismo*¹⁹: los consejos de la producción y la distribución; los frentes que intervienen en movimientos organizados en torno a opresiones estructurales; la táctica cultural de unificación de destacamentos revolucionarios en base al debate estratégico racional; y la táctica cultural de hegemonización del comunismo entre el proletariado, especialmente juvenil. Esto nos lleva al último punto de esta exposición: los consejos.

19. Disponible en: <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf>

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

CONSEJOS OBREROS Y CONSEJOS SOCIALISTAS

Los consejos obreros nacieron en la primera década del siglo XX como una nueva forma de autoorganización proletariado al margen sus formas de encuadramiento tradicionales: el partido y el sindicato. Los proletarios que impulsaron estas nuevas formas organizativas eran en su mayoría obreros educados por las grandes tradiciones políticas previas, pero que en un momento de crisis revolucionaria fueron más allá y desbordaron los cauces que les ofrecía el Estado capitalista y sus referentes políticos. La primera aparición de esta nueva forma organizativa se produce en el Imperio Zarista, condicionado por dos elementos fundamentales. Por un lado, el casi nulo desarrollo de la democracia burguesa en la Rusia imperial, que generaba las condiciones para formas de gobierno alternativas. Y, por otro lado, la tradición del mir, que persistía en el campo y con el cual tenían contacto muchos de los obreros recién llegados a las ciudades. El mir era una forma de comunidad campesina, que se conservaba en una Rusia aun parcialmente feudal y que mantenía una tradición de gobierno democrático local. Una vez surgidos, al calor de la revolución rusa de 1905, los soviets, räte o consejos inspiraron a obreros de todo el mundo con variaciones y matices.

Simplificando al máximo, dentro de los consejos existieron dos vertientes, por un lado, consejos vinculados a la producción, que a menudo se denominaron consejos de fábrica, y, por otro lado, se formaron consejos territoriales con un carácter más político. Los primeros tenían por objetivo la organización de las luchas salariales más allá de los sindicatos y normalmente planteando la cuestión del control obrero de la producción. Esta pretensión de dirigir la producción desde organismos puramente obreros, prescindiendo de capataces y capitalistas, tenía un cierto paralelismo con el sindicalismo revolucionario. Los segundos se presentaban como una forma de poder político del proletariado que cuestionaba el monopolio del Estado burgués, es decir, eran gérmenes de un futuro Estado obrero. Los primeros son organismos para la

guerrilla cotidiana contra el capital y células orientadas a la futura construcción económica del socialismo, mientras los segundos son organismos de nuevo poder. Los comunistas durante este período buscaron impulsar esta modalidad de autoorganización obrera, ya que permitía la unificación del proletariado, prefiguraba la sociedad de transición y permitía hegemonizar sus posiciones en su seno.

La primera vertiente de los consejos dio lugar a una concepción procesual de la revolución, que, distanciándose del evolucionismo kautskiano de corte más estatista e inevitablemente nacionalista, buscaba el progresivo aumento del poder de clase bajo el capitalismo vinculado a la autoorganización en defensa de sus intereses de clase y al control de la producción. En este sentido, los consejos no requerían una situación de crisis revolucionaria, ni indicaban, por tanto, la existencia de una dualidad de poderes en el sentido fuerte del término. Más bien preparaban al proletariado en la gestión y la planificación democrática, que una vez centralizada tras la destrucción del aparato de Estado burgués serviría para la construcción del socialismo. En esta lectura la conciencia socialista es fundamentalmente una expresión del aumento progresivo del poder de clase del proletariado. Esta comprensión de la significación histórica de los consejos fue compartida tanto por el comunismo de consejos, como por el joven Gramsci de *Ordine Nuovo*. Dentro del comunismo de consejos la relación entre estos y los comunistas fue concebida también en sentidos opuestos, desde posiciones que renunciaban a la organización y la intervención activa de los comunistas hasta posiciones que defendían la necesidad de nuevo modelo de Partido²⁰.

20. Cfr. Van der Linden, M. (2004). "On council communism", *Historical Materialism*, (14), 27-50.

La segunda vertiente de los consejos se identificó con un momento de dualidad de poderes que apunta hacia la toma insurreccional del poder bajo la dirección del Partido Comunista. Los consejos así entendidos sólo son la forma organizativa del poder proletario territorializado que el Partido debe dotar de un contenido revolucionario. En ausencia de este

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

factor determinante, los consejos pueden ser órganos de la contrarrevolución al igual que los partidos o los sindicatos. La revolución no es una cuestión de formas organizativas. Esta comprensión de los consejos, con ciertos matices, es la dominante en el resto de los grupos que surgieron de la Kominintern: marxistas-leninistas, trotskistas, bordiguistas, etc.²¹

La propuesta del Movimiento Socialista no se identifica plenamente con ninguna de estas tradiciones y propuestas, aunque se apoya en las corrientes más partidistas de la primera vertiente, mientras no niega la posibilidad de que emerjan formas de nuevo poder proletario, que desborden al Partido, en una situación de crisis revolucionaria. Más bien nuestra propuesta bebe de una reflexión sobre la experiencia histórica del proletariado revolucionario y las particularidades del capitalismo contemporáneo. En primer lugar, se identifican ciertos límites de la experiencia soviética. El Imperio zarista gobernaba, mediante un poder despótico, un país atrasado y mayoritariamente campesino. Las condiciones políticas y económicas no permitían la permeabilidad del bolchevismo entre la burocracia estatal y los cuadros medios y técnicos de las empresas, que aún estaban vinculados mayormente a las viejas clases feudales y a la burguesía. Una vez los bolcheviques tomaron el poder fue necesario recurrir a todos estos cuadros para dirigir el nuevo aparato de Estado y las unidades productivas. Estas capas sociales jugaron un rol fundamental en el declive de la experiencia soviética. Hoy, en todos los países del mundo, la situación es diferente: la capacidad del proletariado para regular conscientemente el metabolismo socioecológico es incomparablemente mayor²².

En segundo lugar, se apuntan ciertas particularidades que diferencian el poder del capital hoy: su condición infraestructural, logística y supranacional. Esta situación, añadida al Estado integral caracterizado por Gramsci hace un siglo, provoca que no sólo exista una sociedad civil asentada que sirve como un complejo sistema de trincheras que debe ser superado antes de alcanzar al poder del Estado; sino que el poder

21. Para un recorrido por estas posiciones dentro de Rusia y en Italia respectivamente: Anweiler, O. (2023) *Los Soviets en Rusia. 1905-1921*. Ediciones Uno en Dos; y Bordiga, A. y Gramsci, A. (1975). *Debate sobre los consejos de fábrica*. Anagrama.

22. Dos argumentos del último texto publicado por la CMI no pueden dejar de causar perplejidad si se leen seguidos. Primero se critica nuestra tesis de que el fracaso de la experiencia soviética se debe al escaso desarrollo de las fuerzas productivas y después se afirma que recurrir a los cuadros técnicos del Estado y la burguesía no será ya necesario porque esas funciones son hoy desempeñadas por obreros. La contradicción en la que caen los camaradas de la CMI queda clara si partimos del hecho de que la clase revolucionaria es la principal fuerza productiva.

del capital está objetivado en instituciones financieras, infraestructuras y centros logísticos que hacen inútiles muchos de los repertorios de acción previos. Por ejemplo, a un nivel micro, los ataques localizados de la mayoría de los trabajadores son inútiles porque no son capaces de paralizar un gran volumen de capital fijo, mientras aquellos sectores situados en sectores estratégicos son designados, cuando se organizan para defender sus intereses, como egoístas, por su condición minoritaria y privilegiada respecto al resto de la clase. A nivel macro, los “gobiernos obreros”, “gobiernos progresistas” o como les queramos llamar ven continuamente su voluntad doblegada por las leyes del mercado global que se imponen con una necesidad férrea, ya sea por la fuga de capitales, el endeudamiento, el boicot económico o los bloqueos.

La hipótesis de los consejos socialistas como medio para la reconstitución del futuro Partido Comunista y para generar las mejores condiciones para la destrucción del Estado burgués debe ser comprendida desde estas reflexiones. Es una hipótesis sin duda poco ortodoxa. Sin embargo, ninguna ortodoxia ha demostrado la validez de sus propuestas estratégicas en los países centrales del capitalismo contemporáneo.

Por último, debemos subrayar que los consejos (así como los centros socialistas, el Movimiento socialista en su conjunto o incluso un futuro Estado socialista) no se denominan socialistas por su contenido actual, porque sean la encarnación del socialismo aquí y ahora, sino más bien por su orientación o su direccionalidad, es decir, por enmarcarse en un proyecto político determinado, en un programa histórico. El socialismo no debe ser confundido con la distribución gratuita de determinados bienes o servicios, con una suerte de comunismo, con el control obrero de unidades productivas o recursos, con formas de contrapoder, ni si quiera con la planificación de la economía por parte del proletariado autoorganizado como Estado socialista. Estas formas de organización y medidas sólo pueden constituir momentos necesarios para quebrar el poder social del capital y avanzar hacia la construcción de

ACERCA DEL ESQUEMATISMO

unas nuevas relaciones sociales. Esta distinción no es nuestra: es la diferencia entre el comunismo como movimiento real y el comunismo como modo de producción asociado²³.

PARA ACABAR

La reconstitución del comunismo es una tarea de todos los comunistas. Nosotros somos solo una herramienta para relanzar un nuevo ciclo revolucionario. En el momento actual, el debate estratégico racional es una de las tareas fundamentales, que nos imponemos desde el Movimiento Socialista.

Este debate estratégico requiere, no obstante, de determinadas condiciones. Primero, debemos subordinarnos los imperativos de un buen debate, presentando las posiciones propias con sinceridad y atendiendo a los argumentos ajenos con honestidad, abandonando posiciones sectarias, dogmáticas, anticientíficas e irracionales. Segundo, debemos abandonar el patrimonialismo organizativo y las peleas de siglas. Las organizaciones inducen una determinada psicología que ve enemigos por todas partes, haciendo de diferencias tácticas cuestiones de principio e irrenunciables. Tercero, debemos abandonar debates escolásticos y exegéticos separados de las necesidades políticas actuales, intentando discutir desde la demostración lógica y práctica de los planteamientos más acertados. Esto no implica, como ya hemos explicado antes, olvidar nuestra historia, pero sí aproximarnos a ella de otra manera. Y, cuarto, debemos poner la unificación programática entorno al debate racional como primer paso para la unificación organizativa que permita generar grandes organizaciones comunistas. Esperamos que este texto haya servido para poner un grano de arena en esa dirección.

23. Esta aclaración puede parecer banal, pero los militantes de la CMI y la CRT han decidido etiquetarnos con un imaginativo concepto: autonomistas rojos. A estas alturas ningún lector atento pensará que apostamos por construir espacios liberados o vivir la pasión del comunismo fuera del sistema, ni mucho menos que ignoramos la centralidad estratégica de la destrucción del Estado burgués para la política comunista.



¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

MARIO AGUIRIANO

1. INTRODUCCIÓN

El movimiento obrero orbita inevitablemente en torno a tres tendencias políticas. A pesar de la enorme diversidad empírica, a pesar de las diferencias de matiz y las contingencias de toda clase, a pesar de las muchas peculiaridades históricas y geográficas que puedan invocarse y que de hecho invocan a menudo los profetas de una “complejidad” que no suele ser más que una renuncia a la claridad, todas las opciones, posturas, líneas o corrientes se mueven tozudamente dentro de los términos de esta tríada.

La primera de estas opciones es el espontaneísmo o movimiento. La segunda es la tendencia que podríamos llamar revolucionaria-política. La tercera es el reformismo. El centro

de la primera es la acción espontánea de las masas. El centro de la segunda es la acción política independiente. En el caso de la tercera, es la colaboración de clases o interclasismo.

Todas ellas podrían conocerse por otros nombres. Anarquismo, marxismo y socialdemocracia, por ejemplo. La denominación es relativamente contingente: lo importante es el concepto, la forma real que le subyace. Conceptos que capturan, como se ha señalado, líneas o tendencias políticas, no identidades individuales o colectivas. Pertenecen a un plano objetivo, relativamente independiente de la autopercepción individual o grupal, por más que no sean indiferentes a ella. Trivialmente: un colectivo autodenominado marxista puede perfectamente ser *de facto* un colectivo reformista, un individuo con un historial político impecablemente marxista puede tener opiniones o posturas espontaneístas en un determinado momento, etc. En el plano de la historia no caben los formalismos, y las declaraciones subjetivas son secundarias con respecto a la función o práctica real.

Cabe, además, la posibilidad de que figuras claramente enmarcadas en una de estas tendencias traten de ser apropiadas –previa mutilación– por defensores de otras. La mutilación puede ser más o menos explícita, más o menos justificada –y cuanto menos explícita, más deshonesto–, pero es, por supuesto, inevitable para que la operación funcione. Este ha sido y es el pan de cada día en la política del movimiento obrero y no requiere, de momento, más atención.

Por último, debemos subrayar que entre estas tendencias opera una dialéctica peculiar. No constituyen simplemente una tríada de oposición, vinculada por relaciones puramente externas. Al nivel de una introducción, esta relación solo podría enunciarse de un modo meramente abstracto y formal, por lo que confío en *mostrarla* a lo largo de la argumentación. La razón es simple: al tratar con tendencias reales, el único medio para desvelar sus relaciones internas, y consiguientemente, como parte de ese mismo desarrollo, justificar la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

necesidad de optar por una en concreto, es analizar su naturaleza en conexión con la realidad histórica de la que son parte. Pues la realidad histórica misma, y no las percepciones o gustos personales, las consideraciones morales de las almas bellas y no tan bellas o las opiniones y fantasías de los “grandes individuos”, es el único juez válido en la disputa entre las diferentes tendencias.

El objetivo de este artículo es mostrar la necesidad de optar por la tendencia que he llamado revolucionaria-política o marxista. Para ello empezaré analizando las líneas generales de esta tendencia, así como su justificación. La discusión unirá las cuestiones conceptuales y el desarrollo histórico, enmarcado todo ello dentro de observaciones generales sobre la realidad del modo de producción capitalista, haciendo que la exposición de las posturas coincida con la justificación de su necesidad. Por último, trataré de desarrollar las tareas generales que la aceptación de estos argumentos impone en el presente.

A modo de disculpa preventiva, debo señalar que, por su forma, este texto parece abundar en el “sesgo de los grandes hombres”: la idea de que la historia, incluida la historia de la política proletaria, es producto de los actos de individuos geniales, que habrían creado desde cero las más brillantes contribuciones. Esto es, por supuesto, falso. Por más que la economía verbal obligue a hablar de, pongamos, “las posturas de Marx”, “la novedad de Marx”, etc. –alimentado de la fantasía de que habrían surgido única y exclusivamente de su mente genial– nunca está de más recordar que la obra y la praxis de los individuos aquí mencionados solo tiene sentido como parte de una historia colectiva, de un movimiento emancipatorio real que fue puliéndose y cobrando conciencia de sí mismo en el transcurso de su lucha. Marx y Engels contribuyeron decisivamente a clarificar los medios y objetivos de este gran movimiento histórico.

Aunque formen un todo y sea en el conjunto como el argumento desarrollado adquiere su plena justificación, las partes de este capítulo pueden leerse de forma relativamente independiente. Así, quien quiera empezar con las cuestiones sobre el presente podrá comenzar por el apartado tercero y después volver a los anteriores. He intentado que la exposición sea todo lo pedagógica posible. Me temo que lo máximo que he conseguido es que sea muy larga y repetitiva. En fin. *Fail again, fail better.*

2. MARX, ENGELS Y LA POLÍTICA REVOLUCIONARA

Los elementos fundamentales de la línea política de Marx y Engels pueden resumirse así: 1) la emancipación del proletariado es la emancipación de la humanidad; 2) la emancipación del proletariado solo puede ser obra del proletariado mismo; 3) solo en el socialismo puede hacerse efectiva la emancipación del proletariado; 4) esta emancipación requiere de la acción política independiente, orientada a la conquista del poder político como mediación necesaria en la construcción del socialismo; 5) todo lo anterior requiere de la constitución del proletariado en Partido.

Estas son las tesis que orientarán su acción política desde el momento en que pasaron a declararse comunistas. Una de las formulaciones más sucintas de las mismas puede encontrarse en el *Programa del Partido Obrero* francés de 1880, cuya redacción corrió a cargo de Marx. Su preámbulo reza así:

La emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo o raza [...]. Los productores sólo podrán ser libres cuando posean los medios de producción [...]. Esta apropiación colectiva sólo puede alcanzarse con la acción revolucionaria de la clase productiva (o proletaria) organizada en un partido político diferenciado del resto de partidos.¹

1. Marx, Karl, Engels, Friedrich, Lafargue, Paul y Guesde, Jules. "Programme du Parti Ouvrier", *Marxists.org*, 1880.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La acción revolucionaria de la clase organizada en un partido político diferenciado: esa es, a ojos de Marx y Engels, la vía para la construcción del socialismo. Analicemos esta cuestión.

2.1. LA ACCIÓN POLÍTICA

Para Marx y Engels, la política es el ámbito de las luchas de poder generales entre clases. La política, por lo tanto, solo existe en sociedades divididas por grupos con intereses antagónicos (clases) y consiste en la lucha por imponer sobre el conjunto social los intereses particulares de uno de estos grupos, cuya constitución viene dada al nivel de las relaciones de producción. De ahí que en última instancia la política sea la lucha por el poder *estatal*, que es aquel a través del cual los intereses del propio grupo pueden imponerse sobre la sociedad como un todo. La clase social que posea el poder estatal podrá *gobernar* sobre el resto. A su vez, cuando una nueva clase toma el poder político modifica la forma del Estado en coherencia con aquello que necesita para dirigir efectivamente la sociedad. Por último, la desaparición total de las clases conllevaría la desaparición del Estado, y de la política así entendida.

Política, pues, son las clases tomando el poder político, preparándose para hacerlo, preservándolo, utilizándolo, defendiéndolo, tratando de hacer que se pliegue a sus intereses, desafiando al enemigo, replegándose o pasando a la ofensiva. Esto ya puede resultar motivo de perplejidad, estando acostumbrados como estamos a llamar política a directamente cualquier cosa o al menos, en una versión ligeramente más reduccionista, a identificarla con cualquier proceso colectivo de toma de decisiones. Si en las sociedades de clases hay política *todo el tiempo* es mayormente porque las clases dominantes, con independencia de la fruición con la que conspiran en la defensa de sus intereses, tienen en el Estado el garante general de los mismos.² Pero no existe en sentido estricto una “política” propia de las clases explotadas a menos que estas se organicen colectivamente para intervenir en los asuntos

2. En el modo de producción capitalista, donde la acción política se vehicula a través de Partidos, las clases dominantes pueden confiar en el conjunto de fuerzas políticas vinculadas al programa de perpetuación de la sociedad burguesa y la separación entre productores y medios de producción sobre el que este se sostiene. Sobre el concepto de “Partido del Orden” para referirse al conjunto de fuerzas que coloquialmente llamaríamos “prosistémicas” véase Marx, Karl. *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 23. Lo que unifica al Partido del Orden, por debajo de toda su aparente pluralidad y las muy reales relaciones de competencia que esta pluralidad expresa, es su *defensa del programa histórico de la burguesía* (defensa de los pilares de la sociedad burguesa). Esta unidad se hace peculiarmente explícita en las situaciones y cuestiones realmente cruciales para el orden político capitalista –guerras, crisis revolucionarias, etc.–, pues ahí el Partido del Orden se ve forzado a actuar como un agente plenamente cohesionado.

públicos y luchar por el poder. En su ausencia, los explotados participan en política simplemente como grupo subordinado a la clase dominante y sus instituciones, tratando quizás de arrancar alguna mejora dentro de un marco general que se mantiene incuestionado. Por eso la acción política independiente de la clase obrera es algo que se construye y se puede afirmar o rechazar –como hacen desde las clases dominantes hasta gente como Proudhon o Bakunin– y no un hecho inalterable como lo es, por ejemplo, la explotación mientras exista el capital.

Decíamos que *actuar políticamente* es tratar de imponer un interés particular sobre el conjunto de la sociedad. “Acción política”, en definitiva, significa acción al nivel de lo general. La *independencia* política, en consecuencia, es la capacidad de formular conscientemente esos mismos intereses y luchar por los mismos en el plano general.

En las sociedades de clases, el ámbito de lo general es el Estado,³ el poder político centralizado al servicio de la clase dominante. La acción política es por lo tanto la acción al nivel del Estado (esto es, aquella que aspira al poder político o a influir sobre este); la acción política *revolucionaria* es acción al nivel del Estado para *destruir* el Estado de una clase y sustituirlo por el poder político de otra clase.

Si la acción política es la acción al nivel de lo general: ¿qué es, en lo que a la lucha de clases respecta, la acción al nivel de lo particular? La acción *económica*, mayormente. De nuevo, este punto puede provocar cierta confusión inmediata y sin embargo es fundamental para entender, por ejemplo, la crítica de Lenin al economicismo, y de hecho la política del marxismo revolucionario como un todo. En ella se dirime tanto la relación entre los intereses universales de la clase trabajadora y los intereses particulares de diferentes grupos de trabajadores como la diferencia entre las transformaciones generales y los cambios particulares.

3. Sobre esta cuestión ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume I: State and Bureaucracy*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El objetivo de una acción económica es arrancar a un propietario particular –sea un empleador, un casero, etc. – o a una agrupación de propietarios –como la patronal de un sector– una concesión concreta que beneficie a quienes luchan por ella, desde un aumento de salarios a una mejora de las condiciones de trabajo. Pero es trivial señalar que no todos los obreros tienen el mismo empleador o casero, y que algunos carecen de ambos. Es la misma organización capitalista de la producción y la distribución en torno a unidades privadas lo que convierte por necesidad la lucha económica en una lucha particular. Los intereses que se defienden en una determinada acción económica son los intereses *particulares* de un grupo de obreros –de la misma empresa, sector, etc.– y no los intereses generales de la clase en su conjunto, por el hecho obvio de que las mejoras arrancadas por un grupo o sector no se aplican inmediatamente a los otros.⁴

Es obvio que, por más ferozmente que yo insista, mi empleador no puede subirle el salario al trabajador de una empresa que no le pertenece, ni acortar su jornada laboral. La única instancia capaz de dar a una voluntad o demanda particular un estatus vinculante para el conjunto es el poder político, o sea el Estado. En consecuencia, mientras que organizarse colectivamente para obligar a tu patrón a introducir la jornada laboral de 8 horas es una acción económica, organizarse colectivamente para obligar al Estado a formular una ley que instituya la jornada laboral de 8 horas es una acción *política*. Según la propia definición de Marx:

Todo movimiento en el que la clase obrera actúa como *clase* –contralasc las clases dominantes y trata de forzarlas ‘presionando desde fuera’ es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decrete la ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*.⁵

4. Por más que no tenga por qué existir (aunque pueda hacerlo en determinados casos) una incompatibilidad entre esos intereses particulares y los intereses universales del proletariado o que ciertas luchas particulares puedan servir como catalizadoras de luchas generales.

5. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte”, *Marxists.org.*, 1871.

Marx y Engels, en suma, entienden la acción política como el medio para poder hacer efectivas las transformaciones económicas generales requeridas por el proletariado, generalizando las diferentes luchas en una lucha unitaria contra el orden capitalista. La acción económica –medio necesario de educación de la clase en la defensa de sus condiciones de vida– enfrenta a los proletarios contra un propietario u otro. La acción política independiente enfrenta al proletariado contra las clases propietarias en su conjunto. De ahí que Marx y Engels criticaran sin piedad a quienes trataran de separar las luchas económicas de la clase obrera de la lucha política, pues mientras las luchas de la clase obrera se mantengan al nivel de lo particular, lo general –las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad– será patrimonio exclusivo de las clases dominantes, y el sistema de clases seguirá reproduciéndose.

De ahí también la expresión de Lenin según la cual “la política es economía concentrada”: en la política se dirime, al nivel de lo general, el antagonismo entre las clases y solo a través de ella puede el proletariado tomar las medidas necesarias para liberarse de sus cadenas. En palabras de Marx:

Para convertir la producción social en un sistema grande y armonioso fundado en el trabajo libre y cooperativo se requieren transformaciones sociales generales, transformaciones en las condiciones generales de la sociedad, y estas no se realizarán a no ser que la fuerza organizada de la sociedad, el poder estatal, se transfiera de manos de los capitalistas y terratenientes a los productores mismos.⁶

6. Marx, Karl. “Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores”, *Marxists.org.*, 1864.

Marx y Engels celebraron con entusiasmo la lucha del proletariado inglés que dio lugar a la introducción de la jornada de 10 horas, refiriéndose a ella como una victoria “práctica y de principio”, un triunfo “de la Economía Política de la clase obrera” frente a la de la burguesía. Esta medida fue arrancada al Estado capitalista tras una larga batalla y representaba indudablemente los intereses generales de la clase trabajadora frente a la voluntad de los capitalistas de extender infinitamente la jornada laboral,

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

coloridamente descrita, en párrafos llenos de furia revolucionaria, en el capítulo homónimo de *El Capital*.⁷

Pero el establecimiento de la jornada de 10 horas era solo una reforma. Una “reforma”, para el marxismo, es una transformación que mejora la situación de los trabajadores “pero no lesiona el poder, dejándolo como estaba, en manos de la clase dominante”.⁸ Una revolución, por el contrario, transfiere el poder político de una clase a otra.

Por beneficiosa que fuera, por más que representara los intereses generales de la clase que vive de vender su fuerza de trabajo, por más que pudiera mostrar a la propia clase el poder de su energía organizada, la conquista de los obreros ingleses no podía, como ninguna reforma, eliminar las bases de la explotación del proletariado, ni dismantelar su dominación política.⁹ Solo la apropiación colectiva de los medios de producción puede hacerlo. Esto requiere una revolución, que pasa por instituir el gobierno del proletariado y poder transformar la sociedad de acuerdo con sus intereses. Pues la apropiación colectiva de los medios de producción supone la superación de una sociedad fundada en la separación entre los productores y los medios de producción, y con ella la superación de las clases. Y mientras el Estado sea el poder organizado de las clases propietarias, esta apropiación resultará imposible. De ahí la centralidad de la conquista del poder político en el pensamiento de Marx y Engels.¹⁰

Pues el proletariado no puede liberarse aspirando a transformar *parcialmente* un aspecto u otro de la sociedad de clases. Solo puede hacerlo llevando a cabo una transformación *general* de la sociedad. Y no puede constituirse, en tanto que clase, en alternativa general al orden de la burguesía, si actúa estrictamente a nivel de lo particular. Solo puede hacerlo si se organiza políticamente.

El partido es el medio de la acción política independiente del proletariado. Es la organización a través de la cual la clase obrera libra conscientemente la lucha por su emanci-

7. Marx, Karl. “La jornada laboral”, en *El Capital: crítica de la economía política. Volumen I: El proceso de producción del capital*, Siglo XXI, Madrid, 2021, pp. 295-372.

8. Lenin, Vladimir. “Marxismo y reformismo”, *Marxists.org*, 1913.

9. Sobre la cuestión de las reformas, el clásico de Luxemburgo sigue insuperado. Ver Luxemburgo, Rosa. *¿Reforma o Revolución?*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2006.

10. En él se condensa “uno de los axiomas básicos del materialismo histórico: que la lucha secular entre clases se resuelve en última instancia en el terreno político”. Anderson, Perry. *Lineages of the Absolutist State*, NLB, Londres, 1974, p. 11.

11. Ver Lih, Lars. *Lenin Rediscovered. What Is to Be Done in Context*, Brill, Leiden, 2008.

pación –el socialismo–, la fuerza organizada que convierte ese objetivo en un programa. Por ello el partido puede definirse como la unión entre el socialismo y movimiento proletario (idea posteriormente popularizada por Kautsky y Lenin como “fórmula de la fusión”).¹¹ Esta es la forma desarrollada de a lo que Marx y Engels se refieren incesantemente como la “constitución de la clase en Partido”. Por expresarlo con una fórmula sencilla:

Independencia política = Partido = Fusión entre socialismo y movimiento proletario

Ya hemos vuelto, finalmente, a *la acción revolucionaria de la clase organizada en partido político diferenciado*. Vayamos, sin embargo, por partes, y teniendo en cuenta que en este punto de la exposición ya se han puesto sobre la mesa todos los elementos centrales que despiertan el furibundo rechazo de las otras tendencias antes referidas. Pues la “fórmula fusión” separaba nítidamente al marxismo tanto de los diferentes socialismos sectarios (que aceptaban el objetivo final del socialismo pero rechazaban la propia fusión como medio necesario para alcanzarlo) como del oportunismo (que rechaza el objetivo final del socialismo). Allí donde no existe esta fusión los socialistas se mueven inevitablemente en el marco de pequeños grupos sin influencia histórica real mientras el movimiento obrero mora en el reformismo.

No está de más recordar que el socialismo y el comunismo, en tanto que proyectos de liberación de la humanidad por medio de la construcción de una sociedad sin clases, *preexisten* a Marx y Engels. Lo distintivo de la propuesta de Marx y Engels es su defensa de que el socialismo solo es posible si el movimiento del proletariado lo convierte en su objetivo final, que solo en el socialismo puede el proletariado emanciparse, emancipando a la humanidad, y que ello requiere que haga de la independencia política el principio rector de su movimiento. Esto implica que la clase obrera no puede limitarse exclusivamente a la creación de sindicatos y cooperativas (como defendían, en diferentes versiones, los sindicalistas ingleses,

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

los proudhonianos, socialistas utópicos, etc.), por más que estas organizaciones económicas sean del todo necesarias (al contrario de lo que defendían los blanquistas).¹² Debe construir además un partido independiente, *separado de y opuesto a* todos los partidos burgueses, prepararse para ejercer su gobierno revolucionario y socializar los medios de producción.¹³

Este es el marco estratégico general de Marx y Engels. A su vez, toda su obra consiste en una sucesión de argumentos en favor de esta estrategia y los medios para llevarla a cabo.¹⁴ La teoría materialista desarrollada por ambos da fundamento a este proyecto, demostrando que el comunismo no era un proyecto surgido de sus geniales cabezas, sino una potencia histórica objetiva, gestada por el desarrollo del modo de producción capitalista, que representaba la misión histórica de una clase concreta, expresando el objetivo final de su lucha por la emancipación. Lenin resumió así la cuestión:

*Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es el resultado necesario del sistema económico actual que, con la burguesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que la humanidad se verá liberada de las calamidades que la azotan actualmente, no por los esfuerzos bienintencionados de algunas nobles personalidades, sino por la lucha de clase del proletariado organizado. Marx y Engels fueron los primeros en esclarecer en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta final y el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas dentro de la sociedad contemporánea. Toda la historia escrita hasta ahora es la historia de la lucha de clases, del cambio sucesivo en el dominio y en la victoria de una clase social sobre otra. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y del dominio de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que dichas bases sean destruidas, por lo que la lucha de clases consciente de los obreros organizados debe ser dirigida contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política.*¹⁵

12. Marx y Engels señalaron siempre tanto la necesidad de sindicatos y cooperativas como sus limitaciones intrínsecas, de las que se sigue la necesidad de un partido proletario independiente y de que estas se engancen a un movimiento encabezado por este. Ver Marx, Karl. "The Necessity and Limits of Trade Union Struggle", en *Workers of the World Unite! The International 150 Years Later*, Marcello Musto (ed.), Bloomsbury, Londres, 2014, pp. 119-122.

13. En forma de tesis: el proletariado no puede emanciparse si no está constituido en organización política independiente cuyo objetivo es tomar el poder político y construir el socialismo.

14. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy*, November Publications, Londres, 2008.

15. Lenin, Vladimir. "Federico Engels", *Marxists.org*, 1895.

Y añade, 25 años después:

*La aportación histórico-universal de Marx y Engels fue mostrar a los trabajadores su papel, su tarea, su misión: ser los primeros en alzarse en una lucha revolucionaria contra el capital y unir en torno a ellos en esa lucha a todos los explotados.*¹⁶

16. Lenin, citado en Lih, Lars. *Lenin*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 153.

17. Uno de los argumentos centrales del *¿Qué hacer?* es que el movimiento proletario no puede conformarse con la guerrilla económica contra los patrones que ya estaba llevando a cabo, o siquiera con aderezar esas luchas económicas con consignas políticas. Para perseguir realmente sus objetivos debía encabezar una *lucha general y consciente contra la autocracia*. Y para ello el movimiento espontáneo no basta: hace falta un Partido. En rigor, el objetivo ha de ser “fundir este movimiento espontáneo en un todo indivisible con la actividad del *partido revolucionario*”. Lenin, Vladimir. “Nuestra tarea inmediata”, *Marxists.org*, 1899.

18. Por más que esta no deje ser un medio a través del cual se realiza su dominación económica, derivada de su desposesión. La dominación económica requiere de la dominación política precisamente para asegurar que el proletariado no sea capaz de superar las raíces de la primera.

19. La expresión es de Rosa Luxemburgo. Posteriormente fue tomada por Kautsky, y causó

Cabe aquí un breve apunte sobre la naturaleza del proletariado como clase. En primer lugar, el proletariado viene constituido por el conjunto de quienes no tienen más que su fuerza de trabajo y por lo tanto dependen del fondo de salarios para su subsistencia. Es, además, una clase internacional, y solo en tanto que clase internacional puede actuar realmente como clase política, porque su programa solo puede cumplirse a escala internacional. No es, por lo tanto, equiparable al conjunto de quienes tienen un empleo, y menos a los asalariados de un solo país.

Las organizaciones económicas vinculadas a la lucha por el salario –los sindicatos– nunca pueden representar todos los intereses del proletariado como clase. Y no pueden por dos motivos interrelacionados, dejando de lado lo implausible de un sindicato realmente internacional. El primero es que los intereses del proletariado trascienden lo estrictamente salarial, incluyendo un número potencialmente ilimitado de cuestiones¹⁷ que pueden condensarse en torno a la lucha contra la *dominación política*.¹⁸ El segundo es que los sindicatos, por su misma naturaleza como organismos de resistencia, pueden llevar a cabo luchas políticas (tratando de presionar al Estado para que limite la jornada, por ejemplo), pero no llevar a cabo la clase de lucha política total que conlleva disputar el poder político, constituyendo una alternativa al poder político de la burguesía. Los sindicatos están entregados al “trabajo de Sísifo”¹⁹ de la lucha por las condiciones materiales de la clase; la formulación consecuente del objetivo de tomar el poder y superar el capital necesita de una institución de otra naturaleza. Pueden ser, dadas ciertas condiciones, parte de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

un movimiento general en favor de la superación del capital, pero el elemento central de ese movimiento sigue siendo la organización política (la organización dotada de un programa de transformación social general y capaz de actuar al nivel al que se articula el poder de ejecutar estas transformaciones). La toma del poder político por parte del proletariado requiere también de su organización económica, pero dirigida por una organización política que pueda representar todos los intereses del proletariado como clase y aspire a esta conquista revolucionaria del poder.²⁰ Esto es, el partido como representante de los intereses revolucionarios del proletariado en su conjunto y los objetivos finales de su movimiento, y no de los intereses económicos inmediatos de sus afiliados o los intereses parciales de un grupo u otro de proletarios.²¹

De ahí el ridículo del economicismo contemporáneo que pretende hacer pasar por “marxista” el intento de *reducir* la política obrera a centrarse en “las cuestiones de comer” dejando de lado todo lo relativo a la opresión de la mujer, el racismo, los derechos políticos o la forma de gobierno. Esta última postura condena al proletariado a ser para siempre un esclavo asalariado mientras deja servilmente el poder de decisión en manos de las clases dominantes. La “política” que se sigue de este planteamiento economicista –el tipo de política que se deriva *inmediatamente* de la lucha económica– es, tanto en ese caso como en el del objeto de las críticas de Lenin, una “política de grupos de interés”, en lugar de una política revolucionaria por el cambio de régimen, que es la lucha política en sentido marxista. El economicismo, en ese sentido, no renuncia a participar en política, sino a la política independiente-revolucionaria, que es aquella que pretende constituir al proletariado en el agente de la construcción de una sociedad nueva.

Por ello la postura del marxismo es esencialmente la contraria a la del economicismo: fundir el socialismo con el movimiento obrero es educar a los trabajadores en no centrarse únicamente en sus intereses inmediatos, económicos o no, sino en todos los asuntos políticos generales (desde la polí-

una gran indignación en la burocracia sindical alemana. Ver Gaido, Daniel. “Marxism and the Union Bureaucracy: Karl Kautsky on Samuel Gompers and the German Free Trade Unions”, *Historical Materialism*, no. 16, 2008.

20. Mike Davis sintetiza con lucidez los tres elementos que necesita el movimiento obrero para triunfar: capacidad organizativa, poder estructural, política hegemónica. Ver Davis, Mike. “Old Gods...”.

21. Kautsky, Karl, “Trades Unions and Socialism”, *Marxists.org*, 1901; “On socialism and trade unionism”, *Marxists.org*, 1906; Gaido, Daniel. “Marxism and the Union Bureaucracy...”, p. 120.

tica exterior hasta las cuestiones constitucionales), en participar al nivel de la “alta política” y luchar contra toda forma de opresión, demostrando que no solo aspira a mejorar sus condiciones como explotado, sino que posee una alternativa civilizatoria a la sociedad burguesa. Para el marxismo la independencia política así entendida pesa mucho más en la balanza que la posibilidad de conseguir cualquier mejora económica cortoplacista –de ahí el furibundo rechazo de Marx y Engels hacia los intentos de conseguir ciertos beneficios materiales a través de una alianza con gobiernos reaccionarios, y en general a todo lo que implicara conseguir mejoras a través de la colaboración de clases.²² El joven Kautsky lo sintetizó bien: “Tenemos que luchar ante todo por el *poder político*, por las mejoras económicas sólo en la medida en que no se interpongan en el camino de este objetivo. En la mayoría de los casos, la consecución de mejoras materiales para el trabajador exige también su independencia”.²³

22. Cuando el movimiento obrero separa su lucha económica de la lucha política, moviéndose en coordenadas tradeunionistas e ignorando la cuestión de la forma de gobierno, esta clase de alianzas son una constante, desde los acuerdos de Lassalle con Bismarck a los pactos de Largo Caballero con Primo de Rivera.

23. Kautsky, Karl. “The Abolition of the State”, *Marxists.org*, 1881.

Volvamos por última vez al ejemplo de una reforma concreta. Imaginemos que, tras una larga lucha, la reforma se lleva a cabo. Y el proletario, por supuesto, sigue siendo un proletario. Esto es, un desposeído. La pregunta, por lo tanto, es ¿qué hacer después? Si esta medida concreta no ha abolido la explotación: ¿cómo hacerlo? ¿Cómo convertir esta victoria en un paso hacia la victoria final?

La tarea del partido es precisamente dar respuesta a estas preguntas. Su existencia es, de hecho, la condición de que se pueda dar una respuesta efectiva a las mismas. Pues su existencia permite dar continuidad y conciencia –lo que incluye objetivos definidos– al movimiento, evitando que este se desinfe tras cada paso y estallido, dotándole de una coherencia y un propósito. Fundado sobre un programa revolucionario, es la organización donde el proletariado puede elaborar *política propia*, tomar conciencia de sus fines, convertir cada avance en el reforzamiento de una fuerza que se prepara para gobernar, y por lo tanto para implementar un programa de transformación social. Es el medio de autogobierno de la clase re-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

volucionaria, a través de la cual esta se vuelve capaz de dotarse de una estrategia y táctica unificadas.

La independencia política es precisamente esa capacidad de autogobierno a escala creciente, medio necesario para aspirar a gobernar. “Autogobierno” no significa aquí pleno control sobre las propias vidas, pues eso es imposible mientras los proletarios sigan estando sometidos a la dictadura del capital. Significa, por el contrario, capacidad de darse a uno mismo unas normas, coherentes con su condición general y objetivos, aprender a *dirigirse*, a actuar como un agente unitario con unos fines concretos.

La clase obrera no puede aspirar a ejercer su gobierno si no ha aprendido previamente a autogobernarse, en un largo proceso donde la lucha política estructura un movimiento histórico que comienza a tomar posiciones en todas las esferas de la vida social. De ahí la importancia de la creación de instituciones proletarias de toda índole, que Marx y Engels siempre reconocieron, y la necesidad de que estas estén imbuidas en el espíritu del socialismo. El partido, en ese sentido, convierte la lucha del proletariado y el tejido institucional que le da soporte en una lucha consciente y unificada, mostrando la necesidad inherente de sus objetivos finales. De este modo, ese andamiaje de instituciones independientes –órganos de lucha económica, redes de espacios, cooperativas, etc.– políticamente centralizado comienza a instituirse en un centro de autoridad alternativo al del Estado burgués; el embrión de la nueva sociedad en construcción, capaz, por lo tanto, de sustituir el poder de este último por el poder político del proletariado una vez llegue el momento oportuno.

Para encabezar este proceso, el partido debe ser capaz de organizar la lucha de clases del proletariado, explicar cada realidad y coyuntura desde los principios del socialismo, poner en todo momento sobre la mesa los objetivos finales del movimiento, formular políticas socialistas para todos los ámbitos de la sociedad y ser capaz de dominar todos los medios de lucha.

24. Sobre esta cuestión y el tema general de la expansión de la conciencia socialista ver Miale, Marisa. “El trabajador y la hidra”, *Cosmonaut Magazine*, 2021.

Existe, además, otra cuestión esencial, que media todo lo anterior. La política comunista requiere hegemonizar la conciencia socialista, en perpetua lucha con la cosmovisión burguesa, y solo el partido –un colectivo político organizado, arraigado en la clase y sostenido por la teoría socialista –puede acometer esta tarea de forma sistemática (este punto sería propiamente desarrollado por los herederos de Marx y Engels). La mera sucesión de luchas económicas no produce espontáneamente esta conciencia, por más que facilite su asimilación.²⁴ Pues sin un momento *teórico* capaz de tener una expresión organizativa –una teoría independiente y una institución capaz de producirla de forma sistemática, expandirla y asegurarse de que sirve para orientar la lucha– la mera experiencia empírica no consigue, en rigor, proveer una alternativa general a la cosmovisión burguesa, ni la acumulación de experiencias sintetizarse en auténtico conocimiento, capaz de proveer lecciones válidas para el movimiento de la clase en su conjunto y proveer de una visión clara de los objetivos finales y los medios para alcanzarlos. La lucha contra un empleador u otro, por sí misma, no produce esto, y carece de la potencia organizativa para combatir de forma general y a todos los niveles la ideología dominante. Esta es la cuestión central: no solamente el teorizar, sino que esa teoría se desarrolle dentro de una organización capaz de incorporar esas lecciones a un plan de acción general con vistas de realizarse, una organización que ya esté entregada a ese combate sistemático con la ideología burguesa, y que sea por tanto capaz de desvelar la unidad subyacente a las diferentes luchas, la comunidad de intereses entre lo que parece diverso, el vínculo entre cada problema concreto que enfrenta la clase y la necesidad de superar el modo de producción capitalista. Pues, en definitiva, la lucha por la hegemonía “debe ser una lucha enconada y sistemática que trata de desterrar las ideas dominantes de la sociedad a la vez que pone sobre la mesa una alternativa”.²⁵

25. Parkinson, Donald. “Without a Party, We Have Nothing”, *Cosmonaut Magazine*, 2020.

La “conciencia socialista” o “conciencia de clase” es la conciencia de la misión histórica del proletariado, el *objetivo final*

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

del socialismo y los medios para alcanzarlo, lo que se sostiene sobre una comprensión clara del proceso histórico y la posición del proletariado dentro del mismo. En un sentido muy básico, consiste por tanto en tener una política socialista coherente, capaz de ver las formas sociales y políticas del capital como algo a superar y la revolución como el camino hacia su superación. En la medida es que su objetivo es que el proletariado haga suya la causa socialista y luche coherentemente por ella, la expansión de la conciencia socialista entre el proletariado guía el conjunto de la actividad del partido.

Aunque el conocimiento que fundamenta la conciencia socialista sea teórico por su naturaleza, responde a los intereses de la clase y resuena en sus experiencias. Ahora bien: la conciencia socialista no se expande por arte de magia. Solo el socialismo representa los intereses de clase del proletariado – mientras que es contrario a los intereses de otras clases– pero eso no significa en ningún caso que el proletariado sea socialista por naturaleza. De hecho, bien puede ser que su movimiento organizado-consciente –aquel que el partido es capaz de liderar– constituya por momentos una parte muy pequeña de la clase, y resulte por lo tanto incapaz de constituirse en alternativa real al orden político capitalista. Por todo ello, la expansión de la conciencia socialista requiere, para empezar, que las organizaciones que la propaguen sean a su vez organizaciones de lucha. Y necesita de una laboriosa actividad diaria en barrios, centros de trabajo y estudio, así como de un amplio marco institucional independiente –que incorpora no solo sindicatos y cooperativas sino también redes espacios, medios de comunicación y tribunas públicas, bibliotecas, ateneos, grupos culturales y artísticos, instituciones de provisión de bienestar, etc. – a través del cual el paciente y a menudo prosaico trabajo de educación y organización políticas pueda propagarse eficazmente.²⁶ Estas instituciones complementan al barrio y el centro de trabajo y permiten que la clase obrera tome conciencia de ser un sujeto con intereses y valores propios, antagónicos con los de la sociedad burguesa y las clases propietarias. Por ello sin la existencia de esta base

²⁶. Ver Davis, Mike. "Old Gods...".

material y asociativa la conciencia socialista está destinada a ser el patrimonio exclusivo de grupos muy minoritarios. Pero la conciencia socialista no adquiere su potencia real hasta que no prende entre las masas proletarias.

Por el contrario, cuando la conciencia de la necesidad del partido y la lucha socialista se incrusta firmemente en la clase proletaria, ni la represión del Estado, con sus detenciones, persecuciones y ataques constantes, ni la censura más estricta, ni las mentiras de los medios de la oligarquía, ni los reveses de la coyuntura son capaces de destruirlo. Reemerge y resiste hacia todas ellas, se repliega o se realza, e incluso allí donde atraviesa retrocesos persiste para seguir apuntando con vehemencia hacia el futuro.

La otra cara de la misma moneda en lo que al partido respecta –el imperativo de mostrar a la clase la necesidad del objetivo final del socialismo– es la necesidad de ejecutar una labor constante de descrédito hacia el orden político a través del cual la burguesía ejerce su gobierno. Esto debe extenderse hacia todas sus instituciones: el Parlamento, la judicatura, la burocracia, la policía, el ejército, etc., que han de ser denunciadas como órganos de poder de clase, contrarios a toda forma de democracia como poder real de la mayoría desposeída y no como formalismo donde se concede una mínima capacidad de decisión circunscrita por unos límites innegociables dictatorialmente impuestos –los límites de la propia dictadura de la burguesía– y la población carece de cualquier tipo de control real sobre las decisiones fundamentales que afectan a sus vidas y el aparato estatal mismo.

El antagonismo irreconciliable hacia el Estado burgués pasa por socavar el prestigio del orden constitucional entre las masas, abanderando la necesidad de su superación revolucionaria de un modo que vaya calando hasta impregnar la conciencia del proletariado. Así, la deslegitimación del orden político que es inherente a las crisis se encuentra ya con un suelo propiamente labrado, fusionándose con ideas que ya

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

han comenzado a germinar entre las masas, las grandes masas que pasan en esos momentos a mostrar su indignación pueden organizarse en torno a un amplio sector ya consciente y la crisis derivar en transferencia de poder a la clase proletaria.

De todo lo anterior se deriva, aunque quizás no haga falta aclararlo, que el partido proletario sea diferente en su naturaleza y rango de actividad a los partidos de las otras clases, cuyo objetivo central y a menudo exclusivo es conseguir que sus candidatos salgan elegidos en vista a poder gobernar el Estado burgués o cuanto menos influir sobre su gobierno. Un partido cuyo objetivo es organizar la lucha de clases del proletariado hacia su victoria ha de desplegar una actividad casi total de educación, estudio y organización, donde la participación electoral solo es un medio más para expandir el mensaje socialista y asegurar la presencia del proletariado en política.²⁷

Cabe, además, otra aclaración. Un partido proletario no es uno compuesto únicamente por proletarios ni definido en términos puramente sociológicos, sino uno donde todos sus miembros están dispuestos a disciplinarse en torno a un programa que represente los intereses generales del proletariado y la lucha por la emancipación de la humanidad.²⁸

Por descontado, el Partido al que nos referimos no puede más que ser, en la medida en que defiende realmente los intereses universales del proletariado, un partido *revolucionario*. El proletariado no puede encontrar acomodo en un orden que se sostiene sobre su explotación, desposesión y dominación política; no puede liberarse de sus cadenas, y con ello liberar a la humanidad, más que construyendo un nuevo orden socialista. Además, el partido es revolucionario en tanto que vehículo de la conquista del poder político por parte del proletariado –mediación necesaria para la construcción plena del socialismo.²⁹ La revolución así entendida no es un acto

27. Sobre la cuestión de las elecciones y el parlamento ver Fernández, Álex. “Comunismo y parlamentarismo”, en *Arteka#49. Los comunistas frente al parlamento*, 2024, pp. 11-24.

28. Parkinson, Donald. “Del Partido obrero a la República Obrera”, *Cosmonaut Magazine*, 2018.

29 Ver Kautsky, Karl. *El camino del poder*, Marxists.org, 1909; Lenin, Vladimir, “Chovinismo muerto y socialismo vivo”, en *Obras Completas V (1913-1916)*, Progreso, Moscú, 1973, pp. 91-95.

idealista, derivado de la abstracta voluntad, sino que requiere de unas condiciones objetivas, y el partido debe preparar a la clase para ella.

Lo que hace revolucionario al Partido es su coherencia práctica con ese objetivo de transformación general de la sociedad, no su fetichización de la acción directa o los métodos ilegales, por más que el compromiso con la revolución requiera entender la necesidad de la fuerza.³⁰ Los fundamentos estratégicos que separan al marxismo del espontaneísmo obligan a no fetichizar ningún tipo de acción en concreto, sino estar dispuestos a utilizar todos los medios de lucha disponibles para avanzar hacia los objetivos finales, y sobre todo ser capaces de dilucidar cuáles son los medios que, en una coyuntura concreta, nos acercan más coherentemente hacia estos objetivos.³¹ En palabras de Lenin:

30. En consecuencia, subordinarse plenamente y por principio a la legalidad burguesa es oportunismo de la peor especie, pues supone subordinarse a la misma legalidad a través de la cual la burguesía blinda su dominio: aquella que un partido revolucionario aspira a subvertir.

31. Fetichizar la acción directa, la violencia, etc., considerándolas superiores por principio y en toda coyuntura a otros medios, es otro tipo de oportunismo: el “oportunismo de izquierda” que Lenin denunciara con vehemencia, el cual constituye un abandono del marxismo en favor de la tendencia espontaneísta. Renunciar por principio a los métodos ilegales, por el contrario, es caer en el polo opuesto: el oportunismo de derechas. Este doble argumento es el que el viejo Engels tratara de incrustar en las mentes de los socialdemócratas alemanes de finales de siglo. Ver Nimtz, August H. *The Ballots, The Streets, Or Both. Lenin's Electoral Strategy from Marx and Engels to the October Revolution*, Haymarket Books, Chicago, 2019, y Galcerán, Montserrat. *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana del siglo XIX*, Traficantes

*Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, ya que la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con particular frecuencia en este terreno (sobre todo en los períodos llamados “pacíficos”, en los períodos no revolucionarios), y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Pero esto no es justo. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis: no puedo; sino: no quiero) aplicar los procedimientos ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra imperialista de 1914-18, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con todas las formas legales son pésimos revolucionarios.*³²

Por último, un Partido revolucionario solo puede ser un partido internacionalista, dado el carácter internacional de la clase arriba mencionado. No basta, por tanto, con un Parti-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

do Socialdemócrata, orientado a conseguir mejoras parciales para la clase obrera nacional, lo que implica inevitablemente promover los procesos nacionales de acumulación, y con ellos la competencia entre proletarios de diferentes países. Un partido de esta clase no es más que un partido obrero *burgués*, cuya defensa de los obreros se mueve dentro de los límites de un orden, el capitalista, sostenido sobre su explotación económica y dominación política.

Esta cita resume bien lo que aquí se ha expuesto de forma algo farragosa: “el comunismo requiere de la toma del poder político a escala internacional, lo que requiere de una larga lucha en la que el proletariado se organiza como clase capaz de presentar una alternativa a la sociedad capitalista. Para hacerlo, el proletariado debe formar un partido y aprender a autogobernarse organizándose a escala nacional e internacional” y llevando a cabo una batalla política por establecer su gobierno y socializar la producción.³³

2.2. LA LABOR DE LOS COMUNISTAS

En *El Manifiesto Comunista*, Marx y Engels afirman que “los comunistas no forman un partido distinto, opuesto a los otros partidos obreros”.³⁴ Esta es una de las citas favoritas de quienes agitan el espantajo del antisectarismo para justificar su subordinación al colaboracionismo de clase. Ha sido, de hecho, abundantemente utilizada para legitimar la adhesión a grupos como el actual Partido Laborista inglés.³⁵ ¿Se refieren, por tanto, Marx y Engels a que los comunistas deberán participar de cualquier partido *sociológicamente* obrero, esto es, que cuente con un buen número de obreros en sus filas, sea la opción electoral principal de los miembros de la clase trabajadora, o proponga una serie de reformas que puedan considerarse beneficiosas para la misma? Para sorpresa de nadie –y para vergüenza de algunos– no. Apenas una página después, declaran:

de Sueños, Madrid, 2023.

32. Lenin, Vladimir. *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Centro de Estudios Socialistas, México, 2011, pp. 132-133.

33. Ver Parkinson, Donald. “Del Partido...”.

34. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto Comunista*, Ediciones El Aleph, 2000, p. 49.

35. Para una crítica ver Roberts, Carla. “Joining the Living Dead”, *Weekly Worker*, 2024.

36. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto...* p. 50.

37. Ver Lenin, Vladimir. "El imperialismo y la escisión del socialismo", *Marxists.org.*, 1916. La idea fundamental es que un movimiento obrero bajo una dirección oportunista, y por lo tanto favorable a la conciliación de clases, leal al propio Estado-nación, etc., no puede ser un movimiento obrero *proletario*. Esto último requiere defender la emancipación del proletariado, y por ello su antagonismo con las clases propietarias.

38. Sobre esta cuestión ver Macnair, Mike. "Las lecciones de Erfurt. La Segunda Internacional: ¿se basó en 'partidos de toda la clase?', *Sin permiso*, 2013, pp. 1-9. En palabras de Engels: "Durante la agitación de la reforma, los trabajadores constituían el ala radical del partido reformista; puesto que la ley de 1832 los excluyó del sufragio, formularon sus deman-

*El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos obreros: constitución de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado.*³⁶

¿Acaso Podemos o el Laborismo inglés tuvo en algún momento como propósito algo como lo anterior? Me temo que no. Por no aplicarse, ni siquiera se aplica al primer laborismo, pues este siempre fue un "partido obrero burgués", favorable a la conciliación de clases, no un partido obrero independiente.³⁷ Esto es, un partido que siempre ha aspirado a representar a los trabajadores como clase subordinada a un bloque de poder capitalista que permanece indiscutido. Ante casos como estos, los comunistas no pueden más que formar un partido *distinto*.

En síntesis, en Marx y Engels el término "partido obrero" es siempre sinónimo de partido *revolucionario*. Pues el objetivo más básico de un partido obrero es la revolución: quitar el poder político a las clases propietarias para instaurar el gobierno del proletariado. Un partido que no tuviera este objetivo no sería un partido independiente, sino simplemente otro partido burgués con un número importante de simpatizantes obreros.

Pero debemos tener en mente una consideración adicional: cuando Marx y Engels se refieren a "los partidos obreros" se refieren a los partidos obreros *realmente existentes* en ese momento, que se reducen esencialmente al cartismo británico.³⁸ La suya no es, por lo tanto, una recomendación transhistórica, sino una declaración de intenciones con respecto a un movimiento revolucionario concreto. En el resto de Europa, por el contrario, los comunistas se *contraponían* a las corrientes del socialismo que contaban con apoyo obrero pero no abogaban por construir un partido obrero realmente independiente. Allí donde este partido no existía, los comunistas deberían abogar por construirlo —la tarea que encomendaban a la Liga Comunista en Alemania.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El *Manifiesto Comunista* se escribe en un momento en que el proletariado aun acaba de comenzar su andadura como clase política. Un contexto, además, donde las relaciones de producción capitalistas estaban lejos de estar plenamente desarrolladas ni siquiera en Europa. Acababa de surgir, sin embargo, un movimiento proletario que ponía sobre la mesa la cuestión del poder político: su voluntad de gobernar. Por supuesto, ese movimiento estaba lejos de poseer la claridad teórica y política de los comunistas, y sin embargo no cabía sino apoyarlo.

Como veremos después, esto no implica que Marx y Engels no creyeran que la claridad teórica es una condición necesaria de un Partido propiamente desarrollado. De hecho, lucharían por esa causa toda su vida. Pero insistirían a su vez en que la adquisición de la claridad teórica no era una cuestión, como creyeran los diferentes doctrinarios, de adoptar sus ideas particulares. Era ante todo practicar el socialismo científico, algunos de cuyos resultados ellos habían condensado en la forma de tesis políticas, de *programa general*. Esto es: adoptar una política socialista coherente, consciente de la necesidad de sus objetivos.

Por eso en 1848 Marx y Engels insisten en cómo los comunistas se distinguen porque:

En las diferentes luchas nacionales de los proletarios, ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado [...] En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento integral. Prácticamente, los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a las otras; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de un concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario.

das en la Carta del Pueblo y se constituyeron, como oposición al gran partido burgués Anti-Corn Law, como un partido independiente, los Chartistas, el primer partido obrero de los tiempos modernos". Engels, citado en Macnair, Mike. "Las lecciones...", p. 2. Como aclara un trabajo reciente: "El cartismo fue la primera ocasión en la que los trabajadores británicos pusieron la mirada en la conquista del poder político: en 1839, 1842, y de nuevo en 1848. En esta lucha llevaron a cabo una guerra de clases que incluyó, en diferentes etapas, huelgas generales, batallas contra el Estado, manifestaciones de masas e incluso insurrecciones armadas. Forjaron armas, reunieron ilegalmente a sus tropas, y se armaron para conquistar el gobierno. Estas fueron las tempranas tradiciones revolucionarias de la clase obrera británica, deliberadamente enterradas bajo una montaña de falsedades y distorsiones". Sewell, Rob. *The Chartist Revolution*, Wellred Books, Londres, 2020.

Volvamos a insistir también en que esto no implica que la conciencia socialista no sea central para Marx y Engels, sino que entienden que el mejor modo de expandir la conciencia socialista *introduciéndola en ese mismo movimiento político proletario*. Si el partido obrero en cuestión 1) se funda sobre una conciencia clara de los fines del movimiento y las condiciones de la emancipación del proletariado (la teoría comunista), 2) Defiende siempre los intereses universales del proletariado –lo que requiere de su organización internacional– estamos ante un *Partido Comunista*. Este no es más, como veremos, que la forma acabada de un partido proletario independiente. La independencia política es por ello el elemento fundamental de la estrategia de Marx y Engels.

En palabras del viejo Engels:

*Los socialistas toman, por tanto, una parte activa en cada fase de evolución por la que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, sin perder jamás de vista que esas fases no son otra cosa que etapas que llevan al gran objetivo principal: a la conquista del poder político por el proletariado, como medio de reorganización social.*³⁹

39. Engels, Friedrich. “La venidera revolución italiana y el Partido Socialista”, *Marxists.org*, 1894.

40. Como señala Montserrat Galcerán, en aquella época “un partido obrero tendía a ser socialista casi por definición”. En Galcerán, Montserrat. *La invención...* p. 28.

Con independencia de su claridad teórica, el movimiento proletario estaba entonces comenzando a poner sobre la mesa la cuestión de la conquista del poder político. Y, razonan Marx y Engels, si la clase obrera tomara el poder político por medio de una revolución: ¿acaso no lo aprovecharía para luchar contra su subyugación económica?⁴⁰ ¿Qué sentido tendría, una vez adquirida la capacidad de gobernar, seguir siendo un esclavo asalariado dócil, que acudiera cada mañana a la puerta del taller dispuesto a dedicar 12 o 14 horas de su vida a trabajar para otro, sin ninguna garantía social, pudiendo caer en cualquier momento en el desempleo, a cambio de un salario que le vale estrictamente para reproducirse? Ninguno, claro. Cualquier gobierno obrero se habría visto obligado a tomar medidas contra el capital. Y al tomar esas medidas se habría encontrado no solo con la resistencia enconada de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

los capitalistas, sino con la conciencia de que el capital es una relación social de carácter internacional. La labor de los comunistas, los sectores más conscientes de la clase, será central en todo el proceso, pues las características del mismo permitirán a estos extender la conciencia socialista entre el proletariado gobernante, mostrándole cómo solo apropiándose colectivamente de los medios de producción a escala internacional puede emanciparse como clase.⁴¹ Esta clase de proceso es lo que Marx y Engels tenían en mente en 1848. Por eso escribieron:

La primera etapa de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dirigente, la conquista del poder público por la democracia [el poder de la inmensa mayoría, el proletariado]. El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado en clase dirigente, y para aumentar rápidamente la cantidad de fuerzas productivas.

1848, como sabemos, se saldó en fracaso. Por primera vez, el proletariado había emergido en política como un agente con conciencia, voz y organización propias. Pero su partido estaba aún incompleto y su conciencia poco desarrollada.⁴² En ningún país consiguió un proletariado inmaduro constituirse en clase dominante. Por el contrario, el proletariado acabó actuando, en todos los países, como un apéndice de otras clases –muy señaladamente, de la pequeña burguesía. En países como Francia se alcanzó la república, pero una república burguesa, donde se preservó todo el aparato burocrático-militar a través del cual la burguesía puede ejercer cómodamente su dictadura. Y la propia burguesía como clase dirigente pronto comprendió el peligro que suponía el fortalecimiento del proletariado, y se preparó para volcar sobre él todo el poder de su aparato estatal. Lo que el proletariado había ganado en la lucha contra la monarquía lo perdió en la república burguesa: sus revueltas fueron sofocadas a sangre y fuego, sus armas fueron confiscadas, sus agrupaciones y su

41. Las situaciones revolucionarias aumentan los incentivos para la extensión de la conciencia socialista, no la producen mágicamente.

42. Sobre los eventos de 1848, las contradicciones de clase de la época y las diferentes tendencias existentes en el seno del proletariado francés ver, además del clásico de Marx, Kautsky, Karl. "The Republic and Social Democracy in France", en *Karl Kautsky on Democracy and Republicanism*, Ben Lewis (ed.), Brill, Leiden, 2020.

prensa fueron ilegalizadas, el sufragio universal fue abolido. Aun así, la burguesía siguió viendo la existencia de mínimas libertades políticas como una amenaza para su dominio, y en cuanto el proletariado comenzó a levantar la cabeza como fuerza independiente abandonó cualquier compromiso con la causa republicana, entregándose en brazos de la reacción, mientras la pequeña-burguesía agachaba la cabeza. El retorno del Imperio fue por lo tanto la consecuencia inevitable de las contradicciones de la república burguesa.

Y lo que es más importante: una vez se constituyó la república burguesa el proletariado no fue capaz llevar a cabo con éxito su lucha independiente contra las otras clases que componían el “pueblo”. Inmaduro y débil, importantes sectores dentro de él vieron este nuevo régimen, que para el proletariado solo podía ser un medio para continuar en un estadio más elevado su lucha revolucionaria, como un fin. No afirmó consecuentemente su independencia, disolviéndose en un movimiento democrático general liderado por las clases medias.

El texto donde Marx sintetiza las lecciones del proceso –la famosa *Circular al Comité Central de la Liga de los Comunistas*⁴³– contiene la que es posiblemente su defensa más elocuente de esa idea que fundamenta, como decimos, toda su trayectoria como revolucionario: la necesidad de la independencia política del proletariado. Conviene detenerse en este concepto.

43. Marx, Karl. “Circular al Comité Central de la Liga de los Comunistas”, en *Marxists.org*, 1850.

44. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto...* p. 44.

2.3. LA INDEPENDENCIA POLÍTICA DEL PROLETARIADO

Marx y Engels insisten en que el proletariado es “la única clase realmente revolucionaria”.⁴⁴ Lo es, por un lado, porque se trata de la única clase que, al estar completamente desligada de los medios de producción, solo puede emanciparse –transcender su condición de explotado– apropiándose

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

colectivamente de los mismos, lo que equivale a abolir las clases y con ello emancipar a la humanidad. Por utilizar un ejemplo tomado de Mike Davis,⁴⁵ presente también, al nivel del concepto, en el *Programa del Partido Obrero* francés, donde se diferencia entre la apropiación individual y la apropiación colectiva de los medios de producción: unos campesinos medievales podían emanciparse liberándose de su señor feudal y repartiéndose las tierras entre ellos, esto es, apropiándose las individualmente. Pero los proletarios no pueden llevarse cada uno a casa una pieza de la máquina que trabajan: solo pueden emanciparse *apropiándose colectivamente* de la maquinaria, liberándola de su corteza capitalista, en un proceso que en última instancia solo puede ser internacional. Y lo es también porque el propio desarrollo del capitalismo, del que forma, en tanto que productor de todo plusvalor, el engranaje central, le provee de los medios para ello al socializar crecientemente el trabajo, conectarlo internacionalmente y desarrollar las fuerzas productivas –incluyendo las fuerzas productivas y científicas del propio proletariado, crecientemente capaz, al nivel del conjunto, de someter la producción a su propio control consciente y colectivo.

Si el proletariado es la única clase que tiene un interés real, en tanto que clase, en abolir la propiedad privada, si sus intereses fundamentales, en suma, son antagónicos con los de las demás clases, la necesidad de su independencia se deduce por lógica. Cuando comprende esto y se organiza en consecuencia, el proletariado pasa a formar una “clase para sí”, consciente de sus intereses. Pues ninguna otra clase está interesada en su emancipación, ninguna otra clase aspira a la plena socialización de la propiedad –por más que esta implique la emancipación de la humanidad. Mientras participen de la política como *clases* militarán en contra de los objetivos finales del proletariado. La emancipación humana es imposible sobre la base de la propiedad privada, pequeña o grande y la idea de que alguna clase propietaria –o el “pueblo” como

45. Ver Davis, Mike. “Old Gods, New Enigmas: Notes on Revolutionary Agency”, en *Old Gods, New Enigmas: Marx’s Lost Theory*, Verso, Londres, 2018.

unidad que incorpora a estas clases— constituya un sujeto revolucionario en sentido socialista es por lo tanto una ilusión.

La necesidad de la independencia se hace más explícita cuando se entiende que todas las clases propietarias pueden ver en el Estado capitalista un garante de la propiedad.⁴⁶ Independencia, por lo tanto, es independencia con respecto a las demás clases —y al Estado capitalista.

46 Que el Estado capitalista contribuya —bien directamente llevando a cabo procesos de acumulación primitiva, bien indirectamente dando cobertura a la tendencia capitalista a la concentración de capitales — a la expropiación de los pequeños propietarios es independiente de esta cuestión: siempre acudirá en defensa de la propiedad, grande o pequeña, cuando sea el proletariado quien la ponga en cuestión.

Lo anterior no implica, a ojos de Marx y Engels, que el proletariado no tenga, en determinados estadios históricos —como aquellos en los que existan “tareas democráticas” pendientes—, que establecer alianzas con otras clases en torno a determinados objetivos parciales. Pero la independencia política es una *precondición* de poder formar alianzas propiamente dichas, por el hecho obvio de que de lo contrario no son alianzas, sino meras incorporaciones del proletariado a otro bloque políticamente constituido, y por el hecho adicional de que en esos casos el proletariado será incapaz de luchar coherentemente por sus propios intereses, convirtiéndose así en un mero peón de otras clases.⁴⁷ Clases que tienen un interés directo en que el proletariado siga existiendo como clase explotada, y a quienes por ello mismo no puede culpárseles de dejarle en la estacada en cuanto ellas hayan conseguido las reformas que necesitaban.

47 De nuevo, el primer bolchevismo fue quien mejor aplicó esta lección. Desde la defensa de que la revolución democrática era una precondición para poder avanzar hacia el socialismo en Rusia, entendieron sin embargo que el proletariado tenía que constituirse en fuerza política independiente y dirigir, en tanto que clase de vanguardia, la lucha de la democracia, impulsando tras de sí a las masas campesinas, en lugar de apoyarse en las fuerzas burguesas y permitirles dirigir el proceso. Ver Lenin, Vladimir. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Marxists.org, 1905.

La independencia política, en suma, es una condición necesaria para que el proletariado pueda luchar realmente por su propia emancipación. Objetivos propios y una visión propia del mundo, nítidamente diferenciada de las de otras clases. Esto permite, por ejemplo, no engañarse viendo la república burguesa como un fin (la postura de la pequeña burguesía), sino concebirla de forma consecuente como un medio en la lucha por la república obrera mundial. Como afirma la *Circular*:

Mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, amplía y robustece su organización, el partido

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

de la clase obrera pierde su cohesión o forma organizaciones locales para fines locales, y así se ve envuelto en el movimiento democrático y cae bajo la influencia de la pequeña burguesía. Este estado de cosas debe terminar; la independencia de la clase trabajadora debe ser restablecida. [...] [...] Mientras la democrática pequeña burguesía desearía que la revolución terminase tan pronto ha visto sus aspiraciones más o menos satisfechas, nuestro interés y nuestro deber es hacer la revolución permanente, mantenerla en marcha hasta que todas las clases poseedoras y dominantes sean desprovistas de su poder, hasta que la maquinaria gubernamental sea ocupada por el proletariado y la organización de la clase trabajadora de todos los países esté tan adelantada que toda rivalidad y competencia entre ella misma haya cesado y hasta que las más importantes fuerzas de producción estén en las manos del proletariado. Para nosotros no es cuestión reformar la propiedad privada, sino abolirla; paliar los antagonismos de clase, sino abolir las clases; mejorar la sociedad existente, sino establecer una nueva. [...] [...] Pero ellos mismos [los trabajadores] han de realizar la mayor parte del trabajo; necesitarán ser conscientes de sus intereses de clase y adoptar la posición de un partido independiente. No deben ser apartados de su línea de independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña burguesía democrática. Su grito de guerra debe ser: "La Revolución permanente".

Nótese que la independencia reivindicada era política, y no meramente económica (en la forma de sindicatos) o social en sentido laxo: esa clase de independencia ya la poseían los obreros, y resulta manifiestamente insuficiente, porque sin independencia política quedarán subordinados a la dirección política de otras clases, y por tanto a sus intereses; deberán, implícita o explícitamente, optar por una de las alternativas políticas existentes, que son las de las clases propietarias. En política, lo más que puede hacer un sindicato es presionar al Estado y las fuerzas políticas existentes, o dar apoyo a una u otra, pues son las fuerzas políticas las que se organizan en defensa de una forma de gobierno definida. Ni siquiera aque-

llos sindicatos que aboguen abiertamente por el abstencionismo político –los sindicatos de corte anarquista– pueden sustraerse a esta necesidad, que acaba imponiéndose en los momentos más crudos. Como resultado, en lugar de haber contribuido a la formación de un partido independiente, acaban viéndose forzados a amalgamarse con partidos burgueses “progresistas” (como sucedió a la CNT con el Frente Popular). Volveré sobre este punto más tarde. Por el momento, basta con señalar que la racionalidad subyacente al argumento de Marx es la siguiente: solo desde la independencia política puede el proletariado poner sobre la mesa un programa histórico propio y su voluntad de gobernar para hacerlo efectivo. “Independencia política” requiere de organización política, desde la cual el proletariado pueda afirmar ante toda su clase y en todo momento los objetivos finales del movimiento, y sectores cada vez más amplios de la clase puedan tomar conciencia del mismo. Si, por el contrario, el proletariado organizado censura sus posturas, avanzando silenciosamente de la mano de otras clases en pos de objetivos parciales sin enunciar permanentemente la parcialidad de esos objetivos y el hecho de que son solo un medio para un fin mayor, el conjunto de la clase quedará bajo el yugo de las clases medias, e incluso las ventajas parciales alcanzadas por esa vía acabarán siendo un medio para la desmoralización, la desmovilización y la pasividad.

Recordemos que en ese momento, el proletariado formaba a menudo el ala izquierda del “Partido del pueblo”, esto es, una coalición interclasista dirigida por sectores burgueses. Así, la reivindicación de la independencia política contiene la demanda de romper con las fuerzas de las clases medias y constituirse en partido propio. *Ese era el mensaje de Marx y Engels*, ya nítido por más que su concepción de la forma y fundamentos del partido fuera haciéndose más clara y definida con los años.

Un elemento clave en esta creciente claridad fue otra de las lecciones de 1848: el agotamiento del modelo revolucionario

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

insurreccional “clásico”, heredado de la era de las revoluciones burguesas. Esto no hizo sino reforzar las intuiciones de Marx y Engels, llevándolos a desprenderse de ciertas ilusiones infundadas. El ejemplo de 1848-1851 les hizo entender que la auténtica conquista del poder político por parte del proletariado requeriría de un largo trabajo preparatorio,⁴⁸ de la extensión progresiva de la conciencia política y la capacidad organizativa de la clase. Lo anterior incluía la comprensión de la insuficiencia del modelo de partido representado por la Liga Comunista:

*“Marx, en una carta de 1860 [...] describió la Liga Comunista como un partido sólo en el «sentido efímero» y la comparó con la Blanquista Société de Seasons. De esto se desprende que Marx había desarrollado una crítica de la Liga Comunista original y creía que su aparato organizativo era adecuado para un período anterior y menos maduro de la lucha de clases. Una pequeña minoría militante actuando en un levantamiento de masas como fue la revolución de 1848, había demostrado ser insuficiente para las necesidades del proletariado”.*⁴⁹

La unidad del modelo insurreccional clásico, todavía atado al ejemplo de 1789, –modelo cuya obsolescencia no debe confundirse con la renuncia al “arte de la insurrección”–⁵⁰ y las deficiencias de la Liga Comunista como pequeña organización indican el carácter incompleto del partido proletario. Al comprender esta lección Marx y Engels ganaron una visión más clara sobre la *forma* de la revolución socialista y el partido revolucionario: la necesidad, como veremos, de grandes partidos de masas internacionalmente organizados.

2.4. INTERNACIONALISMO

El siguiente episodio en la historia de la constitución de la clase en partido, tras el interludio de reacción que fueron los primeros años 50, fue la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) –hoy conocida como Prime-

48. Ver Engels, Friedrich. “Prefacio de Federico Engels a la edición de 1895” en Marx, Karl. *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015.

49. Parkinson, Donald. “Del Partido obrero...”.

50. Ver Lenin, Vladimir. “El marxismo y la insurrección”, *Marxism.org*, 1917.

ra Internacional– en 1864. Surgida en parte como resultado de la solidaridad espontánea de los obreros británicos con la causa antiesclavista en EEUU –se negaron cargar las armas que serían enviadas al bando confederado– la Internacional fue un espacio de unión donde las diferentes corrientes en el seno de la clase trabajadora occidental pudieron discutir cuál debía ser su política, desde el compromiso general, por todos sancionado –al menos nominalmente– de alcanzar su emancipación. Una “organización real de la clase obrera para la lucha”,⁵¹ según las palabras de Marx. Su lema central sigue siendo la fórmula que mejor condensa la necesidad de la independencia política del proletariado: “la emancipación de los trabajadores solo puede ser obra de los trabajadores mismos”.

51. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte en Nueva York”, *Marxists.org*, 1871.

52. Marx, Karl. “Manifiesto Inaugural...”.

La idea que da cuerpo a la AIT es que esta emancipación solo puede darse a escala internacional. Su Manifiesto Inaugural, dictado por Marx,⁵² contiene una ardiente defensa de la necesidad del internacionalismo, unida a afirmaciones como la siguiente:

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber.

Posteriormente, pasa a celebrar dos triunfos de la clase obrera: la ya citada limitación de la jornada laboral, y la expansión del cooperativismo. Pero inmediatamente añade:

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El motivo, aclara Marx, es el siguiente:

Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles.

Volvemos a lo señalado anteriormente: por más que Marx considerara que las formas organizativas del movimiento obrero contienen las semillas de un modo de producción asociado, añade la siguiente consideración esencial: sin la conquista del poder político ninguna victoria de la clase obrera puede ser más que parcial y temporal, ningún proyecto cooperativo puede alcanzar más que una existencia igualmente parcial y deformada. De ahí que los avances en estos campos, medios necesarios de autoeducación y fortalecimiento del proletariado, deban estar engarzados en una estrategia general que apunte al poder político. Por ello mismo, Marx afirma acto seguido:

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

Este es el centro del mensaje que la Internacional trató de impulsar: la organización de partidos orientados a la conquista del poder político por parte de la clase obrera, como avances necesarios dentro de la estrategia internacional por su emancipación. Esto es aquello por lo que Marx y Engels lucharon incansablemente contra las otras dos tendencias presentes en la Internacional: el anarquismo de Bakunin y el oportunismo de derecha de los sindicalistas ingleses, que trataron, cada uno a su modo, de boicotear este punto.

Los estatutos de la Internacional, igualmente elaborados por Marx, contendrán estos mensajes:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes y destruir toda dominación de clases; Que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral y material; Que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin a que debe estar subordinado todo movimiento político; Que todos los esfuerzos hechos hasta ahora se han frustrado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país y de una unión fraternal entre los trabajadores de los diversos países; Que la emancipación de los trabajadores no es un problema local o nacional; que, por el contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, y su solución estará necesariamente subordinada a sus concursos teóricos y práctico.⁵³

53. Marx, Karl. "Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores", *Marxists.org*, 1864.

El hecho de que "la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin al que debe estar subordinado todo movimiento político" implica que este se trata, por necesidad, de un movimiento *socialista*.

Siete años después, en las resoluciones de la Conferencia de 1871, encontramos una formulación más directa de la necesidad de constituir este partido, aprobada con la oposición de los bakuninistas.

Considerando: Que contra este poder colectivo de las clases poseedoras la clase obrera puede actuar como clase únicamente si se constituye en partido político especial, distinto y opuesto a todos los partidos formados por las clases poseedoras; que esta constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su objetivo final: la abo-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

*lición de las clases; que la combinación de fuerzas conseguida ya por la clase obrera como resultado de la lucha económica debe servir, al mismo tiempo, como palanca en su lucha contra el poder político de los grandes propietarios agrícolas y de los capitalistas. La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en la lucha de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.*⁵⁴

Finalmente, el Congreso General celebrado en La Haya en 1872, contendrá la formulación más precisa de todas, explicando cómo la forma acabada del “movimiento político” referido en los Estatutos no podría ser más que un Partido, e incluyendo por ello en los mismos estatutos la siguiente tesis:

*En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político propio y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y el logro de su fin supremo: la abolición de las clases.*⁵⁵

Las maquinaciones tanto de Bakunin y sus seguidores,⁵⁶ enemigos de la acción política, como de los sindicalistas ingleses, paladines del tradeunionismo –que no dudaron en aliarse con Bakunin cuando la voluntad de Marx y los suyos de fundar un partido proletario independiente en Inglaterra se hizo explícita⁵⁷– y el contexto internacional surgido tras la derrota de la Comuna –a cuya defensa se volcaron todas las energías de la Internacional– acabaron dando al traste con la AIT. Podría decirse, de hecho, que en la polémica entre Marx, Bakunin y los sindicalistas ingleses están ya contenidas todas las polémicas posteriores entre marxismo, oportunismo y espontaneísmo. En fiero debate con los anarquistas, Engels esbozó una de sus más encendidas defensas de su línea política:

Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado. Y cuando en todas partes se han puesto de acuerdo

54. Marx, Karl, y Engels, Friedrich, “De las resoluciones de la conferencia de delegados de la Asociación Internacional de Trabajadores”, *Marxists.org*, 1871.

55. Marx, Karl y Engels, Friedrich. “De las resoluciones del Congreso General celebrado en La Haya 2-7 de septiembre de 1872”, *Marxists.org*, 1872.

56. Sobre las maquinaciones de Bakunin ver Draper, Hal. *Karl Marx’s Theory of Revolution, Volume 4. Critique of Other Socialisms*, Monthly Review Press, Nueva York, 1990... pp. 270-304.

57. Gaido, Daniel. “Marxism and the Union...”, p. 120.

sobre ello, ¡se nos pide que no nos mezclemos en la política! Todos los abstencionistas se llaman revolucionarios y hasta revolucionarios por excelencia. Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución y sin la cual los obreros, al día siguiente de la lucha, serán siempre engañados por los Favre y los Pyat. Pero la política a que tiene que dedicarse es la política obrera; el partido obrero no debe constituirse como un apéndice de cualquier partido burgués, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia.⁵⁸

58. Engels, Friedrich. “La acción política de la clase obrera”, *Marxists.org*, 1871.

En retrospectiva podemos afirmar que a pesar de verse forzada a la disolución la Primera Internacional sembró las semillas para la formación de los grandes partidos obreros independientes que nacerían en las décadas posteriores.

2.5. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Apenas un año antes de la disolución de la Internacional, la Comuna de París había dado al mundo el primer ejemplo práctico de una conquista del poder político por parte del proletariado. En apenas setenta días gloriosos el proletariado parisino dismanteló el Estado de la burguesía, esa maquinaria burocrático-militar, sustituyéndola por órganos de poder político proletario, una *democracia revolucionaria*⁵⁹ donde todos los cargos del Estado eran elegidos, permanentemente revocables, y con el salario de un obrero, y la separación de poderes burguesa fue eliminada. Una nueva forma estatal sostenida, y posteriormente defendida con fin trágico, por las masas en armas. Su lección universal fue precisamente que el proletariado, para conquistar el poder político, no puede limitarse a tomar el Estado de la burguesía sino que debe *destruirlo*, sustituyéndolo por órganos de poder propio.⁶⁰ Debe, en otras palabras, cambiar la *forma* del Estado para que su contenido pueda ser realmente proletario. Esta es una lección fundamental que, a ojos de Marx y Engels, todo partido

59. Ver Marik, Soma. *Revolutionary Democracy. Emancipation in Classical Marxism*, Brill, Leiden, 2018.

60. Marx sintetizó estas lecciones en *La guerra civil en Francia*, escrito a petición de la Internacional.

obrero debería interiorizar: la Comuna había descubierto la forma política de la emancipación del trabajo.⁶¹

Aquí podría objetarse que el proletariado parisino no se había constituido en partido político antes de tomar el poder. ¿A qué se debe entonces, dados los elogios de Marx y Engels a la Comuna, la insistencia en este punto? La posible respuesta tiene varias vías. En primer lugar, aunque no apunte a la cuestión final, debe señalarse que la madurez política alcanzada por el proletariado parisino no era independiente de la labor de décadas de diferentes sectas y grupos obreros en la ciudad, espacio de ebullición del pensamiento socialista, o de la existencia de la Internacional, todos ellos elementos históricos de la maduración de la clase hacia su constitución en partido. A menudo la apariencia casi telúrica de las insurrecciones y revueltas hace olvidar la contribución paciente, en forma casi de siembra, que la agitación política tiene en las mismas.⁶² Lo anterior, sin embargo, no aborda directamente la cuestión de la necesidad del Partido. Aquí la respuesta de Marx y Engels, intuyo, o al menos la mejor que puedo dar yo, iría en la línea de lo que sigue: si el proletariado parisino pudo asaltar el poder político sin la existencia de una gran organización política revolucionaria, organizada a escala nacional e internacional: ¿qué no hubiera podido hacer de contar con esa organización, disciplinada y experimentada, capaz de constituir una herramienta centralizada a través de la cual el proletariado pudiera ejercer su gobierno e imponer sus objetivos, evitando algunos de los errores, propios de la inmadurez, que condenaron el experimento (la vacilación en ciertas decisiones, el negarse a tomar el Banco de Francia, etc)? A pesar de su admiración por la Comuna, Marx se afanó en señalar esos errores, única vía para que sus lecciones pudieran tener toda la validez que merecían. Como apuntara Engels: “fue la falta de centralización y autoridad lo que costó la vida a la Comuna”.⁶³ Además, ¿no habría aumentado su posibilidad de triunfo si esa organización hubiera podido movilizar de inmediato, de forma efectiva y unificada, la solidaridad de grandes capas del proletariado francés? ¿Y si además esa organización, articulada a

61. Insisten en ello tanto en la *Crítica del programa de Gotha* como en la crítica del borrador del programa de Erfurt. Insisten también en que esto es algo que la clase obrera había demostrado —llevándolos a introducir la única modificación sustancial de *El Manifiesto Comunista* que acometieron en vida para aclarar esta cuestión, que probaba la imprecisión de algunas de las fórmulas originales sobre la conquista del poder político.

62. Para un análisis de esta cuestión en relación con las huelgas “espontáneas” que comenzaron a sucederse en Rusia a finales del XIX ver Harding, Neil. *Lenin's Political Thought. The Theory and Practice in the Democratic and Socialist Revolutions*, Haymarket Books, Chicago, 2009.

63. Engels, Friedrich. “Carta a Carlo Terzhagi”, 1972, citado en Draper, Hal. *Karl Marx's...* p. 142.

escala internacional, hubiera podido movilizar con pericia no solo la solidaridad de los obreros franceses, sino la de grandes masas del proletariado europeo? El ejemplo de August Bebel y Wilhem Liebknecht, entonces parlamentarios de un pequeño partido obrero en Alemania, sentenciados a dos años de cárcel por alta traición debido a su defensa de la Comuna, fue celebrado por Marx y Engels como una heroica lección para todo el proletariado europeo.⁶⁴ Creo, en definitiva, que las preguntas anteriores se responden solas.

64. Ver Engels, Friedrich, *Marx and Engels Collected Works. Volume 22*, Lawrence & Wishart, Londres, p. 617.

Por si eso fuera poco, la historia se ha preocupado de darnos pruebas de lo anterior. Al fin y al cabo:

*“La diferencia entre 1917 y la Comuna de París es el Partido bolchevique. La Comuna de París fue una toma de poder del proletariado de la capital. Octubre del 17 fue, en un sentido simular, una toma del poder del proletariado en la capital. La razón fundamental por la que la Comuna falló y Octubre tuvo éxito es que las organizaciones bolcheviques y quienes simpatizaban con ellas –en ciudades de toda Rusia y especialmente en Siberia– tomaron las ciudades y los ferrocarriles, con o sin la autorización del soviet local”.*⁶⁵

65. Macnair, Mike. “Control the Bureaucrats”, *Weekly Worker*, 2004.

En síntesis: fue precisamente el carácter *incompleto* del partido del proletariado lo que precipitó la derrota de la Comuna.

2.6. EL PARTIDO DE MASAS

Otras reflexiones de Marx y Engels sobre los acontecimientos posteriores a la Comuna nos permiten introducir un concepto esencial: el necesario carácter de masas del Partido. En Marx y Engels, este último se reivindica en contraposición *al modelo de la secta o la minoría conspirativa*, propio de una era de inmadurez del proletariado. Este último es el modelo del salvador externo, que aspira a gobernar *en beneficio* del proletariado. Por el contrario, el modelo marxista que cimentó el

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

movimiento socialista histórico, el modelo de los partidos de masas, se sigue necesariamente de la idea de que la emancipación de los trabajadores solo puede ser obra de los trabajadores mismos. Lo que implica, en términos políticos, es 1) Que el Partido, para poder alcanzar un modo de existencia adecuado, debe ser el partido de grandes masas obreras socialistas, capaz de organizar la lucha de clases del proletariado y orientarla hacia sus objetivos finales 2) Que para que la revolución comunista pueda completarse, *el partido tiene que aspirar a ganarse a una mayoría de la clase*, porque la revolución comunista es obra de la mayoría.⁶⁶ Este es un elemento esencial de la tendencia revolucionaria-política, como demuestra el repetido uso por parte de Lenin de la expresión “Partido revolucionario de masas” en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*.⁶⁷

Por otra parte, que el partido represente los intereses universales de la clase y deba aspirar a ganarse una mayoría, no implica que sea “el partido de toda la clase” –no lo fueron, contra un mito habitual, ninguno de los partidos que Marx y Engels apoyaron⁶⁸–, y mucho menos que deba limitarse a reflejar las opiniones de la mayoría de la clase, precisamente porque la misma idea de ganarse a la mayoría presupone ganársela para algo, y ese algo es el socialismo. El partido se sostiene sobre un programa definido, que es un programa revolucionario, y agrupa a quienes concuerden con este programa, no a todos los obreros posibles con independencia de su adscripción política.

En etapas no-revolucionarias, el proletariado socialista organizado en Partido será inevitablemente una minoría, pero una que ha de tratar de avanzar incansablemente en fusionar el socialismo y el movimiento proletario para constituir una *minoría en crecimiento*, suficientemente amplia y relevante como poder actuar con éxito cuando los sucesos se precipiten y conquistar realmente a una mayoría de la clase para la causa revolucionaria sea una posibilidad efectiva. En otras palabras, la cuestión es ganarse a cada vez más sectores de la clase

66. “La minoría, el Partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos”. Lenin, Vladimir Ilich, “Informe sobre la revisión del Programa y el Cambio de Nombre del Partido. 8 de marzo” en *Obras Completas. Tomo 36, Mayo-Julio 1918*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 57.

67. Ver Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* pp. 52, 92, 150.

68. Ver Macnair, Mike. “Las lecciones de Erfurt...”.

para un programa de conquista del poder político por parte del proletariado, no plegar el programa a lo que se percibe como las opiniones mayoritarias de la clase en un momento determinado, sean cuales sean. Eso es simple y llanamente oportunismo, y el programa resultante no sería más que un programa burgués.

En consecuencia, el camino del partido proletario va desde el proyecto revolucionario a la mayoría, en contraposición a la entelequia oportunista de avanzar desde la mayoría al proyecto revolucionario.⁶⁹ El partido, según el concepto de Marx y Engels, es la organización política independiente de los proletarios con conciencia de clase, fundado como decíamos sobre un programa revolucionario. “Partido de masas” significa aquí Partido *revolucionario* de masas. De modo que excluye obviamente a los obreros reaccionarios, al oportunismo organizado –como veremos– y a los individuos o grupos que rechazan la acción política. Excluye, en resumen, a los sectores contrarios a la independencia política del proletariado. Por mayoría, además, se entiende una mayoría *política*: un sector suficientemente amplio dispuesto a llevar adelante un proceso revolucionario, ineludible para que este pueda avanzar realmente hacia el socialismo.

En cualquier caso, la cuestión de por qué el partido ha de ser un partido de masas se entiende mejor al analizar las críticas de Marx y Engels al modelo de minorías conspirativas, que, como argumentaré, pertenece necesariamente a la corriente espontaneísta. En su breve texto *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna* Engels argumenta que:

Blanqui es esencialmente un revolucionario político; no es socialista más que de sentimiento, por indignarse con los sufrimientos del pueblo, pero no posee teoría socialista ni propuestas prácticas definidas para la reorganización de la sociedad. En su actividad política no es sino un «hombre de acción» convencido de que una pequeña minoría bien organizada, al intentar en un momento oportuno efectuar un golpe de mano revolucionario, puede llevar a

69. Rosa Luxemburgo lo expresó memorablemente: “El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría”. Luxemburgo, Rosa. *La revolución rusa*, Marxists.org, 1918, p. 380.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

las masas del pueblo, tras de alcanzar algunos éxitos iniciales, a realizar una revolución victoriosa. [...] De la idea blanquista de que toda revolución es obra de una pequeña minoría revolucionaria se desprende automáticamente la necesidad de una dictadura inmediatamente después del éxito de la insurrección, de una dictadura no de toda la clase revolucionaria, del proletariado, como es lógico, sino del contado número de personas que han llevado a cabo el golpe y que, a su vez, se hallan ya de antemano sometidas a la dictadura de una o de varias personas. Como vemos, Blanqui es un revolucionario de la generación pasada. Estas ideas acerca de la marcha de los acontecimientos revolucionarios, al menos para el partido obrero alemán, han envejecido ya desde hace mucho tiempo y, en Francia, no pueden contar con la aprobación más que de los obreros menos maduros o más impacientes.⁷⁰

De nuevo, las palabras de Engels no requieren demasiado comentario. La función más general del partido obrero es organizar políticamente la lucha de clases del proletariado, preparando a este para el gobierno; esto es, *avanzar hacia la conquista del poder político por parte del proletariado*. Una minoría conspirativa, por definición, no puede organizar ninguna lucha de clases, no puede preparar a la clase para nada, no puede ser el vehículo a través del cual esta lleva a cabo una actividad política independiente. Lo que hace, por el contrario, es urdir conspiraciones mientras espera a que una crisis haga que, por arte de magia, engaño o seducción, las masas escuchen sus palabras, llevándolos en volandas al gobierno.⁷¹ En consecuencia, esta clase de partidos-camarilla deben necesariamente *plegarse a la espontaneidad*, dedicándose a *seguir* a las masas en el momento del estallido o en aquello que hagan en cada momento, en lugar de *dirigir* a las masas hacia la toma del poder.

Esta última es la labor de un partido marxista, resumida en la idea de fusionar el socialismo con el movimiento proletario. Lo cual es, a su vez, la única vía para que el partido pueda tomar el poder de un modo que permita implementar el

70. Engels, Friedrich. “El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna”, *Marxists.org*, 1874.

71. Ciertos historiadores burgueses han identificado la práctica bolchevique con esta clase de política conspirativa. La realidad es la opuesta. Para una refutación inapelable ver Rabinowitz, Alexander. *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Pluto Press, Londres, 2004.

programa socialista. Esta tarea de “fusión” ha de tener lugar en todo momento y de forma sistemática: el partido debe intentar siempre ganarse a más sectores de la clase para el programa revolucionario, pues esa fuerza acumulada es la que permite pasar a la ofensiva con éxito en el momento oportuno. El partido no es el demiurgo de la revolución, que no puede convocar a placer, pero sí el elemento mediador central de lo que podemos llamar proceso socialista⁷² –que incluye el proceso revolucionario en sentido estricto tanto como su larga fase preparatoria.

72. Esta es, a mi juicio, la tesis que de la ortodoxia marxista que el bolchevismo clásico supo encarnar: el partido como elemento mediador del proceso revolucionario y la necesidad de la dictadura del proletariado como momento de transición al socialismo.

Los momentos no revolucionarios son también, en la medida en que las condiciones lo permitan, los momentos de construcción de una institucionalidad socialista dirigida por el Partido. Esta va desplegándose como medio de autogobierno de la clase revolucionaria, donde se cristaliza la unidad de conciencia socialista y organización. Un movimiento de masas políticamente centralizado, desde el cual el proletariado lleva a cabo su lucha como clase dotada de un programa propio y acumula fuerzas a través de la consecución de conquistas políticas, sociales y económicas que sirven para alimentar un poder proletario en construcción. El Partido, en este sentido, debe estar a la cabeza de una densa base asociativa independiente del Estado, capaz de abarcar todos los aspectos de la vida social del proletariado y alineada con el programa socialista.

Esta es, insisto, la política que se sigue a nivel general de la “fórmula fusión”, donde la conciencia socialista impregna las diversas organizaciones. Por descontado, en momentos no revolucionarios este movimiento incorporará esencialmente a los sectores más conscientes de la clase, pero la labor del partido es tratar de que este sector sea lo más amplio posible, que la fusión se consume entre cada vez más sectores del proletariado. Solo así estará preparado para tomar un cariz totalizante y acoger a las amplias masas cuando llegue una situación de crisis –y en última instancia destruir el Estado burgués y constituirse en un nuevo centro de autoridad. La

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

insistencia en la fusión, por otra parte, deslinda los campos con el oportunismo. La cuestión no es la organización en abstracto, sino la organización para la causa socialista.

Por el contrario, formulaciones como las del joven Trotski o la Rosa Luxemburgo en su libro sobre la huelga de masas *rebajan* la labor del partido y acaban condenándolo a plegarse a la espontaneidad. La extensión de la conciencia socialista es una tarea que corresponde al “elemento consciente” y debe acometerse *en todo momento*, pues el movimiento espontáneo no puede acometerla por sí mismo. Lo que sí puede hacer, por supuesto, es generar el fermento de lucha y resistencia que abre la puerta a la pregunta por los objetivos finales, avanzar posiciones prácticas y con ello crear nuevas posibilidades para la expansión de la conciencia socialista sobre una base social más sólida. En los momentos de estallido, estas posibilidades son exponencialmente mayores que las que existen en momentos de “calma”: las condiciones para el avance de la conciencia política de las masas aumentan espectacularmente –y esta clase de “saltos” prácticos son un elemento crucial en el camino del proletariado hacia el poder. Pero no puede, en tanto que movimiento puramente espontáneo, ejecutar las tareas que corresponden a la organización política. Esto es cierto por definición: si empezaran a realizarlas ya estaríamos hablando de un elemento consciente –organizado y capaz de ejecutar tareas de forma sistemática. Y este elemento tendría que convertirse en un *partido*, o avanzar en esta dirección, si quiere poder ser coherente con los principios que lo animan.

El trasfondo, habitualmente olvidado, de esta necesidad radica en el hecho de que aunque surgieran espontáneamente (hecho que en absoluto debe tomarse como una *precondición* de todo proceso revolucionario) instituciones obreras a las que pudiera transferirse la autoridad política, esta sería, entre otras cuestiones, *la autoridad de elegir un partido para gobernar*. Desligadas de este fin, y por ello de la independencia política, estas instituciones se convierten en meros “contra-

73. Sobre este punto ver Negri, Toni. *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*, Akal, Madrid, 2004. Negri argumenta brillantemente cómo para Lenin los sóviets deben ser concebidos como instituciones finalísticas, medios en la lucha por el poder político proletario y el socialismo, y no como fines en sí mismos.

74. Trotsky advirtió repetidamente sobre el error que suponía fetichizar los sóviets. Ver Trotsky, León. "Again, on the Soviets and the Party in a Proletarian Revolution", en *Lessons of October*, Marxists.org, 1924.

75. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* p. 117.

poderes" internos al Estado capitalista⁷³, políticamente subordinados a los programas del sistema de partidos leales al mismo.

Por otro lado, el surgimiento espontáneo de esta clase de instituciones (sóviets)⁷⁴ en la forma en que buena parte del comunismo sigue fetichizando es relativamente contingente (y en su forma clásica difícilmente separable de las peculiaridades históricas del contexto ruso). Lo que es necesario, por el contrario, es la construcción del Partido como elemento que encabeza el movimiento organizado de la clase. Y ese partido solo estará a la altura de su concepto cuando encabece efectivamente un conjunto de instituciones a través de las cuales la clase revolucionaria pueda dirigirse. Esta es, en su versión más general, la línea estratégica del marxismo, que debe aspirar a aplicarse en la forma en que cada coyuntura haga posible.

Al fin y al cabo "es un partido o partidos, y un gobierno creado por un partido o partidos, lo que puede poner sobre la mesa una forma de autoridad alternativa a la del orden capitalista".⁷⁵ Todo orden político se fundamenta sobre una serie de fuerzas políticas cuyo programa genérico determina los límites de lo posible. En el caso del orden capitalista, esta fuerza es lo que Marx llama "Partido del Orden" cuyo programa es la defensa de la propiedad privada. En el caso de un orden revolucionario es "El Partido de la Revolución", cuyo programa es la construcción del socialismo.

En resumidas cuentas, al no haber creado una gran organización a través de la cual el proletariado revolucionario pueda ejercer este poder y avanzar en la construcción del socialismo –esto es, un Partido independiente– la opción blanquista-bakuninista está condenada al fracaso. Y lo está incluso si logra derribar al gobierno de turno, porque la inmadurez del proletariado impulsará necesariamente que una camarilla de conspiradores ejerza una dictadura *sobre* las masas. De este modo el espontaneísmo, que se llena la boca con

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

la auto-actividad y creatividad de las masas, se revela dialécticamente como su opuesto.⁷⁶ Pues sin un partido las masas pueden derribar un gobierno, pero no ejercer *su* gobierno de forma sostenida. Hacerlo requiere de haber preparado al proletariado para esta tarea por medio de una organización disciplinada y capaz, con conocimientos, experiencia, y un plan general de transformación de la sociedad. Un partido, vaya. Y uno, además, lo suficientemente democrático como para poder servir como herramienta de gobierno del proletariado revolucionario. Si el proletariado no puede ejercer su gobierno a través del partido, quien acabará gobernando será la vieja burocracia estatal, a la que ahora se unirá un grupo de conspiradores, o el partido mismo se convertirá en una nueva burocracia estatal. Y los intereses de clase de ambos grupos harán del todo imposible una transición al socialismo.

76. Sobre la voluntad dictatorial de Bakunin ver Draper, Hal. *Karl Marx's...*, pp. 164-167.

En ese sentido, la toma del poder político por parte del proletariado tiene una dimensión *técnica* irreductible, que requiere de su respectiva preparación: el proletariado organizado debe ser materialmente capaz de gestionar y reorganizar progresivamente los procesos de trabajo (en el sentido más amplio del término, que incluye las funciones del Estado) sobre los cuales el poder político le otorgará control o de lo contrario se verá obligado a preservar el aparato burocrático-militar de la burguesía y su independencia acabará siendo aniquilada por este. Los mecanismos políticos de control requeridos para que el nuevo aparato estatal proletario responda realmente a la voluntad de la clase han de ser acompañados por generalización de la capacidad técnica para ejecutar estas funciones (que se desarrolla en sus fases iniciales de forma previa a la toma del poder político) y el despliegue progresivo del poder social capaz de reorganizar la vida en su conjunto en un sentido comunista.

Por todo lo anterior, la “conquista el poder político” en un sentido marxista no puede identificarse con una suerte de golpismo, ni tampoco, en absoluto, con tratar de formar un gobierno constitucional burgués tras lograr una mayoría

parlamentaria. Para que el poder político pueda utilizarse realmente como herramienta de construcción del socialismo, en lugar de devorar al partido y socavar su independencia, la clase debe estar históricamente madura para ejercer su gobierno, haber pasado por un largo proceso de organización y preparación, las fuerzas de la emancipación deben estar desplegadas en todos los niveles posibles del cuerpo social, y ser por lo tanto capaces de sustituir la maquinaria del Estado burgués con órganos de poder proletario. Pues al contrario que las revoluciones burguesas, la revolución proletaria requiere de un grado altísimo de organización y disciplina para triunfar.⁷⁷

77. Algo que el propio Kautsky-cuando-era-marxista defendió con elocuencia. Ver Kautsky, Karl. "The Republic and Social Democracy in France"... En sus palabras: "la conquista del poder estatal por el proletariado no significa simplemente la conquista de los ministerios del gobierno, que luego, sin más, administrarían los medios de gobierno anteriores -una iglesia estatal establecida, la burocracia y el cuerpo de oficiales- de manera socialista. Más bien, significa la disolución de estas instituciones. Mientras el proletariado no sea lo suficientemente fuerte como para abolir estas instituciones de poder, la toma del control de departamentos gubernamentales individuales y de gobiernos enteros no servirá de nada", p. 177. Lenin, sin embargo, está en lo cierto al reprochar a Kautsky que sus escritos sobre la transformación del Estado requerida por la revolución proletaria solieran ser, en general, demasiado genéricos y abstractos.

78. Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* pp. 136-137.

Como señala Lenin:

No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora en enjambre por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso, con nuestros principios nuevos, comunistas, debemos emprender la "preparación" de todos los campos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, ya que en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (que ha organizado la vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de esa misma manera) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.⁷⁸

El periodo 1917-1921 está lleno de ejemplos que demuestran que, a pesar de la fogosa actividad espontánea de las masas organizadas en consejos obreros, la ausencia de un partido revolucionario de masas convierte la toma del poder político en un imposible. El motivo ya se ha señalado en las primeras páginas: siempre hay política, y la política la vehiculan los *partidos*, que son las fuerzas organizadas en torno a un

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

programa. Así, los obreros organizados en consejos acabarán optando siempre por una u otra de las diferentes fuerzas políticas existentes.

Los soviets o consejos históricos no representan una *alternativa* al partido, sino que constituían un medio a través de cuál los obreros podían decidir colectivamente con qué partido alinearse (su misma creación, de hecho, fue impulsada por partidos). ¿Quién formó el primer gobierno soviético en Rusia?⁷⁹ Los *partidos* que tenían mayoría entre los soviets.⁸⁰

De no existir esa fuerza política revolucionaria los miembros revolucionarios de los consejos se verían obligados a tratar de construirla a toda prisa. Esta es una operación heroica, y sin embargo destinada a fracasar. La construcción de un partido de masas propiamente revolucionario es una tarea que puede llevar décadas y que dudosamente puede ser acometida en medio de una crisis revolucionaria. Porque las crisis revolucionarias requieren saber aprovechar la oportunidad, requieren de la existencia de un partido disciplinado y consciente que ya cuente con un amplio apoyo entre las masas y pueda, en mitad de la crisis, ganarse a una mayoría y dilucidar cuándo la correlación de fuerzas es favorable para tomar el poder. Solo una fuerza de esas características puede convertir la situación revolucionaria objetiva en el triunfo real del bando de la emancipación. Un partido creado en mitad de la crisis simplemente no puede realizar todas las tareas que requiere ganarse una mayoría, porque eso requiere de mucho *tiempo*. Por ello mismo, serán los partidos que ya contaban con un amplio apoyo entre las masas los que dirijan sus energías hacia sus propios objetivos (presumiblemente tras un momento inicial de vacío de poder). Y si ese partido, como en Alemania o Austria, ha decidido traicionar la revolución, la crisis revolucionaria se cerrará con la victoria de las fuerzas de la burguesía.⁸¹ En estos países, los obreros socialdemócratas se dirigieron a sus partidos, la alternativa política que conocían, en busca de dirección... y estas procedieron a mandarles aceptar el orden burgués imperante (o a enviarles a los Freikorps).

79. El "Sovrakom", o Consejo de Comisarios del Pueblo, fue un gobierno de los *partidos* que defendían el proyecto de "todo el poder para los soviets". Sobre su funcionamiento, ver Douds, Lara. *Inside Lenin's Government. Ideology, Power and Practice in the Early Soviet State*, Bloomsbury, Londres, 2018.

80. Sobre esta cuestión ver Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* pp 116-117. Desde febrero del 17 los bolcheviques llevaron a cabo una frenética (y exitosa) actividad orientada a ganarse una mayoría de los soviets para su programa revolucionario. Finalmente, el asalto del Palacio de Invierno se lanzó en nombre del Soviet de Petrogrado, donde los bolcheviques estaban en mayoría, *después* de que más de cien soviets de todo el país hubieran pedido al Comité Ejecutivo de los soviets de toda Rusia que tomara el poder, y haciéndolo además coincidir con el Congreso Panruso de los Sóviets donde los bolcheviques obtuvieron mayoría y el nuevo gobierno fue ratificado.

81. Sobre este punto ver Macnair, Mike, "Shoras, Party and Programme", *Weekly Worker*, 2023.

82. Para una demostración de esta tesis en relación con el caso alemán, véase VVAA. *¡Por la Revolución Internacional! Los consejos obreros en Alemania y Hungría (1918-1923)*, Ediciones Espartaco Internacional, 2019.

En ambos casos, en definitiva, el drama fue precisamente la inexistencia de un gran partido revolucionario de masas.⁸² Un partido que, por definición, ha de haberse constituido previamente. En este sentido, conviene recordar que los bolcheviques en 1917 no eran un grupúsculo que fuera aupado por su mera brillantez táctica, sino una organización de dimensiones considerables –más teniendo en cuenta la terrible represión de los años previos– que ya en 1912 había conseguido ser el principal partido del proletariado urbano ruso.

Todo lo anterior nos permite comprender los problemas irresolubles de la estrategia de la huelga de masas en la versión propuesta por el ala espontaneísta. Desde esta perspectiva, la huelga de masas es autosuficiente: se basta a sí misma no solo para *derribar* el gobierno sino también para *sustituir* el orden capitalista. Pero eso es una ilusión que magnifica las potencias de la huelga, oscureciendo sus límites, y de ese modo nos ciega ante ciertas tareas ineludibles. Como apunta Donald Parkinson analizando la oleada de protestas post-2008: “las acciones de masas, los disturbios, las huelgas generales, etc., no son sustitutos de poseer la capacidad organizativa para *gobernar*. Incluso aunque la última oleada de protestas hubiera derribado al gobierno, la realidad sería que el ejército habría acabado imponiendo una transición legal-constitucional hacia un nuevo gobierno, dirigido por los mismos partidos que existían anteriormente”.⁸³ La huelga de masas puede, en efecto, derribar un gobierno, pero *no* crea por sí misma las fuerzas capaces de formar uno nuevo. El espontaneísmo trata estas dos cuestiones, que son diferentes, como si fueran una sola, por lo que acaba por ser congénitamente incapaz de resolver la segunda. Esta, que el espontaneísmo olvida por defecto –olvido que dicta su bancarrota– es precisamente la necesidad de construir una *alternativa de gobierno proletaria*, que es lo mismo que decir una alternativa al orden político del capital.

83. Parkinson, Donald. “Without a Party”...

Este segundo punto es el que el marxismo considera insoslayable, de modo que la huelga de masas puede aparecer como

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

un medio de lucha decisivo (*contra* el oportunismo, que reniega de esta), pero no como algo que provea mágicamente una alternativa total al poder político de las clases dominantes. El elemento estratégico esencial debe consistir, por lo tanto, en la construcción de esa alternativa política. Construir la capacidad para gobernar es construir las instituciones capaces de convertir la revuelta en revolución y la subversión en toma del poder.

Por insistir: las crisis políticas, incluidas las crisis realmente revolucionarias, que son esos momentos en los que, según la descripción de Kautsky tomada por Lenin,⁸⁴ no solo las masas se rebelan contra su subordinación, sino que las clases dominantes no pueden mantenerla, *se cierran por definición*. Si los revolucionarios han de dedicar sus energías, en mitad de esta coyuntura, a crear desde cero la fuerza que podría tomar el poder político, los representantes de las demás clases tendrán tiempo para reaccionar, recomponerse, y sofocar la rebelión a sangre y fuego. Esta lección se aplica no solo a las crisis revolucionarias, sino a los estallidos de cualquier tipo – aunque, por supuesto, una escala menor en lo que a las posibilidades políticas se refiere. De ahí, entre otras cuestiones, la bancarrota del espontaneísmo.

De ahí también, como apunta Simon Clarke, que “la actividad política y las esperanzas revolucionarias de Marx no están enfocadas en la espera de una crisis revolucionaria catastrófica, sino en el lento desarrollo y progresiva politización del movimiento organizado de la clase obrera”.⁸⁵ Aquí está el hecho diferencial entre la tendencia política marxista y el espontaneísmo. Es la diferencia entre una *estrategia revolucionaria*,⁸⁶ que va preparando pacientemente a la clase para constituir la alternativa del orden capitalista y sustituir este, ofensiva mediante, por su propio orden, y la (anti)estrategia de la espera, donde o bien la inexistencia de “condiciones objetivas” para la revolución se utiliza falazmente para justificar el propio oportunismo – que no solo renuncia a la revolución, sino que milita activamente en su contra – o bien todas las esperanzas se cifran en que el estallido social resuelva mágicamente y por sí mismo todos los problemas.

84. Lenin, Vladimir. *La bancarrota de la Segunda Internacional*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2014, pp. 21-22.

85. Clarke, Simon. *Marx's Theory of Crisis*, Palgrave Macmillan, Londres, 1994, p. 204.

86. Debe señalarse que “paciencia” en este sentido no es sinónimo de limitación al trabajo pacífico y legal (esta es una falacia del oportunismo de derechas), por más que pueda incluir este. “Paciencia” aquí contrasta simplemente con el conspiracionismo, el quietismo (o el evolucionismo bernsteiniano) y el aventurerismo, y significa construcción gradual, por cualquiera de los medios que la coyuntura haga necesarios, de las condiciones para la toma del poder por parte de las masas.

La labor de preparación requerida en periodos no revolucionarios es indispensable para construir la fuerza que puede convertir una situación revolucionaria, ofensiva mediante, en una victoria del bando del proletariado. La naturaleza revolucionaria de este planteamiento se deriva del modo en que realiza en cada coyuntura aquello que es necesario para hacer avanzar la causa de la revolución, a la que es interna la diferenciación entre momentos no-revolucionarios, como momentos de preparación, y momentos revolucionarios, donde esas fuerzas acumuladas pueden utilizarse para la ofensiva, o incluso coyunturas en los que la acción del partido puede apresurar la apertura de una situación revolucionaria.⁸⁷ Todos ellos, por supuesto, requieren de tácticas diferentes –algo a lo que Lenin llamó “parte del ABC del marxismo”.⁸⁸ Pero lo fundamental es el modo en que se implican mutuamente: el segundo momento es impotente sin el primero, pues no hay ofensiva posible sin las fuerzas acumuladas para ese fin, ni gobierno de la clase obrera sin organizaciones que pueda convertir la destrucción del orden capitalista en la construcción de un nuevo orden político; el primer momento es igualmente impotente sin el segundo, pues este es el medio necesario para cumplir con sus objetivos. De ahí la unidad de ambos dentro de una misma estrategia revolucionaria.

87. Como se recoge en los textos del Segundo Congreso de la Comintern.

88. Ver Lih, Lars. “Lenin’s Aggressive Unoriginality 1914-1916”, *Socialist Studies*, 2009, pp. 99-100. La cita de Lenin puede encontrarse en *ibid.*, p. 111.

Sin embargo, sería erróneo establecer un dualismo absoluto entre lo ofensivo y lo defensivo, lo gradual y lo rupturista, de forma que toda “ofensiva” –como momento de confrontación resuelta o avance enérgico contra el enemigo de clase– quede relegada al momento en que una ofensiva *total* fuera posible. Lo anterior se abisma hacia la complicidad con el oportunismo al borrar la existencia de momentos de ofensivas parciales como avances tácticos que requieren de un paso adelante decidido, pues estos momentos refuerzan decisivamente las condiciones de la revolución.

Ahora bien, lanzarse a la ofensiva total sin contar con las fuerzas necesarias es aventurerismo suicida. Del mismo modo, pretender que todo momento es un momento revo-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

lucionario es dogmático e infantil. En rigor, esto no es ni siquiera una táctica, sino un jugar a la revolución, desplegando regimientos inexistentes y sustituyendo el genuino trabajo revolucionario, adaptado a las circunstancias reales, por la fraseología vacía; el socialismo científico por el idealismo voluntarista. *Mutatis mutandis*, aplicar en un periodo revolucionario únicamente las tácticas propias de un periodo no revolucionario –renunciar a transitar desde la estrategia de desgaste a una estrategia de ofensiva cuando la coyuntura lo requiere– es simple y llanamente oportunismo de derecha. Negarse a llevar a cabo la ofensiva cuando esta es materialmente posible es sostener, implícita o explícitamente, el orden político capitalista; adherirse dogmáticamente a la “preparación” cuando las circunstancias requieren soluciones energéticas (como en el periodo post-1914) es colapsar en el reformismo.

En periodos no revolucionarios, la diferencia entre la estrategia marxista y la del espontaneísmo es la diferencia entre tratar de preparar la transformación consciente de la sociedad y el sueño infantil de quien confía todo a la espontaneidad, a que la pura situación objetiva convierta la energía inconsciente de las masas en un proyecto consciente de transformación social (o lo que es peor: a la capacidad de su camarilla para capitalizar este estallido y formar su dictadura), lo que vendría a ser el equivalente político a tratar de estudiar para un examen mientras el examen tiene lugar.

Lenin, a quien su defensa cerrada de esta línea –tanto en su dimensión preparatoria como en su dimensión ofensiva⁸⁹– convirtió a la postre en el más fiel de los herederos inmediatos de Marx y Engels,⁹⁰ lo expone de este modo:

El trabajar para que se cree una organización de combate y se lleve a cabo una agitación política es obligatorio en cualesquiera circunstancias “grises y pacíficas”, en cualquier período de “decaimiento del espíritu revolucionario”. Y más aún: precisamente en tales circunstancias

89. Como escribe Lih sobre la actitud de Lenin durante la guerra imperialista: “Ésta era la tarea que Lenin se había asignado a sí mismo: “reflexionar y pensar sobre las tácticas revolucionarias y la forma y los medios de preparar la revolución” en la nueva situación revolucionaria, pronosticada desde hacía tiempo, no sólo para Rusia, sino para Europa en su conjunto. Tuvo la fuerza de voluntad [...] de ir más allá de su anterior concentración en Rusia y reivindicar el liderazgo europeo porque consideraba que los líderes que deberían haber elaborado estas nuevas tácticas no lo habían hecho. Tuvo el valor de enfrentarse a toda la clase dirigente socialista precisamente porque pensaba que era él, y no ellos, quien representaba el consenso del socialismo marxista de antes de la guerra”. Lih, Lars. *Lenin’s Aggressive...* p. 111.

90. En otras grandes revolucionarias como Rosa Luxemburgo encontramos, por el contrario, una importante veta espontaneísta, una oscilación constante entre esta y la tendencia revolucionario-política. Luxemburgo, ya consciente de la creciente degeneración del SPD, tiende a *devaluar* las tareas del partido en favor de un movimiento espontáneo de la clase que supuestamente conduciría siempre a formas orgánicas superiores. Confío, de este modo, al movimiento espontáneo el acabar con el anquilosamiento del Partido, en lugar de optar por la lu-

cha *organizada* dentro del mismo (constituyendo, por ejemplo, una fracción inequívocamente marxista y revolucionaria en su seno, como hicieron los bolcheviques en el Partido Socialdemócrata ruso) que pudiera, de ser necesario, dar lugar a una escisión (tarea que acometió al final de su vida, cuando ya era demasiado tarde). Las desastrosas consecuencias son bien conocidas. Por otro lado, el pequeño partido polaco-lituano sobre el que ella y sus camaradas ejercían un férreo control *burocrático* es un ejemplo de la clase de Partido incapaz de estar a la altura de la clase de organización que el proletariado necesita para gobernar. Finalmente, al llegar la guerra otros miembros del “ala marxista” como Kautsky traicionaron lo que ellos mismos habían defendido –véase *El camino del poder*– y fueron incapaces de dar el paso hacia las nuevas tácticas que, como siempre habían reconocido de palabra, serían necesarias en una situación revolucionaria.

91. Lenin, Vladimir. “¿Por dónde empezar?”, *Marxists.org*, 1901.

92. Ver Marx, Karl, Engels, Friedrich y Lafargue, Paul. “Critique of Bakunin’s Politics”, in *Workers of the World, Unite!*... pp. 182-186 y Kautsky, Karl. “The Abolition of the State”....

93. Sobre esta dudosa hazaña ver Draper, Hal. *Karl Marx’s Theory*... pp. 140-142.

*y en tales periodos es especialmente necesario el trabajo indicado, porque en los momentos de explosiones y estallidos es ya tarde para crear una organización; la organización tiene que estar preparada para desarrollar inmediatamente su actividad.*⁹¹

Los seguidores de Bakunin podrían objetar a todo lo anterior que la conquista del poder político es innecesaria, porque la acción revolucionaria de las masas destruye inmediatamente el poder político. Pero ese argumento es contrario no ya a un principio u otro, sino a la realidad misma,⁹² como comprobó el propio Bakunin cuando, tras declarar en Lyon, tras un alzamiento revolucionario, la abolición del Estado... fue humillantemente detenido y expulsado por las fuerzas del Estado capitalista.⁹³ Si, tras haber derribado a un gobierno burgués –o incluso a todos ellos a la vez– el proletariado renuncia a ejercer su gobierno, las viejas clases dominantes aprovecharán ese arrebató de estupidez para reimponer el suyo por las vías más desagradables.

Un revolucionario es precisamente quien destruye el viejo orden para construir uno nuevo. Destruir el Estado burgués requiere, en definitiva, *construir* un Estado proletario, una serie de órganos de poder político, centralizados y democráticos, a través de los cuales el proletariado pueda aplicar su programa, ejercer su gobierno, y defender la revolución de los enemigos de clase.

Los pilares de ese “Estado que ya no es un Estado” pueden encontrarse en los escritos de Marx y Engels sobre la Comuna de París, así como en *El Estado y la revolución* de Lenin, todos ellos orientados a la defensa de una forma de gobierno *democrática* –el gobierno de las masas, que implica la subordinación del aparato estatal a las mismas– y *republicana* –donde ningún individuo ha de poder imponer arbitrariamente su voluntad sobre los demás, lo que incluye la revocabilidad y el control permanentes de las masas sobre los cargos electos y el aparato estatal en su conjunto– a través de la cual el proletariado puede avanzar hacia la socialización plena de la produc-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

ción.⁹⁴ Una *democracia revolucionaria*, en definitiva, como único medio posible para la emancipación del trabajo.⁹⁵ ¿Cómo podrían siquiera, de lo contrario, tomarse las decisiones? ¿Cómo podría organizarse la defensa de la revolución, si cada uno puede hacer lo que le plazca? ¿Cómo construir el socialismo, esto es, la regulación consciente del metabolismo social? ¿Cómo, si no es a través de *leyes*, de normas generales protegidas por el poder del proletariado, podría llevarse a cabo la expropiación generalizada del capital? La edificación del socialismo como socialización plena del trabajo social, esto es, el sometimiento de la producción a la planificación consciente de los individuos asociados, requiere de un periodo de transición: no puede establecerse por decreto, ni ser el simple resultado de la acción espontánea de las masas. Necesita de niveles inusitados de educación y cooperación a gran escala, de la capacidad de poder tomar decisiones de alcance general, etc.

La toma del poder político solo abre la puerta a un largo proceso donde la lucha de clases puede finalmente llevar a cabo la *abolición* de las clases a través de la progresiva apropiación proletaria de todos los medios de producción y subsistencia, proceso que comienza con la “expropiación de los expropiadores” (que elimina a la burguesía como clase al expropiar el gran capital) y pasa necesariamente por la auto-abolición del propio proletariado, que se supera a sí mismo como clase explotada al reapropiarse de las fuerzas productivas de la humanidad. Según la célebre fórmula de la *Crítica del Programa de Gotha*:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

Solo tras este periodo, insisten Marx y Engels, desaparecen plenamente las clases y el poder político pasa, según la

94. Ver Parkinson, Donald. “Haciendo revolucionaria la teoría del Estado”, *Contracultura*, 2024.

95. Ver Marik, Soma. *Revolutionary Democracy...*

célebre fórmula del *Anti-Dühring*, a *extinguirse*. Marx y Engels insisten también en que la dictadura del proletariado no es más que el poder político del proletariado, su *gobierno transitorio*, y no un aparato burocrático erigido sobre este y ubicado más allá de su control. En palabras de Charles Bettelheim:

La diferencia básica entre un aparato de Estado proletario y un aparato de Estado burgués es la no separación del aparato de Estado proletario respecto a las masas, su subordinación a las masas, i.e. la desaparición de lo que Lenin llamó un 'Estado en sentido propio y se reemplazo por el proletariado organizado como una clase dominante'.⁹⁶

96. Citado en Parkin-son, Donald. "Haciendo revolucionaria...".

Es fundamental recordar, en este sentido, que para Marx y Engels es la forma-comuna del Estado lo que caracteriza a la dictadura del proletariado, no el simple hecho de que los medios de producción sean concentrados en el Estado –lo que fácilmente degenera en la consolidación de un aparato burocrático que acaba sustituyendo el gobierno revolucionario del proletariado y su partido por el gobierno de la propia burocracia como nueva clase dirigente.

La cuestión central en este punto es por lo tanto la *necesidad del poder político proletario* y aquí es donde creo que, francamente, no hay discusión posible. Se podrá discutir, claro está, sobre la forma exacta de un Estado-Comuna. Pero discutir sobre la necesidad del contenido, del hecho mismo, es como discutir si la mejor forma de volar a Nueva York es en un transporte aéreo o saltando por la ventana y agitando muy fuerte los brazos. He desarrollado más extensamente la cuestión en otros lugares, así que no conviene detenerse más aquí.⁹⁷

97. Ver Aguiriano, Mario. "Del Infierno a la asociación de individuos libres: la política revolucionaria de El Capital", *Contracultura*, 2024.

Basta con un apunte final. El Partido de masas, según esta concepción básica –esto es, como "Partido revolucionario de masas" – es también una vanguardia. No se trata de conceptos antitéticos, pues fundir el socialismo con el movimiento proletario requiere de una vanguardia que conozca el socialismo y luche decididamente por él, pero esa vanguardia tiene que

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

tomar la forma de un auténtico partido de masas donde ya se consume esta fusión –lo que implica el sector consciente de la clase es amplio, poderoso y está profundamente enraizado en la vida de la misma y su movimiento– de cara a poder guiar realmente al proletariado en la lucha por su emancipación.

2.7. EL “CONCEPTO MÁS BÁSICO DE PARTIDO”

Quizás conviene, una vez aclarado este punto, dar un par de pasos atrás y abordar una cuestión más genérica: la aparente variedad de sentidos en los que Marx y Engels abordan el término “partido”, así como la diversidad de referentes empíricos del término a lo largo de su carrera. En rigor, podemos diferenciar entre tres usos principales del mismo. En unas ocasiones, Marx y Engels se refieren a “nuestro partido” en el sentido de una fuerza histórica, como sinónimo del movimiento real del comunismo, de los partidarios de la emancipación de la clase trabajadora, con independencia de que no exista mayor vínculo entre ellos que el objetivo que les une. En otras, se refieren explícitamente a una *organización* particular (el partido alemán, por ejemplo), o al menos una fuerza política definida. Por último, el término se utiliza también para referirse a la unidad internacional de varias organizaciones nacionales con un mismo objetivo histórico. Considero que la discusión anterior permite entender que estos tres sentidos están internamente relacionados. Para ser más precisos, sostengo que para Marx y Engels el primero (el sentido laxo) *debe* conducir al segundo, y que este último solo tiene sentido como parte del tercero, que es por ello el sentido más acabado del término “partido” en la obra de ambos. Constituyen, por ello, formas más o menos desarrolladas de un mismo proceso, siendo la última su forma final. Su insistencia en la necesidad de *constituir el partido*, arriba demostrada, unida a las tesis de la AIT, así lo demuestra.

Por expresarlo en forma de tesis: la constitución del proletariado en partido internacional es un momento necesario del movimiento real del comunismo. Los comunistas deben contribuir a formar *organizaciones* donde se consume la unión entre socialismo y movimiento proletario, Partidos –en el segundo sentido, como fuerzas organizadas y centralizadas con un programa político– que aspiren a conquistar el poder político para construir el socialismo. Finalmente, las diversas organizaciones articuladas a escala de cada Estado-nación deben estar articuladas como parte de un único partido internacional. De ahí que el viejo Engels pudiera hablar de cómo:

Se ha ido desarrollando en el Occidente un poderoso partido obrero socialista. Los oscuros presentimientos e intuiciones de los tiempos de la revolución de febrero se han ido aclarando, desenvolviéndose, han ido ahondando, hasta convertirse en un programa que satisface todas las exigencias científicas y en el que hay reivindicaciones tangibles y concretas; estas reivindicaciones son defendidas en el parlamento alemán, en el francés, en el belga, por un número cada vez mayor de diputados socialistas. La conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima.⁹⁸

98. Engels, Friedrich. “El problema campesino en Francia y Alemania”, *Marxists.org*, 1894.

99. Johnstone, Monty. “Marx y Engels y el concepto de Partido”, en *Teoría Marxista del Partido Político*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977, pp. 76-77.

Como afirma Monty Johnstone en su célebre estudio sobre el tema: “Incluso en sus años de aislamiento, Marx y Engels trataron de realizar allí donde fuera posible su concepción básica del partido como una *organización* donde la teoría socialista se fusiona con el movimiento de los trabajadores”.⁹⁹ Por desgracia, una organización de esa índole no depende meramente de la voluntad. El Partido no se crea por decreto, precisamente por tratarse de esta *unión*. Para poder adecuarse mínimamente a su concepto, el Partido debe tener fuertes raíces en la clase, y la clase haber alcanzado cierto grado de desarrollo y madurez. Pero nada de esto implica –no lo hacía, desde luego, para Marx y Engels, como señala Johnstone el hacer mención de “sus momentos de mayor aislamiento” –que avanzar hacia el punto en que esa constitución sea posible no imponga en todo momento tareas inmediatas a los comunistas.

2.8. HACIA LOS PARTIDOS DE MASAS

Volvamos, sin embargo, a la exposición histórica. Hemos visto que Marx y Engels lucharon con fervor porque la Internacional se orientara de forma coherente hacia aquellos compromisos que ya habían tomado en sus documentos inaugurales. O lo que es lo mismo: que fuera ganando progresivamente claridad en relación a los medios necesarios para la autoemancipación de las clases trabajadoras –la acción política independiente a través de un sistema internacional de partidos.

La actuación de otras tendencias y la coyuntura misma acabaron desbaratando el proyecto, y la Internacional hubo de disolverse. Sin embargo, solo un par de años después, en Alemania el pequeño partido obrero de Bebel, conocido como Partido Obrero Socialdemócrata o “Partido de Eisenach” –y denominado “partido marxista” en virtud de su compromiso con la acción política independiente de la clase obrera¹⁰⁰– se fusionó con la Asociación General de Trabajadores Alemanes, fundada por Lassalle en 1863. El Partido de Eisenach había surgido como resultado de una escisión obrera de un partido burgués liberal, el “Partido del Pueblo”, donde Liebknecht y Bebel habían formado parte del ala izquierda. Esta es la vía sugerida años antes en la Circular: *ruptura* con los partidos de las clases medias en los que el proletariado constituía el ala izquierda y “adopción de la posición de un partido independiente”. Constituía por ello un avance, por parcial y limitado que fuera, en la vía de la independencia política.

De ahí, insisto, que se conociera como “marxista”, a pesar de sus debilidades, que los propios Marx y Engels criticaron duramente.¹⁰¹ Su programa, al fin y al cabo, se comprometía con “la abolición del dominio de clase” y afirmaba la necesidad de que la independencia política tuviera una escala internacional, al ser la liberación del trabajo una tarea igualmente internacional, declarándose por ello “rama de la Asociación Internacional de Trabajadores”. Marx y Engels se referían a

100. Como recuerda Montserrat Galcerán, en aquella época “lo característico de “los de Marx” no era su doctrina, sino que defendieran como cuestión prioritaria la llamada acción política de los trabajadores, lo que solía implicar que propugnaran la constitución de partidos obreros independientes para intervenir políticamente”. Galcerán, Montserrat. *La invención...* pp. 27-28.

101. Estas podrían resumirse en dos: el carácter excesivamente blando de su ruptura inicial con los liberales en Sajonia y el coqueteo de su entorno político con la idea de que el socialismo podría implantarse solamente en un país (Alemania). Esto último, dicho sea de paso, sirve para recordar un punto fundamental: para Marx y Engels el socialismo solo podría alcanzarse como resultado de la acción combinada de la clase obrera internacional, no como el resultado de la mera adición de diferentes “vías nacionales al socialismo”. Ver Macnair, Mike, “Bakuninist hatchet job”, *Weekly Worker*, 2016.

él sin rubor como “nuestro partido”.¹⁰² Este se comprometía igualmente con la lucha democrática y la necesidad de la democracia política en el seno de las organizaciones proletarias –otras de las obsesiones de Marx y Engels, como veremos.

102. Engels, Friedrich. “Carta a Auguste Bebel”, *Marxists.org*, 1875.

Las debilidades del partido de Lassalle eran aún más evidentes, hasta el punto de que Marx y Engels desaconsejaron la fusión. Este reconocía, eso sí, la necesidad de un partido obrero independiente de los liberales, pero su organización interna era notoriamente dictatorial en su naturaleza –se elegía un líder, y este pasaba a adquirir poderes plenipotenciarios sobre el partido y los sindicatos afiliados a este–, sus bases teóricas eran pobres, y en su programa figuraba en un lugar central, tras la demanda del sufragio universal, la de la creación de cooperativas financiadas por el Estado –donde quedaba cristalizada la querencia de Lassalle por el “socialismo de Estado”.¹⁰³ Esta actitud hacia el Estado amenazaba con sancionar la dependencia del partido con respecto a este último como fuerza capitalista, vaciando así de contenido la independencia del partido con respecto a las fuerzas políticas burguesas. Pues cualquier proyecto que deposite sus esperanzas en el aparato estatal de la burguesía en lugar de aspirar a transformarlo por completo será en última instancia un movimiento burgués.

103. Sobre la crítica de Marx y Engels al socialismo de Estado ver Draper, Hal. *Karl Marx’s Theory...*

La postura de Marx y Engels con respecto a la fusión puede analizarse en base a una de las frases del Manifiesto Inaugural anteriormente citada: aquella que cifra el éxito del proletariado en que este se encuentre “unido por la asociación (1) y guiado por el conocimiento (2)”. En lo que respecta al primer punto, la fusión resultaba positiva: la clase obrera necesita objetivamente unidad de acción, y su unificación independiente de los partidos de las otras clases constituía por ello un progreso. En su comentario de estos hechos es cuando Marx formuló la idea de que “un avance en el movimiento real vale más que una docena de programas”.¹⁰⁴ En lo que respecta al segundo, sin embargo, la fusión constituía un peligroso paso hacia

104. Marx, Karl. “Carta a W. Bracke”, *Marxists.org*, 1875.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

atrás, llevando a Marx y Engels a posicionarse en contra de la misma (sin éxito). Lo que subraya, contra los oportunistas que abusan de la cita anterior, en qué medida *los programas importan*, precisamente porque lo que parece un avance en el movimiento real puede ser en realidad una regresión oportunista si permite consolidar la confusión programática.

Las críticas de Marx al programa resultante, condensadas en la *Crítica del Programa de Gotha*, oscilan en torno a seis puntos: su incomprensión general de la naturaleza de ciertas categorías básicas del capitalismo, y por ende de la naturaleza económica del socialismo, lo que conduce a desviaciones estatistas y nacionalistas (1); su perspectiva estrechamente nacional, incapaz de estar a la altura de los principios del internacionalismo proletario (2); su débil democratismo, asimilable a la perspectiva pequeñoburguesa y muy alejado de la posición realmente proletaria: la democracia revolucionaria encarnada por la Comuna¹⁰⁵ (3); La incomprensión, por ende, de la necesidad de la dictadura del proletariado, de un cambio en la forma y el contenido del Estado (4); su estatismo, que fomenta la dependencia del movimiento hacia el Estado al convertir la ayuda del Estado *capitalista* en el supuesto medio para dar solución a las miserias del proletariado (5); su apelación acientífica a una “justicia” e “igualdad” abstractas, en lugar de a las potencias materiales encarnadas por el movimiento proletario (6). Engels repitió la práctica totalidad de estos puntos en una carta de Bebel de 1875, donde expresaba su rechazo a la unificación.¹⁰⁶

A nivel práctico, sin embargo, la fusión tuvo un éxito más que notable. Se desencadenó un efecto bola de nieve, dando lugar a que el partido pasara pronto a aglutinar a cientos de miles de obreros alemanes. Pronto esos cientos de miles serían millones. Había nacido el SPD alemán, la futura joya de la corona de la Segunda Internacional. Los defectos del programa de Gotha, dicho sea de paso, reflejarían en gran medida los futuros defectos de su práctica.¹⁰⁷

105. Por su propia posición de clase, la pequeña burguesía solo puede llegar a defender formas *limitadas* de democracia, sostenidas sobre el blindaje de la propiedad privada y por lo tanto sobre la dictadura de la burguesía (por más que pueda permitir al proletariado desplegar su política valiéndose de las limitadas libertades que este orden ofrece). No puede optar por una forma política que entregue realmente el poder a las masas proletarias porque esto supondría que el proletariado pudiera abolir sus privilegios, atacando la propiedad.

106. Engels, Friedrich. “Carta a Auguste...”

107. Ver MacNair, Mike. *Revolutionary Strategy...* Sobre los defectos de la Segunda Internacional ver Taber, Michael. “Introduction”, in *Reform, Revolution, and Opportunism. Debates in the Second International 1900-1910*, Haymarket, Chicago, 2023, pp. 1-14.

2.9. LA LUCHA CONTRA EL OPORTUNISMO DE DERECHAS

No conviene, sin embargo, adelantar acontecimientos, así que volvamos a los 70. A finales de la década, en 1878, el canciller Bismark ilegalizó el SPD. Una ilegalización *sui géneris*, ya que el Partido seguía pudiendo enviar candidatos al Parlamento, en tanto que figuras individuales. Pero el Partido como tal quedaba proscrito; su actividad, ilegalizada. El ala oportunista que comenzaba a tomar cuerpo en su seno vio entonces la posibilidad de formular abiertamente su línea: la voluntad de convertir al SPD en un partido *reformista*, que se comprometiera con la legalidad existente y abjurara de la revolución –en lo que, usando un término de Lenin, podríamos llamar un partido dedicado a la “política obrera liberal”.¹⁰⁸

108. Lenin, Vladimir. “La enfermedad del reformismo”, en *Marxist.org*, 1912. El “liquidacionismo” en su sentido más profundo es precisamente aquello a lo que aspiraba el trío de Zúrich: el intento de convertir un Partido obrero en una fuerza *burguesa*. Lo que se *liquida* es esencialmente la independencia del Partido (lo que en el caso ruso pasaba, entre otras cuestiones, por liquidar su aparato clandestino, convirtiéndolo en un partido sin un programa definido y comprometido con la legalidad existente).

El razonamiento, marca de la casa del oportunismo de derechas durante varias décadas, venía a ser el siguiente: el socialismo está muy bien como idea, pero pertenece a un futuro remoto. Lo importante ahora es conseguir reformas que mejoren la vida de los obreros. La radicalidad del Partido, su profesión de fe revolucionaria, es dañina en ese sentido. Si queremos ser un partido legal, debemos aceptar plenamente la legalidad alemana, abjurar de las veleidades revolucionarias y constituirnos en un partido parlamentario al uso.

El texto contenía, además, una abierta defensa de la colaboración de clases: la necesidad de que el partido abandonara su orientación proletaria, congraciándose con otras clases y convirtiéndose en un partido interclasista. Aceptar elementos burgueses en el partido, y no combatir a estas clases sino “convencerlas” de las bondades de la reforma por medio de la propaganda pacífica. Los autores del documento donde se declaraban estas intenciones, bautizado sardónicamente por Marx y Engels como “Manifiesto de Zúrich”, eran tres: un “filántropo social” y dos jóvenes seguidores de las doctrinas de Eugen Dühring, entre los cuales se contaba un joven Eduard Bernstein. Los tres aspiraban a ser el consejo editorial del *Sozialdemokrat*, órgano del partido elaborado en exilio suizo.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La respuesta de Marx y Engels, en la forma de carta circular dirigida a toda la dirección del Partido alemán, fue furibunda, y constituye un documento político de primer orden.¹⁰⁹ En él queda clara su postura con respecto a la cuestión del encaje *organizativo* del oportunismo de derechas en el seno de la clase de partidos obreros cuya necesidad llevaban décadas sosteniendo. ¿Qué encaje pueden tener? La respuesta de Marx y Engels puede resumirse con sencillez: ninguno.

Como señala August Nimtz,¹¹⁰ la Carta Circular contiene dos temas centrales. El primero es una encendida defensa “del programa histórico del Partido comunista”. Esto es: conquista del poder político por la clase obrera, construcción del socialismo. Subrayan, además, la necesidad de la fuerza, desmontando la clásica falacia oportunista que quiere convertir la necesidad *táctica* de evitar el aventurerismo, llamando a la revolución cuando la correlación de fuerzas no lo permite, en una renuncia *estratégica* al uso de la fuerza. Con ello, los oportunistas renuncian de facto a la revolución (la conquista del poder político por parte de la clase obrera organizada), pues la burguesía nunca cederá este por placer. Así presentan la falacia los propios Marx y Engels:

De este modo, si 500.000 O 600.000 electores socialdemócratas (la décima o la octava parte del censo electoral), dispersos, además, por todo el país, son lo bastante sensatos para no romperse la cabeza contra un muro y para no lanzarse, en la proporción de uno contra diez, a una «revolución sangrienta», eso demuestra que han renunciado para siempre a utilizar cualquier gran acontecimiento de la política exterior y el ascenso revolucionario por él provocado, e incluso la victoria lograda por el pueblo en el conflicto que pueda producirse sobre esta base.

Sobre Bernstein y compañía, declaran:

Aquí tenemos a unos representantes de la pequeña burguesía llenos de miedo ante la idea de que los proletarios,

109. Ver Marx, Karl y Engels, Friedrich. “De la carta circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros”, en *Marxist.org*, 1879. Por algún motivo, la versión en castellano solo contiene la tercera parte de la carta. Aunque se trata, sin duda, de la parte más importante, el segundo de los temas que analizaremos solo puede encontrarse en la versión completa, disponible en Marx, Karl, y Engels, Friedrich. “Circular Letter to August Bebel, Wilhem Liebknecht, Wilhem Bracke and Others”, en *Marxist.org*, 1879.

110. Nimtz, August H. *The Ballots...* p. 21.

impulsados por su posición revolucionaria, puedan «llegar demasiado lejos». En lugar de una oposición política resuelta, mediación general; en lugar de la lucha contra el gobierno y la burguesía, intentos de convencerlos y de atraerlos; en lugar de una resistencia encarnizada a las persecuciones de arriba, humilde sumisión y reconocimiento de que el castigo ha sido merecido.

Con respecto a cuál debía ser la actitud del Partido con respecto a la postura del trío de Zúrich, afirman:

Cuando llegan al movimiento proletario tales elementos procedentes de otras clases, la primera condición que se les debe exigir es que no traigan resabios de prejuicios burgueses, pequeñoburgueses, etc., y que asimilen sin reservas el enfoque proletario. Pero estos señores, como ya se ha demostrado, están atiborrados de ideas burguesas y pequeñoburguesas, que tienen sin duda su justificación en un país tan pequeñoburgués como Alemania, pero únicamente fuera del Partido Obrero Socialdemócrata. Si estos señores se constituyen en un partido socialdemócrata pequeñoburgués, nadie les discutirá el derecho de hacerlo; en tal caso, podríamos entablar negociaciones, formar en ciertos momentos bloques con ellos, etc. Pero en un partido obrero constituyen un elemento corruptor. Si por ahora las circunstancias aconsejan que se les tolere, debemos comprender que la ruptura con ellos es únicamente cuestión de tiempo, siendo nuestro deber el de tolerarlos únicamente, sin permitir que ejerzan alguna influencia sobre la dirección del partido. Además, parece ser que el momento de ruptura ya ha llegado. No podemos comprender en modo alguno cómo puede el partido seguir tolerando en sus filas a los autores de ese artículo. Y si hasta la dirección del partido cae en mayor o menor grado en manos de esos hombres, quiere decir simplemente que el partido está castrado y que ya no le queda vigor proletario. [...] En cuanto a nosotros, y teniendo en cuenta todo nuestro pasado, no nos queda más que un camino. Durante cerca de cuarenta años hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

revolución social moderna. Esta es la razón de que no podamos marchar con unos hombres que pretenden extirpar del movimiento esta lucha de clases. Al ser fundada la Internacional, formulamos con toda claridad su grito de guerra: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismo. No podemos, por consiguiente, marchar con unos hombres que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para emanciparse ellos mismos, por lo que tienen que ser liberados desde arriba, por los filántropos de la gran burguesía y de la pequeña burguesía. Si el nuevo órgano de prensa del partido sigue una orientación en consonancia con los puntos de vista de esos señores, si en vez de un periódico proletario se convierte en un periódico burgués, no nos quedará, por desgracia, más remedio que manifestar públicamente nuestro desacuerdo y romper la solidaridad que hemos tenido con ustedes al representar al partido alemán en el extranjero. Pero es de esperar que las cosas no lleguen a tal extremo...

No creo que estos párrafos requieran demasiados comentarios. Baste con uno, muy elemental: *el concepto de partido de Marx y Engels es uno en que no cabe un ala oportunista organizada.* La independencia política del proletariado requiere de la ruptura decidida con los defensores del colaboracionismo de clase. Como señalan, presagiando acontecimientos posteriores: ¡que monten otro partido! Un partido socialista pequeñoburgués, como lo serían todos los Partidos socialdemócratas, con independencia del grosor de su base obrera, tras la ruptura definitiva entre comunismo y socialdemocracia,¹¹¹ en lugar de un partido socialista *proletario*. Porque un partido que acoja estos ideales dejará de ser un “partido obrero” como el que llevaban décadas defendiendo. Si el fundamento de la lucha de clases del proletariado es su antagonismo de intereses con las clases propietarias, en política solo se puede llamar “obreras” a las posiciones que se funden en la conciencia de este antagonismo, quienes organicen la lucha de clases del proletariado y lo eduquen en ella, mientras que quienes predique la conciliación de clases –la falacia de una posible armonía

111. Tesis de gran importancia y abundantemente repetida por Lenin en sus escritos posteriores a 1914. Una de sus formulaciones más sintéticas puede encontrarse en Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 121. Marca, por tanto, un punto de retorno definitivo a la naturaleza original de la socialdemocracia como fuerza pequeñoburguesa, brillantemente analizada por Marx. Ver Marx, Karl. *El 18 Brumario...* p. 45.

112. Pueden encontrarse el debate de la Internacional sobre esta cuestión, que llevó al rechazo oficial del “millerandismo”, en Taber, Mike. *Reform, Revolution...* pp. 19-52. A la cuestión del “millerandismo” dedicó Rosa Luxemburgo uno de sus artículos más memorables. Luxemburgo, Rosa. “El ‘Asunto Dreyfus’ y el ‘Caso Millerand’”, *Marxists.org*, 1899. En un artículo de la época Kautsky ironiza sobre los revisionistas que, a raíz del caso Millerand, habían declarado que el objetivo de la conquista del poder político (esto es, la revolución) era “romanticismo” y que la solución reformista de participar en gobiernos burgueses era la solución. Ver Kautsky, Karl. “The American Worker”, *Historical Materialism*, vol. 11, no. 4, 2003, pp. 11-57 (especialmente pp. 48-61).

113. Millerand y sus partidarios justificaron su participación en un gobierno burgués sobre la base de la necesidad de un “gobierno de defensa republicana” ante la crisis creada por el asunto Dreyfus. Como se ve, esta abjuración de la independencia política en nombre de la defensa de regímenes burgueses republicanos es una expresión de lo que posteriormente se conocería como frentepopulismo. Sobre este punto ver Gaido, Daniel. “The American Worker’ and the Theory of Permanent Revolution: Karl Kautsky on Werner Sombart’s Why Is There No Socialism in the United States?”, *Historical Materialism*, vol. 11, no. 4, 2003, p. 86.

114. Taber, Mike. The Second International’s Conflicted Legacy”, *Monthly Review*, 2022.

entre los intereses de estas— sanciona que el proletariado siga existiendo como clase explotada. Esto es, defiende los intereses *de otras clases*.

La tolerancia con el oportunismo está, como sabemos, en la raíz de la bancarrota de la Segunda Internacional —confirmando la certeza de las tesis de Marx y Engels. Concedor de su intransigencia, tras agachar la cabeza en 1879 Eduard Bernstein esperó a la muerte de Engels para volver a tocar la melodía reformista, ahora revestida de todo un armazón teórico. En la misma época, el “millerandismo” —la voluntad de introducir a un ministro socialista en el gobierno burgués¹¹², y por lo tanto una expresión temprana de lo que posteriormente se consagró como frentepopulismo¹¹³— mostraba igualmente la potencia del oportunismo en la Internacional, mientras en todos los grandes partidos y el movimiento obrero comenzaba a formarse una capa burocrática —sindical, mayormente— interesada en la colaboración de clases y la defensa del propio Estado.

En 1889 al ala marxista del movimiento obrero, con el apoyo decidido de Engels, constituyó en París la Segunda Internacional como organización *revolucionaria* contrapuesta al “posibilismo” francés, que abogaba meramente por la lucha por reformas y había organizado un congreso propio en las mismas fechas. La declaración de principios de la nueva internacional no dejaba lugar a dudas:

“La emancipación del trabajo y de la humanidad no puede tener lugar sin la acción internacional del proletariado —organizado en partidos de clase— que toma el poder político mediante la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción”.¹¹⁴

La Segunda Internacional consiguió unir bajo la bandera del marxismo al movimiento de la clase obrera mundial y extender entre las masas el fin del socialismo y el objetivo de la conquista del poder político por la clase trabajadora como

paso necesario hacia este.¹¹⁵ Ese es su gran mérito histórico, a pesar de todas sus debilidades.

115. *Ibíd.*

Ahora bien, aunque a nivel formal la Segunda Internacional estuviera compuesta por partidos obreros revolucionarios con un programa marxista, el largo periodo “pacífico” de finales del siglo XIX y principios del XX permitió que en su interior se desarrollara un ala opuesta a la revolución e interesada únicamente en el trabajo pacífico y la consecución de reformas. El oportunismo comenzó a corroer por dentro los partidos proletarios, pugnando por transformar su naturaleza. Comenzó a abrirse una brecha cada vez mayor entre los actos y las declaraciones oficiales, entre los posicionamientos formalmente revolucionarios y los deseos reales de una fracción creciente del movimiento.

Dentro de la Internacional se desplegó con nitidez creciente una lucha feroz en torno a dos conceptos antagónicos de partido. Una lucha entre quienes querían preservar el carácter revolucionario del partido y avanzar hacia sus objetivos declarados y quienes pugnaban cada vez más abiertamente, en la teoría y la práctica, por convertirlo en otra cosa; entre un partido de la lucha de clases y un partido de la colaboración de clase.¹¹⁶

Conviene presentar, aunque sea esquemáticamente, las diferencias entre ambos conceptos de partido (marxista y oportunista). Un Partido proletario independiente aspira a conquistar el poder para avanzar hacia el socialismo, lo que solo es posible con la mediación de un proceso revolucionario. Entiende el socialismo como la apropiación colectiva de los medios de producción: “la fórmula en la que los partidos obreros de todos los países del mundo condensan su demanda de transformación económica”.¹¹⁷ Renuncia a gobernar en unas condiciones que impidan imponer su programa –instaurar el gobierno de la clase obrera–, porque eso implicaría plegarse a la colaboración de clases: el Estado burgués sirve estructuralmente al capital, y gobernarlo es, por ende, servir al capital. Su política con respecto a este es en consecuencia

116. Los congresos de la propia internacional permiten rastrear ese conflicto en todas y cada una de las cuestiones abordadas. Ver las discusiones originales recogidas en Taber, Mike (ed.). *Reform, Revolution...*

117. En palabras de Engels, el uso revolucionario del sufragio universal “es más lento y aburrido que llamar a la revolución, pero es diez veces más seguro, y lo que es aún mejor, indica con la precisión más perfecta cuándo ha llegado el momento de llamar a la revolución armada”. Citado en Nimtz, A. *The Ballots...* p. 27.

una política de puro antagonismo. De participar en las elecciones, lo hace para expandir el mensaje socialista, presionar a las clases dirigentes y poseer un modo, necesariamente aproximado, de medir sus fuerzas y poder calcular así cuándo la situación está madura para la ofensiva.¹¹⁸ Educa en la independencia, mostrando a la clase su misión histórica y que su emancipación solo puede ser auto-emancipación, que todas sus conquistas dependen de sus propias fuerzas, manteniendo para ello una constante actitud de combate. Formula a viva voz y por medio de una campaña permanente¹¹⁹ políticas que representen los intereses del proletariado, explicando siempre que estos solo pueden satisfacerse realmente con la superación de la sociedad capitalista. Señala a viva voz y en todo momento los objetivos finales, que guían los medios del presente. Representa sin concesiones los intereses del proletariado contra los de las clases propietarias. Busca destruir el Estado burgués, y sustituirlo por una forma estatal transitoria a través del cual el proletariado pueda hacer efectiva su liberación.

Mientras que el oportunismo alimenta la ilusión de una evolución pacífica al socialismo, un partido proletario independiente sabe que el momento de conquista revolucionaria del poder es un medio inexorable para alcanzar este objetivo, y orienta toda su actividad hacia ese propósito. Su objetivo final es la emancipación del trabajo: su medio, la lucha de clases, que en su forma desarrollada es una lucha por el poder político. En su programa, el objetivo final del comunismo se une con los medios a través de los que alcanzarlo.

El ala oportunista, que fue fortaleciéndose durante el largo periodo no-revolucionario de finales del XIX y comienzos del XX, tenía otro modelo. Su plan puede resumirse así: “la socialdemocracia debe dejar de ser el partido de la revolución social para convertirse en un partido de reformas sociales”.¹²⁰ El oportunismo se caracteriza por sacrificar el objetivo final del socialismo en nombre de ciertas supuestas ventajas inmediatas, lo cual se presentó originalmente a través de la

118. Engels, Friedrich. “Prefacio...”

119. Sobre la noción de campaña permanente ver Lih, Lars. “The Impact of the SPD Model on Lenin and Bolshevism”, en *The Palgrave Handbook of Leninist Political Philosophy*, Rockmore, Tom y Levine, Norman (eds.) Palgrave Macmillan, Londres, 2018, pp. 431-456.

120. Lenin, Vladimir. *¿Qué hacer?...* p. 52.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

entelequia de una “evolución gradual y pacífica” hacia este. Su modelo de partido es el de un Partido obrero *burgués*, que aspira a gobernar el Estado capitalista bajo la promesa de reformar el capitalismo. Un partido que abjura de la revolución, pues no pretende derribar el orden político existente sino que pasa a identificarse con él. Busca, para ello, la aprobación de otras clases, entrar en coalición con sus partidos, y presenta el parlamento como el único ámbito legítimo de transformación social. Con lo anterior, renuncia tanto a superar la forma burguesa del Estado como al socialismo, bien convirtiéndolo en un ideal regulativo eternamente inalcanzable, bien rebajándolo para identificarlo con un capitalismo reformado. Niega la lucha de clases, considerándola superada bajo la “democracia” capitalista. Su fin, en definitiva, es reformar el capitalismo; su medio, la colaboración de clases. Educa en la dependencia, enseñando que llegando a acuerdos las clases propietarias pueden realizar concesiones. Declara fidelidad al propio estado y sus instituciones, así como a los procesos nacionales de acumulación, imperialismo incluido, tratando de alinear con ellos al proletariado. Unos procesos, además que debe promover con toda su energía si quiere poder producir las migajas que repartirá a la clase obrera, y asegurarse de que ciertos sectores de la misma posean la estabilidad material necesaria para seguir preservando su apoyo.

El oportunismo, como corriente burguesa dentro de Segunda Internacional, tardó consolidarse organizativamente y madurar lo suficiente como para hacer explícitos sus fines y adquirir un notable grado de control sobre el movimiento.¹²¹ Durante mucho tiempo aceptó formalmente el programa del partido y los objetivos revolucionarios allí explicitados. Planteaban su política, que en lo más básico consistía en la colaboración con ciertos sectores de las clases medias,¹²² como una simple táctica para avanzar hacia un objetivo estratégico compartido –por más que el ala revolucionaria insistiera acertadamente en que esa táctica destruiría la independencia del proletariado y con ella la capacidad de avanzar realmente hacia este objetivo. Del mismo modo, en muchos casos

121. Sobre algunos de los aspectos de este proceso ver Constanza Bosch, Alessio y Gaido, Daniel. “El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920)”, *Archivos del movimiento obrero y de la izquierda*, n.1, 2012, pp. 129-152.

122. Fuera para formar gobiernos de coalición (fenómeno conocido como “ministerialismo”) dentro de regímenes parlamentarios burgueses

ses o entendiendo, como los mencheviques, que la burguesía debería estar a la cabeza de la revolución democrática contra los regímenes autocráticos.

123. Ver Taber, Mike (ed.), *Under the Socialist Banner: Resolutions of the Second International 1889-1912*, Haymarket, Chicago, 2021. Al apoyar la guerra, os oportunistas y sus cómplices tuvieron que *contravenir* las resoluciones de la propia Internacional. Ver Lih, Lars. "The New Era of War and Revolution: Lenin, Kautsky, Hegel and the Outbreak of World War I", en *Cataclysm 1914: The First World War and the Making of Modern World Politics*, Alexandre Anievas (ed.), Brill, Leiden, 2015. Sobre la cuestión de las batallas del ala revolucionaria en la Internacional ver Riddell, John. *Lenin's Struggle for a Revolutionary International. Documents 1906-1916: the Preparatory Years*, Pathfinder Press, Londres, 1986. La Tercera Internacional fue concebida como la encarnación del proyecto del ala revolucionaria: construir el genuino partido revolucionario del proletariado mundial. Ver Lih, Lars. "Revolutionary Social Democracy' and the Third International" en *Left Transnationalism: The Communist International and the National, Colonial, and Racial Questions*, Drachewich, Oleksa y McKay, Ian (eds), McGill-Queen's University Press, Montreal, 2019, pp. 49-72.

siguió rindiendo pleitesía retórica al marxismo. Además, el ala marxista consiguió ganar provisionalmente el debate del revisionismo una vez emergió y siguió logrando, en términos generales, imponer sus puntos de vista en los congresos de la Internacional.¹²³ Finalmente, el hecho de que los socialistas –incluida su ala derecha– fueran por entonces “parias políticos” en el orden capitalista postergó la alianza fáctica entre la derecha socialdemócrata y sus respectivos estados.

La cuestión, en líneas generales, es que mientras los revolucionarios (de palabra, al menos) compusieran la tendencia dominante y el oportunismo aceptara formalmente las resoluciones del partido y se sometiera a la unidad de acción, la idea de una unidad organizativa que permitiera ir disolviéndolo con el paciente trabajo de lucha ideológica y educación de las masas parecía tanto posible como preferible a una escisión que amenazara con aislar a los revolucionarios de las masas. Se entendía que las diferencias con el oportunismo se dirimirían finalmente con la llegada de la revolución proletaria, donde este sería barrido por la fuerza de la historia. Y se entendía, sobre todo, que el principio esencial era la *unidad en la lucha de clases del proletariado*. Pero esta visión subestimaba tanto el nivel de deslealtad del oportunismo como su voluntad de *desviar al movimiento de la lucha de clases* –a la que es interna su infatigable voluntad de vetar las vías de acción realmente revolucionarias– por no hablar de su grado de infiltración en la burocracia de partido. Mientras el oportunismo ganaba terreno práctico y el socialismo iba abandonando los partidos obreros, la voluntad de preservar la unidad a toda costa fue convirtiéndose en una lenta claudicación, y la idea de que la misma lucha de clases llevaría la situación a buen puerto demostró su ingenuidad. El cataclismo de 1914 hizo dolorosamente patentes ambas cuestiones.

El ala revolucionaria del socialismo llevó a cabo una lucha tenaz contra el oportunismo, pero a menudo de formas ineficientes y a la larga insuficientes. En retrospectiva, podemos afirmar que fue el bolchevismo quien encaró esta lucha polí-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

tica y organizativa más eficazmente y con mayor clarividencia. Lo hizo, en primer lugar, constituyéndose como fracción que agrupaba el ala marxista revolucionaria dentro del Partido Socialdemócrata ruso,¹²⁴ dotada de una línea táctica propia en lo que a la inminente revolución rusa se refiere y capaz de llevar a cabo una lucha *organizada* contra las corrientes oportunistas dentro del partido. En segundo lugar, encabezando, en nombre de la ineludible cohesión y firmeza de principios del partido revolucionario, la ruptura con aquellos oportunistas que pusieron realmente sobre la mesa el objetivo de liquidar la independencia del partido (1912).¹²⁵ En tercer lugar, manteniendo alzada la bandera de la independencia política del proletariado y el internacionalismo que le es intrínseca cuando los grandes partidos de la internacional decidieron abandonarla (1914); defendiendo, en consecuencia, el imperativo de romper con un oportunismo que ya había mostrado su auténtica naturaleza y aplicar consecuentemente el programa marxista de conquista revolucionaria del poder.

2.10. CENTRALISMO Y DEMOCRACIA

El segundo de los temas de la carta circular alude a las formas organizativas del partido obrero. Un problema insoslayable, en ese sentido, era cómo asegurar la unidad de principio y acción del partido, su capacidad para actuar de forma unitaria en pos de unos objetivos comunes. De lo cual se deriva el reto de cómo controlar a los cargos del partido, garantizando que sus actos y palabras no contradigan los acuerdos colectivamente alcanzados. Ese era el dilema que, en este caso, planteaba el hecho de que Bernstein y compañía, editores de la revista del partido, se mostraran dispuestos a defender una línea opuesta a la de este, pero también la existencia de una fracción parlamentaria –una serie de cargos del partido que habían sido elegidos por el voto popular.

124. Sobre este punto ver Lih, Lars. "A faction is not a party", *Weekly Worker*, 2012.

125. Contra ciertos mitos, los bolcheviques no trataron e 1912 de constituir un partido "exclusivamente bolchevique", sino de expulsar a la minoría contraria a los principios de cualquier partido proletario. El congreso de 1912 contó con una sólida mayoría bolchevique, pero incluía también a los "mencheviques de partido", que despreciaban igualmente el liquidacionismo. Nadie trató, en suma, de crear un partido completamente homogéneo a nivel ideológico en 1912, ni de convertir por medios desleales la parte en el todo, sino de elaborar –como ha de suceder en cualquier congreso– una posición unificada de todo el partido (lo que incluía expulsar a quienes querían acabar con el partido como partido proletario). El mito viene en parte de las acusaciones de sus adversarios de la época, posteriormente racionalizadas como algo positivo e incluidas como parte del dogma en la era de Stalin. Los bolcheviques de entonces rechazaron vehementemente la acusación (todos los documentos bolcheviques de la época la desmienten) tratándola de difamación vil y completamente infundada. Es una triste ironía histórica que aquello que

los propios bolcheviques negaran denodadamente, considerándolo impropio de revolucionarios, haya acabado haciéndose pasar como su auténtica postura. Sobre este asunto ver Lih, Lars. "Falling out over a Cliff", *Weekly Worker*, 2012 y Binh, Pham. "Mangling the Party of Lenin", *Weekly Worker*, 2012.

En lo que a esta cuestión respecta, la postura de Marx y Engels fue siempre que el movimiento del proletariado necesita, también internamente, de la democracia política para poder cumplir sus objetivos. La democracia política que ha de estructurar el movimiento proletario es el embrión que se desarrolla dialécticamente (ensanchándose y enriqueciéndose a través de su avance, que incorpora la conquista revolucionaria del poder político) hasta las formas organizativas del Estado-Comuna. De ahí su desdén por Lassalle y todo aquel a quien interpretaran como un aspirante a "dictador de los trabajadores". La democracia, cuyo medio más elemental son los congresos del partido, era para ellos la vía para alcanzar esa unidad de concepto y acción, de *darse unos acuerdos comunes*, así como a unos representantes (los cargos del partido). Este es el medio de autogobierno del partido proletario, que permite además el control de sus representantes, impidiendo que estos se separen del movimiento, degenerando en una burocracia dispuesta a defender *sus propios intereses* por encima de los del proletariado. El principio que vehicula este autogobierno es el de la libertad de discusión. Como señala Engels: "el movimiento obrero depende de la crítica despiadada de esta sociedad... Por lo tanto, ¿cómo podría pretender evitar ser criticado o prohibir la discusión?"¹²⁶

126. Citado en Nitz, A. *The Ballots...* p. 5.

Nada de lo anterior debe interpretarse como la defensa de un horizontalismo abstracto que nada tiene que ver con la auténtica democracia: en primer lugar, Marx y Engels defienden la necesidad de que el partido cuente con representantes y dirigentes, porque la existencia de los mismos es un elemento necesario de toda organización y de la misma democracia como forma de (auto)gobierno. Estos deben, como el propio término indica, *representar* el proyecto político del partido y la voluntad colectiva concreta de sus miembros. En segundo lugar, los márgenes de la libertad de discusión *dentro del partido* vienen determinados, como es obvio, por los principios y objetivos del propio partido. Quien, como Bernstein y compañía, se coloque *fuera* de estos principios, habrá de quedar *fuera* del partido. Como Lenin más tarde,¹²⁷ Marx y

127. Ver Lenin, Vladimir. "Dogmatismo y 'libertad de crítica'" en *¿Qué hacer?*, Alianza, Madrid, 2019, pp. 51-84.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Engels sabían bien que la “libertad de crítica” sería utilizada como arma por los sectores pequeñoburgueses que trataban de destruir la independencia del partido y dejaron muy claro cuál era el lugar de estos: en su casa, o en un partido de las clases medias.¹²⁸

Por último, Marx y Engel entienden que no todos los contextos permiten el mismo grado de desarrollo democrático. Su antidogmatismo les hizo, a lo largo de toda su vida, enemigos del intento de imponer un ideal abstracto sobre la realidad del movimiento y sus circunstancias concretas. Entre la insistencia en que el partido debe ser, por principio, *todo lo democrático que las circunstancias internas y externas permitan* y la demanda dogmática de “democracia plena” o nada media un mundo. En contextos de alta represión o ilegalidad, por ejemplo, el partido tendrá que apañárselas para actuar como bien pueda.¹²⁹ En el caso alemán, por ejemplo, la ilegalización obligó a que la fracción parlamentaria actuara, según afirmara Engels en una carta a Kautsky, “como una dictadura”, pero una que fue “esencial y excelentemente gestionada”,¹³⁰ esto es, una cuya necesidad, dadas las circunstancias, era inevitable. Engels reconocía, sin embargo, que la fracción parlamentaria “no puede demandar ni imponer la obediencia implícita que podía demandar la dirección previa del partido, que había sido específicamente elegida para ese fin. Y menos en las circunstancias actuales –sin prensa propia, sin encuentros de masas”. De nuevo, el antidogmatismo, capaz de plegarse a la coyuntura, por desfavorable que sea, para avanzar de aquellas formas que el presente haga posibles, se combina con la firmeza en los principios: una dirección informal puede ser impuesta por las circunstancias, pero una dirección a la altura de su concepto ha de ser una dirección elegida para ese fin.

Finalmente, a ojos de Marx y Engels el partido debe estar centralizado. Esto es lo que permite que pueda actuar como un agente unitario, garantizando que las decisiones colectivas sean ejecutadas por el conjunto de la organización. El desdén de Marx y Engels por las fórmu-

128. Rosa Luxemburgo defenderá una idea similar en una de sus polémicas con el revisionismo. La idea es simple: la autocritica y la libre discusión, animadas por los principios del partido proletario y la voluntad de avanzar hacia sus fines, constituyen el alma misma del partido; las críticas que se sostienen sobre principios antagónicos a los de este son un arma contra el partido, y deben quedar fuera de este. Ver Luxemburgo, Rosa. “Libertad de crítica y de la ciencia”, *Marxists.org*, 1899.

129. De nuevo, el *¿Qué hacer?* es particularmente clarividente al respecto. Resultan de especial interés, en este sentido, las críticas de Lenin a lo que llama “democracia de juguete”. Lenin, Vladimir. *¿Qué hacer?*... pp. 233-247.

130. Ver Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Marx and Engels Collected Works. Volume 24*, Lawrence & Wishart, Londres, 2010, p. 249.

131. Ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution Volume 3: the 'Dictatorship of the Proletariat'*, Monthly Review Press, Nueva York, 1986. Un ejemplo excelente puede encontrarse en Engels, Friedrich. "Los bakuninistas en acción", *Marxists.org*, 1873, una crítica y descripción casi satírica –porque los hechos lo fueron– de la actuación de los bakuninistas en la España revolucionaria.

132. El oportunismo siempre utiliza la presunta voluntad de los sectores más atrasados de las masas para justificar sus *propias políticas colaboracionistas*, en lugar de tratar de elevar a esas masas a través del paciente trabajo político.

133. Marx y Engels. "Circular Letter...".

134. Engels define sarcónicamente esa "incurable enfermedad" que es el cretinismo parlamentario en Engels, Friedrich. *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*, *Marxists.org*, 1852. En su sentido más elemental, el cretinismo parlamentario es la idea de que la transformación general de la sociedad puede llevarse a cabo a través del par-

las federalistas, favorables a la descentralización política, los acompañó toda su vida,¹³¹ y se funda en la conciencia de que el proletariado necesita *unidad* para poder llevar a cabo sus objetivos. El propósito de la Internacional era precisamente avanzar hacia la unidad de acción del proletariado de distintos países, medio necesario para alcanzar su emancipación. El fin, en definitiva, es la unidad política, táctica y estratégica que permita que los objetivos del proletariado no se vean frustrados por la incoherencia de sus esfuerzos.

En el seno de las organizaciones del proletariado, esta unidad se forma democráticamente, *en coherencia con unos principios*, y requiere de fórmulas organizativas capaces de garantizarla. Subrayo la cuestión de los principios porque sin ella la democracia no solo carece de todo valor, sino que puede ser un medio para la introducción de ideas y prejuicios burgueses. Prueba de ello son los mismos argumentos de la Circular, donde se critican los actos de un parlamentario del SPD quien –utilizando una justificación que se convertirá casi en ritual para los oportunistas¹³²–, justificó el haber traicionado los criterios del partido votando en favor de una de las políticas de Bismarck en base al mandato democrático concedido directamente por sus electores.

La postura de Marx y Engels a ese respecto es clara: la disciplina de partido prima sobre cualquier mandato electoral, real o ficticio. El parlamentario en cuestión había contravenido "la primera y más fundamental regla de la táctica de nuestro partido: ni un penique para este gobierno",¹³³ fundamento de la política de puro antagonismo en la que se refleja la independencia política del proletariado. Esa clase de conductas, afirman Marx y Engels, son del todo impermisibles, y el partido solo podrá curarse del cretinismo parlamentario¹³⁴ y enfermedades similares si se asegura que sus representantes queden subordinados a la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

voluntad del partido como un todo.¹³⁵ La acción del partido, en suma, debe ser una acción *centralizada y unitaria*.

En cualquier caso, volvamos a lo que nos ocupa. Lo importante en este punto es la insistencia de Marx y Engels en que la independencia política del proletariado requiere de la expulsión del ala reformista, del *colaboracionismo de clase*. No fueron Marx y Engels, sino algunos de sus presuntos herederos,¹³⁶ quienes toleraron el crecimiento del revisionismo en el partido... para acabar sucumbiendo a sus políticas. La clase obrera necesita unidad, pero si esta se consigue a costa de sacrificar o comprometer los principios, deja de ser la unidad que la clase necesita.

De nuevo, conviene llevar la discusión a principios del siglo XX. Mientras el oportunismo se reforzaba y comenzaba a hacerse con el partido –tendencia ascendente desde 1905 y que recibió un salto cualitativo a principios de la década de 1910– el “centro” del SPD promovió una política de “unidad a toda costa” con el ala derecha. El problema en este punto es que, como se hizo patente en 1914,

“La unidad con los oportunistas significa [...] subordinar a la clase obrera a “su” burguesía nacional, aliarse con ella con el objetivo de oprimir otras naciones y luchar por los privilegios que otorga ser una gran potencia; significa dividir al proletariado revolucionario de todos los países”.¹³⁷

Así,

“El resultado [de la voluntad de mantener la unidad con la derecha] fue dar a la derecha –que estaba dispuesta, si fuera necesario, a provocar una escisión– derecho a veto sobre las posiciones del partido. Antes de la guerra este acuerdo todavía permitía amplias dosis de marxismo formal, siempre y cuando el centro y la izquierda no se organizaran para excluir a la derecha de los puestos de poder en el partido o los sindicatos. Una vez llegada la guerra, la subordinación del centro a la derecha fue evidente”.

lamento burgués, lo que lleva aparejada la idea de que todo lo realmente importante sucede y se dirime en el parlamento.

135. Nimtz, August H. *The Ballots...* pp. 22-24. Sobre esta cuestión ver también Kautsky, Karl. “Los distritos electorales y el Partido”, *Marxists.org*, 1904.

136. En 1899, escribiendo sobre el debate con Bernstein, Kautsky afirmó “si el oportunismo deja de ser un estado de ánimo para ser una tendencia, la escisión estaría en el orden del día”, citado en Lenin, “Chovinismo muerto y socialismo vivo”... p. 92. Kautsky, sin embargo, fue incapaz de ser fiel a sus propias palabras.

137. Lenin, Vladimir. *El socialismo y la guerra*, *Marxists.org*, 1915.

138. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* p. 91.

139. Ver Lih, Lars. "The tasks of our times: Kautsky's Road to Power in Germany and Russia", *Studies in East European Thought*, vol. 50, no.2-3, 2018, pp. 121-140.

140. Lenin citado en Lih, Lars. "The New Era of War and Revolution" ... p. 403.

141. Véase, por ejemplo, Lenin, Vladimir. *El socialismo y la guerra...*

La lección general es la siguiente: "la unidad del movimiento obrero en los términos de la derecha [el oportunismo] es necesariamente la subordinación de los intereses de la clase obrera a los intereses del Estado".¹³⁸ En connivencia con el Estado al que es fiel, el oportunismo tratará siempre de vetar las posiciones revolucionarias y apartar al partido de la lucha de clases. Como resultado, ya en torno a 1910 la socialdemocracia alemana había dejado mayormente de ser la "fusión del socialismo y el movimiento obrero"¹³⁹ para colapsar gradualmente en el oportunismo y la abierta traición.

Esto debería servir para desmontar mitos infundados sobre la presunta "apertura" –que aquí significa "eclecticismo"– de Marx y Engels, contrapuesta al igualmente presunto "sectarismo" bolchevique. Lo que hicieron los bolcheviques, por el contrario –tanto en su ruptura con el liquidacionismo como con la Segunda Internacional– fue aplicar consecuentemente los principios defendidos por ambos: no el escisio-nismo sectario, sino la firmeza a la hora de llevar a cabo una ruptura cuando la unidad es una *unidad que resta*. El argumento bolchevique se justificó en ambos casos en términos de la independencia política de la clase. Una independencia que demandaba, como ya hemos señalado, separarse organizativamente de un oportunismo que había completado su maduración histórica –en palabras de Lenin: "el socialchovismo es un oportunismo que ha madurado hasta tal punto que la permanencia de este absceso burgués en el seno de los partidos socialistas se ha hecho imposible"–,¹⁴⁰ y con ello completar el proceso de construcción histórica del concepto de partido del marxismo revolucionario.¹⁴¹

En otras palabras: si el surgimiento de un ala política oportunista organizada y leal al Estado en el seno del movimiento político de la clase obrera es un desarrollo histórico inevitable, el concepto marxista de partido se *completa* a nivel histórico al separarse nítidamente de la misma, pues esta es una exigencia insoslayable para preservar la independencia política del proletariado. Aquí el principio de la unidad en la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

lucha de clases del proletariado –como lucha política– no se “supera” en pos de una presunta uniformidad ideológica absoluta, sino que se *preserva* frente a quienes optan por principio por desviar al proletariado de la lucha de clases y los objetivos finales de su movimiento. Esto no es sino la aplicación, en un estadio más desarrollado, de los argumentos de Marx y Engels en la Circular.

La cuestión debería, además, servir para demostrar la falsedad del argumento de Eric Hobsbawm según el cual “resulta espurio buscar en Marx una anticipación de las polémicas posteriores, como las que dividen a “reformistas” y “revolucionarios” [...] La cuestión para Marx no era si los partidos obreros eran partidos reformistas o revolucionarios”.¹⁴² De hecho, resulta todo menos espurio, porque ahí está, como hemos visto. El reformismo debe quedar *fuera* del partido: esa es la postura inequívoca de Marx y Engels. El “partido obrero” cuya necesidad declaran incesantemente *es*, insistimos, un partido revolucionario.

2.11. EL SOCIALISMO CIENTÍFICO

Lo que Marx y Engels *no hicieron* fue contraponer sectariamente el partido obrero a un grupúsculo que se adhiera a “sus” ideas. En ese sentido, un “partido marxista revolucionario” no es más que la forma acabada de un partido obrero independiente. Por “partido marxista revolucionario” entiendo lo que Johnstone llama “la concepción más básica de partido” de Marx y Engels, esto es, “una organización donde la teoría socialista se fusiona con el movimiento de los trabajadores”. Por “teoría socialista” se entiende el socialismo científico como exposición racional y sistemática de los medios y fines del socialismo en base al estudio de la realidad en la que este se despliega. Si Marx no lo hubiera denominado “teoría marxista” es por el hecho de que no creía tener un monopolio del socialismo científico, del mismo modo que ningún químico juicioso cree tener el monopolio de la química. A sus ojos, las

142. Hobsbawm, Eric. “Marx, Engels, and Politics” en *How To Change The World? Reflections on Marx and Marxism*, Yale University Press, New York, p. 61. Lo que no suponía una contradicción, sino una necesidad, era ser revolucionario y luchar por reformas que sirvieran para aumentar la fuerza de la clase, convencerla de su poder y prepararla para gobernar.

necesidades impuestas por la lucha por la emancipación del proletariado impelerían a los fieles a esta causa a hacer ciencia y a regir su acción sobre bases científicas, abandonando toda clase de unilateralidades y fantasías y, por lo tanto, a reconocer su método y aportaciones, utilizándolos y desarrollándolos como una fuerza viva. Pues al contrario que otras clases, que podían defender sus intereses de forma inconsciente (jugando, por ejemplo, a los romanos, como los republicanos burgueses en Francia satirizados en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*) el proletario solo puede liberarse si posee una comprensión clara del proceso histórico y su papel en el mismo. La labor de Marx y Engels, en ese sentido, era trabajar porque esta conversión del socialismo científico en la base teórica del partido se diera cuanto antes, pero eso no implica, sino que acompaña, su creencia en la existencia de esta tendencia hacia la fusión. Una tendencia que se realiza a través de la intervención de los sectores más conscientes del proletariado y es facilitada su instinto de clase. En otras palabras: la tarea de los comunistas, como se señalara en el Manifiesto, es *fundir el movimiento obrero con la teoría socialista como teoría de la auto-emancipación del proletariado*. El propio Manifiesto Comunista es una expresión programática de esa fusión.

Cabe insistir en que el término “ciencia” importa en este punto, y mucho. Lo “científico” se opone aquí a lo doctrinario: la idea es que el movimiento real del proletariado hacia su emancipación solo puede fundarse sobre la ciencia –una empresa colectiva capaz de corregirse perpetuamente–, no sobre las intuiciones particulares de un único grupo o individuo, elevadas al rango de dogmas. Marx y Engels no creyeron jamás es que adoptar el socialismo científico implicara la adhesión completa a todas y cada una de sus tesis teóricas (muchas de las cuales fueron modificando a lo largo de sus investigaciones), ni que la unidad teórica absoluta –que no sería la necesaria unidad en torno a los principios, sino la completa uniformidad en torno a *todas* las cuestiones teóricas– fuera una característica necesaria del partido. Veían lo anterior, por el contrario, como la característica definitoria de una *secta*.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La unidad del partido es ante todo *política*: unidad en torno a unos principios y un programa donde estos se cristalizan, convirtiéndose en un proyecto político definido. Ahora bien, fundamentar lo anterior y poder guiar propiamente la acción requiere hacer de la ciencia materialista una *base teórica común* comprometiéndose con esta en oposición a toda forma de utopismo y dogmatismo (compromiso al que es intrínseca la necesidad de mejorar las propias posiciones por medio de la investigación paciente y el debate racional). La estrategia y la táctica del partido proletario deben, en suma, estar fundadas sobre la sólida base de la teoría materialista y no sobre doctrinas privadas.

En todo lo anterior reside su diferencia esencial con Fourier, Saint-Simon, o en general cualquier doctrinario. Pues la cuestión, a ojos de Marx y Engels, no era imponer sobre los obreros una doctrina o plan utópico diseñado por una mente genial, pero tampoco reflejar pasivamente los argumentos, teorías y programas del movimiento real en un estadio determinado. Era, por el contrario, *mostrar* al proletariado en lucha las condiciones reales de su emancipación,¹⁴³ desarrolladas a través de un análisis científico del movimiento histórico y del papel de la clase obrera en su seno, así como de las virtudes y defectos de las diferentes corrientes existentes dentro del movimiento proletario. Su propuesta política pretendía ser simplemente una síntesis superadora de todas estas corrientes, que pudiera —en tanto que síntesis político-organizativa—unificar el movimiento del proletariado en una única lucha de clase. De ahí la temprana definición de Engels del comunismo como “la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado”.¹⁴⁴

Recapitemos el argumento. El objetivo de la teoría es dar a la lucha una forma consciente. Pues bien: en su propio desarrollo, el movimiento del proletariado había comenzado a organizar sindicatos, cooperativas y partidos políticos. Ante esto, la reacción de los doctrinarios consistía en tratar de convencer a los trabajadores organizados que dejaran de hacer lo que estuvieran hacien-

143. Así es, dicho sea de paso, como deben interpretarse, a mi juicio, las palabras de Lenin en el *¿Qué hacer?* sobre la cuestión de la conciencia.

144. Engels, Friedrich. *Principios del comunismo*, Marxists.org, 1847.

do y se concentraran estrictamente a promover el medio de lucha preferido por el doctrinario en cuestión. Proudhon, por ejemplo, afirmarí: dejad los sindicatos y partidos, no sirven. Ceñíos a la construcción de cooperativas, bancos de crédito y similares. Fourier se movería en una línea similar: nada de sindicatos y partidos, construyamos falansterios. Blanqui afirmarí, a su vez, que los sindicatos y grandes partidos debían ser abandonados en pos de pequeñas sociedades de conspiradores. La característica definitiva de los doctrinarios es que no pretenden elaborar la teoría del movimiento proletario, sino *sus* teorías particulares de la emancipación. La postura de Marx y Engels es radicalmente opuesta. En lugar de decir al proletariado que abandonara su lucha económica y política para ceñirse a un plan esotérico, trataron de que el movimiento real tomara una conciencia clara de sus objetivos finales y las condiciones de su emancipación. Al dotarse de esta conciencia, el proletariado se dotaría a su vez de la clase de organizaciones necesarias para estos fines.

En este sentido, la lucha de Marx y Engels por la claridad teórica es el fundamento de una lucha por la claridad *programática*. A nivel político, la primera es un medio para alcanzar la segunda: para asegurarse que los objetivos por los que el movimiento proletario se compromete a luchar están en coherencia con las condiciones requeridas para su emancipación. La teoría, como concepción de las leyes que rigen el organismo social, *determina* el programa. De ahí que el utopismo y el dogmatismo solo den lugar a mistificaciones, al estar presos de aquellas que el propio capital segrega, y con ello esbocen opciones políticas impotentes.

Como se afirma en el Anti-Dühring:

*La misión histórica del proletariado moderno consiste en llevar a cabo esa acción liberadora del mundo. La tarea de la expresión teórica del movimiento proletario, la tarea del socialismo científico, es descubrir las condiciones históricas de aquella acción y, con ello, su naturaleza misma, para llevar a consciencia de la clase hoy oprimida llamada a realizarla las condiciones y la naturaleza de su propia tarea.*¹⁴⁵

145. Engels, Friedrich. *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring (Anti-Dühring)*, Marxists.org, 1878, pp. 281-282.

2.12. FORMA E HISTORIA

Me gustaría volver sobre una expresión recién utilizada: la idea de que el partido marxista revolucionario –o Partido comunista¹⁴⁶– constituye la *forma acabada* de partido obrero. La fórmula conecta con algunos aspectos centrales del marxismo como un todo. Todos pueden condensarse en la idea de que, por expresarlo del modo más sencillo posible, las cosas, procesos históricos, etc. tienden, como resultado de su propio desarrollo, hacia unos fines determinados que son intrínsecos a lo que son, y tienen por lo tanto formas más y menos acabadas, formas que corresponden a diferentes momentos de su proceso de desarrollo.¹⁴⁷ Esto *no* significa que se trate de un proceso lineal, mecánico o automático, ni que la acción de individuos como ellos pueda prevenir por completo que estos partidos consigan sortear todas las dificultades y contratendencias que atentan, en una sociedad capitalista, contra la independencia política del proletariado.¹⁴⁸ Sí significa que cada movimiento de clase tiene criterios *internos* que permiten evaluar su adecuación a *lo que es*, su coherencia con sus propios fines (o “misión histórica”). Que los fines y criterios sean internos –o “inmanentes” si se quiere un término más técnico– implica que no dependen de la opinión de uno u otro individuo (Marx, Engels, o quien sea). Y permite determinar si el movimiento socialista está siendo coherente con sus propios fines –la emancipación de la clase obrera–, si está representando *realmente* su programa e intereses universales, o si, por el contrario, están desviándose de ese objetivo y corrompiéndose sin remedio. Y permite, por último, identificar los medios necesarios para cumplir esos objetivos –la acción política independiente– y por ello evaluar críticamente los medios del presente.

Aplicado a la historia, esto da lugar a una visión que, en lo que a la praxis respecta, reniega de toda pasividad sin caer en el voluntarismo. Aplicado específicamente a la lucha de clases, esto da lugar a la visión, vehementemente defendida por Lenin,¹⁴⁹ según la cual esta toma su forma acabada en tanto

146. Sobre la identidad de ambos conceptos ver Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 78.

147. Marx, por ejemplo, se refiere a la AIT como “primera forma histórica” de la Internacional. Ver Marx, Karl. “Crítica del programa...”.

148. Nimtz, August. *The Ballots...* p. 19.

149. Lenin, Vladimir. “Nuestra tarea inmediata”, *Marxists.org*, 1899.

que lucha de clases cuando el proletariado se constituye en partido, porque solo entonces el antagonismo de intereses entre burguesía y proletariado se convierte en el antagonismo consciente y organizado entre dos programas históricos – dos formas de organización social– contrapuestos. Aplicado a la cuestión de la evolución histórica del partido, da lugar a la tesis anteriormente señalada. Es la misma racionalidad que encontramos en Lenin, cuando se refiere a:

La forma superior de unión de clase de los proletarios, el partido revolucionario del proletariado (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble).¹⁵⁰

150. Lenin, Vladimir.
La enfermedad... p. 74.

En otras palabras, la visión de la historia de Marx y Engels, según la cual la lucha de clases es un largo proceso de maduración histórica, permite identificar simultáneamente: los fines a los que cada fuerza, movimiento, etc. debe tender si quieren realizar sus objetivos (1), las tareas inmediatas, derivadas del grado de desarrollo concreto del movimiento mismo, cuyo cumplimiento permitiría contribuir a empujarla hacia la conquista de estos objetivos (2). En otras palabras: permite aprehender las tareas del presente en base a los fines internos de la cosa misma; nos muestra cuál habría de ser su forma más desarrollada; entregándonos, de este modo, tanto un proyecto como la vía para realizarlo.

Desde esta perspectiva podemos observar la coherencia entre la actitud de Marx y Engels con respecto a los partidos obreros y el hecho de que trataran de destilar, del análisis científico de la lucha de clases, un concepto de partido que no coincidía exactamente con ninguno de ellos, y que sin embargo comprendían como su fin interno o forma más desarrollada. Captar este fin, así como esta tendencia, es a su vez destilar un *proyecto* para los comunistas: darle impulso y forma consciente.

Es importante recordar que Marx y Engels fueron personalmente testigos de esa tendencia. De la proliferación de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

sectas y la aparición de las primeras organizaciones económicas de resistencia a la emergencia del cartismo como “el primer partido obrero de los tiempos modernos”. Del cartismo, todavía exclusivamente nacional y sin bases teóricas claras, a la Internacional como organización abiertamente comprometida con la autoemancipación de la clase trabajadora mundial, el fin de la dominación de clase y la necesidad de constituir partidos obreros independientes en todos los países. De la Internacional a la formación, en Alemania y Francia, de partidos obreros independientes sostenidos sobre bases políticas socialistas, y vinculados entre sí como partes de un mismo movimiento histórico. De ahí –con la muerte de Marx de por medio, y por ello con Engels como único testigo– a la conversión de este vínculo en la Segunda Internacional como unión no ya de diferentes organizaciones obreras, sino de partidos obreros de masas fundados en un programa político socialista y revolucionario; un movimiento que unía a gran parte del proletariado global “bajo la bandera de la revolución socialista, visto por los capitalistas de todo el globo como una amenaza para su existencia”.¹⁵¹ Partidos, decíamos, que a pesar de albergar elementos oportunistas en su seno contaban también con un poderoso ala marxista dispuesta a defender consecuentemente este programa –y que como hemos visto Engels concebía como un único “partido socialista”.¹⁵² Y, además, de “la multitud de confusos evangelios de las diferentes sectas” a “una sola teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha”.¹⁵³ Todo lo anterior son progresos dentro de una misma línea, de la vía de la independencia política como proceso que fue creciendo, puliéndose y perfeccionándose. Como apunta Mike Macnair:

La verdadera concepción esencial es la de un programa para el poder político: que la clase obrera necesita la democracia política como medio para su propia emancipación, en el camino de la emancipación de todos los seres humanos, independientemente de su sexo o raza; que la clase obrera aspira a tomar el poder para superarse; que tiene que tomar el control colectivo de los medios de produc-

151. Taber, Mike. “The Second International’s”

...

152. Engels, Friedrich. “El problema campesino en Francia y Alemania”, *Marxists.org*, 1894.

153. Engels, Friedrich. “Prefacio de Federico Engels... p. 24.

ción. Esta idea elemental se convierte en el instrumento para la creación de enormes partidos de masa socialistas e incluso más, en un sentimiento socialista de masas. La existencia, a través de la mayor parte de Europa, de estos partidos de masa socialistas y de este sentimiento socialista de masa, hizo posible que en 1916-18 se plantease la cuestión de que la clase obrera tomase verdaderamente el poder. Sin la organización política de la clase obrera y la unidad efectiva para este proyecto, de una clase que se hace consciente de su propia fuerza y, por lo tanto, de la posibilidad de tomar el poder, no podría de hecho haberse planteado de verdad la cuestión de tomar el poder.¹⁵⁴

154. Macnair, Mike. "Las lecciones de Erfurt...", p. 8.

2.13. FINALMENTE: EL CONCEPTO DE PARTIDO MARXISTA

La definición más elemental de partido marxista sigue siendo simplemente: un partido donde el socialismo se una con el movimiento proletario. Este partido revolucionario es el vehículo de la acción política independiente de la clase trabajadora, cuya escala debe ser internacional.

Los pilares de este concepto de partido son los siguientes:

La conciencia socialista (1); la independencia política del proletariado (2); su carácter de masas (3); su carácter centralizado y democrático (4); el internacionalismo proletario (5); la lucha por la conquista del poder político –por establecer el gobierno revolucionario del proletariado– (6).

En cualquier caso, no pretendo defender que Marx y Engels lo dejaran todo inventado, o que todo lo anterior fueran innovaciones suyas. Lo que legaron fue unas líneas estratégicas generales, líneas que incluyen la clase de instituciones que necesita el proletariado para alcanzar su emancipación, sostenidas sobre una serie de principios políticos extraídos del análisis científico de la lucha de clases y la participación en el movimiento de la clase obrera por su emancipación. En otras palabras: un conjunto de elementos que nos permiten

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

distinguir esta tendencia. Seguir dando cuerpo a este esqueleto estratégico fue una tarea llevada a cabo por sus mejores seguidores y herederos.

La trayectoria política de Marx y Engels demuestra una coherencia más que notable con las líneas generales puestas sobre la mesa en *El Manifiesto Comunista*: reivindicar la necesidad de construir partidos obreros independientes, trabajar dentro de ellos por la máxima claridad teórica, programática y política. En otras palabras, por su transformación en Partidos –que no sectas– Comunistas.

Ambos tenían claro que la otra cara de la necesidad de construir partidos obreros con un programa revolucionario es la lucha incesante porque el partido adopte una *línea de acción propiamente revolucionaria*, pues de lo contrario cualquier programa amenaza con convertirse en una serie de consignas abstractas. Así, tanto Marx como Engels realizaron un trabajo incansable por ayudar a los socialistas de los diferentes países a dilucidar las vías de acción correctas con respecto a los desafíos objetivos con los que la historia confrontaba a su movimiento.¹⁵⁵

A su vez, ambos veían la lucha por la máxima claridad programática como un elemento esencial de esta lucha por la clarividencia práctica. La crítica engelsiana al futuro programa de Erfurt es especialmente relevante para esta cuestión, al tratarse de un programa marxista y al tratarse el SPD del ejemplo más cercano que conocieran del concepto de partido por ellos defendido.¹⁵⁶ Engels afirma:

Las reivindicaciones políticas del proyecto tienen un gran defecto. No dicen lo que precisamente debían decir. Si todas esas 10 reivindicaciones fuesen satisfechas, tendríamos en nuestras manos más medios para lograr nuestro objetivo político principal, pero no lograríamos ese objetivo. [...] Pero sería peligroso tocar ese tema [el de la forma del Estado]. No obstante, sea como fuere, las cosas deben ponerse en marcha. Hasta

155. Hal Draper detalla formidablemente esta cuestión a lo largo de los cinco volúmenes de *Karl Marx's Theory of Revolution*.

156. Lenin afirmaría en 1920: "La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, a escala histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia revolucionaria alemana [...] estaba más cerca que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar". Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 53.

qué punto eso es necesario lo prueba precisamente ahora el oportunismo que comienza a propagarse en una gran parte de la prensa socialdemócrata [...] Quieren convencer a sí mismos y al partido de que “la sociedad actual se integra en el socialismo”, sin preguntarse si con ello no está obligada a rebasar el viejo orden social; si no debe hacer saltar esta vieja envoltura con la misma violencia con que un cangrejo rompe la suya. Semejante política sólo puede llevar, en fin de cuentas, al partido a un camino falso. Se plantean en primer plano problemas políticos generales y abstractos, encubriéndose de este modo los problemas concretos más inmediatos, los que se plantean de por sí en el orden del día al ocurrir los primeros grandes acontecimientos, en la primera crisis política. ¿Qué puede resultar de ello, además de que el partido se vea impotente en el momento decisivo, que en los problemas decisivos reine en él la confusión, no exista la unidad, por la simple razón de que estos problemas jamás se han discutido? [esto es, la conciencia de la necesidad de la dictadura del proletariado] Este olvido de las grandes consideraciones esenciales a cambio de intereses pasajeros del día, este afán de éxitos efímeros y la lucha en torno de ellos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles “honestos”. Pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo “honesto” es, quizá, más peligroso que todos los demás. [...] Está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado [...] Pero el hecho de que, en Alemania, no se permite siquiera presentar un programa de partido abiertamente republicano prueba hasta qué punto es profunda la ilusión de que en ese país se pueda instaurar por vía idílicamente pacífica la república, y no sólo la república, sino hasta la sociedad comunista.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Prueba de la lucidez de Engels es que la falta de claridad sobre la cuestión de la forma del Estado –sobre la necesidad de que el proletariado haga saltar la envoltura del viejo orden estatal capitalista “con la misma violencia con la que un cangrejo rompe la suya” e instituya el Estado-Comuna– estaría en la misma raíz de la bancarrota del SPD.

Esta confusión abre una puerta al oportunismo: de ella se sigue la tendencia hacia el gradualismo/legalismo –y con esta última la creciente dependencia con respecto a las burocracias sindicales, garantes del oportunismo– que su ala marxista se mostró incapaz de contrarrestar cuando las circunstancias se volvieron cada vez más adversas.

Si la variante de la “ortodoxia” defendida por las principales figuras del ala centrista del SPD tal y como se constituyó a partir de 1910,¹⁵⁷ con la renuncia velada a las posiciones revolucionarias, fue incapaz de combatir con éxito esta tendencia –y acabó sucumbiendo a ella– es porque esta se veía “envilecida” –según la expresión de Lenin– por dos problemas centrales: la tendencia a considerar la acción política de la clase obrera en términos estrechamente nacionales¹⁵⁸ y la falta de rigor revolucionario de su cuestionamiento de la *forma* del Estado.¹⁵⁹ Estas son el reflejo intelectual de la política de unidad a toda costa que llevaría al posterior colapso.

Existió, sin embargo, quien mantuvo alzada la bandera del marxismo ortodoxo ante la traición de los principales partidos de la Segunda Internacional, quien vio la guerra imperialista como vía hacia la revolución proletaria, negándose a colapsar en el socialchovinismo, el “pacifismo” filisteo y la adhesión al propio Estado. Fueron quienes preservaron la lealtad hacia las resoluciones

157. A partir de esas fechas Kautsky, uno de los representantes más importantes de esta tendencia, deja progresivamente de sostener posturas revolucionarias, prefiriendo abandonarlas en pos la “unidad” (que implica unidad *con el oportunismo*) y comenzando así un largo proceso de claudicación.

158. Los dos errores más garrafales derivados de esta tendencia coinciden con los momentos cumbre de la bancarrota política de Kautsky: su negativa a exigir una acción resuelta contra la guerra en 1914, que le hizo subordinarse a la mayoría socialchovinista, y su incapacidad para comprender la necesidad de una guerra civil europea en 1918. A partir de entonces Kautsky no hizo más que profundizar en la infamia.

159. En líneas generales, el centro del SPD era ambiguo con respecto a la cuestión del Estado, fracasando a la hora de combatir eficazmente la ilusión (oportunista) según la cual “tomar el poder” equivaldría a conseguir una mayoría parlamentaria y aprobar legislación “socialista” (algo contra lo que Kautsky, quien también colapsara en el centrismo, sí había argumentado abundantemente. Considero, sin embargo, que el reproche de Lenin a Kautsky por no haber abordado con suficiente claridad e insistencia la cuestión Estado-Comuna es correcto). Así, pronto el centrismo fue incorporando cada vez más elementos oportunistas –estatismo, tendencia al nacionalismo, legitimación del “Estado de derecho”

burgués— que condujeron a su bancarrota política. Su incapacidad para hacer frente al fascismo no fue más que un resultado lógico de su renuncia a apostar por la revolución europea en 1918.

160. Ver Lih, Lars. “A New Era...” y Taber, Mike. “The Second...”.

161. Su confianza en que la acción espontánea de las masas resolvería cualquier problema político cegó a la izquierda ante la necesidad de construir un auténtico partido en momentos no revolucionarios o a luchar por el liderazgo en los partidos existentes... Llevándolos a la impotencia cuando el estallido espontáneo finalmente tuvo lugar.

162. Conviene recordar que el marxismo revolucionario forma una suerte de “centro” del movimiento obrero, circundado por un ala izquierdista-espontaneísta (anarquista o anarquizante) y un ala derechista-opportunista (socialdemócrata). Así lo vieron siempre los bolcheviques (como resulta diáfano en toda la obra de Lenin). Ahora bien, este centro no tiene nada que ver con lo que se conoce como “centrismo”, que no es más que una claudicación al oportunismo de derecha revestida de falsos ropajes marxistas. Es más bien un punto medio virtuoso entre dos formas de unilateralidad.

163. Lazarus, Sylvain. “Lenin and the Party. 1902-1917”, en *Lenin Reloaded: Towards a Politics of Truth*, Duke University Press, Durham, pp. 255-268.

y principios de la Internacional que los grandes partidos habían traicionado.¹⁶⁰

El actor más formidable en este sentido no provenía del ala más izquierdista-espontaneísta de la Internacional, (Pannekoek, sindicalistas revolucionarios, etc.¹⁶¹) sino de un *partido* que en las diferentes coyunturas se había mantenido fiel a la línea política de la ortodoxia marxista, revelándose capaz de desarrollarla y aplicarla en los contextos más variados.¹⁶² Un partido que supo sintetizar, sistematizar y encarnar la forma acabada del concepto de partido arriba descrito: el Partido bolchevique que tomara el poder en la Rusia de 1917 e impulsara la creación de la Tercera Internacional como partido de la revolución mundial.

De ahí que hoy —como hiciera el propio Lenin en 1920— podamos hablar de “bolchevismo” no solo como una corriente específicamente rusa, sino como la encarnación ejemplar del marxismo revolucionario.

2.14. CORTES, CORTES, CORTES

Quien haya tenido la paciencia de leer todo lo anterior no podrá más que pensar que Sylvain Lazarus se debió dar un golpe devastador en la cabeza antes de defender públicamente y por escrito que la concepción del partido de Lenin supone una novedad absoluta con respecto a las “ideas de Marx”, presuntamente vinculadas a la insurrección espontánea de la clase.¹⁶³ Para vuestra tranquilidad, aclaro que Lazarus, al menos que yo sepa, no se ha dado ningún golpe. Su argumento es clamorosamente falso, pero responde a una clara intencionalidad política. También tiene varias consecuencias evidentes. En primer lugar, al separar de este modo a Marx de Lenin la política de Marx acaba identificándose... con la de Bakunin. Esto es, con aquello que combatiera durante toda su vida. En segundo lugar, al olvidar que “Lenin no rompía con la práctica política o las concepciones de Marx y Engels en ¿Qué hacer? y

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

no desarrollaba [en lo que al concepto marxista de partido se refiere] ningún tipo de argumento original¹⁶⁴ el concepto de partido de Lenin acaba distorsionándose sin remedio, identificándolo con una suerte de secta blanquista... lo que supone empujar al propio Lenin al espontaneísmo. De este modo, se pierden los elementos centrales que dan forma a la tendencia revolucionaria-política –necesidad de la acción política independiente, necesidad del Partido revolucionario de masas. Y lo que es más importante, pues aquí reside la intención de Lazarus: la arbitrariedad del primer corte (entre Marx y Lenin)¹⁶⁵ legítima introducir un segundo corte igualmente arbitrario (entre Lenin y nosotros), y, de ese modo, *declarar caduca la forma-partido*, e incluso el concepto de revolución. Como resultado, se cuadra el círculo: lo que Lazarus, ese abogado de la “novedad absoluta”, acaba defendiendo es... una política que oscilará inexorablemente entre el espontaneísmo y el oportunismo de derechas.

Encontramos un ejemplo similar, aunque con la ventaja de tratar de ofrecer argumentos, en la corriente de la comunicación, hoy capitaneada por el colectivo Endnotes. El centro de su línea teórica consiste en un intento de justificar que las transformaciones de la lucha de clases en el último siglo obligan a abandonar el marxismo revolucionario y sus conceptos centrales (Partido, dictadura del proletariado) para pasarse con armas y bagajes al bando del anarquismo (renuncia a la acción política en favor de la acción directa espontánea, comunismo como extensión de esta acción espontánea, sin necesidad de organización política, tránsito directo al comunismo sin un periodo de transición de por medio).¹⁶⁶ Todo lo anterior no tenía sentido en 1870... y no lo tiene ahora. De nuevo, un supuesto corte histórico, la (presunta) novísima novedad del presente, sirve para legitimar... que se abrace ciegamente algo tan nuevo como la política de Bakunin.

Los ejemplos podrían multiplicarse (el comunismo de consejos y Paul Mattick como ejemplos de espontaneísmo, el estalinismo y la política de “frentes populares” y “vías na-

164. Ver Parkinson, Donald. “Without a Party...”. Véase también Lih, Lars. *Lenin Rediscovered...* Conviene señalar que *ni un solo de los primeros bolcheviques defendió jamás que el ¿Qué hacer? contuviera un nuevo concepto de partido*. Ver Lih, Lars. “How a Founding Document Was Found, Or One Hundred Years of Lenin’s What Is to Be Done”, *Kritika: Explorations of Russian and Eurasian History*, vol. 4, no.1, 2003, pp. 5-49. La brillantez del ¿Qué hacer? consiste en haber dado con un modelo de Partido que podía, en las circunstancias excepcionales de la Rusia de principios de siglo, encarnar de la forma más fiel posible el concepto de partido del marxismo revolucionario. Por un lado, Lenin entendió siempre estas circunstancias (la autocracia) como una *limitación* que impedía al partido alcanzar su forma más desarrollada, sosteniendo que la ampliación de las libertades políticas era imprescindible para poder adecuarse más fielmente al concepto marxista de partido (como de hecho sucedió en 1905). Por otro, atacó a quienes convertían falazmente estas limitaciones en un argumento en favor de la imposibilidad formar el partido, demostrando que su creación era tan necesaria como posible.

165. Sobre esta cuestión ver Nimtz, A. *The Ballots...*

166. Así, Endnotes formula la que quizás es la expresión más sintética de la visión fantástica del socialismo que se defiende

desde la tendencia espontaneísta. Este vendría a ser “una oleada imparable de ocupaciones”. Friends of the Classless Society, “Contours of the World Commune”, en *Endnotes* 4, 2020, p. 186. Sobre la puerilidad de esta visión, véase VVAA, “¿Qué hacer en tiempos de debilidad?”, *Contracultura*, 2023, donde los autores, provenientes de estas tendencias ultraizquierdista, dan pasos importantes para pasar de la línea espontaneísta al marxismo.

cionales al socialismo” como recaída en el oportunismo de derechas, etc.). Lo que demuestran es simple: la tozuda continuidad de las tres tendencias anteriormente descritas, por debajo de toda la novedad que se quiera, su carácter mutuamente excluyente, y la necesidad de optar por una de ellas. La novedad debe ser tenida en cuenta a la hora de *aplicar* las líneas generales de cada tendencia, adecuándolas a un contexto determinado, no utilizarse como excusa para atribuir a causas externas la propia predilección por una de ellas.

3. ¿QUÉ (DES)HACER?

La situación actual es la siguiente. Solo existe una política: la política burguesa. Por un lado, un liberalismo crecientemente reaccionario, cuando no colindante con el fascismo. Por otro, la socialdemocracia, el viejo oportunismo de derechas. Su trayectoria ha consumado las tendencias que llevaba inscritas. Declaró lealtad absoluta al propio Estado¹⁶⁷ y educó al proletariado en la conciliación de clases, la sumisión al Estado-nación y la defensa de los procesos nacionales de acumulación, imperialismo incluido. Proclamó, por lo alto o por lo bajo, la posible armonía de los intereses de clase, esa alianza entre lobos y corderos. El coalicionismo, la política de los Bernstein y los Millerand, la idea de gobernar el propio Estado burgués y la consiguiente alianza con sectores burgueses, era ahora parte de su ADN. Se alineó políticamente con el capital, y convirtió los sindicatos y partidos socialdemócratas en instancias de mando de este último sobre el proletariado. El surgimiento de esta capa burocrático-aristocrática en el seno de la clase obrera es uno de los acontecimientos más relevantes del pasado siglo. Conquistó los espacios de poder del movimiento obrero, y comenzó a dirigirlo, desviándolo de la lucha de clases. Incrustó sus instituciones el Estado, y con el apoyo de este último hizo lo posible por aniquilar cualquier resto de independencia de clase del proletariado, bloqueando toda iniciativa que apuntara en esta línea con medios que oscilaron entre la censura, la represión burocrática y policial e

167. En palabras de Donald Sassoon: “Era como sí [...] la socialdemocracia hubiera aceptado la visión leninista de la política con un giro particular: el Estado burgués no puede ser reformado, solo destruido; y como no querían destruirlo, lo aceptaron en su totalidad”. Sassoon, Donald. *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Tauris, Londres, 2010, p. 129.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

incluso la aniquilación física. Predicó las virtudes de los sistemas políticos occidentales, formas maquilladas de dictadura de la burguesía, aceptando y propagando que eran en efecto democracias, y de hecho las únicas democracias posibles, a la par que ensalzaba el trabajo duro, el interclasismo, el egoísmo estrechamente nacional, la subordinación al salario, la familia y el Estado.

Cuando, temerosa de la revolución, la burguesía hubo de realizar concesiones materiales para asegurarse preservar el poder, la socialdemocracia vivió su momento estelar. Su política consistió en utilizar estas concesiones, así como los periodos de crecimiento y expansión económica, para soldar el sometimiento de la clase obrera. Esta ya no era una clase dotada de la misión histórica de emancipar a la humanidad, sino, en el mejor de los casos, la base productiva de la nación, sujeto de políticas “desde arriba” que mejoraran sus condiciones materiales. El papel central de la socialdemocracia –la subordinación política de la clase obrera al propio Estado-nación y los procesos de acumulación nacionales– se implementó fuera del centro imperialista a través de formas de nacionalismo radical, vestidas en ocasiones de “comunismo” y habitualmente realizadas por regímenes bonapartistas.

La era dorada de la política obrera burguesa fue posible, como decíamos, por el formidable ciclo económico de posguerra y la necesidad de la burguesía de realizar una serie de concesiones materiales para evitar que su dominio político y económico fuera puesto en entredicho. La unidad de ambos elementos hizo factible ofrecer a la clase obrera un pacto social dotado de una cierta estabilidad: explotación a cambio de condiciones materiales en progresiva mejora (proceso desigual y combinado en lo que a su realización a escala internacional se refiere con el centro imperialista occidental mostrando, de lejos, los resultados más notables, y del que en ciertas latitudes solo llegaron los ecos).¹⁶⁸ La lucha obrera burocráticamente gestionada trastocó el modelo de búsqueda de conquistas colectivas y control creciente sobre

168. Este fenómeno tuvo su expresión más acabada en el centro imperialista, pero no puede circunscribirse exclusivamente a este. Encontramos fenómenos similares en el Oriente Medio de los Partidos Baaz, en cierto periodo de la Argentina de Perón o el Perú de Velasco Alvarado, la India de Nehru, etc.

169. No está de más recordar que lo que molesta a Antoni Domènech del socialismo histórico es su compromiso con la independencia política del proletariado, y que una de las claves del argumento de *El eclipse de la fraternidad* es la insistencia en que los partidos socialistas debían haber aceptado la vía revisionista-interclasista de los Jaurès, etc. Esto es, convertirse al republicanismo *burgués*.

170. El laborismo inglés, que nunca había sido un partido marxista y tenía por lo tanto poco que borrar por esa parte, se ocupó sin embargo de modificar el punto de sus estatutos que establecía el compromiso con la propiedad pública de los medios de producción.

171. La fijación obsesiva con Thatcher y Reagan como epítomes del neoliberalismo tiende a oscurecer el papel central que jugaron los socialdemócratas (así como los (ex) comunistas del bloque del Este) en la ejecución de las reformas neoliberales: véase los casos de Australia y Nueva Zelanda, la España de González, Mitterrand y Jospin en Francia, Blair y Brown en Reino Unido, Schröder en Alemania, etc.

172. Sobre esta persistente —y de hecho inevitable, mientras las políticas hayan de mantenerse dentro del marco

los procesos sociales por el del consumo individualizado, las concesiones corporativas y la sumisión hacia la burocracia estatal y sindical, ya formalmente fusionadas. Pronto los partidos obreros liberales hicieron explícito lo implícito en línea política: ahora serían “partidos del pueblo”.¹⁶⁹ Con metódica coherencia, fueron extrayendo de sus programas y estatutos lo que llevaba décadas siendo papel mojado: el marxismo, e incluso todo aquello que sonara excesivamente colectivista.¹⁷⁰ Preservaron el control del movimiento obrero mientras este no hacía más que debilitarse, a la vez que abandonaban cualquier apelación a lo obrero en pos de un discurso que ya era neta e inequívocamente un discurso de clases medias: modernización, mérito, ascenso social. Abrazaron el liberalismo sin matices retóricos, procediendo a aniquilar los sistemas de concesiones a la clase trabajadora cuando el capital así lo dictó.¹⁷¹ De partidos reformistas de masas pasaron a ser máquinas electorales estructuradas en torno a una densa red clientelar, engarzada a unas menguantes burocracias sindicales. Mientras el proletariado occidental se empobrecía, un breve ciclo de crecimiento económico encabalgado sobre la financiarización y el desarrollo productivo del Sur global dotó a esta política de clases medias de sus bases materiales: ahora la política, en sentido estricto, parecía consistir en una serie de disputas culturales desplegadas sobre un consenso esencial en torno a la liberalización económica.

Los hermanos pequeños de la socialdemocracia, los partidos llamados comunistas, completaron un proceso similar, solo que a escala menor. Igualmente comprometidos con su Estado-nación, igualmente defensores de una política interclasista, pronto pasaron a fundirse con otras fuerzas pequeño-burguesas en pos de preservar una porción del menguante pastel electoral, cuando no, como en el caso de los países del Este, a pasar alegremente a integrar una nueva clase política capitalista. La aceptación del Estado burgués como espacio natural e insuperable de la política se acompañaba de cierto nacionalismo económico,¹⁷² supuesto dique frente a los desmanes de la globalización, y la voluntad de preservar un Es-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

tado del bienestar en descomposición. La idea de superar el capitalismo desapareció del horizonte político, aunque fuera (como llevaba décadas siendo) como mera consigna incapaz de concretarse y evidentemente contradicha por la propia práctica oportunista. Ahora incluso eso quedaba obsoleto: en este nuevo estadio bastaba con revertir el neoliberalismo y promover la “justicia social”. El marxismo, declarado desfasado, fue relegado al papel de comparsa mientras se sustituía por diversas ideologías interclasistas. Amos y señores de ese nicho social menguante que era la militancia política, se ocuparon de que esta sirviera para convertir toda política en política reformista, canalizando hacia la vía oportunista todas las energías que pudiera capitalizar. Desde sus posiciones en el menguante movimiento obrero y unos “movimientos sociales” siempre minoritarios podían asegurarse de que estos, en líneas generales, se mantuviesen dentro de sus coordenadas. Cumplieron así, a pesar de su creciente insignificancia, un papel crucial a modo de cierre *por la izquierda* del bloque capitalista. Allí donde alcanzaron cierta relevancia, se desempeñaron como socios menores en gobiernos socio-liberales (Rifondazione Comunista) o pasaron ellos mismos al socioliberalismo dentro de gobiernos de coalición (el PT brasileño, el Frente Amplio uruguayo). Por último, el “bolivarianismo” –y el chavismo en el que este tuvo su centro—alcanzó mayores niveles de radicalidad y confrontación con las oligarquías propias y ajenas sin por ello romper con los elementos esenciales de la socialdemocracia, incluido su nacionalismo, preservando los elementos esenciales del aparato estatal de la burguesía, de modo que fue incapaz de añadir ninguna novedad sustancial al marco estratégico de la vía parlamentaria a un socialismo que, por definición, nunca llega.¹⁷³

No es de extrañar que el espontaneísmo floreciera en medio de este escenario sombrío. Se le unía, además, la voluntad de la clase media de organizarse en torno cuestiones presuntamente ajenas a la clase, lo que solo podía derivar en un corporativismo que a menudo se ocultaba a sí mismo su auténtica naturaleza a través de la radicalidad vacía y la pro-

de la socialdemocracia—realidad ver Merchant, Jamie. “Fantasías de secesión: una crítica del nacionalismo económico de izquierda”, *Contracultura*, 2024.

173. En rigor, lo que el chavismo enseñó a la izquierda postcomunista fue la potencialidad de un candidato carismático con un discurso populista (polarización pueblo-élites) en un contexto de crisis política. El problema de lo anterior es que no es más que una nueva vía para engrasar el proyecto oportunista de hacerse cargo del go-

bierno del Estado capitalista. De hecho, a pesar de la diferencia entre las coyunturas, el trayecto de Podemos y el de Rifondazione Comunista sigue líneas similares (entrada en gobierno de coalición socio-liberal, desintegración y reunificación de la “izquierda alternativa” en torno a un proyecto más abiertamente adocenado).

174. Véase ese prodigio de sofistería e inanidad argumental que es Holloway, John. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Melvin, Venezuela, 2005. Para una crítica, ver Macnair, Mike. “Closed Marxism”, *Weekly Worker*, 2016 y Lebowitz, Michael. “Holloway’s Scream: Full of Sound and Fury”, *Historical Materialism*, vol. 13, no. 4, 2005, pp. 217-231.ç

175. Debo este punto a Gaspar Juncales.

176. Para una crítica ver Aguiriano, Mario. “Huidas hacia ninguna parte. Una crítica marxista de la ideología de la huida”, *Res Publica*, vol. 25, no. 2, 2023, pp. 233-249.

moción de formas organizativas laxas. Ahora todo quedaba fiado a la acción directa, el estallido espontáneo y la creación de espacios presuntamente ajenos al capital, cuando no en un trasunto de la política fundado en la transformación individual. La palabra “Partido” era ahora un término sucio, e incluso la misma organización era sospechosa. En sintonía con el liberalismo, la idea de una conquista del poder político por parte de la clase obrera pasó a identificarse con una fantasía totalitaria. Era, además, innecesaria, porque el mundo podía cambiarse sin tomar el poder, tesis que fue respaldada por la avasalladora cantidad de o pruebas y mucha retórica.¹⁷⁴

La idea de fondo, en el mejor de los casos, era tan vieja como el economicismo criticado por Lenin: reducir la apuesta a “dar a la lucha económica un carácter político”, complementada por un retorno de Proudhon: la voluntad de crear pequeños espacios autogestionarios, el “comercio justo”, la construcción de “islas de libertad”, etc. Esta clase de iniciativas no hacen sino reeditar la vieja fantasía anarquista-pequeñoburguesa de construir una sociedad emancipada sobre la base de la pequeña propiedad.¹⁷⁵ En ambos casos, la transformación social se concebía como la ampliación espontánea de esto tipo de luchas y proyectos.¹⁷⁶

La variante más organizada lo apostaba todo al sindicalismo. De la acción particular y los movimientos de resistencia emergería espontáneamente un movimiento general. La misma pretensión de organizar la lucha revolucionaria en un sentido general (esto es, político), no digamos de dirigirla, debía ser consagrada al basurero de la historia, junto con los programas políticos, los Partidos revolucionarios (los reformistas podían seguir existiendo, y hasta se les votaba), y en general todo aquello que había estructurado la tendencia marxista. Hablar de “centralismo democrático” te convertía en un híbrido entre un dinosaurio y Lavrenti Beria. Hablar de Marx era hablar de una antigualla, quizás sugerente, pero desde luego también anacrónica y peligrosa. La emancipación, otro término en desuso que sin embargo era preservado como una combina-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

ción paradójica de sueño distante y realidad inmediatamente posible, pasaba ahora a identificarse con un estallido espontáneamente perpetuado hasta el infinito, o a la proliferación igualmente espontánea de los espacios “liberados” como aquellos donde los nuevos activistas echaban las tardes. Las luchas debían estar fragmentadas por decreto, y ser todo lo locales posible. La lucha política revolucionaria –y la consiguiente necesidad de organizarse al nivel del Estado para *combatir* al Estado– era anatema: algo, en el mejor de los casos, que se daría en un futuro, cuando las revueltas o estallidos apuntaran hacia la misma. La tarea del presente era combinar la acción económica con la denuncia mediática y la construcción de espacios “libres”. No podía, por cierto, existir un “sujeto revolucionario”: lo que habría era una pluralidad de subjetividades. La hegemonía del espacio la poseía una clase de activismo, copado por las clases medias, que se distanciaba orgullosamente del resto de la sociedad mientras construía metódicamente una cultura propia y casi deliberadamente marginal, con sus códigos, su vocabulario, su ideología espontánea, sus ídolos y sus villanos. La variante sindicalista pudo no caer totalmente en esto, pero se mantenía bajo su hegemonía.

En cualquier caso, no había una separación real entre estos movimientos y los partidos socialdemócratas (salvo quizás en la mente fantasiosa de algunos activistas), pues en rigor se mantuvieron bajo su ala, dentro de un “movimiento anti-globalización” en todo momento sostenido e impulsado por políticas reformistas (con un PT brasileño crecientemente socioliberal como principal promotor del “Foro de Porto Alegre”, etc).

De hecho, la forma dominante de conciencia en el seno de la “extrema izquierda” demuestra la perfecta unidad entre espontaneísmo y reformismo: la fetichización de las huelgas y protestas y el seguidismo acrítico hacia cualquier movimiento emergente se combinan con el apoyo entusiasta por el proyecto reformista de guardia: la pleitesía hacia los Tsipras, Chávez y Corbyn.¹⁷⁷

¹⁷⁷. Ver Conrad, Jack. “Marxism versus holy script”, *Weekly Worker*, 2019.

178. Sobre la unidad subyacente entre ambas ver también Pérez, Ani. “Prólogo de la autora a la segunda edición”, en *Las falsas alternativas. Pedagogía libertaria y nueva educación*, Virus, Barcelona, 2023, pp. 19-48, Koltiza, “Constructivismo político y lucha de clases”, *Gedar*, 2019, pp. 2-4 y Draper, Hal. “Bakunin: Reformist Politics” y “Bakunin: Reformist practice” en *Karl Marx’s Theory...* pp. 157-173.

El problema de fondo es que el movimentismo no constituye ni puede constituir una alternativa real al proyecto de la socialdemocracia. Trivialmente: la antipolítica no puede constituir una alternativa *política*, y por ello sanciona implícitamente las opciones políticas existentes, manteniéndose de facto bajo su yugo. Como resultado, ambas corrientes acababan demostrándose perfectamente complementarias.¹⁷⁸ La cuestión es doble: por un lado, la indiferencia hacia la política se trastoca fácilmente en defensa del mal menor. Ya que *no importa*, ¿*qué importa* apoyar a la opción que parezca menos mala? De ahí que el utopismo y el pragmatismo político más romo suelen ser hermanos gemelos, y que los más vehementes movimentistas caigan casi invariablemente ante el doble canto de sirena del oportunismo (o “ilusión” o “alerta antifascista”). El segundo punto, mucho más importante, ya ha sido más señalado: el movimentismo se mueve necesariamente (quiera o no) bajo el conjunto de fuerzas políticas existentes, al ser incapaz de plantear una alternativa a las mismas, y por lo tanto de construir una alternativa revolucionaria. Que sus defensores particulares decidan votar o no, apoyar abiertamente al partido reformista de turno o no, es una cuestión secundaria en comparación con la legitimación implícita del sistema de fuerzas políticas existentes derivada de la renuncia a construir una. De ahí la unidad —a menudo, por cierto, más que explícita— entre movimentismo y partidismo reformista, donde las formas organizativas laxas y “horizontales” del movimentismo permiten que sus integrantes aporten a la estrategia del partido reformista de turno y su programa de clases medias sin mayor cargo de conciencia. La perpetuación de una visión absolutamente utópica e irracional de la revolución como pura combustión espontánea sirve como pantalla ideológica para la reproducción de una práctica que atenta directamente contra las necesidades de la revolución al renunciar a las tareas que esta impone ya a día de hoy. Además, al verse liberados del lastre en términos de reputación que supone la gestión de las instituciones capitalistas, estos sectores perfectamente adocenados, expendedores de todos los productos averiados con los que el liberalismo progresista

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

se viste de radical, pueden hacer al nivel de la calle el trabajo sucio de boicotear y enfangar la emergencia de posturas comunistas. Lo que se reproduce aquí, a pesar de su mayor pátina de radicalidad, es la simbiosis entre los grandes partidos socialdemócratas y las burocracias sindicales, donde el partido reformista es la cabeza y el “movimiento social” el cuerpo.¹⁷⁹

En este sentido, Lenin resumió acertadamente las consecuencias inevitables del espontaneísmo: la “subordinación de la clase obrera a la política burguesa bajo la apariencia de negación de la política”.¹⁸⁰ Esto se extiende, dicho sea de paso, no solo a ese espontaneísmo paródico y absolutamente servil que puede combinar sin rubor la militancia “antirracista” con el apoyo a partidos que mantienen el régimen de los CIES, la falta absoluta de derechos del proletariado migrante y su asesinato sistemático en mares y costas europeos, sino también tanto a sus versiones más extremas (al estilo del anarquismo insurreccionalista) como a las más clásicas (aquellas que limitan el campo de acción del proletariado a la tríada “Ateneo, cooperativa, sindicato”, negando la necesidad del partido).

Pues la indiferencia del movimentismo¹⁸¹ hacia la política conlleva inevitablemente la captura de todo movimiento por la política burguesa. Recordemos el 15-M: estallido espontáneo e interclasista, sin líderes, sin programa explícito, sin estructuras, con demandas políticas vagas y genéricas de naturaleza esencialmente democrático-burguesa, que pronto se ramificó en una pluralidad de acciones económicas. Sirvió, en sí mismo, para mostrar cómo la crisis económica había socavado las bases materiales del orden político, dando lugar a una crisis de representación. Sirvió también como ejemplo de movimiento hegemonizado por las clases medias, donde la clase obrera participó sin poseer una posición política independiente, por lo que las demandas e ideario generales no llegaron a cuestionar la forma burguesa del Estado y la propiedad privada de los medios de producción (en líneas generales, de hecho, podría decirse que las demandas hegemo-

179. Koltza, “Nuevo curso político”, *Gedar*, 2019.

180. Lenin, Vladimir. “Anarquismo y socialismo”, *Marxists.org*, 1901.

181. Ver Marx, Karl. “El indiferentismo en materia política”, *Grupo Germinal*, 1873.

nicas apuntaban simplemente al restablecimiento del pacto social quebrado, embelleciendo este objetivo tan prosaico con consignas poéticas sobre la democracia).

La resaca inmediata del 15-M, acompañada por una crisis que no hacía sino agravarse y la severidad de las políticas de austeridad con las que la Unión Europea trató de acortar salvajemente costes –aplicadas, en el Estado español, por un gobierno derechista inmensamente corrupto—dio lugar a un auge de las luchas económicas, con la emergencia de movimientos de vivienda, de profesores, personal sanitario, parados y precarios, estudiantes, etc., todos ellos acompañados de una serie de demandas políticas. Lo que aconteció después era lo esperable: se había creado un vacío político, y la política aborrece el vacío. Surgió pues alguien dispuesto a llenarlo, un nuevo partido que encarnaba a la perfección la línea del oportunismo de derechas, interclasista y reformista (fiel reflejo, en ese sentido, de las limitaciones ideológicas del propio movimiento), pero desprovisto de la capa de polvo que recubría a sus competidores inmediatos, dispuesto a encaramarse sobre el descontento popular para llegar al gobierno. Un partido concebido como una pura plataforma electoral, creado por un grupo de profesores de la Complutense fogueados en la militancia –desde la UJCE, por la que pasó Iglesias, a las Juventudes Anarquistas que acogieron a Errejón– y la asesoría política –la campaña de Alternativa Galega de Esquerda, coalición entre la Esquada Unida capitaneada por Yolanda Díaz y la escisión del BNG que liderara Xosé Manuel Beiras, les sirvió como campo de pruebas– agrupados en torno a un proyecto mediático –la Tuerka, creado en 2010– y armados con una táctica electoralista extraída de Laclau, Mouffe y las experiencias latinoamericanas.¹⁸² Pronto las figuras que habían destacado en los movimientos espontáneos se convirtieron en flamantes cargos del partido. La magia del momento convertía a activistas en alcaldesas, a generales de la OTAN en paladines del progresismo y a inveterados autónomos en concejales a las órdenes de una antigua jueza esencialmente del PSOE.

182. Partido que pudo utilizar como estructura-esqueleto a una Izquierda Anticapitalista que decidió que había llegado la hora de apostar por el oportunismo de derecha, y a los que posteriormente y para sorpresa de nadie, el partido condenó a la irrelevancia.

En cualquier caso, el movimiento proletario que acompañara al 15-M,¹⁸³ fundido y dirigido siempre por sectores de las capas medias¹⁸⁴ pero capaz de arrancar ciertos espacios de autonomía, acabó diluyéndose ante su propia debilidad cuando los toques de corneta electorales comenzaron a sonar con fuerza. Fragmentado y carente de una política propia, volvió a ocupar el papel de convidado de piedra en una lucha estrictamente interburguesa.

La cuestión aquí no es ponernos a repasar la historia de Podemos, desde el vaciamiento de unos círculos concebidos como pantomima destinada a validar las posturas de la camarilla dirigente, los Vistalegres tragicómicos, el carnaval de puñaladas internas y en general el laborioso proceso de fabricación de las nuevas muletas izquierdas del PSOE (por no olvidar a Más Madrid, ese aspirante a trasunto de los Verdes alemanes). Porque, entre otras cuestiones, Podemos y el ciclo 15-M como un todo no son más que expresiones locales de un fenómeno global, extendido en Brasil, Reino Unido, Sri Lanka, Grecia o EEUU. En su versión más general, este fenómeno no es otro que el fracaso de los movimientos de protesta del ciclo 2008-2020. En su versión más particular, es el fracaso de la cristalización política más llamativa de ese mismo ciclo: la socialdemocracia populista (en sí poco más que una nueva envoltura retórica para la vieja política coalicionista del oportunismo). La absoluta impotencia mostrada por la única expresión realmente exitosa de esta táctica –la victoria electoral de Syriza,¹⁸⁵ que le permitió formar gobierno con el pequeño partido nacionalista de derecha ANEL– sirvió de ejemplo de los límites inherentes a esta apuesta. Pues no cabe olvidar una cuestión esencial: todos los partidos mencionados, desde Syriza hasta Podemos pasando por Corbyn y Sanders, se mantuvieron *leales a su propio orden constitucional*,¹⁸⁶ el marco inmediato de gobierno de la burguesía, y sirvieron como tanto como *instrumentos de restauración* de la estabilidad de ese orden al contener y canalizar hacia su redil las fuerzas del descontento.

183. Ver Carretero Miramar, José Luis. “Pasión y martirio de la clase media”, *Transversales*, no. 64, 2023, pp. 19-23.

184. Ver Tugal, Cihan. “Elusive Revolt: The Contradictory Rise of Middle-Class Politics”, *Thesis Eleven*, vol. 130, no. 1, pp. 74-95; Evans, Dans. *A Nation of Shopkeepers. The Unstoppable Rise of the Petty-Bourgeoisie*, Reaktion Books, Londres, 2023 y Rodríguez, Emmanuel. *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15-M-Podemos*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016.

185. Sobre Syriza, ver Roufos, Pavlos. “If Syriza is the Answer, then the Question is Wrong”, *Brooklyn Rail*, 2015. Por más que difiera de algunas de sus tesis y orientación política, puede encontrarse un interesante recorrido por las diferentes experiencias de la izquierda populista en Occidente en Borriello, Arthur y Jäger, Anton. *The Populist Moment. The Left After the Great Recession*, Verson, Londres, 2023. Sobre la victoria de Syriza como ejemplo de milerandismo ver Macnair, Mike. “Overcoming the power of capital”, *Weekly Worker*, 2015.

186. Podemos prestó su primer gran servicio al “régimen del 78” con el que tanto se llenaba la boca cuando tras la abdicación de Juan Carlos I, con el régimen inmerso en una profunda crisis, se negó a demandar la República. Por su propia

naturaleza, claro está, Podemos no hubiera podido llamar jamás por una república socialista. Eso es obvio. El punto es simplemente que su renuncia a pedir siquiera una república burguesa atestigua su complicidad con el orden constitucional del 78.

De lo anterior debemos extraer un par de lecciones: que las luchas económicas y las movilizaciones espontáneas no sustituyen, sino que complementan, la lucha política (1), que la política, si se renuncia a hacerla, viene dada por las alternativas creadas por otros; alternativas leales al orden político de la burguesía (2), que sin independencia política los movimientos de lucha económica acaban convirtiéndose en “movimientos burgueses de reforma”, soportes de la opción socialdemócrata de turno guiados por las clases medias, o agotándose tras un breve estallido (3) Que, en definitiva, el espontaneísmo y el reformismo se complementan, y constituyen una falsa alternativa (4).

187. Egipto es un ejemplo excelente: ¿quién pudo llegar al gobierno tras la revolución democrática que derribó al gobierno de Mubarak? Un movimiento-partido *reaccionario*, que llevaba décadas organizado y poseía arraigo entre las masas: los Hermanos Musulmanes.

De la protesta de masas no emerge por arte de magia la capacidad de gobernar,¹⁸⁷ así como de lo particular no emerge espontáneamente lo general, y pretender que puede hacerlo nos encierra en una especie de rueda de hámster política; una, en concreto, que produce energía para el partido socialdemócrata de guardia... cuando no, a pesar de sus mejores intenciones, para opciones aún menos potables. Como apunta una reseña de *If We Burn: The Mass Protest Decade and the Missing Revolution*,¹⁸⁸ fascinante crónica global de este último ciclo:

188. Bevins, Vincent. *If We Burn: The Mass Protest Decade and the Missing Revolution*, Hachette Book Group, Nueva York, 2023.

En general, el mismo patrón se aplica a otros lugares: los activistas provocan un levantamiento “sin liderazgos” y las fuerzas reaccionarias organizadas lo explotan en favor de sus intereses. A menudo los activistas se comportan como si el tipo correcto de cambio fuera a emerger espontáneamente, como si este estuviera de algún modo latente en sus actos. Lucas Monteiro, miembro del MPL [movimiento por un transporte público gratuito que llegara a encabezar acciones de masas para acabar siendo capitalizado por la derecha reaccionaria], exhala un lamento que encuentra ecos a lo largo de diversos países y de toda la década: “no teníamos ningún tipo de plan para lo que venía después”. ¡Ay! El poder político aborrece los vacíos. En muchos otros de los entrevistados por Bevin se da hoy un doloroso reconocimiento de la necesidad de habili-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

*dad y tenacidad políticas [...] y un anhelo por el Partido-estratega de Gramsci, el “príncipe moderno”. Bevin concuerda en que la ausencia de organizaciones representativas capaces de producir liderazgos y estrategia fue un factor crucial en la derrota de estos grupos”.*¹⁸⁹

189. Butler, James. “A Circular Motion”, *London Review of Books*, 2024.

La lección más importante que la última década de luchas y estallidos vuelve a demostrar es tan vieja como la carta circular de Marx: la necesidad de reestablecer la independencia política del proletariado. Se necesita una alternativa *política*, porque si el proletariado no tiene una política la política se la harán otros, perpetuando su subordinación, y porque solo el proletariado puede plantear una política que conduzca a la superación del capitalismo. Hace falta un plan, hace falta una estrategia unificada y bien definida, hace falta un programa, hacen falta organizaciones sean instrumentos de una visión política consciente, que puedan organizar la lucha como una lucha política sistemática, responder a la pregunta de *qué hacer después*, combatir la cosmovisión burguesa, actuar al nivel de lo general y presentar por ello una alternativa real el orden político del capital, que no puede ser más que una alternativa *socialista*. Toda la –larguísima, me hago cargo– argumentación anterior es un intento de esbozar *qué clase* de institución necesitamos, así como de las razones que subyacen a esa necesidad. Hace falta, en última instancia, un Partido Comunista.

Como la exposición anterior pretende demostrar, la independencia política es un camino. Comienza en formas embrionarias, y de estas va extendiéndose y desplegándose hasta alcanzar una forma acabada cuando el partido revolucionario es hegemónico en el seno de la clase. Si lo que se aspira a crear es una organización que una el movimiento proletario con la teoría socialista, una organización que aspire a tomar el poder y tenga a su vez un profundo arraigo entre la clase, está claro que no nos encontramos ante una tarea que pueda hacerse por decreto.

La pregunta, por lo tanto, es cuáles deben ser los primeros pasos en la vía de la independencia política. Aquí conviene recordar que a nivel histórico esta comenzó su andadura cuando los sectores más avanzados del proletariado rompieron políticamente con el ala izquierda de la burguesía bajo la que se encontraba subsumidos. Hoy esta ala izquierda es la socialdemocracia, y el actor que actualiza esta subordinación es su *burocracia*, ramificada en un conjunto de instituciones que van desde los “grandes” sindicatos hasta los pequeños partidos y sus juventudes, que organizan de facto el (escaso) movimiento existente. Por los motivos anteriormente descritos, estas estructuras no pueden simplemente esquivarse a través de un rodeo que te pondría mágicamente en contacto directo con las masas. Pero el comunismo, por supuesto, tampoco puede tomar simplemente la burocracia socialdemócrata y utilizarla para sus propósitos. No hay genuina construcción sin un momento de destrucción y ruptura. Hablamos de maquinarias perfectamente engrasadas para servir a los objetivos del oportunismo. Pero esta maquinaria tiene hoy en su extremo izquierdo, y muy especialmente en la fracción juvenil del mismo, un eslabón débil. Las bases materiales que permitían atar al proletariado a los intereses de las clases medias están hoy socavándose progresivamente, y el oportunismo ha mostrado su incapacidad para reconstruirlos en un contexto de sobreacumulación generalizada. La burocracia socialdemócrata cada vez representa *menos* –y desde luego no entusiasmo a casi nadie–, cada vez hay más personas cuyos intereses inmediatos quedan fuera de lo que esta puede aspirar a representar, y esto abre la puerta a que pueda *quebrarse*. Los sectores más avanzados de estos aparatos han experimentado esta incapacidad, y pueden hoy dar a esta experiencia una forma consciente. Para ello, los sectores militantes juveniles, socializados en una crisis económica perpetua, tienen un importante incentivo. Todo indica que les espera un futuro de lucha de clases recrudescida, de polarización del conflicto de clase. El futuro que viene es *una nueva era de guerras y catástrofes*, mediada por esta agudización de las contradicciones de clase.

Aquí cabe introducir una precisión importante: las bases económicas de la lealtad del proletariado hacia su Estado –y la consiguiente hegemonía del oportunismo entre la clase– no pueden *reducirse* a la creación de una aristocracia obrera como capa privilegiada de trabajadores. Esta última no es más que uno de los efectos centrales de una dinámica más amplia, que involucra en rigor –de forma *desigual* pero combinada– al conjunto de la clase, creando un incentivo para las políticas colaboracionistas (aceptación del marco general –el monopolio del poder político y económico por parte de la burguesía– a cambio de concesiones dentro de ese mismo marco). Del mismo modo y a la inversa, las leyes del capitalismo que determinan los procesos de proletarización no involucran únicamente a la aristocracia obrera o la pequeña burguesía a la que el gran capital desposee o empobrece gradualmente, sino que instituyen una tendencia general hacia la extensión y radicalización de la condición proletaria –“este despojamiento total, esta desnudez de toda objetividad, esta existencia puramente subjetiva del trabajo. El trabajo como miseria absoluta: la miseria, no como carencia, sino como exclusión plena de la riqueza objetiva”, según la definición de los *Grundrisse*.¹⁹⁰ Por decirlo de forma simple: la proletarización es al nivel más elemental la tendencia hacia la polarización entre una mayoría crecientemente desposeída y una minoría propietaria, cuyos mecanismos básicos fueron conceptualizados por Marx bajo el nombre de la “Ley general de la acumulación capitalista”.¹⁹¹ La destrucción tendencial de la capacidad de ahorro, la incapacidad de acceder a una vivienda, la facilitación del despido, la liberalización de las relaciones laborales y la precarización del trabajo¹⁹² o el desmantelamiento de los servicios públicos son igualmente expresiones de esta tendencia,¹⁹³ con el crudecimiento de los antagonismos de clase que le subyace. El marco resultante es uno en el que el Estado capitalista (y la socialdemocracia que lo gestiona o aspira a ello) tiene menos incentivos que ofrecer a la clase (y muy especialmente a las nuevas generaciones): los procesos de proletarización en marcha pueden *contenerse parcialmente* –como de hecho están intentando los grandes Estados imperialistas¹⁹⁴– de una for-

190. Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Volumen 1. Siglo XXI, 2007, Madrid, p. 236.

191. “Esta ley produce una *acumulación de miseria* proporcionada a la *acumulación de capital*. La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que *produce su propio producto como capital*”. Marx, Karl. “La ley general de la acumulación capitalista”, en *El capital...* p. 736.

192. Ver Palmer, Bryan. “Reconsidering class: Precariousness as Proletarianisation”, *Socialist Register*, vol. 50, 2014, pp. 40-62.

193. Sobre esta tendencia ver también Davis, Mike. *Old Gods... y Planet of Slums*, Verso, Londres, 2017. Ver también Vela, Corsino. *Capitalismo Terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2018; *Capitalismo patológico*, Kaxilda, Donostia, 2021.

194. Véase el trabajo de Pablo Caño en este mismo volumen.

195. Ver Merchant, Jamie, "Las consecuencias económicas del neo-keynesianismo", *Contracultura*, Madrid, 2024; Moraitis, Alexis, "From the post-industrial prophecy to the de-industrial nightmare: Stagnation, the manufacturing fetish and the limits of capitalist wealth", *Competition & Change*, Volume 26, no. 5, 2021, pp. 513-532; Rodríguez, Emmanuel. *El efecto clase media*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2022; Piqueras, Andrés. *De la decadencia de la política en el capitalismo terminal*, El Viejo Topo, Barcelona, 2022; Alami, Ilias, Copley, Jack, Moraitis, Alexis. "La 'perversa trinidad' del capitalismo tardío: gobernar en una era de estancamiento, humanidad sobrante y colapso medioambiental", *Contracultura*, 2023.

ma que solo implica posponer su futura expresión, pero no *revertirse completamente* en un modo de producción en declive (y su expresión específica en el declive del bloque imperialista occidental).¹⁹⁵ En suma, el antagonismo de clases se hace más evidente. Esto, a su vez, incrementa de forma gradual los incentivos para una política proletaria independiente.

Sin embargo, esta tendencia no puede reducirse a sus determinaciones económicas. Cuestiones como el creciente autoritarismo de los estados, la catástrofe ecológica, el declive del imperialismo occidental y el retumbar de los tambores de guerra apuntan en la misma dirección. En el caso de Palestina, por ejemplo, la abierta participación del gobierno de Joe Biden en el genocidio ha abierto una importante grieta en la capacidad del Partido Demócrata para subyugar todo lo que existe a su izquierda bajo la consigna del antifascismo. Esta grieta es una pequeña vía para el desarrollo de una política proletaria independiente en el mismo corazón del imperio.

Si lo que hay que *deshacer* es el yugo de la socialdemocracia un paso inicial en este sentido es dar lugar a una sucesión de rupturas con la misma en la que los destacamentos resultantes se unifiquen en torno a un proyecto fundado en la independencia política. Este se sostiene sobre una conciencia socialista rearticulada que se plasma en la *separación radical con respecto a las fuerzas de la burguesía y las clases medias, defensa de una línea política revolucionaria y construcción de organizaciones políticas que lo sostengan*. La independencia política, insistimos, es un camino que comienza a recorrerse cuando el proletariado con conciencia de clase se separa de las organizaciones políticas y movimientos atados a lógicas interclasistas y echa a andar por cuenta propia, poniendo los primeros andamios de un movimiento revolucionario.

Pero un movimiento revolucionario no crece de la nada, nutriéndose únicamente de personas completamente nuevas en el terreno de la política: esta ilusión es parte integral de la ideología sectaria que lastra hoy a buena parte del comu-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

nismo, llevando a consolarse, por ejemplo, con que las elevadas cifras de abstencionistas son un índice de la existencia de enormes masas descontentas y aun no politizadas a las que podrían acceder directamente. La realidad, sin embargo, es que la existencia de organizaciones reformistas con cierto arraigo social a nivel militante (no importa que sea pequeño, basta que sea *notoriamente mayor* al de los revolucionarios o incluso simplemente *equiparable* a este) constituye un tapón objetivo al crecimiento de cualquier opción revolucionaria. Esto es aún más relevante hoy, cuando los revolucionarios constituyen una minoría pequeña y fragmentada: a nivel del conjunto, solo las organizaciones reformistas poseen algún tipo de influencia real. A su vez, esta misma fragmentación de las fuerzas autodenominadas revolucionarias reproduce inevitablemente la impotencia. De ahí la necesidad estratégica de conseguir hacer efectivas rupturas dentro de las organizaciones reformistas que tiendan a nulificarlas (esto es, que si sobreviven lo hagan como cascarones vacíos con el menor impacto social posible), asegurándose de que una parte sustancial de la misma se pasa a las filas de un proyecto comunista. De generalizarse con una cierta amplitud esta clase de operaciones pueden dar lugar a un efecto bola de nieve donde el todo resulte ser mucho más que la suma de las partes, abriendo propiamente el terreno para una nueva vía política.

Una ruptura así entendida no es en absoluto una cuestión nominal o corporativa. No es cambiar unas siglas por otras. Es, por repetirlo, unificarse en torno al proyecto de reconstrucción de la independencia política del proletariado. Los procesos de esta índole debilitan –aunque sea mínimamente en los primeros compases del proceso– a la socialdemocracia al socavar su suelo militante (que cumple un importante papel a la hora de perpetuar la subordinación de los movimientos), desarbolar la docilidad de los movimientos sociales y reforzar a su enemigo (creando organizaciones con una capacidad creciente de confrontar la ideología y proyecto socialdemócratas a una escala en expansión). Los comunistas deben hoy impulsar esta tarea, sea desde dentro, en el caso de quienes

ya estén ahí, o desde fuera, por todas las vías necesarias. Esto requiere de un constante deslinde de campos que separe las posturas comunistas de las posiciones pequeñoburguesas, disipando el confucionismo del que estas últimas se aprovechan y clarificando la situación de modo que las alternativas existentes queden nítidamente delimitadas y se imponga la necesidad de optar por una de ellas. El punto de partida, por lo tanto, es la consumación una ruptura política que dé lugar a la construcción de organizaciones revolucionarias capaces de realizar trabajo de masas, precondition para que esta ruptura pueda avanzar hasta convertirse en una ruptura política de masas.

A día de hoy las organizaciones de masas están o bien directamente controladas por una burocracia (formal o informal) leal al Estado, o bien subordinadas al programa socialdemócrata por medios más sutiles. La reivindicación del programa socialista requiere de una defensa cerrada de los intereses generales del proletariado frente a los intentos de una capa acomodada de trabajadores de traicionarlos para buscar un encaje en el orden existente, y también por la denuncia del Estado como poder de clase, el combate contra todo aquel que quiera convertir al movimiento proletariado en un mero apéndice de otras clases y el compromiso con los métodos de lucha frente a todo conciliacionismo. El objetivo, en primer lugar, es que los sectores más avanzados en esta lucha puedan sumarse a un movimiento político revolucionario y que vaya consolidándose un deslinde de campos entre las posiciones proletarias y las de la pequeña burguesía. Debe, por ello, promoverse una separación tajante entre las posiciones del proletariado y las de las clases medias –lo que pasa, entre otras cuestiones, por socavar el poder de la burocracia sindical y las direcciones liberales de los movimientos de masas¹⁹⁶. El objetivo a medio plazo sería que la revitalización del movimiento de clase se dé conjuntamente a su fusión con un proyecto político revolucionario.

196. Sin esta las ideologías de las clases medias dominarán inevitablemente los movimientos. La simple espontaneidad es hoy más problemática porque la voz que acaba trascendiendo en ella es la de la aristocracia obrera. De ahí, además, la importancia del debate estratégico en el seno de estos movimientos frente a quienes quieren reducirlo todo a cuestiones tácticas. El problema de lo anterior es que “si no tienes una estrategia, alguien que sí la tenga comenzará pronto a gobernar tus tácticas. Alguien que sí sabe lo que quiere conseguir empezará a utilizarte”. Brassier, Ray, “Accelerationism”, 2010. Renunciar a discutir de estrategia es mantenerse implícita o explícitamente bajo una estrategia – que hoy solo puede ser la del oportunismo, la única existente al nivel de la política de masas.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Pues como señala Macnair:

"Sin el compromiso con la independencia política de clase y el socialismo, o sea la destrucción del régimen de clase capitalista, el proceso de reconstruir el movimiento obrero no puede comenzar. [...] Este movimiento ha de ser reconstruido bajo el capitalismo no solo por medio de la sucesión de huelgas y protestas callejeras, sino en antagonismo con el Estado capitalista, los partidos capitalistas y los medios del capital. Y eso significa que el movimiento necesita tener en su mismo centro un partido que constantemente desafíe y busque socavar la legitimidad del orden constitucional, y plantee la alternativa del socialismo"¹⁹⁷

A nivel de la lucha económica, por ejemplo, las organizaciones políticas deben promover la solidaridad de clase y las posiciones proletarias deben promocionarse frente al corporativismo y los medios y organizaciones del sindicalismo de concertación, impulsando la idea de una lucha salarial sin concesiones ni renunciaciones. A su vez, las luchas económicas del proletariado deben empujarse hacia sus objetivos mientras se critica sin descanso la ideología reformista en el seno del movimiento obrero. En estos casos, el verdadero objetivo de las luchas no reside en sus resultados inmediatos, en si se consigue arrancar una concesión u otra, necesariamente transitorias, sino en extender y consolidar la unión del proletariado.

La existencia de una alternativa política independiente debería servir para impulsar este proceso a la vez que lo eleva y hace que sus esfuerzos puedan generalizarse e imbricarse con la lucha política revolucionaria.¹⁹⁸ Si los procesos de recomposición económica de la clase no van ligados a un movimiento político de esta índole, lo estarán a los partidos y fuerzas burguesas. A su vez, el proletariado solo puede triunfar cuando una sólida red de instituciones de lucha capaces de unificar a la clase en la defensa de sus intereses se une en un todo indivisible con un partido independiente. Por más que esto haya de empezar en sectores relativamente minoritarios, la meta a medio plazo debería ser lograr que importantes sectores de los movimientos de masas existentes rompieran con sus liderazgos reformistas y el yugo político de la pequeña burguesía, el asociacionismo y

197. Macnair, Mike. "The great moving right show", Weekly Worker, 2020

198. Conviene en este punto recordar las palabras de Kautsky: "Allí donde el movimiento sindical trabaja en el más estrecho contacto intelectual con el movimiento político de un partido obrero independiente, allí los sindicalistas se convierten en los campeones elegidos por todo el proletariado, allí mejoran, junto con su propia condición, la de su clase. El aumento de los deberes que de ello se deriva se compensa por el hecho de que la base económica y política de sus conquistas se hace más sólida que la de las conquistas de una aristocracia obrera". Kautsky, Karl. "Trades Unions...".

solidaridad de clase se extiendan y organizaciones de lucha del proletariado comiencen a imbuirse del espíritu del socialismo. La tarea del presente es tratar de “sembrar las semillas” para contribuir el florecimiento de este proceso.

Un elemento crucial en lo que a esta cuestión respecta es la lucha contra el economicismo en el que las burocracias sindicales querrían enclaustrar el movimiento de los trabajadores: debe impulsarse en todo momento que las luchas incorporen cuestiones políticas (como la solidaridad internacionalista), incidiendo en la cuestión del *control* y poniendo sobre la mesa un horizonte estratégico que vaya más allá de los resultados inmediatos. En palabras de Lenin:

*“La tarea de los marxistas no se limita a la agitación política en el terreno económico: su tarea es transformar esa política sindical en lucha política marxista, aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en los obreros para elevar a estos al nivel de conciencia política marxista”.*¹⁹⁹

199. Lenin, Vladimir. “Lenin y los sindicatos”, *espaciopublico*, 2014, p. 1.

No hay que olvidar, en este sentido, que el socialismo fue la gran fuerza del proletariado mundial en el pasado siglo, aquello que está detrás de todas sus grandes conquistas y dotaba a sus organizaciones de un genuino impulso de victoria. El reformismo, por su parte, nunca ha conseguido nada realmente relevante para el conjunto de la clase, pues quien renuncia a los objetivos más elevados y necesarios no conseguirá siquiera auténticas mejoras inmediatas.

Un segundo elemento central sería la recuperación de la dimensión educativa y de provisión de bienestar de las organizaciones del proletariado, que la burocracia sindical ha conseguido sepultar. Todo movimiento revolucionario debe aspirar a contar con una pluralidad de instituciones a través de las cuales la clase pueda avanzar en su formación política a la vez que da respuesta a necesidades de tipo tanto material como “espiritual”.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Por otro lado, la fantasía del “contacto inmediato con las grandes masas” –hegemonización inmediata del comunismo entre las grandes masas descontentas con la política burguesa– ya mencionada oculta un problema adicional. El problema es simplemente que esta clase de labor de hegemonización no es posible si no viene acompañada de una labor de *unificación* (en tanto que construcción de una base militante sólida) que en cierto sentido la precede –labor cuyo objeto son *los comunistas*– pues sin ella cualquier movimiento carecerá del peso cuantitativo y cualitativo necesario para desarrollar las tareas de hegemonización de forma sistemática. Si todo lo que podemos oponer a la ideología burguesa y los medios de masas de la clase dominante es la pintada episódica y la pancarta eventual, apaga y vámonos. La creación, por ejemplo, de un ecosistema mediático comunista, independiente con respecto al Estado y la clase capitalista –medio necesario para combatir la cosmovisión burguesa a una escala mínimamente relevante– requiere de una cantidad ingente de esfuerzos, recursos y energía, de los que ningún grupo aislado es capaz por sí mismo a día de hoy.

En líneas generales, otro elemento a deshacer es la fatal adhesión a las peores versiones del sectarismo, sea llamando “El Partido” a una estructura que no coincide ni de lejos con el concepto de partido del marxismo revolucionario, sea en la forma de un pseudo-blanquismo disfrazado donde grupos minúsculos se solazan a la espera de que un evento mágico haga caer la venda de los ojos de las masas, revelando la corrección de las posturas de *su* pequeño grupo aislado. Esta concepción de la organización es profundamente *antipolítica*, y atenta por principio contra la necesaria clarificación teórica porque lleva el dogmatismo en su ADN. Es antirracionalista por su misma *forma*. Como resultado, condena a lo que denomina “lucha ideológica”, que no es sino dogmatismo embellecido, a carecer por siempre tanto de cualquier tipo de relevancia práctica como de genuino interés teórico.

En otros casos, lo que impera es un economicismo que sigue fiándolo todo a la espontaneidad, limitando su proyecto a “dar a la lucha económica un carácter político” –práctica que, en su limitación, atenta contra la construcción del partido, al renunciar a las tareas políticas que esto impone desde hoy mismo.

Finalmente, encontramos también a quienes optan, dado el estado de repliegue del comunismo, por participar de la construcción de partidos oportunistas de reforma. De nuevo, Parkinson describe y critica acertadamente esta posición, según la cual:

*Primero debemos crear un partido de este tipo, y luego formar facciones dentro de él para que los comunistas puedan hacer entrismo con el fin de transformar el partido en un vehículo para la revolución. Este enfoque debe ser rechazado definitivamente. Los comunistas deben organizar el tipo de partido que necesitamos, que no es un Partido Laborista burgués que lucha por los intereses inmediatos de un sector nacional de la clase, sino por los intereses a largo plazo del proletariado mundial. Esto significa un partido organizado en torno a un programa para una república obrera mundial y un objetivo a largo plazo de llegar al comunismo.*²⁰⁰

200. Parkinson, Donald. “Del Partido...”.

Abandonar este triste escenario requiere de la unificación de los comunistas en torno a los principios y elementos estratégicos esenciales del marxismo revolucionario, con la independencia política del proletariado como principio rector. La unidad, en definitiva, debe darse ante todo en torno a unos principios políticos y una línea estratégica general, con el socialismo científico como base teórica común. Recuperar y plasmar en el presente los principios del marxismo revolucionario es lo que permite fundamentar la unidad de los comunistas en torno a las necesidades objetivas de la revolución, y no en espurias “doctrinas” grupales.²⁰¹ En este sentido, no hay nada más novedoso que la ortodoxia, distorsionada por largas décadas de desviaciones oportunistas y dogmáticas que han determinado el abandono de la independencia política y la consagración

201. Debo esta formulación a Álex Fernández.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

del dominio absoluto de la ideología pequeñoburguesa del colaboracionismo de clase en el movimiento proletario, haciendo que este oscilara entre la sumisión, la impotencia y el desastre.

Lo que debe evitarse a toda costa, por otro lado, son los frentes eclécticos y difusos, contrarios a la necesaria firmeza y claridad de principios, así como la pretensión sectaria –e inevitablemente contraproducente– de fundamentar toda unidad en una uniformidad teórica total y absoluta: hacen falta tareas claras y fórmulas organizativas capaces de dar forma a esta unidad y canalizar el debate interno.

Ante todo, debe recuperarse la racionalidad política que da fundamento a esta tendencia. En este sentido, todos los grupos actualmente insistentes deben reconocerse como productos de una era de inmadurez del movimiento proletario y actuar en base a ese reconocimiento, ejecutando las tareas que permiten abandonar esto y avanzar hacia la forma-partido. Los grupos separados y dispersos deben, en definitiva, avanzar hacia la unificación –y esto sí que lo media la “lucha ideológica” como debate político racional. Pues solo una unificación construida sobre principios firmes permitiría llevar adelante un trabajo de masas capaz de dar respuesta a los desafíos de nuestro tiempo.

Tampoco cabe olvidar en este sentido que a menudo hay más unidad en la fuerza que fuerza en la unidad, y que hay sumas que restan. Conseguir avanzar en el proceso de unificación no es un requisito sino un *resultado* de haber comenzado a andar la vía de la independencia política, mostrando aciertos táctico-organizativos a través de los cuales esta se amplía y robustece.

Finalmente, el espontaneísmo como ideología debe ser abandonado. No solo ha fracasado en las últimas décadas: ha fracasado *siempre*, porque es simplemente contrario a la realidad. No basta con participar en organizaciones de resis-

tencia y movimientos sociales: hace falta un partido, y este no emergerá del movimiento espontáneo. A lo largo de todo el planeta, los activistas han podido comprobar una y otra vez cómo las limitaciones de sus proyectos los condenaban a una mezcla de impotencia práctica y subordinación política. Un movimiento puramente espontáneo estará condenado por definición a reproducir la ideología dominante en alguna de sus versiones. En una entrevista reciente, Vincent Bevin lo expone de este modo:

*Un movimiento revolucionario debe conocer con antelación la teoría revolucionaria; debe estar unido en torno a una visión particular de la sociedad, una teoría particular de la transformación revolucionaria, o acabará simplemente reproduciendo aquello contra lo que actúa.*²⁰²

202. "Why a Decade of Protests Didn't Lead to Revolution. An Interview with Vincent Bevin", *Jacobin Magazine*, 2024.

El camino de la independencia política pasa por romper decididamente con la lógica seguidista que nos condena a ir a rebufo de los diferentes movimientos que vayan surgiendo. Pues no basta tampoco con esperar la llegada de ese Godot que es la protesta definitiva, el gran estallido que lo resolverá todo... porque este no llegará nunca. Para que los momentos de estallidos sociales puedan culminar en genuinos avances en un sentido socialista es necesario hacer construido previamente una fuerza política lo suficientemente flexible como para adaptarse a la coyuntura, lo suficientemente arraigada en la clase como para ser relevante, y lo suficientemente disciplinada como para mantener una unidad de propósito en torno a fines revolucionarios.

El objetivo puede resumirse en esta frase de Lenin:

*Esta última táctica [la del anarquismo] se reduce a la espera de los "grandes días", sin capacidad para concentrar la fuerza que crean los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan lo que es más importante y más apremiante: la agrupación de los obreros en organizaciones grandes, poderosas, que funcionen bien y capaces de funcionar bien en todas las circunstancias, en organizaciones impregnadas del espíritu de la lucha de clases, que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en una verdadera concepción marxista del mundo.*²⁰³

203. Lenin, Vladimir. "Las divergencias en el movimiento obrero europeo", *Marxists.org*, 1910.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La forma en que este proyecto podría plasmarse en el presente ya ha sido desarrollada en otros documentos.²⁰⁴ Dentro de las limitadas posibilidades que ofrece un contexto de repliegue del comunismo y fragmentación del proletariado, debemos luchar por la creación de organizaciones que sean capaces de unir a los diferentes sectores de la clase con el programa comunista y avancen decididamente hacia transformarse en organizaciones revolucionarias de masas. Necesitamos *desde ya* organizaciones que sean instrumentos de una visión política consciente, fundadas sobre la teoría revolucionaria. Organizaciones de combate que sean organizaciones para la acción política, unidas y centralizadas en un único movimiento, capaces de ir tomando arraigo en el seno de la clase a la vez que apuntan decididamente hacia los objetivos finales.

Estas constituirían, en su unidad, una fuerza política independiente, capaz de construir progresivamente una alternativa a las fuerzas leales al Estado capitalista, de profundizar en esta vía atrayendo a más sectores de la clase a la lucha y construyendo un tejido de instituciones a través de las cuales el proletariado pueda desarrollar su conciencia política y dar un contenido material a su independencia. En el despliegue de este proceso, el esqueleto político que sostiene el movimiento –los principios y la estrategia– va extendiéndose y tomando cuerpo: las tácticas van adecuándose y puliéndose, los procesos de trabajo se sistematizan, la claridad aumenta junto con el arraigo en la clase y las líneas programáticas iniciales se convierten en un programa completo para la conquista del poder –base necesaria de un partido revolucionario de masas.

Para evitar la ingenuidad política, un movimiento de esta índole tiene que ser capaz de actuar en base a un conocimiento preciso de las formas de conciencia que operan en la sociedad, así como sus diferentes niveles. Quien trata de abarcarlo todo de inmediato acaba por no apretar nada: pretender, en el contexto actual que todo tu mensaje resulte inmediatamente

204. Ver EHKS, “Nueva Estrategia Socialista: Bases estratégicas para la recomposición internacional del comunismo”, Gedar, 2023, especialmente pp. 10-13; CJS, “El camino de la independencia política”. Disponibles en <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf> y <https://cjsocialista.com/propuesta-pol%C3%ADtica>

205. Sobre la noción de círculos de conciencia ver Lih, Lars. *Lenin Rediscovered...* pp. 75-77. Estos deben concebirse como una serie de círculos concéntricos que tienen a los comunistas en su núcleo y se expanden en el movimiento organizado de la clase, los sectores politizados de la misma, la clase en su conjunto, etc.

atractivo para la clase en su conjunto es una quimera peligrosa, pues supone precisamente obviar el trabajo preparatorio necesario, el avance progresivo en diferentes “círculos de conciencia”²⁰⁵ y la necesaria unidad de la extensión de la conciencia socialista, el despliegue de la organización y el aumento del poder material de la clase. En ese sentido, el proceso de concreción progresiva del mensaje para llegar –en el sentido de *convencer*– a círculos cada vez más amplios es correlativo al crecimiento de una masa militante capaz de respaldarlo, único medio para que lo concreto no sea en realidad una pseudo-concreción abstracta, o bien ininteligible (por su radicalidad genérica y desprovista de fundamentos políticos reales) o indiferenciable, a ojos del público, de los mensajes de la socialdemocracia. Pues para que la adecuación del mensaje comunista a una problemática concreta pueda entenderse *como tal* es necesario que pueda ser percibido dentro de la totalidad política que le da sentido y no como un brindis al sol eventual o como una demanda aislada.

Cuando esto se olvida, el resultado es un despropósito inevitable: llevará por defecto a *rebajar* políticamente el mensaje, y encima no lo escuchará nadie porque ni el mensaje estará apoyado en una fuerza política real ni se dispondrá de los medios para que llegue a todas partes. En lugar de *ganarse* a cada vez más sectores para el socialismo, lo anterior conllevaría *diluir* el socialismo a fin de ganarse a la gente para no se sabe muy bien qué, confundiendo la necesaria flexibilidad táctica con una renuncia estratégica y de principios. Implicará, por tanto, plegarse a los movimientos y formas de conciencia existentes, ir a su zaga... colapsar en el oportunismo.

El desafío, sin embargo, es afrontar lo anterior sin caer en su error gemelo: buscar refugio permanente en un purismo impotente y desoladoramente autorreferencial, que se conforma con la reproducción de pequeños grupos aislados, desconfía del proletariado con ademanes elitistas y se organiza por medios sectarios. Paradójicamente, esta fórmula de “hablar solo para ya convencidos” es impotente incluso para

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

organizar a los ya convencidos, en la medida en que acaba inevitablemente por sustituir las cuestiones políticas por cuestiones doctrinarias. De ahí la importancia de la “fórmula fusión”, que se concreta en la división correcta de las tareas de unificación y hegemonía, así como en el equilibrio virtuoso entre teoría, propaganda y agitación.²⁰⁶

La primera vía de las vías anteriormente descritas – eclecticismo y mensajes políticamente vagos – es la de un movimiento obrero sin socialismo, la segunda – purismo autorreferencial – la de un socialismo mutilado, desligado indefinidamente del proletariado y por lo tanto condenado a la impotencia (y en ese caso, por definición, teóricamente errado). La emancipación del proletariado solo puede ser obra del proletariado mismo: este principio debe guiar en todo momento la práctica de los comunistas. Un Partido comunista no puede ser un pequeño grupo, por disciplinado que sea: requiere del desarrollo de un movimiento proletario socialista. Pero el primer paso para su construcción pasa por la organización de los sectores más conscientes en torno al camino de la independencia política. Este primer paso, que da comienzo a un auténtico trabajo político comunista, se vincula dialécticamente con el segundo: la transformación del socialismo en una tendencia político-cultural de masas que unifique al bloque social proletario en sujeto revolucionario.

En términos más técnicos: avanzar en la construcción del partido requiere de un modelo actualizado capaz de consumir a escala progresiva la fusión entre el socialismo y un movimiento proletario, convirtiendo la independencia política en un proceso en expansión, firmemente orientado hacia sus formas acabadas.²⁰⁷ El objetivo de lo que llamamos “fase de movimiento” es precisamente la reconstrucción de la independencia política del proletariado: su constitución en Partido Comunista.

De ahí la división interna del proceso socialista. Primero, organizar el partido del proletariado. Después, este partido podrá guiar a la clase hacia la construcción del Estado Socialista. Final-

206. Ver EHKS, “Nueva estrategia socialista...” pp. 11-13 y el trabajo de Aitor Bizkarra y Paul Beitia en este mismo volumen.

207. Ver, de nuevo, EHKS, “Nueva estrategia socialista...”.

mente, el Estado socialista, desplegado a escala mundial, podrá hacer efectiva la plena edificación de la sociedad sin clases.

El primer paso coincide por lo tanto con lo que el propio Lenin señalaba como el comienzo real del largo camino del proletariado hacia la victoria²⁰⁸:

208. Sobre esta cuestión y la narrativa histórico-política que animó la carrera de Lenin ver Lih, Lars. *Lenin...* Lih delinea lúcidamente lo que llama el “escenario heroico” de Lenin –constitución del partido (fusión entre el socialismo y la clase trabajadora), revolución democrática bajo la hegemonía del proletariado, ascenso de la lucha de clases a un nuevo estadio donde el proletariado ruso, en unidad con el proletariado mundial, avanzaría hacia la revolución socialista– expuesto por el propio Lenin en el párrafo final de *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*.

209. Lenin, Vladimir. *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, p. 229.

*“Cuando sus representantes más avanzados [del proletariado] asimilen las ideas del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero [...], cuando estas ideas alcancen una amplia difusión y entre los obreros se creen sólidas organizaciones que transformen la actual guerra económica esporádica de los obreros en una lucha consciente de clases...”*²⁰⁹

Dado el grado de desarrollo actual del proceso, sería de una ingenuidad pasmosa plantearse a medio plazo el pensar en formar directamente un gobierno revolucionario. Poder orientarse hacia este objetivo requiere empezar por formar una *oposición* revolucionaria; una oposición independiente que se comprometa inequívocamente con la emancipación del proletariado. Una fuerza de antagonismo político contra el Estado burgués y su sistema de partidos leales, que hoy forma el conjunto del arco parlamentario; una fuerza de oposición implacable y hostilidad decidida contra el orden político capitalista, que proclame con vehemencia la necesidad de un Estado socialista. Solo una fuerza de esta índole puede preparar, educar y organizar al proletariado como agente político de clase. Una oposición real, que tenga posiciones conquistadas al nivel del conjunto de la vida social, y por lo tanto un nivel creciente de arraigo en el seno de la clase, pudiendo convertirse en el vehículo de su acción política independiente.

También aquí conviene seguir el consejo de Marx:

*Allí donde la clase obrera no ha desarrollado su organización lo bastante para emprender una ofensiva resuelta contra el poder colectivo, es decir, contra el poder político de las clases dominantes, se debe, por lo menos, prepararla para ello mediante una agitación constante contra la política de las clases dominantes y adoptando una actitud hostil hacia ese poder. En caso contrario, la clase obrera será un juguete en sus manos.*²¹⁰

210. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte...”.









